

50

DAD
CCION

JUAN

ONOMA DE NIT
ERAL DE PUBLICI



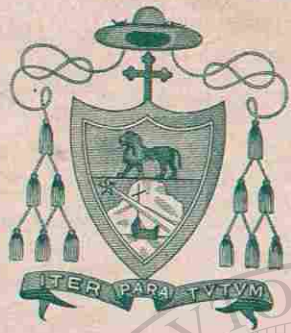
LIBRO DE
VERDADES
CATHOLICAS



BX1750
M3
1886
V. 1
C. 1

47801

011708



1080022855

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hildefonso Portillo



LUZ DE
VERDADES CATÓLICAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

242-3

LUZ DE VERDADES CATOLICAS

Y EXPLICACION DE LA
DOCTRINA CRISTIANA,
QUE, SIGUIENDO LA COSTUMBRE DE LA CASA PROFESA DE LA

COMPANIA DE JESUS DE MEXICO,

TODOS LOS JUÉVES DEL AÑO HA EXPLICADO
EN SU IGLESIA EL PADRE

JUAN M. DE LA PARRA,

PROFESO DE LA MISMA COMPANIA.

CONTIENE TRES TRATADOS.

VAN AÑADIDAS EN ESTA ÚLTIMA IMPRESION CUATRO PLÁTICAS DOCTRINALES, OBRA PÓSTUMA DEL MISMO AUTOR, SOBRE EL AGUA BENDITA Y PAN BENDITO; Y ASIMISMO CORREGIDA Y DEPURADA DE LOS DEFECTOS DE LAS ANTERIORES EDICIONES.

TOMO I.

NOVISIMA EDICION.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
MORELIA.

IMPRENTA DE SAN IGNACIO.

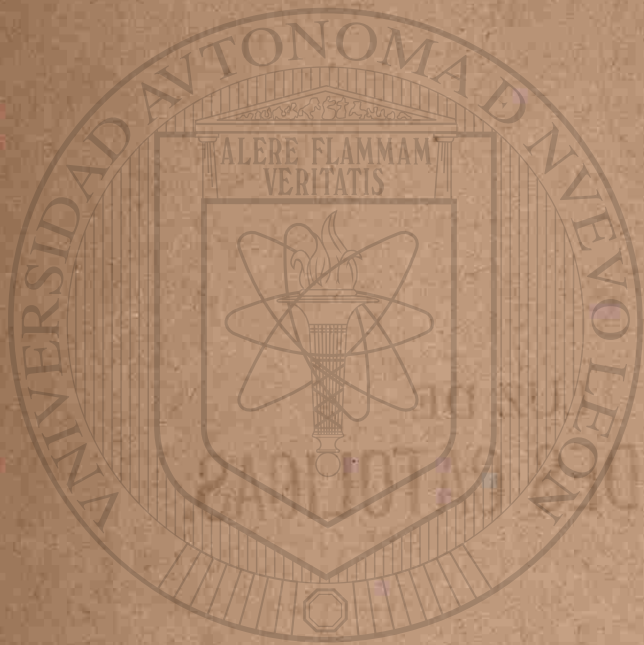
1886.



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria
VALVERDE Y TELLEZ

47801



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX1750

173

1886

V.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



AL LECTOR.

NO prevengo excusas, á mis yerros, ni adelanto razones á procurar tus piedades: juzga, Lector, como quisieres, que nada juzgarás tan severo, que antes de oír tu voto, no sea mi sentir ese mismo: *Nam, & mihi propé semper sermo meus displicet.* (Aug. de Cath. Rud. c 1.) Palabras son que oyéndoselas decir al grande Agustino, me han servido siempre de aliento á poder respirar en el Púlpito, y consagrando mi mortificacion á la obediencia, me hacen tambien, sin haber menester mucha humildad, tener muy á los ojos mi desengaño, pues si el mayor entendimiento de la Iglesia confiesa de sí que le costaba easi siempre vencer sus propios desagradados para llegar á predicar aquellos Sermones, que son y serán siempre digna materia de las mayores admiraciones del mundo: quién puede haber, si graduado de soberbio, no repite tambien para siempre que esté muy pagado de sus Sermones? Vuelvo á decir, que para desengañarse en ésto, y sea quien fuere, no es menester humildad sino juicio. Adelanto, pues, con sincera verdad mi voto á tu censura, y te confieso que cuanto produce mi corto ingenio, es tan indebido á las prensas, que si por mí fuera no saliera ni aun á mis labios; pues cuando á ellos sale, ha costado á mi corazon las vueltas de la más terrible Prensa.

Mas ya que por voluntad, que ni puedo ni debo resistir, sale esta explicacion de la Doctrina Cristiana, con el nombre de *Luz de Verdades Católicas*, antes que de ello me culpes te

011700

quiro dar razon de mis buenos deseos de acertar: Habiéndome encargado la obediencia este ministerio de explicar la Doctrina, que entre los muchos y muy gloriosos que abraza el Sagrado Instituto de mi Religion para el provecho de las almas, puede con los mayores competir de primero, halléme al paso que deseoso de cumplir con mi obligacion, confuso entre la variedad de pareceres en la práctica y método de explicarla: unos de sugetos grandes que me precedieron y que, con los grandes concursos que los seguian, confirmaban el acierto de sus dictámenes con el provecho, gusto y sollicita atencion de sus oyentes; y otros, que contra lo que todos aplaudian, cabeceaban en sus caprichos, aunque quedándose solos por singulares. Esto veía, y no habiendo tenido dicha de oír á los primeros para imitarlos, y padeciendo la desgracia de estar á la censura de los que quieren que sus antojadizos pareceres sean preceptos; cuando así no sabian que seguir, me hallé por Maestro al que lo es de todos los Doctores, al grande Agustino, que no tengo mayor elegio que darle que su nombre, en todo el Libro de *Catechizandis rudibus*, en que habiéndole consultado casi las mismas dudas que yo tenia, un Diácono llamado *Deo Gratias*, que tenia á su cargo explicar la Doctrina Cristiana, le respondió el Santo Doctor en todo aquel Libro, dándole reglas y preceptos tan acertados, como suyos, á que mi veneracion y mi amor me llevaron desde luego obediente; y si en todo no lo cumplo, falta es de mi ignorancia, mas no de mi buen deseo del acierto.

Compónese el Auditorio de las Doctrinas en esta Casa Profesada, de todo género de personas: unos entendidos, sábios, y aun tambien venerables y doctos Sacerdotes que su piedad les motiva á oír lo que ya se saben; y otros ignorantes y rudos que su necesidad los trae á aprender lo que ignoran; unos que el oír lo cojen por entretenimiento piadoso, y otros que el entender lo buscan por pasto necesario del alma. Esta junta, pues, me ha obligado á temperar el estilo de modo que, no siéndoles á los unos molesto por lo tosco, les sea á los otros provechoso por lo claro. Procuro decirlo todo de modo que los unos me entiendan, y no por eso descuido de atender sin afectacion á la pureza de las voces que los otros gustan. Introduzco tal vez alguna florecita que coja el entendido, y tal vez tambien, si es menester, me abato con gusto al barbarismo, si hecho de ver puede ser á un rudo sólo de provecho: *Multum interest*, me dice mi gran Maestro Agustino, como si estuviera mirando á mi Auditorio: (Cap. 15. del Libro citado) *Multum*

interest, & cum ita dicimus utrum pauci adsint, an multi? docti, an indocti? An ex utroque genere mixti; urbani, an rustici: an hi, & illi simul, an populus ex omni hominum genere temperatus sit? Fieri enim non potest, nisi aliter, atque aliter, afficiant locuturum, atque dicturum. ¡Quién no ve, dice el tan discreto como sábio Agustino, que acomodándose el predicador al Auditorio, de diversa manera ha de hablar con un concurso todo docto que con una turba de oyentes todos rudos? Y si de unos y otros se compone el Auditorio, ahí entrará la discrecion en atemperarse á todos; y cuando la misma razon no lo dictare así, bastábame añadir allí el mismo Agustino, que él así, segun la variedad del Auditorio variaba tambien el estilo. Bien sé, pues, que ésto de explicar la Doctrina Cristiana, lo dieron en tomar por una narracion llana, sencilla, humilde, y sin más cuidado ni artificio que decir con claridad. Así es, y debia ser, no hay duda, si yo tubiera oyentes ignorantes, rudos y niños; mas si como ya he dicho, me debo allí á oyentes más avisados, dispensadme, pues que no echarás menos la claridad que juzgo basta á los unos para que hallen algun sañete de noticias más, y para que les entretenga á los otros la molestia de oír lo que ya se traen de sus casas sabido. Por ésto, pues, no escuso el citar á veces las Autoridades de la Divina Escritura, Concilios, Padres, porque los que menos alcanzan, aunque no las entienden en latin, repetidas luego en Romance, hagan el debido concepto de la eterna firmeza de las Verdades Católicas, y conciban una grande veneracion de las tradiciones santas y antiguos Ritos de la Iglesia nuestra Madre.

Dilátome en algunos puntos porque juzgo lo debo á la claridad. Abrevio y me ciño en otros, porque creo que lo pide la discrecion, ó ya porque el rato de media hora no permite más siendo en día de trabajo, precepto que no olvidó la gran prudencia de Agustino: *Non te puto Preceptore indigere, ut cum occupata sunt tempora, vel tua, vel eorum, qui te audiunt, breviter agas: (cap. 7.)* O ya porque siendo por sí clara y repetida la materia, con decirla llanamente cumplo con mi obligacion, alumbrando á los unos que la ignoran, y con no inculcarla mucho, cumplo con mi atencion, no siendo molesto á los otros que la saben: *Cum his (dice el gran Doctor) cum es breviter agendum, & non odiosè inculcando, quæ norunt, sed modestè perstringendo ita ut dicamus nos credere, quod jam nocerint illud, (cap. 8.)* O ya porque aunque tal vez la materia pedía más dilacion, sería ésta con el riesgo de meterme en puntos de delicadezas de Escuelas, que no servirian más que de

confundir á los que menos alcanzan, y de hacer vana ostentacion de noticias. Explíquese el origen de la tradicion, declárese la razon de la verdad, tráigase el fundamento, la comparacion y el ejemplo, dice mi gran Maestro; (*Cap. 6.*) mas sea esto de modo que no por eso se haga cuestion intrincada la que debe ser clara explicacion, y se meta en dificultades al discurso con lo que antes se debe facilitar la inteligencia. Sirvan las razones á la verdad como en la joya sirve el oro al diamante, que para que no le estorbe su brillo, el diestro artifice ya con el buril lo receta, ó ya con el asperon lo rebaja, de modo que añadiéndole gracia el oro que le engasta, deja ostentar á la piedra su hermosura. Así, pues, las razones soliden con lo precioso el fondo á las verdades; pero sin ahogar con sobradas sutilezas el brillo: *Non tomen sic asseramus has causas, ut relicto narrationis tractu cor nostrum, & lingua in nobis difficilioris disputationis excurrat, sed ipsa veritas adhibita ratione, quasi aurum sit gemmarum ordinem ligans; non tamen ornamentum seriem ulla immoderatione porturnans.* Así aun en la explicacion de la Doctrina, quiere Agustino que no tan del todo se descuide el ornato y el alio, que quien pone por ejemplo la fábrica de una joya, avisa que aun las más preciosas piedras aumentan su estimacion con la labor y el artificio.

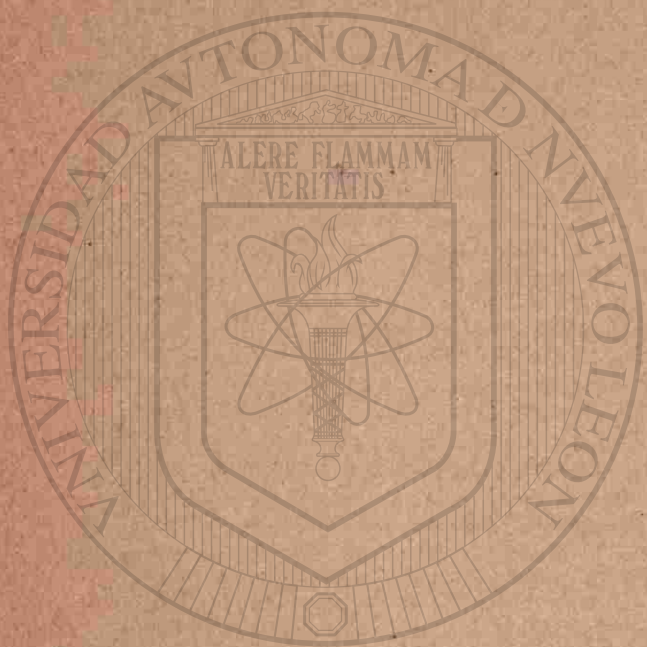
Esto, pues, y el ver en nuestro siglo tan estragados los gustos, que andan buscando sazones aun al sustento más necesario de la mejor vida, me ha hecho procurar algun sainete, ó con ejemplos, ó sucesos de historias, ó dichos y sentencias de Filósofos, y alguna vez festivos, y porque á la gravedad del Pulpito y de tan sagrada materia, no te parezca que desdice tan del todo, repito el precepto de Agustino, que para despertar al oyente que ya vosteza, dá para tal vez este medio: *Renovare oportet illius animam dicendo aliquid honesta hilaritate conditum, & aptum rei, que agitur, vel aliquid valde mirandum, & stupendum.* (*Cap. 13.*) Trazas son todas que busca oficiosa la caridad, para lograr por todos medios el provecho.

Mas la principal duda que al Santo Doctor le propone su Diácono *Deo Gratias*, era tambien la primera que yo en este ejercicio tenia: *Utrum exhortationem aliquam terminata narratione adhibere debeamus? An præcepta sola, quibus observandis cui loquimur noverit, Cristianam vitam, profecionemque retinere* (*Cap. 1.*) Dudaba, pues, y yo con él, si ésto de explicar la Doctrina no habia de ser más que un proponer sencillamente al entendimiento lo que se debe creer en los Misterios de nuestra Fé, ó lo que se debe obrar segun nuestra Santa

Ley, sin procurar tambien mover la voluntad, ó con la exhortacion á lo bueno, ó con la reprehension de lo malo. Y por decirlo en dos palabras, dudaba si ésto debia ser solo enseñar, ó juntamente persuadir. Porque el enseñar, decia, sin procurar excitar los afectos, se dice con frialdad y con frialdad se oye, y sarviria de poco dejar en el entendimiento las noticias, sin excitar juntamente la voluntad á lograrlas, debiendo ser nuestra Fé práctica y ejecutiva de las buenas obras. Enséñale, pues, el gran Doctor, que junte la exortacion á persuadir lo mismo que ha enseñado la explicacion, y así le pone luego los ejemplos desde el capítulo diez y seis hasta el veinte y cinco, en que poniéndole el *verbi gratia* de una perfecta explicacion, la junta con exortaciones tan eficaces, como suyas.

Estas, pues, son las luminosas huellas que he procurado seguir. Si en elio hay algo de acierto, es todo debido á tal Maestro: si ha habido algun logro en el provecho de las almas, todo es debido á Dios; y los yerros que hubiere, esos solos reconozco por míos. Heme arrimado siempre al Librito de oro del Catecismo del Padre Gerónimo Ripalda, de nuestra Compañía: así porque con tan discreta brevedad contiene toda la sustancia de la Doctrina Cristiana, como porque andando en las manos de todos, ayuda á la memoria de los oyentes para conservar mejor las noticias de la explicacion. Y segun su método, me fué forzoso asentar primero los firmes fundamentos y bases de la Doctrina Cristiana, que buseando nuestro último y único fin, que es Dios, nos encamina á él por las tres Virtudes Teologales, Fé, Esperanza y Caridad; y ésto es lo que contiene la primera parte. En la segunda parte juzgé conveniente proponer la práctica de corresponder y regular nuestras acciones sobre la pauta que la misma naturaleza propone en todas las observancias de las leyes y preceptos del Decálogo, para concluir en la tercera parte con la explicacion de los Santos Sacramentos. En todas las tres partes he procurado guardar el mismo método y estilo. Quiera Dios premiar este mi corto trabajo con solo el provecho de los prójimos, que ha sido en ésto mi fin, pues con aprovechamiento de uno solo, doy por bien empleados todos mis desvelos.

EL AUTOR.



PLATICA PROEMIAL

Y PRINCIPIO Á LAS EXPLICACIONES DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

EN LA CASA PROFESA DE MÉXICO.

Juéses 7 de Abril de 1890.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EMPEZABA Moisés como yo ahora, la explicación de la Doctrina: él con muy superior espíritu; pero yo con muy ventajosa materia, porque si él les explicaba á los Hebréos su Doctrina Judaica, que ya pereció caduca, que ya acabó del todo muerta, yo les explico á los católicos la Doctrina Cristiana, la Ley toda de vida, toda de santidad, toda de gracia. *Capitque Moyses explanare legem, & dicere.* Empezó Moisés á explicar la Ley, dice el capítulo primero del Deuteronomio, que eso

quiere decir esta voz tan señora *Deuteronomio*, que es lo mismo que segunda Ley; no porque aquellos tuviesen dos Leyes, sino porque la Ley que antes les habia intimado no con tanta claridad, en este Libro se la explica, segun dicen San Agustin y Teodoreto: *Explicatio Legis*. Y por alentarlos Moysés á que oyesen con cuidado, con atencion y con provecho la explicacion de aquella su Doctrina: *mirad* (les dice) que *esta* es toda vuestra sabiduría, y con ésta habeis de sobresalir eminentes entre todos los pueblos del mundo: *Hæc est vestra sapientia, & intellectus coram populis*. (Deut. c. 4.) Atendedme, que si aprendeis con mi explicacion los Divinos Preceptos, los Sagrados Ritos y Ceremonias en el culto del verdadero Dios, todos esos pueblos idólatras, ignorantes, perdidos y ciegos, viendo vuestro saber, dirán llenos de admiracion: ¿Qué gente es ésta en que todos son sábios, todos son entendidos, todos son doctos? Gente grande por cierto; gente de importancia la que sabe y entiende cosas tan altas: *Ut audientes universa præcepta hæc, dicant: en populus sapiens, & intelligens gens magna*.

¿Pues con cuánta más razon, Cristianos oyentes míos, hoy puedo yo decir ésto mismo? Cuánto vá de haber Dios en aquella antigua Ley mostrada á los Judíos entre innumerables sombras, pepueñas luces de su saber, á haber derramado Cristo sobre nosotros todos los infinitos tesoros de su sabiduría, que son los que se contienen en la Doctrina Cristiana. Toda la Sabiduría de Dios, que desde la eternidad habia estado escondida en su seno, toda nos la hizo patente, clara y manifiesta en Jesucristo, de cuyos Divinos lábios recibimos tan celestial Doctrina. Por eso todos los Misterios más subli-

mes, más soberanos de la Divinidad, en la Doctrina Cristiana se contienen. Todas las verdades de las Escrituras, todas sus Profecías, revelaciones y figuras, todas en la Doctrina Cristiana se cifran. Todas las materias Sagradas de la Theología, sus cuestiones, sus argumentos, sus disputas, todas á la Doctrina Cristiana se reducen y todos los medios para mejorar nuestras vidas, ó para adquirir la eterna. Todos los Sacramentos para conseguir ó para restaurar la gracia perdida: todos los caminos para adelantar en las virtudes y para llegar hasta lo sumo de la perfeccion, en la Doctrina Cristiana se hallan. Y en fin, todo cuanto pueda alcanzar la humana sabiduría, y aun la Angélica, en la Doctrina Cristiana se compendia. Por cuyas verdades han derramado su sangre y sacrificado sus vidas un número indefinido de Mártires. Por cuyos Misterios, para explicarlos y defenderlos, se han fatigado gloriosamente tantos sábios insignes y tantos Santos Doctores. Y por cuyos verdaderos, firmes y seguros dogmas, han empleado todo su saber en diez y ocho Concilios Generales los más sábios hombres, los más Santos y los mayores que ha tenido el mundo.

¡Oh Catolicos! Pues mejor puedo yo deciros: *Hæc est vestra sapientia, & intellectus coram populis*. Esta es vuestra sabiduría, solo con saber la Doctrina Cristiana. ¡Cuánta lástima será no lograrla! y más cuando toda esta tan suma sabiduría y tan necesaria, con tanta facilidad puede adquirirse. —¿Es posible, Padre, que saber tanto es muy fácil? Sí.—¿Qué tan fácil?—Yo lo diré: solo con gastar media hora cada semana en acudir y atender bien á la explicacion de la Doctrina Cristiana. ¿Puede ser cosa más fácil? Pues atiéndela con cuidado,

con continuacion, que un estudiante si vá un dia al estudio y deja de ir ciento, poco puede aprender, ó nada. Atiendan, pues, con continuacion y yo les aseguro que á poco tiempo el oficial, sin abrir un libro y quizá sin saberlo leer, saldrá consumado Teólogo, aunque en romance. El mercader, sin cursar Escuelas podrá ser Catedrático desde su mostrador. La pobre vieja, sin entender más que su costura, podrá saber mucho más que cuando supieron Aristóteles y Platon. El niño, el criado y el rudo, sin entender latin podrá alcanzar á entender la sustancia de todo cuanto saben los más preciados de doctos en las Escuelas. Y lo que es más que todo, aquí con las luces de la Doctrina de Cristo, no solo alumbrados los entendimientos sino encendidos tambien los corazones, verán todos claro, llano, y patente el camino para ser santos. Y por ésto ajustándome á la obligacion de este tan santo ministerio, procuraré en todo que mi explicacion sea clara, casera, breve, ejecutiva y fácil.

Todos, pues, necesitan de esta explicacion: con cuánta obligacion, dirélo en su lugar. A todos es igualmente provechosa, á grandes y pequeños, á nobles y plebeyos, á hombres y mugeres, á amos y criados. A los unos para que aprendan lo que no saben; á los otros para que observen lo que no advierten; y á todos, ó para que adquiriendo noticias, ó para que recordando memorias, ajusten la vida á la Ley de Cristianos. Dos cosas dice David que hace la explicacion de la Doctrina: dice que alumbra y dá entendimiento á los pequeñuelos: *Declaratio sermonum tuorum illuminat, & intellectum dat parvulis*. Alumbra y dá entendimiento, son dos cosas muy distintas: y es, que á los que ya tienen entendimiento, á las personas capaces y entendi-

das, á éstas la explicacion de la Doctrina las alumbra; pero á los pequeñuelos, á los ignorantes, á los rudos, á esos les dá entendimiento para que entiendan. A todos sirve, á todos aprovecha esta explicacion: á los entendidos alumbra, *illuminat*: á los rudos, á los ignorantes, les dá entendimiento, *intellectum dat parvulis*. Pues nadie se me escuse, señores y señoras, por entendidas y discretas que sean, con que ésto es para los rudos, para los ignorantes, y que no todos lo necesitan. Miren, señores: para ver lo que está aquí muy de cerca, aun quien no tiene buena vista, con unos anteojos sencillos lo vé claramente; pero para ver lo que está allá muy lejos, no bastan esos anteojos de un solo vidrio, ya son menester de dos vidrios: ese es el que llaman antejo de larga vista: un vidrio allá al cabo del cañon, otro vidrio acá junto á los ojos, y además de ese, que haya bastante luz, que sea de dia, y así se alcanza á ver lo que está lejos. Para estas cosas naturales, el cuidado de la casa, la comodidad, la hacienda, yo les concederé que sean muy entendidos. Ese es solo un vidrio de la razon natural; pero para las cosas eternas, para los Misterios de Dios, para las verdades de nuestra Fé, que están allá tan altas, tan levantadas y tan sublimes, no basta solo ese vidrio de la razon natural, no alcanza. Es menester el otro vidrio de la Fé infusa, y éste que recoja toda la luz de la explicacion. Este es el antejo de larga vista que es menester para alcanzar las verdades de la Doctrina Cristiana. Pues nadie se escuse de su explicacion.

Pruebo esto mejor desendiendo, aunque en general, á las partes principales en que se contiene toda la Doctrina Cristiana. Estas, dice el Catecis-

mo, son cuatro: *Credo, Mandamientos, oraciones y Sacramentos*. Pues miren ya en general cómo cada una necesita de explicacion: *¿Cómo sabremos bien creer?* Responde el catecismo: *Entendiendo bien el Credo y los Artículos de la Fé*. Entendiendo bien, repárenlo: se ha de entender bien, no á carga cerrada y de monton. *¿Saben la diferencia que vá de uno que sabe el Credo así en confuso, á uno que ha oído y entiende la explicacion de sus Misterios?* Pues ya lo digo con un ejemplo: Veréis un tapiz de Flandes, ó un paño de Corte, doblado, recogido y envuelto: ¡qué buenos colores! Sí, eso es lo que solo se vé, y allí que sale de un doblez una cabeza armada de un morrion, allá un brazo empuñando una cuchilla, acá una rama, allí una almena: *¿qué Historia está aquí pintada?*—Son las guerras de Flandes.—Bien; pero como está envuelto, ni se entiende, ni se goza. Pues aguardad y lo veréis luego que la desdoblen y la extiendan. Extendiéndolo bien todo: ¡qué hermosura! Ahora sí que se vé cada cosa en su lugar. Miren con qué propiedad aquella escuadra de Soldados que embiste, aquella otra que se retira: miren con qué viveza aquel otro que allí se viene precipitando del muro, ¡qué á lo natural todo! No tiene precio tanta hermosura. *¿Esto estaba aquí envuelto?* Pues véan lo que acá pasa: Oye uno en confuso el Misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, y no sabe más: grande Misterio; pero ni hace concepto de cuántas y cuán indecibles maravillas encierra ese Misterio. Hé, lo ve envuelto; vánselo luego desenvolviendo con la explicacion, llega á ver extendido ese admirable País de la Sabiduría de Dios, ve con claridad cuántas finezas hizo allí por nosotros, y entónces arrebatado de amor, lo busca, lo

ama y lo venera. *¿Por qué?* porque lo ve ya con claridad y con distincion. Pues eso vá de ver los Misterios de nuestra Santa Fé con la claridad con que los pone delante la explicacion, á verlos y saberlos solo en confuso: que vistos con claridad se estiman como deben, mientras que sabidos en confuso, ni se gozan, ni se reparan, y por eso ni aun se agradecen. Esto es en cuanto á la Fé.

¿Cómo sabremos obrar? Responde el Catecismo: *Entendiendo bien los mandamientos que hemos de guardar, y los Sacramentos que hemos de recibir.* *¿Entendiéndolos bien?* Sí, que aun de toda esa máquina de Leyes humanas y civiles, dijo el Jurisconsulto que es no saber las Leyes tener solo de memoria sus palabras; sino penetrar y entender toda la fuerza y poder de su significacion. *Scire Leges, no est earum verba tenere, sed vim ac potestatem.* (*Leg. Scil. ff. de Leg.*) *¿Cuántas especies de culpas, cuánta variedad de pecados se prohiben en las breves palabras de cada Mandamiento?* *¿Pues cómo las conocerá, ó para evitarlas ó para saberlas confesar, el que no sabe ni entiende más que la corteza de las palabras?* Eso será saber el camino, pero andarlo á oscuras. Es bien claro este ejemplo: El que vá de noche en tiempo de aguas por esas calles á su casa, bien sabe el camino, claro está; pues pregunto: *¿para qué llevan los más con tanto cuidado una linterna?*—O señor, que hay malos pasos, hay lodo y con una linterna vemos por dónde hemos de ir, y con eso escusamos de caer.—*¿Así?* Luego no basta saber los caminos de los Mandamientos. Es menester la linterna de su explicacion que nos avise dónde está la caída para huirla, dónde el tropiezo para evitarlo: *Lucerna pedibus meis verbum tuum* (decía David) & *lumen*

semittis meis. Si no sabemos dónde está el peligro, ¿cómo evitaremos la caída? Y al contrario: si después de caídos no sabemos el modo y el camino por donde hemos de levantarnos, ¿cómo conseguiremos en los Sacramentos la gracia? Saber por mayor los Sacramentos, y no saber el modo y las circunstancias con que los hemos de recibir, ¿qué es? Es lo mismo que estar viendo el agua un sediento, y no saber cómo sacarla. Así le sucedió á la Samaritana: ofrecíale agua el Señor, y ella responde: Este pozo está muy hondo, y tú no tienes con qué sacarla, ¿cómo me has de dar agua? ¡Qué ignorancia! pues ésta es la que tienen muchos Cristianos. Bien conocen y confiesan que hay agua de gracia en los Sacramentos: v. gr. en el de la Confesion; pero como no saben el modo con que se ha de examinar su conciencia, ¿cómo han de decir sus pecados? ¡qué hondo pozo les parece el que es tan fácil en oyendo su explicacion!

¿Cómo sabremos esperar y pedir? Responde: *Entendiendo bien el Padre nuestro.* Aun acá, si alguno que en su vida no ha entrado en Palacio, quiere pedir alguna cosa al señor Virey, busca un hombre entendido, le pregunta el estilo, el modo, las palabras para formar su memorial, porque no se rian de él. Pedir, todos saben pedir; pero pedir bien y con buen modo, no es tan fácil, no lo saben todos; y así, es menester aprenderlo. Pero si con la Oracion del Padre nuestro le representamos á Dios nuestras necesidades, ¿por qué no procuraremos entender bien y saber qué es lo que allí le pedimos, para que así consigamos nuestros ruegos? Dice Celio Rodigino, que en Roma hubo un Papagayo que decia de coro y muy claro, toda la Letania de la Santísima Virgen. ¿Diremos que

ésta era oracion? No: si es un Papagayo, un bruto que ni entiende ni sabe lo que dice. ¿Pues qué diremos de tantos Papagayos? ¿Y qué de tantas Cotorras que ni entienden lo que piden á Dios, ni saben lo que ruegan? Pues para saberlo aprovecha la explicacion.

¡Oh y aproveche! que para ésto no pocas veces han sido Maestros los mismos Angeles: y aun la Reina de los Angeles María Santísima lo fué una vez, fuera de otras, enseñando las oraciones á una india. Pero lo que más admira es, que hasta á los brutos los ha escogido Dios por Maestros de la Doctrina para confundir á los hombres. Un indio en el Perú, refiere el Padre Juan de Allosa, habia sido tan remiso para aprender la Doctrina Cristiana que no sabía ni aun las oraciones. Pastoreaba éste unos carneros, y con un bruto irracional de aquellos quiso Dios avergonzar y enseñar á este racional más que bruto. Porque una mañana, acercándosele uno de aquellos carneros, oyó que en lugar de hablar con su voz natural, en voz clara y distinta, como si fuera de hombre, iba el carnero rezando las oraciones de la Doctrina Cristiana. Sería el Angel de guarda de aquel indio, que así hablaba por la boca del bruto. El Pastor quedó atónito y pasmado á tan estupendo prodigio, y ésto bastó para que luego aprendiese las oraciones. Fué sin duda ésto, ya lo dije, para confundir á los Cristianos que no saben la Doctrina Cristiana; pero fué tambien para alentar mi ignorancia, que si para enseñar la Doctrina hasta un bruto sabe Dios escogerlo por Maestro, ¿cómo no me alumbrará á mí, que aunque tan del todo indigno, soy su Ministro? Oh Soberanos Angeles tutelares de todos mis oyentes, que aunque invisibles me asistís y me

estais oyendo postrado ante vuestras sagradas inteligencias; desde aquí para todas las veces que hubiere de subir á este Púlpito, os invoco con vuestro Archi-Serafin San Miguel, para que benignos inspireis á mi entendimiento y á mis palabras aquella claridad, aquel peso, aquella eficacia, que ni pueden tener de mi lengua, ni pueden alcanzar de mi ignorancia. Y tú principalmente, oh Virgen Purísima, que de la Divina sustancial palabra eres Madre verdadera: tú, que de ella sedienta la concebiste en tus entrañas: tú, que de ella fecunda, la diste á luz para luz de el mundo: tú, que la palabra de Dios que estaba tan escondido en tu seno, la hiciste al mundo patente y manifiesta, haz tú que yo acierte en la explicacion de su soberana Doctrina; que no adultere mi poco espíritu, ni con menos decentes palabras ni con menos ajustadas inteligencias, sino que tan serena, tan pura la derrame en los corazones de mis oyentes, como ella salió del secreto sagrado de tus entrañas. Desproveído entro yo de todo otro sustento y confiado solo en tu favor. Ilustra mi entendimiento, guía mi lengua, gobierna mis palabras de modo que cuanto dijere sea todo en alabanza y gloria de Dios, para edificacion y provecho de mis oyentes; y que á mí no me sirvan de condenacion las verdades que conozco, sino de provecho; y que á mí y á todos sea para mucho logro de méritos que gozar premiados en la eterna gloria.

PLATICA II.

DE LO QUE CADA UNO TIENE QUE APRENDER EN SU PROPIO NOMBRE.

Abril 13 de 1690.

Cuando ha de ser dilatada la comunicacion, ó continuarse la amistad que traba una persona con otra, no sé qué inquietud tenemos hasta saber el nombre de aquel con quien tratamos, y por eso es una de las primeras preguntas: ¿su gracia de usted? —“Fulano, al servicio de usted.” Y asentada esta noticia, prosigue la conversacion. Trabo yo ahora con mis oyentes, no amistad que ya há dias que la tengo y que los amo á todos en Jesucristo, sino nueva conversacion en materia tan grave y de tanta importancia, como la Doctrina Cristiana; y así, aunque mis oyentes no tienen que preguntarme á mí cuál es mi gracia, pues ya pienso que la saben y conocen cuán poca es, habiéndome tantas veces oído en este puesto; pero á mí, habiendo de empezar la Doctrina, me es forzoso preguntar á mis oyentes ¿cuál es su gracia? Esa es la primera pregunta del Catecismo: *Pregunto, hermano, ¿Cómo os llamas?*—Padre, yo me llamo Francisco, yo Antonio, yo Isabel, yo María. Pero cierto, que esa pregunta más parece vana curiosidad que gana de enseñarme la Doctrina, porque su propio nombre, ¿quién hay que no lo sépa? Pues si ya yo me sé muy bien cuál es mi nombre, ¿qué hay que enseñarme en ésto? Fuera de que, ¿para qué puede servir el saber mi nombre? porque llámeme yo

estais oyendo postrado ante vuestras sagradas inteligencias; desde aquí para todas las veces que hubiere de subir á este Púlpito, os invoco con vuestro Archi-Serafin San Miguel, para que benignos inspireis á mi entendimiento y á mis palabras aquella claridad, aquel peso, aquella eficacia, que ni pueden tener de mi lengua, ni pueden alcanzar de mi ignorancia. Y tú principalmente, oh Virgen Purísima, que de la Divina sustancial palabra eres Madre verdadera: tú, que de ella sedienta la concebiste en tus entrañas: tú, que de ella fecunda, la diste á luz para luz de el mundo: tú, que la palabra de Dios que estaba tan escondido en tu seno, la hiciste al mundo patente y manifiesta, haz tú que yo acierte en la explicacion de su soberana Doctrina; que no adultere mi poco espíritu, ni con menos decentes palabras ni con menos ajustadas inteligencias, sino que tan serena, tan pura la derrame en los corazones de mis oyentes, como ella salió del secreto sagrado de tus entrañas. Desproveído entro yo de todo otro sustento y confiado solo en tu favor. Ilustra mi entendimiento, guía mi lengua, gobierna mis palabras de modo que cuanto dijere sea todo en alabanza y gloria de Dios, para edificacion y provecho de mis oyentes; y que á mí no me sirvan de condenacion las verdades que conozco, sino de provecho; y que á mí y á todos sea para mucho logro de méritos que gozar premiados en la eterna gloria.

PLATICA II.

DE LO QUE CADA UNO TIENE QUE APRENDER EN SU PROPIO NOMBRE.

Abril 13 de 1690.

Quando ha de ser dilatada la comunicacion, ó continuarse la amistad que traba una persona con otra, no sé qué inquietud tenemos hasta saber el nombre de aquel con quien tratamos, y por eso es una de las primeras preguntas: ¿su gracia de usted? —“Fulano, al servicio de usted.” Y asentada esta noticia, prosigue la conversacion. Trabo yo ahora con mis oyentes, no amistad que ya há dias que la tengo y que los amo á todos en Jesucristo, sino nueva conversacion en materia tan grave y de tanta importancia, como la Doctrina Cristiana; y así, aunque mis oyentes no tienen que preguntarme á mí cuál es mi gracia, pues ya pienso que la saben y conocen cuán poca es, habiéndome tantas veces oído en este puesto; pero á mí, habiendo de empezar la Doctrina, me es forzoso preguntar á mis oyentes ¿cuál es su gracia? Esa es la primera pregunta del Catecismo: *Pregunto, hermano, ¿Cómo os llamas?*—Padre, yo me llamo Francisco, yo Antonio, yo Isabel, yo María. Pero cierto, que esa pregunta más parece vana curiosidad que gana de enseñarme la Doctrina, porque su propio nombre, ¿quién hay que no lo sépa? Pues si ya yo me sé muy bien cuál es mi nombre, ¿qué hay que enseñarme en ésto? Fuera de que, ¿para qué puede servir el saber mi nombre? porque llámeme yo

como me llamáre, eso no sirve para que yo sepa la Doctrina.—Mirad que sirve, y que no envano entra haciendo esta primera pregunta el Catecismo. Y si no, decidme: ¿Cuándo os pusieron ese nombre?—Eso yo ya me lo sé, en el Bautismo.—Mucho saber es: pero vuelvo á preguntar: ¿y por qué no os pusieron ese nombre antes allá en vuestra casa, ni despues, sino en el mismo Bautismo?—Ya esa es mucha pregunta. En verdad que no sabre decirlo, pues ello es cierto que el poner á la criatura el nombre en el Bautismo, no es cosa esencial y necesaria de aquel Sacramento, porque si el Ministro, teniendo la debida intencion, dice al hechar el agua la forma: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, aunque no le ponga nombre ninguno á la criatura, ella queda verdaderamente bautizada, no hay duda, y tan en gracia de Dios que así lo estemos todos en la hora de nuestra muerte.—Ya pues, si el poner el nombre no es parte esencial del Bautismo, ¿por qué en el Bautismo y no antes ni despues os pusieron ese nombre?—No sabré dár la razon.—Pues yo os daré tres razones: La primera, cuando un mancebo asienta plaza en una Compañía, el asentar aquella plaza no es otra cosa que asentar, escribir y poner su nombre en la lista de los soldados que militan bajo aquella bandera; pues ésto, en materia tan soberana y tan Divina, es lo que nos pasa á nosotros en el Bautismo. Nacimos todos por el pecado original escritos en la lista del demonio, sujetos y esclavos suyos; salimos de nuestras madres señalados con su maldita marca. En el Bautismo, dejando aquel infernal bando, nos pasamos á ser del bando de Jesucristo, nos asentamos por Soldados de su bandera para vivir y mi-

litar siempre bajo de su Compañía. Pues por eso, como en el Bautismo, por la gracia que en él recibimos dejamos de ser del demonio y empezamos á ser de Jesucristo; y por eso al alistarnos en esta lista del Cielo, entónces es cuando nos ponen y nos asientan el nombre. Tomose esta santa costumbre desde los principios de la Iglesia, de lo que usaban los Judíos en la Circuncision, que era la marca de su Ley con que se profesaban de aquel Pueblo que entónces era de Dios; por eso en la Circuncision les ponian el nombre; y mejor á nosotros en el Bautismo, poniédonos el nombre, nos dicen que somos desde allí de la lista de Dios. Ni ha sido solo costumbre, sino que la hizo Ley el Santo Concilio Niceno en el Canon 30, en que manda que en el Bautismo sea puesto á las criaturas el nombre.

La segunda razon, y de gran consuelo, es: Nacemos por la culpa original hijos de ira, esclavos del demonio y enemigos de Dios, y por eso ni para con Dios tenemos nombre, porque con Dios solo tienen nombre los justos. Observólo así San Gregorio el Grande sobre aquel desventurado rico avariento, que ni su nombre nos dice el Evangelio, diciéndonos sí, que el mendigo miserable que yacía arrojado á sus puertas, se llama Lázaro. Era justo, aunque era pobre, dice San Gregorio; por eso en los Libros de Dios tiene nombre. Pero el rico, por más que sus riquezas le hiciesen muy nombrado en el mundo, para con Dios no tenia nombre. Aquel descuidado Obispo de Sardis, entre los cargos que Dios le hace, es uno: *Habes pauca nomina in Sardis*. ¡Ah Obispo dormido! Ah Pastor descuidado! Mira que entre todas tus ovejas pocas tienes que tengan nombre, porque esas

pocas son las que han guardado la pureza y la gracia del Bautismo, pues solo esas tienen nombre: *Habes pauca nomina*. Nacemos, pues, sin tener nombre para con Dios, por la culpa; adquirimos en el Bautismo la gracia, y así al punto se escribe en el Libro de Dios nuestro nombre. ¡Qué dicha! ¡Qué felicidad! Pues por eso en el Bautismo nos ponen el nombre.

Tercera razón y de gran temor: Cuando uno otorga una Escritura, una obligación de pagar á otro tal cantidad, á que obliga su persona y bienes; para que aquella obligación sea firme y valdera, la firma y pone al pie su nombre. Es, pues, el Bautismo una Escritura de obligación (¡ah católicos!) en que nos obligamos á pagarle á Dios con el ajuste de la vida los infinitos beneficios que allí recibimos, y á vivir según la Santa Ley que en aquel Sacramento profesamos. Pues por eso en el Bautismo nos ponen el nombre como una firma con que confesamos aquella deuda, con que reconocemos aquella obligación. Como acá uno que tiene hecha una Escritura de una gran cantidad, que ve que se llega el plazo y que no tiene con que pagar. ¡Oh Dios! Cristiano, ¿cómo estás de caudal con Dios? ¿cómo tienes las cuentas de tu alma? ¿Y qué sabes si el plazo de tu obligación está muy cerca? Pues todas las veces que te repitan tu nombre, acuérdate de que ese nombre es la firma que á Dios le diste en el Bautismo.

—Pues ya sé, Padre, que el haberme puesto este nombre en el Bautismo, y no antes ni después, fué, lo primero: porque entonces alisté plaza en la Compañía y en la Milicia de Cristo. Lo segundo, ¡qué dicha! porque desde entonces tuve nombre

escrito en el Cielo. Lo tercero, ¡qué temor! porque entonces firmé con mi nombre la escritura de obligación con que Dios me ha de ejecutar en su Tribunal. Mas ya que me he saboreado, pregunto: ¿por qué es esta costumbre de poner siempre nombres de Santos y Santas á las criaturas?—Buena pregunta. Es esta santa costumbre allá desde el principio de la Iglesia, como afirma S. Juan Crisóstomo y Teodoro. Y es por tres razones: La primera, por hacerle aquella especial honra y obsequio á aquel Santo, cuyo nombre se pone á la criatura, y con ésto empeñado á que la acoja bajo de su protección y la ampare siempre. De modo que no se le ha de poner al niño Andrés porque su padre se llama Andrés, ni Pedro porque su abuelo se llamó Pedro. No, dice San Crisóstomo; porque ese es un motivo muy bajo, muy de carne y sangre, y muy de tierra; porque se continué el nombre de la casa, ese es motivo muy de bárbaros: *Vocaverunt nomina sua in terris suis*. (Chrys. homi 21 in Genes.) ¿Qué mejor Padre que S. Francisco? ¿Qué mejor Abuelo que S. Pedro Apóstol? *Non avorum, et ab avorum nomina tribuamus* (dice el Crisost.) *sed Sanctorum virorum, qui virtutibus fulserunt*. El mismo Crisóstomo refiere, según el sétimo Sínodo, que en Antioquía tenían tanta devoción á S. Melesio, que casi todos le ponían este nombre á sus hijos; y es muy de reparar y de aprender la razón: *Per appellationem existimans unusquisque in domum suam Sanctum illum introducere* (apud Rain. t. 8 de Cult. Sancti. punct. 12.) Les ponían ese nombre á las criaturas, porque así con tener un hijo Melesio les parecía á cada uno que metía á su casa al mismo San Melesio. ¡Qué buena consideración! ¿Le pusiste

á tu hijo Francisco? Crialo, atiéndelo, mírale como si en él tuvieras dentro de tu casa á San Francisco; encáminalo en su educacion á amar mucho á este Santo, á imitar sus virtudes. Pero si casi en toda su niñez apenas oye el niño, ni su nombre, ni cuál es su Santo, ¿qué honra le haceis al Santo para que ampare al niño? ¿Gochis? ¿Qué tiene que ver Gochis con Diego? ¿Pancho? ¿Qué tiene que ver Pancho con Francisco? ¿Culás? ¿Qué tiene que ver Culás con Nicolás? Andad que eso no es cariño, sino muy necia vulgaridad. Que dejéis de llamar á la hija por su nombre Maria, nombre que es la dulzura de los Cielos, nombre que es todo el cariño de los Angeles, y que por cariño la llameis *Cotita*. ¿Eso es cariño? Andad: se honran y se agradan mucho los Santos con oír repetir su nombre, y con su nombre tiene cada uno una gran reliquia de aquel Santo. Ponderacion es de Teófilo, (apud Rain. *supr.*) que más poderoso es el nombre de los Santos que sus reliquias, porque éstas se determinan á pocos lugares; pero sus nombres por todo el mundo vemos y sabemos que hacen innumerables maravillas. Así lo vemos solo con una firma. El nombre solo de mi P. S. Ignacio ha hecho innumerables milagros; pues si así los hace solo escrito en un papel ¿cómo no los hará, siendo menester, puesto y gravado en un hombre? El P. Juan Coduri, uno de sus primeros compañeros, nació el día de S. Juan Bautista, se ordenó de Sacerdote el día de S. Juan Bautista y murió el día de la Degollacion de San Juan Bautista. Contingencia pudo ser, ¿pero quien negará que pudo ser que S. Juan mostrara así su especial cuidado con su recomendado? Fray Francisco Bello Viso, refiere nuestro Reynaudo, nació el día de S. Fran-

cisco; pusieronle su nombre; entró en la Religion de S. Francisco el día de S. Francisco; cantó su primera Misa el día de S. Francisco y murió el día de S. Francisco. ¿Quién no reconocerá aquí el especial cuidado de aquel humanado Serafin?

Pues esta es la primera razon de poner nombres de Santos y no de Gentiles á las criaturas, y mucho menos otros nombres ridiculos. Filipo, Rey de Francia, envió sus Embajadores al Rey de Castilla Don Alonso el II, (apud Engelgrav. *in die Circ.* §. 2.) pidiéndole una de sus hijas para casar al Delfin: propusieronle aquellos su Embajada, y el Rey Don Alonso les ofreció darles á su hija primogénita, que era muy hermosa y se llamaba Doña Urraca.—¿Cómo Señor? ¿Urraca? De ninguna manera, no ha de agradar á mi Príncipe, ni al Reyno, tener una muger que se llame Urraca. No señor, la menor llevaremos.—Es que no es tan hermosa Doña Blanca; así se llamaba la segunda.—No obstante, (responden) el buen nombre suplirá lo que le falta de hermosura. Y así fué Doña Blanca madre de San Luis Rey de Francia, y la que con santa educacion lo encaminó á tanta santidad.

La segunda razon de ponernos nombres de los Santos es, para que con nuestra devocion les procuremos pagar su patrocinio. ¿Qué linda devocion! Oyentes míos, cada uno rezadle cada día al Santo ó Santa de su nombre, siquiera un Padre nuestro y Ave María; y en llegando su día confesar y comulgar; dad alguna limosna á honra suya y leed su vida de cuando en cuando. San Pedro Nolasco, desde sus tiernos años, fué ardentísimo devoto de San Pedro Apóstol, y decia muchas veces que solo su nombre le estimulaba á la virtud. Acudía al Santo Apóstol en todas sus necesidades, y siem-

pre lo experimentó benignísimo; y habiendo deseado mucho ir á Roma á visitar sus santas Reliquias, no dándole lugar sus gravísimas y dolorosísimas ocupaciones, vino á él el Santo Apóstol, apareciéndosele visible, y hablándole muy benigno, le quitó los desconsuelos que padecía por no poder ir á visitar y adorar sus santas reliquias. Así favorecen los Santos á sus recomendados, cuando ellos les saben ser agradecidos con una tiernísima devocion; pero muy principalmente los favorecen cuando ellos los siguen con la imitacion de sus virtudes.

La tercera, y principalísima razon de ponernos el nombre de los Santos y Santas, es: que aquel nombre nos sea un incentivo continuo para imitar sus virtudes; que aquel nombre sea una continua reprehension de nuestros vicios. Mira que te llamas Susana, escribe San Gerónimo, con más lágrimas que letras, á una Susana que vivia torpemente: ¡Qué maldad es la tuya manchando con tus torpezas el nombre de aquella Matrona tan casta! Quitate ese nombre que mentirosa usurpas, ó haz con tu castidad lo que con el nombre te llamas: *Nefas est enim Susannam vocari non castam.* (Hieron. *Epist. ad Susan lapsam.*) ¿Cuántos se llaman Juan, que no lo son más que en el nombre? exclama con razon el Crisóstomo: *Vocantur, et alii Joannes, sed non propter nomen sunt id quod vocantur.* ¿Qué importa que se llamen Juan, que quiere decir gracia, si traen el alma llena de culpas? ¡Oh! yo soy uno de esos: puedo decir con verdad lo que añadió por su humildad San Juan Crisóstomo: *Quemadmodum, et ego sum Joannes, sed vocor.* (Crysost. *homil. 52. in Act.*) No soy Juan, aunque me llamen Juan. ¿Y qué hemos de responder tú

y yo, cuando nos haga Dios el cargo que le hizo al Obispo de Sardis, que dicen que se llamaba Zozi-
mo, que quiere decir, *El que vive*: Tengo contra tí:—¿qué delito, Señor, qué delito?—Que yo se muy bien cuáles son tus obras, y que teniendo nombre de que vives, estás muerto: *Quia nomen habes quod vivas, et mortuus es.*—Y en fin, ¿qué te aprovecha dice S. Agustin, tener el nombre de aquello que no eres? *¿Quid tibi prodest vocari, quod no es, et nomen usurpare alienum?* (Aug. *t. 9 lib. de Vita Christ. c. 1.*) ¿Te llamas José? ¿qué es de los aumentos de gracia y buenas obras? ¿Te llamas Miguel? ¿qué es de la pureza? ¿qué es de la humildad de aquel Soberano Archi-Serafin? ¿Te llamas Magdalena? ¿qué es de aquel amor? ¿qué es de aquellas lágrimas por tus culpas? ¿Te llamas Isabél? ¿qué es de la fidelidad de tu Matrimonio? ¿qué es de la liberalidad con los pobres? Cada uno y cada una lo mire con su propio Santo, mientras yo les promuevo esta devocion con el ejemplo:

Del Emperador Oton refiere S. Pedro Damiani, (Petr. Damian. *in Vita S. Rom. cap. 27.* Apud Lyraeum, *in Trib. lib. I. lim. 7.*) tenia en su servicio á un Caballero llamado Bonifacio, muy cercano á él en sangre y mucho más en la privanza, porque era todos los cariños del Emperador, por sus grandes prendas, sábio en todas las artes, diestrísimo en la música y en todos los ejercicios de Caballero eminente; pero en lo de Cristiano no tanto. Salióse éste un dia á divertir al campo, y entre su diversion vió una hermita medio arruinada, que era de San Bonifacio Mártir el Santo de su nombre; ésto le estimuló á entrar allí á hacer oracion, y estando en ella le vino este pensamiento: “¡Válgame Dios! ¿Cómo imito yo á este glorioso Santo,

de quien tengo el nombre? Bonifacio quiere decir el que obra bien, el que hace buenas obras: ¿pues qué obras son las mías? Tanto le confundió este pensamiento, que allí tomó esta cristiana resolución diciendo: ó no me he de llamar Bonifacio, ó lo he de ser: *Aut non dicar Bonifacius, aut ero.* Vase al punto á la Corte, renuncia cuanto tenia, se despidió del Emperador, y por más que éste se lo rehusaba, entra en un Monasterio Camandulense, donde vivió muchos años, y de donde fué promovido á Obispo; y predicando la Fé y siendo Apóstol de los Gascones, dió la vida por Cristo muriendo degollado; y éste es San Bonifacio, Obispo y Mártir, á quien adoramos en los Altares. Tanto pudo el considerar la obligacion de su nombre; *Aut non dicar Bonifacius aut ero.* ¡Oh Santos todos, que con vuestros nombres gloriosos honrais, amparais y empeñais á vuestra imitacion á cada uno de mis oyentes! Vosotros alcanzadles á cada uno el auxilio y la gracia, para que no envano tengan la honra de vuestro nombre. Y tú, Reina de los Santos, cuyo nombre es la dulzura que enamora á los Serafines; que eres la que alumbras con rayos de hermosura á los Angeles, y con luces de enseñanza á los hombres. Tú, cuyo nombre Santísimo comunica la dulzura de devocion á los corazones, reparte las luces de imitacion á las almas y colma en todos nosotros, con los méritos de la gracia, los resplandores eternos de la Gloria.

PLATICA III.

DEL INCOMPARABLE FAVOR QUE DEBEMOS Á DIOS EN HABERNOS HECHO CRISTIANOS.

Abril 20 de 1690.

Del nombre pasamos al sér, y de lo que nos llamamos á lo que somos; y solo por tener el nombre de su Santo, nos sirve ese nombre de alimento y estímulo á imitar sus virtudes; tener, no ya el nombre solo, sino el sér comunicado y participado del mismo Dios, ¿cuánto empeño será para imitar en todas nuestras acciones su santidad? En las casas de grandes Caballeros suelen tomar su apellido, no solo los hijos, sino aun los criados; unos y otros se apellidan Manriquez, Toledos y Cerdas, &c. Pero con mucha distincion, que si en los criados aquel apellido los honra y les gana respeto, y por eso deben en sus acciones mostrar que son criados de una casa tan honrada, en los hijos ¿qué obligacion pondrá? Pues en éstos no se queda solo el nombre, sino que les acuerda el sér tambien de su nobleza: les acuerda que son hijos de aquel á quien deben imitar en lo noble de sus acciones. Ya pues nos pregunta así el Catecismo por nuestro más noble sér: *Pregunto, hermano, ¿sois Cristiano?* Y antes de responder, es menester que advirtamos bien la pregunta: reparen, pues, que no nos pregunta así: *Os llamais Cristiano?* No; porque aunque el llamarse Cristiano es un renombre tan glorioso, tan honrado y tan sublime, será la más terrible deshonra llámarselo quien no

de quien tengo el nombre? Bonifacio quiere decir el que obra bien, el que hace buenas obras: ¿pues qué obras son las mías? Tanto le confundió este pensamiento, que allí tomó esta cristiana resolución diciendo: ó no me he de llamar Bonifacio, ó lo he de ser: *Aut non dicar Bonifacius, aut ero.* Vase al punto á la Corte, renuncia cuanto tenia, se despidió del Emperador, y por más que éste se lo rehusaba, entra en un Monasterio Camandulense, donde vivió muchos años, y de donde fué promovido á Obispo; y predicando la Fé y siendo Apóstol de los Gascones, dió la vida por Cristo muriendo degollado; y éste es San Bonifacio, Obispo y Mártir, á quien adoramos en los Altares. Tanto pudo el considerar la obligacion de su nombre; *Aut non dicar Bonifacius aut ero.* ¡Oh Santos todos, que con vuestros nombres gloriosos honrais, amparais y empeñais á vuestra imitacion á cada uno de mis oyentes! Vosotros alcanzadles á cada uno el auxilio y la gracia, para que no envano tengan la honra de vuestro nombre. Y tú, Reina de los Santos, cuyo nombre es la dulzura que enamora á los Serafines; que eres la que alumbras con rayos de hermosura á los Angeles, y con luces de enseñanza á los hombres. Tú, cuyo nombre Santísimo comunica la dulzura de devocion á los corazones, reparte las luces de imitacion á las almas y colma en todos nosotros, con los méritos de la gracia, los resplandores eternos de la Gloria.

PLATICA III.

DEL INCOMPARABLE FAVOR QUE DEBEMOS Á DIOS EN HABERNOS HECHO CRISTIANOS.

Abril 20 de 1690.

Del nombre pasamos al sér, y de lo que nos llamamos á lo que somos; y solo por tener el nombre de su Santo, nos sirve ese nombre de alimento y estímulo á imitar sus virtudes; tener, no ya el nombre solo, sino el sér comunicado y participado del mismo Dios, ¿cuánto empeño será para imitar en todas nuestras acciones su santidad? En las casas de grandes Caballeros suelen tomar su apellido, no solo los hijos, sino aun los criados; unos y otros se apellidan Manriquez, Toledos y Cerdas, &c. Pero con mucha distincion, que si en los criados aquel apellido los honra y les gana respeto, y por eso deben en sus acciones mostrar que son criados de una casa tan honrada, en los hijos ¿qué obligacion pondrá? Pues en éstos no se queda solo el nombre, sino que les acuerda el sér tambien de su nobleza: les acuerda que son hijos de aquel á quien deben imitar en lo noble de sus acciones. Ya pues nos pregunta así el Catecismo por nuestro más noble sér: *Pregunto, hermano, ¿sois Cristiano?* Y antes de responder, es menester que advirtamos bien la pregunta: reparen, pues, que no nos pregunta así: *Os llamais Cristiano?* No; porque aunque el llamarse Cristiano es un renombre tan glorioso, tan honrado y tan sublime, será la más terrible deshonra llámarselo quien no

lo fuere en sus costumbres. No basta pues, llamarse Cristiano: y así lo que nos pregunta es, si lo somos porque éste es todo nuestro sér, y si este sér no tuviéramos, ¿qué seríamos? ¡Oh Dios!

Cada uno de nosotros tiene dos séres, dice San Agustín: (D. August. t. 5. in 1 Ep. Joan.) tiene el sér de la naturaleza y tiene el sér de la gracia. El uno, ¡qué vil, qué abatido, qué infame! Eso es ser hombre, tierra, gusanos, podredumbre y nada. El otro, ¡qué noble, qué soberano, qué sublime! Esto es ser Cristiano, capaz de recibir y gozar tan Divinos y Soberanos Sacramentos; de conocer tan altos misterios, y capaz en fin de ser heredero de Dios, como hijo suyo adoptivo. El sér de hombre es comun con los idólatras, con los Bárbaros, con los Gentiles que viven como brutos, aun comparado y semejante á los más viles y estúpidos jumentos: *Comparatus est jumentis insipientibus*. No así el sér de Cristiano que lo sublima y eleva sobre todos los más sábios del mundo, y que no solo llega á parear con los Angeles, sino que los mismos Angeles le sirven: *Attendat unus quisque* (dice August.) *quid habeat Christianus: quod homo est, commune cul multis: quod Christianus est, discernitur a multis*. Por hombre apenas alcanzará el conocimiento de las cosas rateras y apocadas de la tierra. ¿Qué alcanzó Aristóteles? Qué supo Platon? Nada, nada, pues no conocieron á Dios; pero por Cristiano, ¿hasta dónde pueden alcanzar sus noticias? Hasta lo más secreto de la Divinidad; pues más propio sér nuestro es el sér Cristiano que el sér hombre. Concluye San Agustín: *Plus ad hominem pertinet, quod Christianus; quam quod homo est*. Pues por eso por este sér, el más noble, el

más soberano, el más sublime, nos pregunta el Catecismo: *¿Sois Cristiano?*

¿Y qué debemos responder á esta pregunta? *Sí, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.* ¿Por quién? ¿Por quién? Volvedlo á decir y á repetir muchas veces. Hombre, ¿por quién eres Cristiano? ¿Por quién eres Cristiana muger?—*Por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.*—Por la gracia de Dios, ¿y no mas?—No mas:—¿qué no por tus méritos? no, pues que ni los tenias antes de nacer, ni despues te bastarán ningunos: ¿qué no por tus gracias? no, pues que muchas más gracias, más hermosas y más discretas, se quedaron en la Gentilidad perdidas: ¿qué no por tu nobleza? ¿qué no por tus padres? ¿qué no por tu casa? no, pues que muchos Emperadores y Reyes, mejores que tú y más nobles, están en el infierno sin Bautismo: ¿qué no por tus riquezas? no, que muchos que fueron dueños del mundo, todos sus tesoros no les valieron para ser Cristianos. Y en fin, ¿qué ni por tu maña, ni por tu diligencia, ni por tus virtudes, ni por tus buenas obras eres Cristiano? no, no: ¿pues por qué? Solo por la mera y espontanea gracia de nuestro Dios y Señor Jesucristo: *Non ex operibus justitiæ, quæ fecimus nos*. El corazon se derrite al oír estas palabras al Maestro de nuestra Fé, S. Pablo: *Non ex operibus justitiæ quæ fecimus nos: sed secundum suam misericordiam salvos nos fecit per lavacrum regenerationis. (ad Titum, cap. 3.)* No por las obras que nosotros hicimos; no porque tuviésemos algunos méritos, sino solo por su infinita misericordia nos hizo salvos en aquel lavatorio, en que nos reengendró en el Bautismo: quiere decir, que habiendo nosotros nacido hijos de maldicion, nos reengendró, haciéndonos allí hijos suyos.

para ser también sus herederos, pues ésto quieren decir estas palabras: *Soy Cristiano por la gracia de mi Señor Jesucristo.* Que no habiendo méritos que me pudieran alcanzar esta infinita dicha; que no habiendo poder que me pudiera conseguir esta dignidad tan suprema; que no habiendo favor, ni humano ni Angélico, que me pudiera valer para llegar á este ser tan soberano, solo Dios por su amor infinito, solo Dios por su infinita misericordia me quiso hacer este favor, este beneficio y esta gracia. ¡Oh, gracias sobre todas las gracias, y que no habíamos de respirar tantas veces cuantas reconocidos las debiéramos agradecer! ¡Que soy cristiano solo, solo por el amor que Dios me tuvo solo porque su bondad quiso comunicarme esta gracia! ¡Oh, no me pidáis ejemplos, que no tiene ejemplo esta gracia! ¡Oh, no me pidáis semejantes, que no tiene esta gracia semejante!

Aquí se abisma todo el espíritu de San Pablo: aquí pierde pié, y se anega todo el entedimiento de un Agustino: aquí se sume en un infinito mar de misericordias toda la consideracion de los Santos. Y para que nosotros hagamos algun concepto, veamos de parte de Dios lo que nos dá, y de parte de nosotros lo que recibimos: De parte de Dios, no solo nos hizo Cristianos, sino que nos escogió, nos entresacó, nos apartó para que lo fuéramos de entre millares de millones de hombres: *Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem ut essemus sancti. (Ad Ephes.)* Antes de criar el mundo vió Dios los méritos de Jesu-Cristo, vió su Sangre vertida y vió los infinitos tesoros de su muerte. Por otra parte vió todo el monton de millones de hombres que estaban por el pecado condenados, y de todo aquel monton, dejando innumerables que

muriesen en la Gentilidad, nos escogió, nos entresacó á nosotros, para que siendo Cristianos, pudiésemos gozar de aquellos méritos. ¡Oh Dios! Dime ahora Cristiano, ¿que vió Dios en tí y en mí, para que antes de tener ser y vida, antes de que hubiese mundo, nos tuviese ya elegidos en sus amorosos y eternos decretos para ser Cristianos? ¡Mira cuántos millones de hombres han muerto gentiles desde el principio del mundo hasta este día, y cuántos morirán en lo venidero! ¿Cuántos? Todos están en el infierno.... Pues dime, ¿que vió Dios en tí y en mí, más que en tantos Gentiles y en tantos Filósofos, en tantos Emperadores y Emperatrices, y en tantos Reyes y Reinas, que murieron idólatras; y ¿que á tí, pobrecita muger hecha un remiendo toda; que á tí, pobrecito criado que todos te dán de pié; que á tí, hombre y á tí muger desconocidos; que á vosotros y á mí, á tantos beneficios ingratos, nos criase Dios en tierra de Cristianos, pudiendo habernos criado en tierra de Moros, nos lavase con el agua del Santo Bautismo, nos rubricase con su Sangre, nos alimentase con sus Sacramentos, nos recogiese en el redil de su Santa Iglesia, y nos enobleciese con el noble, y glorioso ser de Cristianos? ¿Por qué? ¿Por qué? Reduzco más á los ojos esta explicacion: ¿Cuántos, y cuántas de mis oyentes habrán tenido hermanos que se concibieron en aquel mismo vientre que ellos, y ya que murieron en el vientre ó que murieron al nacer, no alcanzaron las aguas del Bautismo? Dime ahora, ¿por qué á tu hermano que se concibió en el mismo vientre que tú, nacido de unos mismos padres, y aun no pocas veces en el mismo parto, le negó Dios que fuese Cristiano, le negó su vista para siempre, y á tí te lo concedió? ¿Por qué? ¡Oh amor infinito! Aquí,

derretido el corazón de Agustino, deja todos los discursos de su entendimiento y se deshace todo en agradecimientos hácia su infinito Bienhechor: *Video innumerabilibus hominibus hoc negatum, quod mihi gratulor esse concessum.* (D. Aug. l. de Dilig. Deo, t. 9.) ¿Pues por qué deja todos aquellos? ¿Por qué te escogió á tí para ser Cristiano? Ya lo dice Agustino: porque con todos aquellos quiso usar de su justicia, contigo quiso emplear toda su gracia: *Illi vocati sunt per justitiam; ego vocatus per gratiam.* Pues miren ya con cuánta razón decimos en el Catecismo, *Soy Cristiano por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.*

El Emperador Claudio, habiendo sido parte en la muerte de su antecesor, y temiendo él la suya, corrió tan asustado que no hallando dónde esconderse, se revolvió y rebujó todo en la antepuerta de un salón de Palacio; y tan fuera de sí con el miedo de la muerte, que no solo quiso esconderse en una puerta, lugar tan público, sino que dejándose todos los pies descubiertos, le parecía que estaba muy bien escondido. Viene furioso un Soldado buscando al agresor con la cuchilla desnuda, llega á la antepuerta, descúbrele, y al punto Claudio pónese de rodillas á esperar la muerte. Y entonces el Soldado, cogiéndolo sobre sus hombros, sale diciendo á gritos: *¡Claudio Emperador, Claudio Emperador!* Siguelen las Legiones de los Soldados y pónenle en la cabeza la Corona: ¡Qué dicha! diréis, ¡qué dicha! Cuando estaba él esperando la muerte, entonces le eligen y le ponen la Corona de Emperador. ¡Qué dicha! y ahora Claudio está en el infierno, ya todo su imperio pereció. La nuestra sí que es dicha: la nuestra sí que es gracia; que cuando estábamos condenados á eterna muerte por la culpa,

entonces, entonces nos eligió Dios para la más gloriosa Corona, para el Trono más soberano, para el Imperio eterno. Eso es habernos elegido para ser Cristianos: *Soy Cristiano por la gracia de mi Señor Jesucristo.*

¿Y qué recibimos nosotros con esa gracia? ¿Qué? Todas, todas las demás gracias que no hay lengua humana ni Angelica, que pueda alcanzar á explicarlas. Hízose Dios hombre, ¡infinito beneficio! Murió por los hombres, ¡inmenso favor! Se quedó en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: ¡indecible fineza! Dejó en su Iglesia patentes las puertas de los Sacramentos, por donde podamos adquirir su gracia: no hay palabras con que explicar lo infinito de estos beneficios. Sí; pero decidme ahora, ¿todos esos gentiles, idólatras, bárbaros, que murieron en su gentilismo, gozaron de estos beneficios? No. ¿Por qué? Porque no fueron Cristianos. Ah, luego el ser Cristiano es la llave, es la puerta por donde entramos á gozar tan infinitos beneficios. Decidme, si estando enfermo, y ya para morir sin ningún remedio, entrara una persona con un cofrecito de acero bien fornido y bien cerrado, y os dijera: en este cofrecito está una medicina tan eficaz, que sin ninguna duda os diera la vida, sanaréis al punto con ella; pero la llave no parece, y el cofrecito no hay fuerzas humanas que lo abran. ¡Oh Dios! qué ansias, qué diligencias no hicierais porque pareciese la llave. ¿Qué no dierais por ella? Y si se hallara, ¿cuánto la estimaríais? ¡Oh! si en esta llave está mi vida, y con ella todo cuanto en ella puedo gozar, ¿quién no la ha de estimar mucho? ¿Pues quién no estima, quién no agradece infinito el ser Cristiano? Esta es la llave con que entramos á gozar en la Iglesia la vida

que teníamos perdida, y la que con esa vida de gracia podemos participar y gozar todos los beneficios de Dios: el premio infinito de su Sangre, los infinitos méritos de su muerte, la luz de su doctrina, la Fé de sus Misterios, el fruto de sus Sacramentos y los inmensos goces de su gloria. Pues si el ser Cristiano es la gracia por donde participamos y gozamos todas las gracias de Dios, con mucha razon decimos: *Soy Cristiano por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.* Que de negro tizon que yo era, preparado para el infierno, no me libró solo de tal infamia, de tal deshonra y de tal pena, sino que me escogió para que yo fuera su hermano y para que participara con él de su Corona. ¡Oh, si con los ojos del cuerpo viéramos lo que es un niño antes de bautizarlo, y lo que pasa á ser al punto que por el Bautismo entra á ser Cristiano; qué estimacion tendríamos de un sér tan sublime.

Por ésto en algun modo lo quiso mostrar Dios en el caso que yo refiero y lo cuenta San Antonio de Florencia: (3. p. *Hist. tit. 10. cap. 8. §. 9.*) Casano, Rey de los Tártaros, habiendo salido con poderoso Ejército de su reino, llenó de estragos los Países convecinos, y de espanto los más apartados. En esta ocasion envió su Embajador al Rey de Armenia, pidiéndole por muger á una hija suya, en quien competian la belleza y la honestidad. Negarla era perderse, y darla era perderla: todo le dolia al Armenio, viéndose obligado á entregar á su hija hermosa, honesta y discreta, y sobre todo Cristiana, á un Rey Gentil y bárbaro. Pero asentado en fin, que la habia de dejar vivir en la Cristiana Ley que profesaba, se ajustó el Matrimonio, y pasado tiempo, llegándose á la Reina el primer parto, cuando el Rey y el Reino ansiosos esperaban

que les daría un hijo que fuese un retrato de su hermosura, la pobre Reina, despues de terribles dolores dió á luz un bulto que en lo deforme, en lo feo, en lo abominable, apénas se conocia ser hombre; tan negro y atezado, que ponía horror el verlo. Imaginaos cuál seria la confusion de la pobre Reina, cuál la de toda su Corte, cuál la de Casano, que ardiendo en cólera y teniendo ésto por indicio de que su mujer era adúltera, mandó al punto que hiciesen una gran hoguera, y que allí á la madre y al hijo los quemasen vivos. Ni valieron los gemidos, las lágrimas y los juramentos de la desventurada Reina, con que afirmaba su inocencia. Y ya la llevaban al infame y terrible suplicio. Sale, ¡oh, qué lastimoso espectáculo! la inocente Reina cercada de tropas, de Soldados, de Ministros y de Guardias: caminan por medio de la Ciudad motivando lástimas aun á los más duros corazones: llegan al lugar del suplicio, donde preparada la hoguera, la esperaba ya la muerte. Entónces ella toda deshecha en lágrimas: Dejadme siquiera, les dice, que yo le dé el primero y último abrazo al hijo que nació de mis entrañas. No fué poco conseguirlo de la fiereza de los Ministros. Coge en sus brazos aquel más fiero monstruo que niño. “¡Oh, hijo de mis entrañas, dice ahogando entre sollozos sus palabras: entendia yo que tenia contigo encerrado en mi vientre un Príncipe, y veo que no era sino un condenado! Deseaba ya darte á luz para la Corona, y no saliste sino á la muerte ¡Oh, prenda de mi corazon, qué desgraciado naciste, pues que sin más delito que nacer, tú pierdes la Corona y á mí me quitas la honra, la Corona y la vida! ¡Oh, nunca nacieras para tantas desdichas! mas ya que has perdido el reino de la tierra, ¡oh,

no lo pierdas todo! lograrás el del Cielo. Y sí Casano no te quiere reconocer por su hijo, lograrás el ser hijo de Dios." Dijo, y tomando un vaso de agua le bautizó; y al punto, ¡o maravilla! lo mismo fué correrle por la cabeza las aguas del Santo Bautismo que, mirándolo todos ir quedando el niño tan hermoso, tan agraciado y tan bello como un Angel, levantóse el clamor del regocijo en los unos; y enmudeció á los otros el pasmo y la admiracion. Y Casano, corrido de lo que habia juzgado, no solo restituyó con mucha honra la Reina á su Palacio, sino que él con grande parte de su Reyno se hizo Cristiano. Ves aquí, pues, patente una vez á los ojos lo que siempre sucede en nuestras almas cuando recibimos las aguas del Santo Bautismo, cuando conseguimos la infinita dicha de ser Cristianos. Nacimos con la fealdad suma é infinita del pecado, denegridos y feos como esclavos del demonio, y por ésto estamos condenados á arder en las eternas llamas. Llega el Bautismo, recibimos sus aguas, ¿y qué nos sucede? Que al punto recibimos la infinita hermosura de la gracia, que no solo nos libramos de las llamas á que estamos condenados, sino que el Rey del Cielo nos adopta y nos reconoce ya por hijos suyos. ¡Oh, Jesus de mi vida! ¿cómo te agradecemos este tan infinito beneficio? ¿cómo te correspondemos á esta infinita gracia con que dejando á tantos, á nosotros nos escogiste para ser Cristianos? A hacerlo nada te movió, sino tu amor, ¿pues dónde está nuestro amor para corresponderlo? A tí, aunque yo no fuera Cristiano, nada te faltaria de tu infinita gloria: á mí, si yo no fuera Cristiano, toda tu gloria me faltara, todo el infierno me esperara. Pues si tú me diste el ser Cristiano, para que así consiguie-

ra tu gracia, ¿por qué no he de procurar yo ser Cristiano de modo que llegue á lograr los infinitos bienes de tu gloria?

PLATICA IV.

DE LA DIGNIDAD Y OBLIGACIONES DEL CRISTIANO.

Abril 27 de 1690.

AL paso que sube la dignidad, crece la obligacion: cargo y carga, en una letra sola se distinguen en nuestra lengua; y en Latin, *honor*, que quiere decir honra, letra y media no más lo distingue de *onus*, que quiere decir peso. Está, pues, junta la dignidad y la honra con el peso, con la obligacion y con la carga. Así, pues, como la dignidad de ser Cristiano es la mayor y la más sublime que puede haber en la tierra, así sus obligaciones son las más apretadas y las más estrechas. De una y otra he de hablar ahora, travando la pregunta pasada con la que hoy se nos sigue del Catecismo. Vimos ya tres razones, por las cuales decimos, *Soy Cristiano por la gracia de mi Señor Jesucristo*. Hoy, para explicar aquella palabra, *por la gracia*, nos resta la cuarta razon, y ésta se toma de la dignidad: Acostumbran los Reyes y Emperadores, los Prelados y Obispos en sus Edictos, Provisiones y Cédulas, empearlas así: *Don Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, etc. Don Francisco de Aguiar, y*

no lo pierdas todo! lograrás el del Cielo. Y sí Casano no te quiere reconocer por su hijo, lograrás el ser hijo de Dios." Dijo, y tomando un vaso de agua le bautizó; y al punto, ¡o maravilla! lo mismo fué correrle por la cabeza las aguas del Santo Bautismo que, mirándolo todos ir quedando el niño tan hermoso, tan agraciado y tan bello como un Angel, levantóse el clamor del regocijo en los unos; y enmudeció á los otros el pasmo y la admiracion. Y Casano, corrido de lo que habia juzgado, no solo restituyó con mucha honra la Reina á su Palacio, sino que él con grande parte de su Reyno se hizo Cristiano. Ves aquí, pues, patente una vez á los ojos lo que siempre sucede en nuestras almas cuando recibimos las aguas del Santo Bautismo, cuando conseguimos la infinita dicha de ser Cristianos. Nacimos con la fealdad suma é infinita del pecado, denegridos y feos como esclavos del demonio, y por ésto estamos condenados á arder en las eternas llamas. Llega el Bautismo, recibimos sus aguas, ¿y qué nos sucede? Que al punto recibimos la infinita hermosura de la gracia, que no solo nos libramos de las llamas á que estamos condenados, sino que el Rey del Cielo nos adopta y nos reconoce ya por hijos suyos. ¡Oh, Jesus de mi vida! ¿cómo te agradecemos este tan infinito beneficio? ¿cómo te correspondemos á esta infinita gracia con que dejando á tantos, á nosotros nos escogiste para ser Cristianos? A hacerlo nada te movió, sino tu amor, ¿pues dónde está nuestro amor para corresponderlo? A tí, aunque yo no fuera Cristiano, nada te faltaria de tu infinita gloria: á mí, si yo no fuera Cristiano, toda tu gloria me faltara, todo el infierno me esperara. Pues si tú me diste el ser Cristiano, para que así consiguie-

ra tu gracia, ¿por qué no he de procurar yo ser Cristiano de modo que llegue á lograr los infinitos bienes de tu gloria?

PLATICA IV.

DE LA DIGNIDAD Y OBLIGACIONES DEL CRISTIANO.

Abril 27 de 1690.

AL paso que sube la dignidad, crece la obligacion: cargo y carga, en una letra sola se distinguen en nuestra lengua; y en Latin, *honus*, que quiere decir honra, letra y media no más lo distingue de *onus*, que quiere decir peso. Está, pues, junta la dignidad y la honra con el peso, con la obligacion y con la carga. Así, pues, como la dignidad de ser Cristiano es la mayor y la más sublime que puede haber en la tierra, así sus obligaciones son las más apretadas y las más estrechas. De una y otra he de hablar ahora, travando la pregunta pasada con la que hoy se nos sigue del Catecismo. Vimos ya tres razones, por las cuales decimos, *Soy Cristiano por la gracia de mi Señor Jesucristo*. Hoy, para explicar aquella palabra, *por la gracia*, nos resta la cuarta razon, y ésta se toma de la dignidad: Acostumbran los Reyes y Emperadores, los Prelados y Obispos en sus Edictos, Provisiones y Cédulas, empearlas así: *Don Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, etc. Don Francisco de Aguiar, y*

Ceyjas, por la gracia de Dios y de la Santa Silla Apostólica, Arzobispo de México, etc. Y con aquella palabra, *por la gracia de Dios*, dán á entender que una honra tan sublime, como tener la Corona de España; que una Dignidad tan soberana, como una Mitra, fué un especialísimo favor, una muy singular gracia que Dios les quiso hacer; porque aunque todo cuanto somos y cuanto tenemos, es por favor y gracia de Dios; esta reluce mas, y se ostenta en dar un puesto el más levantado, una Dignidad tan soberana al que pudiera haberle dejado muy olvidado y abatido. Así, pues, con mucha más razon decimos, *Soy Cristiano por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo*, pues esta Dignidad es la mayor de todas cuantas puede haber en la criatura: *Nemo major, nisi Christianus.* (Tert. lib. de Præs Hæret. 3.) decia Tertuliano. Busque títulos la vanidad; invente renombres la soberbia; mienta adjetivos la adulacion: al uno llamaban Asiático, porque sujetó al Asia; al otro Africano, porque ganó la Africa. A este Magno, á aquel Augusto. Todo es mentira, dice Tertuliano: ninguno es mayor, sino el que es cristiano. ¿Saben cuánto más? Lo que vá de ganar al Africa á ganar el Cielo: lo que vá de una Corona y un Reino de la tierra que con la muerte, á mas tardar, se ha de acabar, á ganar una Corona y un reino que será eterno. Pues eso es ser Cristiano, ser Rey para la eternidad: *Fecisti nos Deo nostro Regem: et regnavimus* (Apoc. 5.) Mi Padre San Pedro nos decia á todos los Cristianos, juntando en una ambas dignidades: *Vos autem genus electum, regale sacerdotium.* Vosotros sois linage escogido, Sacerdocio Real. San Luis Rey de Francia nació y fué bautizado en una casa de placer, llamada Poysi; y des-

pues no tenia más delicias que irse á esta Quinta con mucha frecuencia, y solia decir que allí le habia hecho Dios el mayor beneficio y la mayor dignidad que habia recibido en la tierra. Oyéndolo un privado suyo, le dijo: ¿Pues dónde deja V. Magestad la Ciudad de Rems, donde fué ungido y coronado Rey de Francia? Andad, replicó, en Rems recibí la Corona de Francia que presto dejaré con la vida; pero en Poysi recibí con el Bautismo la Carona del Cielo, más gloriosa que todas las coronas del mundo. Y por ésto mismo en muchos Despachos suyos se firmaba *Luis de Poysi*, apreciando más aquella memoria que los apellidos da su real Sangre, que todos los señoríos de su Corona. Así estimaba aquel Rey Santo el ser Cristiano.

¿Mas qué mucho que así lo estimara, si aun los Angeles, si fueran capaces de ella, nos tuvieran envidia cuando nos ven gozar y recibir el verdadero Cuerpo y Sangre de nuestro Dios, deshaciéndose ellos en ardientes deseos, en amorosas ansias, por gozar lo que nosotros recibimos en el Santísimo Sacramento, con tan poca disposicion y tanta tibieza? Pues esta es nuestra dignidad, que llega á lo que no alcanzan los Angeles. Y lo que es más, ¿puede ser dignidad mayor, más suprema, más soberana, que la de ser Madre de Dios en María Santísima? Pues oigan á San Agustin: *Felicior fuit Maria recipiendo Fidem Christi, quam concipiendo carnem Christi.* Más feliz, más dichosa fué María en recibir la Fé de Cristo, que en concebir en sus entrañas la carne de Cristo. Más dichosa fué María Santísima en ser Cristiana, que en ser Madre de Dios. ¡Oh, si yo pudiera detenerme en ésta ponderacion! ¿Y habrá con esto

quien en todas sus acciones no se glorié, no se precie de ser Cristiano? ¿Habrà quien haciendo un pecado mortal, por parecer hombre de bien, se avergüence de parecer Cristiano en lo ajustado de sus costumbres? ¿Habrà muger, que por parecer hermosa, decidora, ó discreta, quiera no parecer Cristiana? ¡Oh, Dios! Que todas cuantas honras puede haber en el mundo, en solo ésta se contienen todas y se cifran. El Emperador Carlos V., estando en treguas con Francisco I., escribióle no sé qué Despacho, en que iban escritos los títulos de sus señorío, esos que todos sabemos: *Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de Navarra, de Sicilia, de Cerdeña, etc.* Leyólo el Rey Francisco, é impaciente, no sé si diga que envidioso, puso en su respuesta: *Francisco, Rey de Francia, Rey de Francia, Rey de Francia;* y fue lo repitiendo tantas veces quantos allí había títulos, hasta que concluyó con el último: *Rey de Francia, que solo esto vale más que todos los Imperios.* ¡Y qué engañado lo pensó! mejor lo discurría en ser Cristiano su revisabelo San Luis; y mejor lo pensó aquel otro Santo Diácono, que se llamaba Santo, y mostró bien el serlo cuando persiguiendo la cristiandad Antonio Vero, llamado delante del tirano le preguntan: ¿quién eres?—Cristiano—¿Cómo te llamas?—Cristiano.—¿Cuál es tu ejercicio?—Cristiano.—No le pudieron sacar otra palabra entre los tormentos, las *catastas* y *garruchas*, hasta que ya al espirar, entre los últimos alientos, dijo: No os canséis que nada soy, sino Cristiano, Cristiano, Cristiano. ¡Oh, ser soberano! ¡Oh, ser el más glorioso que hay debajo del Cielo! No le dan tantos tormentos al que porque no le digan *mochio*, se avergüenza de parecer cristiano. Pues esta es la ma-

yor honra, la mayor dignidad que se puede conseguir en la tierra. Y por eso muchos de aquellos primitivos Cristianos, escribe Procopio, (*Procop. in c. 44 Isaiae*) traen en las manos grabado y escrito el nombre de Cristo, ó para tenerlo siempre en la memoria, ó para mostrarlo siempre en las obras, ó para mostrar á todos que eran Cristianos.

Pero pregunto yo ahora: ¿Quién de los que estamos aquí es Cristiano? ¡Oh, qué pregunta! No, no se me ofendan, que yo bien sé lo que todos me responderán á mí; pero para que cada uno vea lo que ha de responder á Dios en su Tribunal, veamos cuáles son las obligaciones que debe cumplir el que ha de decir con verdad que es cristiano: ¿*Qué quiere decir cristiano?* Responde el catecismo: *Hombre que tiene la Fé de Cristo, que profesó en el santo Bautismo.* Bien en breve lo dijo; pero aun juzgara yo que sobran la mitad de estas palabras, porque con decir: Cristiano es el que tiene y profesa la Fé de Cristo, ¿no bastaba? Parece que sí; porque en eso nos distinguimos de los Herejes y de los Gentiles, que aquellos no tienen la Fé de Cristo. ¿Para qué añade aquellas palabras, *Qué profesó en el santo Bautismo?* ¿Saben para qué? Para que no solo advirtamos cuánta es nuestra dignidad, sino tambien cuánta es nuestra obligación. Llevan á bautizar á un niño, ó á un adulto; y ¿cuál es la primera pregunta? Dígaslas todas en romance: Qué pides á la Iglesia? Y responde: La Fé—Pues la Fé, ¿qué te ha de dár?—La vida eterna.—Pues si quieres con la Fé entrar en esa vida eterna, has de guardar los Mandamientos.—Soy contento—Pues recibe la Fé de los Celestiales Preceptos, y has de ser tal en tus costumbres, que puedas ser templo de Dios. Pasan luego á las

Oraciones, y Ceremonias Santas de la Iglesia, y vuelven otra vez á preguntar: ¿Renuncias á Satanás?—Lo renuncio. (Cristianos, atención á estas respuestas, que nos las están oyendo los Angeles, y han de ser testigos delante de Dios de lo que respondemos y de cómo cumplimos aquello á que nos obligamos)—¿Renuncias todas sus obras?—Las renuncio.—Hecha esta tan solemne renunciación, bautizan á la criatura. ¿Y luego? Le ponen una vestidura blanca, diciéndole estas palabras: Recibe esta vestidura blanca, y mira que la has de llevar sin mancha al Tribunal de Cristo. Pónenle en las manos una candela encendida, y le dicen: Toma esta candela, y con cuya luz veas cómo has de conservar inviolable la gracia del Bautismo; cómo has de guardar los Divinos Mandamientos, para que cuando el Señor venga á juzgarte, te halle con la luz encendida, para que puedas entrar con él á las bodas de la vida eterna. Esta es, pues, la Fé de Cristo que profesamos en el bautismo. Pregunto ahora, hombre; pregunto ahora, muger: ¿tiénes esta Fé que profesaste en el Bautismo? Profesaste allí recibir la Fé de los Celestiales Preceptos y de cumplir los Divinos Mandamientos. ¿Lo cumplís? Profesásteis vivir con tan puras costumbres, que pudierais ser templo aseado y limpio, en que Dios habite. ¿La cumplís? Profesásteis renunciar al demonio, renunciásteis todas sus obras, renunciásteis todas sus pompas. ¿Lo cumplís? Profesásteis el uniros á Cristo para nunca apartaros de él, ni divorciaros de su gracia. ¿Estais ahora unidos con Cristo? Profesásteis de guardar aquella vestidura del alma, blanca, pura, y sin mancha de pecado mortal. ¿Tiéne ahora estas manchas esa vuestra vestidura? Profesás-

teis en fin, de guardar siempre aquella luz encendida de la Fé, para atender y guardar los Divinos Preceptos, y conservaros en la gracia: ¡Oh! ¿cómo está ahora esa luz? ¿cómo está? ¡Oh, obligaciones del Cristiano! Yá, pues, esta es la Fé de Cristo que profesásteis en el Bautismo.

Y si Cristiano es aquel que tiene la Fé de Cristo que profesó en el Santo Bautismo, vuelvo otra vez á preguntar: ¿Sois Cristianos? Mirad bien lo que respondeis; porque os tiene prevenido, no ménos que el Evangelista San Juan, un muy claro mentis que estrellaros en la cara: *Qui dicit se nosse Deum, et mandata, ejus non custodit, mendax est* (Joan Ep. 1. c. 2.) El que dice que conoce á Dios y no guarda sus Mandamientos, miente, miente.—Padre, yo muy malo soy, ya lo veo; pero creo firmemente en Dios y en todos sus soberanos Misterios.—Eso mismo hacen los demonios, dice el Apóstol Santiago. (Jacob Ep. cap. 2.) Los demonios tambien creen: *Et demones credunt*.—Sí; pero yo tengo en el alma la Fé sobre natural, é infusa en el Bautismo.—Bien; pero mostradme esa Fé en las obras. No hay buenas obras. ¿Pues sabéis cómo está vuestra Fé? Aguardad: ¿no habeis visto muchas veces un enfermo de una terrible apoplexia? ¿Cómo está? como un tronco, como un muerto. ¿Fulano? ¿ha, fulano? no oye. Decidle: levantad el brazo, apretadme la mano, y no puede. Si le dán recias ligaduras, no siente. ¡Válgate Dios! ¿Este hombre está vivo? Sí: ¿pero en qué se distingue de un muerto? El alma absor-ta y sin entender; los sentidos suspensos y sin ejercicio; el cuerpo todo yerto, pálido y sin el menor movimiento: ¿en qué se distingue de un muerto? Segun lo presenté, en nada. Tal no puede

éste mover un brazo como no lo puede mover un cadáver; tan sordo está, tan ciego y mudo, como está sordo, ciego y mudo el que ya está muerto; y solo se distingue en que si escapa de este mal tan terrible, podrá despues ejercitar las funciones de la vida que ahora no ejercita. Pues así está tu Fé, Cristiano, que en pecado mortal no haces una sola obra meritoria: así está tu Fé, Fé con apoplexia, Fé, que no se mueve, Fé como muerta: *Fides sine operibus mortua est*, dice Santiago. ¿Pues de qué te servirá haber tenido de ese modo la Fé? De que sean tus pecados más graves que los de los Gentiles; de que seas tú peor que un idólatra: *Omnibus pejus vivunt mali Christiani*, dijo San Agustín: *et talibus plena est Ecclesia* (D. Ag. in Psalm. 30.) y de que sea tu condenacion más terrible, y de que sean en el infierno tus tormentos, con innumerables excesos, más crueles que los que allí padecerán los que nunca conocieron á Dios. Así se lo dijo al Gran Macario una calabera que le habló en el desierto. (*Spec. Exempl. vers Infernus, exempl. 3.*) Ya, pues, si tienes la Fé muerta sin hacer ninguna obra buena; si tienes perdida la caridad, que es la vida del alma; si tienes perdida la gracia, que te hacia hijo de Dios; y si todas las virtudes tienes perdidas con tantos pecados mortales, ¿te atreverás todavía á decir que eres Cristiano?

Pues antes que lo digas, oye un ejemplo que hará estremecer corazones de bronce. No es menos que el Doctor Máximo, y Padre de las Escrituras San Gerónimo, (Sanct. Hier. *Ep. 22. Eustoch. cap. 13.*) el que lo refiere, y lo refiere de sí mismo; y así lo diré con sus palabras mismas con que lo cuenta á la Virgen, Eustoquio: "Años há,

le dice, que habiendo dejado á Roma, á mi casa, padres, parientes y amigos, por buscar el Cielo, me retiré á Jerusalem á macerar mi cuerpo en continuos ayunos, por los convites con que antes habia atendido á su regalo. Pero habiendo dejado por Dios todo, solo mis libros no tuve ánimo, ni corazon para dejarlos. Era en mi soledad el leer á Cicerón el saynete de mis ayunos, y cuando despues de largas vigiliias, en que con amargas lágrimas de mi corazon procuraba lavar mis pasadas culpas, para aliviar algun rato, leyendo á Cicerón me divertia; de aquí vino que cuando pasaba á leer en las Divinas Escrituras, aquel estilo tan lleno como verdadero, tan sincero como puro, me ponía tédio, me daba en rostro. ¡Miserable de mí! que echaba ya al Sol la que no era culpa, sino de mis ojos. Cuando hé aquí que con un tabardillo á pocos días, estando ya á la muerte, de repente arrebatado mi espíritu me hallé delante de un Tribunal tan cercado de resplandores y magestad, que ni á levantar los ojos me atrevia. ¿Quién eres? me preguntó aquel Juez Soberano, y yo temblando todo respondí: Señor, yo soy Cristiano.—Mientes, me replicó con una voz terrible, tú no eres Cristiano, sino Ciceroniano.—Y al punto mandando á sus Ministros que me azotasen, empezaron á descargar sobre mis espaldas terribles azotes: y siendo tales, me atormentaban más los azotes de mi propia conciencia, y clamaba: Señor, ten misericordia de mí. Estas voces se oían entre los golpes de los azotes que no cesaban. Hasta que postrados ante el Tribunal aquellos mismos Ministros me recabaron el perdon, con palabra que dí de no leer más aquellos libros. Testigos son de que no fué sueño aquel Tribunal tan terrible, los cardenales y las

llagas que quedaron en mis espaldas" Fieles, si á un San Gerónimo, habiendo dejado el mundo, habiéndose metido en una soledad, ayunando los días, velando y llorando sus culpas las noches, solo porque disgustaba de las Divinas Escrituras por leer á Cicerón, le niegan el nombre de Cristiano, y con azotes tan terribles le castigan: ¿qué esperas tú, y que espero yo con tantas culpas? ¿Qué hemos de responder cuando al arrancárenos el alma nos hallemos en aquel tremendo Tribunal? Hombre, ¿eres Cristiano? ¿Eres Cristiana, muger? Allá pensad esta pregunta. ¡Oh, y lo seamos en las costumbres, como lo somos en la dignidad! ¡Oh, y lo seamos en la vida, como lo somos en la Fé! ¡Oh, y lo seamos en los buenos ejemplos, como lo somos en la profesion! No nos avergoncemos de parecerlo, pues de serlo con tanta razon nos preciamos. Démosle la gloria á Dios con ser y parecer Cristianos; pues Dios con ser Cristianos nos dá la gracia, para que podamos conseguir la gloria.

PLATICA V.

DEL CAMINO QUE NOS ENSEÑO LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ.

Mayo, 4 día de la Ascension del Señor, año de 1690.

Nos cayó la Cruz en su día; quiero decir, la explicacion de la señal de la Santa Cruz, que es la que nos sigue hoy á explicar en el día de la As-

cencion gloriosa de nuestro Redentor, que celebramos.—¿Pues qué el día de la Ascencion, que todo es de regocijos y de glorias, es el día propio de la Cruz, que todo fué amarguras y penas?—Digo que sí: y antes de satisfacer á esto que me proponen, quiero responder á lo que me callan, que en la explicacion de la Doctrina es menester adivinarle á cada uno los pensamientos. Yá, pues más de dos estatarán contra mí pensando que no es esto lo que se sigue á explicar, porque habiendo explicado quién es Cristiano, y las obligaciones del Cristiano, la pregunta que luego se sigue en el Catecismo es: *¿Quién es Cristo?* Luego esto es lo que hoy se debiera explicar.—Respondo que esta pregunta con las otras cuatro ó cinco que se le siguen, pertenecen al Soberano Misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Y teniendo este Misterio su principalísimo lugar en el Credo, déjenme ahora en depósito esas preguntas, que como buen pagador, sin que sea menester que me ejecuten, pagaré á su tiempo; y no será muy dilatado el plazo, pues digo que pagaré dentro de un Credo. Y ahora muy á atempo prosigue preguntándonos así el Catecismo: *¿Cuál es la insignia y señal del Cristiano?* Y responde: *La Santa Cruz.* ¿La santa Cruz es nuestra señal? ¿Pues quién nos la dió? ¿quién nos la puso? ¿quién hizo esa señal nuestra?—¿Saben quién? El mismo Jesucristo, y no en otra ocasion, dicen gravísimos Doctores, sino en el día de su Ascencion gloriosa á los Cielos. Miren si dije bien que el día de la Ascencion era el día propio de la señal de la Cruz. Juntos, pues, tal día, como hoy, con María Santísima los Apóstoles y Discípulos, y aquellas devotas y santas mugeres, en el Monte Olivete, á donde nuestro Re-

llagas que quedaron en mis espaldas" Fieles, si á un San Gerónimo, habiendo dejado el mundo, habiéndose metido en una soledad, ayunando los días, velando y llorando sus culpas las noches, solo porque disgustaba de las Divinas Escrituras por leer á Cicerón, le niegan el nombre de Cristiano, y con azotes tan terribles le castigan: ¿qué esperas tú, y que espero yo con tantas culpas? ¿Qué hemos de responder cuando al arrancárenos el alma nos hallemos en aquel tremendo Tribunal? Hombre, ¿eres Cristiano? ¿Eres Cristiana, muger? Allá pensad esta pregunta. ¡Oh, y lo seamos en las costumbres, como lo somos en la dignidad! ¡Oh, y lo seamos en la vida, como lo somos en la Fé! ¡Oh, y lo seamos en los buenos ejemplos, como lo somos en la profesion! No nos avergoncemos de parecerlo, pues de serlo con tanta razon nos preciamos. Démosle la gloria á Dios con ser y parecer Cristianos; pues Dios con ser Cristianos nos dá la gracia, para que podamos conseguir la gloria.

PLATICA V.

DEL CAMINO QUE NOS ENSEÑO LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ.

Mayo, 4 día de la Ascension del Señor, año de 1690.

Nos cayó la Cruz en su día; quiero decir, la explicacion de la señal de la Santa Cruz, que es la que nos sigue hoy á explicar en el día de la As-

cencion gloriosa de nuestro Redentor, que celebramos.—¿Pues qué el día de la Ascencion, que todo es de regocijos y de glorias, es el día propio de la Cruz, que todo fué amarguras y penas?—Digo que sí: y antes de satisfacer á esto que me proponen, quiero responder á lo que me callan, que en la explicacion de la Doctrina es menester adivinarle á cada uno los pensamientos. Yá, pues más de dos estatarán contra mí pensando que no es esto lo que se sigue á explicar, porque habiendo explicado quién es Cristiano, y las obligaciones del Cristiano, la pregunta que luego se sigue en el Catecismo es: *¿Quién es Cristo?* Luego esto es lo que hoy se debiera explicar.—Respondo que esta pregunta con las otras cuatro ó cinco que se le siguen, pertenecen al Soberano Misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Y teniendo este Misterio su principalísimo lugar en el Credo, déjenme ahora en depósito esas preguntas, que como buen pagador, sin que sea menester que me ejecuten, pagaré á su tiempo; y no será muy dilatado el plazo, pues digo que pagaré dentro de un Credo. Y ahora muy á atempo prosigue preguntándonos así el Catecismo: *¿Cuál es la insignia y señal del Cristiano?* Y responde: *La Santa Cruz.* ¿La santa Cruz es nuestra señal? ¿Pues quién nos la dió? ¿quién nos la puso? ¿quién hizo esa señal nuestra?—¿Saben quién? El mismo Jesucristo, y no en otra ocasion, dicen gravísimos Doctores, sino en el día de su Ascencion gloriosa á los Cielos. Miren si dije bien que el día de la Ascencion era el día propio de la señal de la Cruz. Juntos, pues, tal día, como hoy, con María Santísima los Apóstoles y Discípulos, y aquellas devotas y santas mugeres, en el Monte Olivete, á donde nuestro Re-

dentor los habia conducido para despedirse ya de la tierra, y para que el dolor de su ausencia se les mitigara al ver las glorias de su triunfo: llegó al punto, y cercándolo por todas partes aquel pequeño Cristianismo, encontrándoseles en los ojos con los deseos de seguirlo, las lágrimas de quedarse. Por último favor, que es el que suele quedar más impreso, les dió á todos su bendicion, dice San Lucas, y con magestad gloriosa, elevándose á los aires entre motetes festivos de los Serafines, fué penetrando las esferas: *Benedixit, et eis, ferebatur in Cœlum.* (Luc. c. 24 Vid. Cor. *hic ubi cit.* Suar: et. alios.) Esta bendicion, pues, que el Señor dió á sus Cristianos por última despedida, fué dejarles en la señal de la Cruz vinculadas todas las felicidades. Dió el Señor esta bendicion, dicen unos, cruzando los dos brazos como allá Jacob bendijo á sus nietos: otros dicen que fué formando con su santísima mano la Cruz en el aire; y de una ú otra manera fué enseñándonos á formar sobre nosotros la señal de la Cruz, dicen todos; pero todos callan donde habla San Gerónimo. Habia prometido Dios por Isaías, que en la Ley Evangélica habia de poner á sus Cristianos una señal: *Et ponam in eis signum;* y dice aquí el Padre de las Escrituras: *Hoc signum nobis ad Patrem ascendens Dominus dereliquit, sive in nostris frontibus posuit, ut liberè diceremus: Signatum est super nos tumen vultus tui, Domine.* (Isaías. c. 66. *ibi S. Hier.*) Esta señal nos la dejó el Señor en el día que subió á su Padre; entonces nos la puso en nuestras frentes, para que podamos decir: Están, Señor, señalados sobre nosotros los rayos de tan divino rostro. De modo, que el día de la Ascencion fué cuando nuestro Señor nos enseñó á persignarnos. En este día

fué cuando nos dejó, nos imprimió y nos enseñó que nuestra señal es la señal de la Santa Cruz. No tiene menos peso, ni menos gravedad esta Soberana tradicion, y de aquí la aprendieron los Apóstoles para enseñarla despues á toda la Iglesia, como dice San Basilio. (*Lib. de Spir. S. cap. 27.*)

Cierto es, que despues de haber resucitado el Señor, en aquellos cuarenta dias que estuvo apareciéndose á sus Apóstoles, les enseñó cosas altísimas acerca de la administracion y el uso de los Sacramentos, del gobierno, de la Gerarquía de la Iglesia, y otras muchas que despues á nosotros nos fueron enseñando los Apóstoles, y son las que tiene y venera la Iglesia por tradiciones Apostólicas. —¿Por qué de todos aquellos cuarenta dias, reservó el Señor para lo último, ya en el punto mismo de partir al Cielo, el enseñarnos la señal de la Cruz? ¿No podía haberlo enseñado antes? ¿Por qué lo dejó para el punto mismo de su partida?—¿Saben por qué? Porque como la Cruz era la señal que nos dejaba para que podamos seguirle al Cielo, esa señal nos quedase fresca, para que así por ella saquemos el rastro por donde vá el camino que hemos de seguir, si queremos subir con Cristo al Cielo.

Esta es, pues, la primera significacion porqué se llama la Cruz señal del Cristiano. Esta palabra *Señal*, en nuestra lengua significa no pocas veces el rastro, la huella que uno va dejando de sus pasos. Y así, la Cruz es la señal por donde ha de seguir el Cristiano para seguir los pasos de Cristo. Por eso hoy nos la deja por señal. Cuando uno se ha ido, y no sabemos adónde vá, ni por dónde, ¿qué remedio para seguirlo? ¿Qué? Buscar la señal que vá dejando en la tierra: seguir el rastro de-

cis, y observar por donde van las huellas; y así venimos á dar con él. Padre, ya veo que me direis, ese ejemplo era muy bueno si el camino de Cristo fuera por la tierra; pero si es un camino tan alto que no deja en el aire ni señal, ni rastro, ni huellas, ¿qué hemos de hacer? Aguardad, y vá otro ejemplo: Sucede entrar algunos por una altísima montaña, tan áspera de peñas y tan tupida de árboles, que no parece por toda ella senda ó camino; pero ni la menor seña de que haya jamás pisado por allí pié humano: ¿pues qué hacen los que así van entrando, para no perderse y para que otros puedan seguirlos? Van dejando á pocos trechos señales en los árboles: aquí al uno le arrancan la corteza, allí al otro le cortan las ramas; á aquel le dán cuatro ó seis heridas en el tronco; y así, aunque en la tierra ni parece senda, ni camino, ni huella, pero gobernándose por aquellas señas de los árboles, caminan otros en su seguimiento, sin perderse por lo empinado, fragoso y áspero de la montaña. Pues esta señal es la que nos deja hoy nuestro Redentor, para que le podamos seguir hasta el encumbrado Monte de la Gloria. Para ir allá, no hay en la tierra camino, no lo hay, porque está muy abatida la tierra, y está muy sublime la gloria. ¿Pues qué remedio? Seguir la señal de la Cruz: por allí van las huellas por donde subió nuestro Redentor. Y por eso, para que le sigamos, cuando sube glorioso nos deja la señal de la Cruz, y nos deja en la Cruz la señal de sus pasos.

Ea, no sea menos que San Agustín quien hoy os haga la Doctrina, ¡qué gran Doctrina será! Ea, pues: la Cruz, dice Agustino, es la Escalera por donde se sube al Cielo: por esa escala subió Cristo, y por eso en ella nos dejó la señal para que en

su seguimiento subamos: *Cruz est scala Cæli, per quam Christus hominem lapsum levavit ad Patrem.* (S. Aug. t. 9. Serm. 2. de Catechis.) Y no penseis que es esta una escala muy empinada, muy difícil, no: que no tiene mas que cuatro escalones.—¿Cuatro escalones? ¿Y solos esos bastan para llegar hasta el Cielo?—Sí: y no lo digo yo, sino San Agustín: *Non ergo laboriosa debet esse hæc scala, quatuor enim tantum gradus habet, quibus nos perducit ad cælum.* Cuatro escalones no mas. ¿Pues quién habrá que no suba al Cielo? Alto, pues, á subir: está la Cruz para que se tenga firme, clavado el mástil y metida la punta dentro de la tierra: allí está escondida; pues ese es el primer escalon, dice Agustino, la Fé, la Fé con la cual creyendo lo que no se ve hemos de subir á gozar los Misterios que allá en el Cielo se descubren para que en el Cielo podamos ver á Dios cara á cara. Acá en la tierra hemos de creer sus Soberanos Misterios, que ocultos y escondidos no se ven: *In profundo Crucis occultum est quod non vides, sed inde exurgit totum hoc quod vides, adsit fides Christiana, et tunc primum gradum ascendit.* Este es, pues, el primer escalon, dice Agustino, la Fé. Pues ese ya todos lo hemos subido, gracias á Dios. Aliento, pues, que ya no nos faltan mas que tres escalones para llegar al Cielo; nadie desmaye, que ya en lo largo de la Cruz nos está mostrando el señor con su cuerpo la señal del segundo escalon á que hemos de subir. Por eso decimos que es nuestra la señal de la Cruz, porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella. Ya, ¿pues cómo está allí aquel Cuerpo Virginal, aquel Cuerpo purísimo? ¡Oh, Dios! Entre las heridas desgarrada y afeada toda su hermosura; entre las

llagas borrados y oscurecidos los candores de su belleza, y entre ríos de sangre, confusa toda la proporción de sus partes. ¿Qué es esto? Es el segundo escalon, dice Agustino, á que hemos de subir mortificando nuestros apetitos, sujetando nuestras pasiones y haciendo con la penitencia y ayuno que el cuerpo esté suspenso y pendiente del espíritu, no sujeto el espíritu á la carne: *In longitudine Crucis corpus Crucifixi pependit: castiget quisque corpus suum pœnitentia, et jejuniis, ut ipsum sic suspendens servituti animæ subjiciat, et secundum gradum conscendit.* Este es, pues, el segundo escalon á que nos empeña la señal de la Cruz: la mortificación, el ayuno y la penitencia. ¡Oh, cómo temo que ya retiren el pié muchos! Al Padre Pedro Fabro, varon insigne de nuestra Compañía, le pidió un gran caballero de Madrid que le diese algunas oraciones, ó algunos puntos que meditar; y respondióle el Padre: No es menester más sino que algunos ratos del día pienses esto: ¿Cristo está en una Cruz en suma pobreza, y yo en tanta opulencia? ¿Cristo padeció hambre y sed, y yo entre tan regalados convites? ¿Cristo allí del todo desnudo, y yo tan costosamente vestido? ¿Cristo allí padeciendo tan terribles dolores, y yo metido entre tantas delicias?—¿Y no he de hacer mas que eso? replicó el caballero.—No mas; pero esto lo has de pensar con atención y con viveza. Fuese, y á pocos días, ofreciéndosele un convite, sentose á la mesa, y á poco rato vinole aquello á la memoria: ¿Cristo en la Cruz padeciendo hambre y sed, y yo gozando manjares tan exquisitos?—Pensamiento fué este, que haciéndole rebozar por los ojos las lágrimas; se levantó de la mesa, se salió del convite y se fué á una soledad, donde vivió y murió santa-

mente. (Engelgrav.) ¡Oh, qué bien subió éste el segundo escalon de la Cruz! Así lo subió tambien Santa Isabél Reina de Hungría, que entrando una vez en la Iglesia, vestida á todos brillos de Real pompa, vió un Santo Crucifijo, y suspensa al ver sus llagas, su sangre y sus heridas, dijo: ¡Oh, Señor! ¿Tú así atormentado y desnudo, y yo tan preciosamente adornada? Y arranca de su cabeza la Corona, arrójala á los piés del Crucifijo, esparce por el suelo las perlas y los diamantes, y vuelta á su Palacio jamás pudieron recabar que se vistiese seda. Esto es subir por la Cruz: mirad lo que decís, y si os hallais con fuerza. ¡Oh, si dierais algunos ratos á estos tan provechosos pensamientos! ¿Mi Dios desnudo en una Cruz y solo? ¿De sus llagas y sangre cubierto, y yo con tanta gala y tanta pompa? ¿Mi Redentor por mí atravezada su cabeza con setenta y dos espinas, y yo pensando solo en los gustos y en las vanidades? ¿Mi Jesus clavados sus piés contra un madero, y yo con tanta libertad buscando los paseos y los divertimientos? Esto no es subir por la Cruz. Luego esto no será subir al cielo. Luego el camino que llevo no es sino para parar en el infierno.

Pasemos al tercer escalon. Allí extendidas las manos de nuestro Redentor, y clavadas en los brazos de la Cruz, nos hacen señal, dice Agustino, que en las obras de caridad, clavadas cada uno las manos en las obligaciones de su estado, suba así la tercera grada para el Cielo. El casado y la casada, clavadas las manos para todo lo que no fuere atender y cuidar á las obligaciones de su casa y de su familia: la viuda al retiro y al recogimiento: la doncella á la honestidad y al recato: *In latitudine Crucis manus extensæ sunt Crucifixi: perseveret*

manus Christiani in operibus bonis, et sic tertium gradum ascendit. Cada uno en su estado, ajustándose en sus obras á guardar la Ley de Dios, sube así el tercer escalon para el Cielo.

Un novicio de cierta religion, refiere el Cartujano, se habia entibiado tanto, que todos los ejercicios de la religion le daban en rostro: llevaba muy á mal el vestido raído y pobre, la comida parca, la oracion frecuente; y trataba ya de volverse al siglo, cuando una noche se le apareció nuestro Redentor con una Cruz muy larga y pesada, sobre sus hombros, y que con ella quería subir por un lugar muy empinado; pero al peso de aquella Cruz acezando, casi no podia dar un paso con la fatiga. Viendo esto el Novicio, acude comedido: Señor, yo te ayudaré, que esa Cruz pesa mucho. El Señor entónces con un semblante muy severo: Quitá, quita, le dice, ¿pues tú tienes atrevimiento de querer cargar esta Cruz, cuando no tienes ánimo para llevar una Cruz tan suave como la que tienes en tu Monasterio? Dijo y desapareció, y dejó así al Novicio convertido. Cada uno aplíquelo á las obligaciones de su estado, y vea si á ellas acude como debe; que si á estas obligaciones se falta, es engaño la que parece devocion. Estarse todo el dia metida en la Iglesia, ó encerrada en el Oratorio, la muger casada y con familia, y que por su descuido los hijos anden perdidos, los criados se hagan ladrones; unos malcriados, otros mal doctrinados, y todos cometiendo ofensas á Dios, lo cual evitara la Señora si atendiera como debe á su casa, ¿se puede llamar devocion? Es ilusion, es error, es engaño.

Lleguemos ya al cuarto escalon que nos ha de meter en el Cielo. Allí se ve en lo más alto de la

Cruz la cabeza coronada de nuestro Redentor. Esa es señal, dice Agustino, de que, apartados del todo de la tierra, allí hemos de levantar con nuestros corazones todas nuestras esperanzas, desasidos de todo lo terreno: allí han de caminar todos nuestros deseos; allí han de parar todos nuestros cuidados; en el Cielo, en el Cielo. Por eso nos dicen en la misa: *Sursum corda*: levanta á lo alto los corazones: *In altitudine Crucis caput positum est Crucifixi: Sursum cor habeat Christianus, ut interrogatus quotidie respondeat, et quartum gradum, ascendit.* Este es, pues, el cuarto escalon que por la escala de la Cruz nos introduce ya en la Gloria. Levanta á lo alto los corazones: *Sursum corda*. ¿Y qué responde por nosotros el coro? *Habemus ad Dominum.* Ya tenemos levantados y asidos los corazones al Señor. Así lo decimos en latin: mas yo temo que esto sea mentira en romance. Y si no, cristiano, mientras así estás asistiendo á la misa, dime, ¿dónde tienes tu corazon? ¡Oh, no lo tengas como aquel rico, cuyo corazon halló San Antonio en los cofres! ¡Oh, no lo tengas donde tienes el amor! ¡Oh, no lo tengas donde tienes la condenacion! Y para que te alientes á levantarlo por la señal de la Cruz, hasta ponerlo en Dios, oye este ejemplo: Refiérela nuestro Adriano Lyrino (Barri t. 1. Anna. Sacr. c. 8.) Vivía en Roma un Sacerdote de tan ejemplares costumbres, que en la ajustada cruz de su vida mostraba bien el amor verdadero con que amaba á nuestro Dios crucificado. Llegósele la muerte, y por ser persona, no solo de santidad conocida, sino de alto puesto y nobleza, trataron de embalsamar su cadáver; y haciéndole este cruel obsequio, habiendo abierto el cuerpo los Cirujanos, no pudieron en todo el pe-

cho hallar el corazón.—¿Pues qué es esto? dicen. Sin corazón no podía este hombre vivir.—A la duda, á la admiración, juntáronse todos los de la casa; vuelven á reconocer y buscar, y ni rastro hallan del corazón. Suspensos estaban todos, cuando uno de los circunstantes, levantando los ojos á un Santo Crucifijo que allí estaba, repara que á sus pies estaba un corazón pendiente: suben, reconocen y hallan que el corazón de aquel dichoso Sacerdote era el que asido á la Cruz, mostraba bien con lo que allí había subido, cuánto mas alto había volado su espíritu á la Gloria. ¡Milagro, milagro! esclamaron todos llenos de regocijo, y llenose toda Roma á las alegres voces de la admiración. ¡Oh, corazón dichosamente señalado con la Cruz! Infinitamente dichoso Sacerdote, que en este hondo valle de lágrimas, con las amorosas ansias de su corazón, dispuso por la Cruz la subida para aquel eterno Valle de felicidades inmensas: *Ascensiones in corde suo disposuit in Valle lachrymarum.*

Almas, ya que en este valle de lágrimas y miserable destierro, estamos presos en la carcería de nuestros cuerpos; ya que no podemos volar á aquella Patria Celestial, en compañía de nuestro Dios; siquiera con los deseos y con las ansias, vuelen allá nuestros afectos. Y si la señal de la Cruz nos la deja hoy nuestro Redentor para enseñarnos la sabiduría, aliento, Cristianos míos, y subamos por su Cruz á la Gloria.

PLATICA VI.

POR LO QUE LA SANTA CRUZ NO SOLO ES SEÑAL PARA LOS CRISTIANOS, SINO TAMBIEN INSIGNIA.

—
 Mayo 11 de 1690.
 —

Continuar la explicacion de los Soberanos Misterios, que se encierran en la señal de la Santa Cruz, á un auditorio tan piadoso como católico, es darle con la dilacion, no solo mas tiempo al gusto, sino procurarle mas logro al provecho. Palabras son estas de San Agustin, que en las señales que nos muestra la Señal de la Santa Cruz, me dilatarán: *De Cruce Domine, (dice Agustino) et ejus Misterio diutius loqui, et dulce est, et salubre. (August. Serm. 101. de Temp.)* Porque, qué cosa ni se puede pensar mas suave, ni se puede decir mas dulce, que los Misterios que en la Santísima Cruz se ocultan? Pues por ella no solo nos libramos del infierno, sino que tambien nos sublimamos y subimos hasta el cielo: *Quid enim dulcius, quid suavius, vel cogitari, vel dici potest, quam Sanctæ Crucis Misterium, per quam non solum ab inferis revocari, sed etiam in Cælos elevari meruimus.*—Pues, Padre, prosigamos en buena hora, que á mi tambien desde la Doctrina pasada se me

cho hallar el corazón.—¿Pues qué es esto? dicen. Sin corazón no podía este hombre vivir.—A la duda, á la admiración, juntáronse todos los de la casa; vuelven á reconocer y buscar, y ni rastro hallan del corazón. Suspensos estaban todos, cuando uno de los circunstantes, levantando los ojos á un Santo Crucifijo que allí estaba, repara que á sus pies estaba un corazón pendiente: suben, reconocen y hallan que el corazón de aquel dichoso Sacerdote era el que asido á la Cruz, mostraba bien con lo que allí había subido, cuánto mas alto había volado su espíritu á la Gloria. ¡Milagro, milagro! esclamaron todos llenos de regocijo, y llenose toda Roma á las alegres voces de la admiración. ¡Oh, corazón dichosamente señalado con la Cruz! Infinitamente dichoso Sacerdote, que en este hondo valle de lágrimas, con las amorosas ansias de su corazón, dispuso por la Cruz la subida para aquel eterno Valle de felicidades inmensas: *Ascensiones in corde suo disposuit in Valle lachrymarum.*

Almas, ya que en este valle de lágrimas y miserable destierro, estamos presos en la carcería de nuestros cuerpos; ya que no podemos volar á aquella Patria Celestial, en compañía de nuestro Dios; siquiera con los deseos y con las ansias, vuelen allá nuestros afectos. Y si la señal de la Cruz nos la deja hoy nuestro Redentor para enseñarnos la sabiduría, aliento, Cristianos míos, y subamos por su Cruz á la Gloria.

PLATICA VI.

POR LO QUE LA SANTA CRUZ NO SOLO ES SEÑAL PARA LOS CRISTIANOS, SINO TAMBIEN INSIGNIA.

—
 Mayo 11 de 1690.
 —

Continuar la explicacion de los Soberanos Misterios, que se encierran en la señal de la Santa Cruz, á un auditorio tan piadoso como católico, es darle con la dilacion, no solo mas tiempo al gusto, sino procurarle mas logro al provecho. Palabras son estas de San Agustin, que en las señales que nos muestra la Señal de la Santa Cruz, me dilatarán: *De Cruce Domine, (dice Agustino) et ejus Misterio diutius loqui, et dulce est, et salubre. (August. Serm. 101. de Temp.)* Porque, qué cosa ni se puede pensar mas suave, ni se puede decir mas dulce, que los Misterios que en la Santísima Cruz se ocultan? Pues por ella no solo nos libramos del infierno, sino que tambien nos sublimamos y subimos hasta el cielo: *Quid enim dulcius, quid suavius, vel cogitari, vel dici potest, quam Sanctæ Crucis Misterium, per quam non solum ab inferis revocari, sed etiam in Cælos elevari meruimus.*—Pues, Padre, prosigamos en buena hora, que á mi tambien desde la Doctrina pasada se me

ofreció una duda; pero como el juéves pasado, por ser día de fiesta, tuvimos tantos huéspedes, tuve vergüenza de proponerla, y ahora la diré aquí que estamos solos y que nadie nos oye: Mi duda es, ¿que para qué el Catecismo ha de llamar á la Cruz insignia y señal del Cristiano? ¿No basta llamarla señal ó llamarla insignia? ¿Por qué dice, que es uno y otro, insignia y señal? ¿Cuál es la insignia y señal del Cristiano?—¿Qué buena duda! Pero antes de responderla, habeis de saber que habiendo hallado la gloriosa Emperatriz Santa Elena la Cruz de Cristo, y con ella los clavos que tras pasaron sus divinos piés y manos, dicen que de uno de aquellos clavos mandó hacer un freno para el caballo en que montaba su hijo el grande Emperador Constantino, y que del otro mandó fabricar la Corona imperial con que en adelante se coronó aquel grande Emperador. ¿Hay tal desproporcion! diréis al punto, ¿un freno, una corona? ¿Un freno para un bruto, y una corona para un Emperador? ¿Un freno que ha de servir de tener á raya un caballo, y una corona que ha de ser la veneracion y respeto de un tan gran Monarca? Si era tan clavo de la Cruz el uno, como clavo de la Cruz el otro, ¿por qué el uno ha de servir para freno y el otro para corona? ¿No empleara ámbos clavos en coronas? No: (dice San Ambrosio, que es quien lo refiere) discreta anduvo la Santa Emperatriz, tomando de la Cruz, freno que le haga Señal á un bruto para gobernar su camino; y corona, que sea Insignia gloriosa de un Monarca, para ilustrar y honrar su cabeza. Sea el uno Señal que gobierne los pasos: sea el otro Insignia, que honre y ennoblezca las acciones: *De uno clavo frenes fieri precepti, de altero Diadema intexuit: unum ad de-*

corem, alterum ad devotionem vertit. (Sanct. Ambros, *apud Lober.*)

Ahora á nuestra duda: Insignia y Señal, son dos cosas muy distintas; porque aunque toda Insignia es Señal, pero no toda Señal es Insignia. Quiero decir: Señal es aquella por la cual se distingue una cosa de otra. Labran chocolate en una casa para los Señores de ella y para los criados; pero hay distincion del uno al otro: ¿y qué hacen para conocerlo? Pónenle una señal al de los amos, ó con una llave, ó con un sello, y al de la gente no; pues Dios me libre de chocolate sin señal. Lleva un Corredor de un Almacen para dos distintos dueños, diez piezas de Ruán; han de ir todas juntas, y las seis son para uno, las cuatro de no tan buen género son para otro; pues para que no se confundan las señalan: ya llevan su señal, así decimos: ¿y se diría bien, ya llevan su insignia? No: ¿Venlo? Luego no toda señal es insignia; porque señal es la que como quiera señala, pero insignia es la que distingue y señala con honra, con ventaja, con estimacion. Por eso se llaman insignias las que distinguen, como al Caballero el hábito, al Doctor la borla, al Alcalde la vara, al Oidor la garnacha; y así decimos: insignia de Cballero, insignia de Doctor, etc. Ya, pues, en la Cruz tenemos los Cristianos uno y otro: es nuestra insignia y es nuestra señal. Es nuestra insignia, porque nos ilustra, nos ennoblece y nos honra: es nuestra señal, porque nos dá á conocer y nos distingue. Por esta señal nos distinguimos de los gentiles, hereges y bárbaros; y por esta insignia quedamos tan honrados y tan nobles, que seremos reputados y estimados aun entre los Angeles. Es la Cruz nuestra señal, porque es la que tiene á raya nuestros desvocados ape-

titos y pasiones para que no nos despeñen al infierno: eso fué hacer de uno de los clavos de la Cruz, freno para un bruto. Y es la Cruz insignia que nos ennoblece, porque ella nos eleva el espíritu à tener pensamientos de Cristianos, deseos de herederos del cielo, acciones de hijos de Dios. Eso fué hacer del otro clavo de la Cruz, la Corona de un Emperador: *Unum decorem, alterum ad devotionem vertit.*

Pues con mucha razon nos dice el Catecismo que la Cruz es una y otra: es Insignia y es señal del Cristiano. Nos hemos de gloriarnos, nos hemos de honrar y preciar mucho de hacer sobre nosotros la señal de la Cruz; eso será mirarla como insignia: que segun no pocos se apresuran al persignarse en la Iglesia, parece que se precian mas de hacer garabatos que de formar cruces. De espacio, de espacio, que lo vean todos, pues es la Cruz nuestra más honrosa insignia. Y hemos de procurar tambien ajustarnos à las obligaciones que la Cruz nos acuerda; eso será mirarla como señal. Era la Cruz, antes que nuestro Señor Jesucristo la honrara, la cosa mas vil y mas afrentosa del mundo: tanto, que entre los Romanos era castigo que se daba solo à los esclavos, y ni por gravísimos delitos se le podía dar ese castigo al que era Ciudadano Romano. Por eso se querella gravemente Ciceron contra Verres, de que à un Ciudadano Romano lo puso en una Cruz. (Cicer, *orat. in Verr.*) Entre los Judíos tenian por maldito de Dios, y del todo abominable, al que moria en una Cruz. ¡Oh, Jesus de mi vida! ¡Y à esta vileza te obligaste por mí? ¡Por mí diste la vida con tanta infamia? Pero desde allí, ¿Como dejó la Cruz para nosotros? Ya lo vemos, y ya lo dice San Agustin: *A locis*

suppliciorum fecit transitum ad frontes Imperatorum. (Aug. in *Psalm. 36.*) La que era antes la mas vil afrenta, aun para los mas viles esclavos, ahora es la honra mayor con que ilustran sus frentes los Emperadores. A Rodolfo, Conde de Aspurg, el primero que de la Serenísima Casa de Austria ciñó la Corona de Emperador de Alemania, reusaban darle la obediencia los Príncipes y Potentados del Imperio, por un pretesto tan frívolo como político; porque, decian, no tenia Reino con cuyas fuerzas pudiese mantener el Imperio. Rodolfo entónces, tan agudo como piadoso: Reino tengo, les dice, y muy poderoso.—¿Reino? ¿Dónde?—Y cogiendo él una Cruz en la mano dice: este es mi Reino, y este es mi Cetro conque podré sujetar al Orbe todo.—Y qué bien dijo, que si el Reino mas glorioso de Cristo es la Cruz: *Dominus regnavit à ligno*: si la Cruz fué el Cetro y la Espada conque sujetó à su obediencia al mundo: *Domuit Orbem non ferro, sed ligno*, la Cruz es el Cetro y es el Reino de los mayores Monarcas. Bastó aquella respuesta à que rendidos le dieran la obediencia, y à que él y sus Serenísimos descendientes, con el Cetro de la Cruz, tantas veces tuvieran sujeta y postrada la soberbia del Otomano. Así, pues, se glorian los mayores Monarcas de tener la Cruz por Insignia.

Pero los que nos gloriamos de tener la Cruz por insignia, nos hemos de acordar tambien que tenemos la Cruz por señal: *Signum*, dice Donato, *est parva quedam significatio indicans totius rei qualitatem.* Señal llaman tambien aquella que en breve nos dá à entender todas las calidades de una cosa. Vemos à uno pálido: aquella palidez es señal de que está enfermo: vemos que anda suspenso y

pensativo; señal que tiene algún cuidado. Así, pues, por la señal que vemos, conocemos lo que no vemos. No pára allí, pues, la señal en que la veamos y conozcamos á ella, explica mejor San Agustin, (D. Aug. lib. 2. c. 2. de Doct. Chr.) sino que nos lleva al conocimiento de aquello que la señal nos significa. Vemos humo, allí hay fuego; vemos una huella humana, hombre pasó por aquí. Ya, pues, si la señal manifiesta es la que nos dá á entender lo que está oculto; si la señal no basta conocerla en sí, sino que hemos de conocer aquello de que ella es señal.—¿De qué es señal la Cruz?—Del Cristiano.—¿De qué es señal la Cruz?—Del que sigue á Jesucristo, del que milita bajo de su Bandera; que por eso tambien Bandera se llama señal en latin, *signum*; porque distingue cuáles son los soldados de España, cuáles los de Francia, etc. Pues si la señal de la Cruz se hace sobre el que no es Cristiano en sus costumbres; si se hace esa señal de amigo sobre el que es enémigo de Cristo por sus pecados; ¿qué será esa señal? ¡Oh, Dios! Será señal de condenacion.

Usaban los antiguos cristianos poner en los navíos, en la parte mas alta, la señal de la Santa Cruz; de modo que, como ahora, por la Bandera que echan se conoce de lejos cuál es nave holandesa, cuál inglesa, etc., así entónces, por la Cruz conocian cuál era nave de Cristianos. Andaba, pues, una de éstas cargada de tan malos cristianos, que robando y saqueando las costas, cometian atrocísimas culpas. Venla venir de lejos, conocen por la Cruz que es de Cristianos; llénanse de miedo los gentiles, y entónces un sacerdote de los ídolos, sosegaos, les dice, sosegaos, que si los que vienen en aquella nave logran ejecutar aquí sus atrocidades

y robos, ó el Dios de los cristianos es ciego, ó está durmiendo.—No sabia el bárbaro que el permitir el Señor en sus cristianos tan graves culpas, es efecto de su infinita Misericordia; pero que en esta ocasion, volviendo por su honra, no bien dijo aquello el idólatra, cuando mirando todos que de la nave, á un violento remolino sorbiéndose la el mar, no pareció mas de toda ella, ni hombre, ni tabla; de modo que la señal de la Cruz por donde fueron conocidos, esa les sirvió de señal para que quedasen ahogados. Sí: *Quid prodest, dice San Agustin, si signum Christi in fronte, et in ore gestamus, et itus inanima crimina, et peccata recondimus?* (Sanct Aug. Serm. 215. de Temp.) ¿Qué aprovecha poner la señal de Cristo en la frente, quien tiene en el corazon, con la culpa, la marca del demonio? ¿De qué sirve tener en lo exterior en la Cruz la señal gloriosa de cristiano, quien en el alma, por el pecado, tiene grabado el hierro de venta de condenado? ¿Qué logrará con haber vivido señalado con la Cruz de Cristo? Mayor culpa, mayor pena, mayor condenacion: *Qui malé operatur* (dice San Agustin,) *quando se signat, peccatum illius non minuitur, sed augetur.* ¡Judas, Judas, con un ósculo me entregas? ¿con un ósculo me vendes? ¿con un ósculo me llevas á la muerte?—¿Señor, Señor, qué mas parece que os duele aquí un beso de Judas, que allí la bofetada de Malco?—Sí: ¿no veis que es señal de amistad el ósculo, y hacer la ofensa debajo de la que es señal de amor, es suma maldad? *Hoc malum fecit signum,* (le dá en la cara la Iglesia á este traidor, no tanto con la culpa, cuanto por lo perverso de su solapa) *hoc malum fecit signum, qui per osculum adimplevit homicidium.* ¡Con la señal, con la señal de amigo ocultar obras

de traidor! ¡Oh, que vileza! ¡Oh, que maldad! Pues si la Cruz, cristianos, es la señal con que nos preciamos de ser de Jesucristo, la Cruz ha de ser tambien la que mas gravemente nos condene, si nuestras obras no dicen con la señal de lo que somos.

San Gregorio Turonense (Greg. Tur. *l. 1. de Glor. Mart.*) refiere haber visto una Cruz engastada en una piedra preciosa, de una propiedad tan admirable, que si el que la miraba estaba en gracia de Dios y sin culpa en su alma, la Cruz se mostraba hermosísima y cercada de un purísimo resplandor; pero si llegaba á verla alguno que estuviese en pecado mortal, la Cruz al punto perdiendo todo su resplandor, iba quedando triste y oscura hasta ponerse toda negra. ¡Qué fué esto? Prevenirnos de lo que con la señal de la Cruz nos ha de suceder el día del juicio. Entónces, dice San Mateo, que ha de aparecer la señal del hijo del hombre: *Tunc aparebit signum filii hominis.* (Matth. *c. 24 vers. 30.*) ¡Y para qué ha de aparecer? Para que solo con verla, dice San Crisóstomo, (*Hom. 20. in Matth.*) no sea menester mas acusacion. Aquella señal ha de ser entónces la que mudamente, poniéndoles á los cristianos á los ojos sus obligaciones, que no cumplieron ingratos, á que no correspondieron agradecidos, les hará señal (¡que terrible!) de su condenacion eterna: *Non opus erit accusationis ubi viderint Crucem.* Cristiano, prosigue el Crisóstomo, contra tí han de gritar los clavos, y la Cruz ha de ser el acusador, el testigo y el abogado que pida tu condenacion: *Clavite de conquerebantur, Cruz Christi contra te peroravit.* Por el contrario, los buenos cristianos, los que allí estarán escojidos, dicen gravísimos autores,

(Corn. *in Ezeq. c. 9. g. 4.*) que tendrán en sus frentes grabada la señal de la Cruz por señal de su gloria, por señal de su salvacion. ¡Oh, Dios, que la Cruz que ahora es señal de todos los cristianos, ha de venir tiempo en que esa misma Cruz sea señal que distinga los unos de los otros cristianos! ¡Oh, si acá lo conociéramos como se lo dió á conocer la misma Cruz á aquel ejemplar prodigioso de la penitencia, á aquella muger admirable, que habiendo puesto por peana sus pasadas culpas, elevó hasta los cielos su santidad!

Sea, pues, este el ejemplo: Nació en una Ciudad de Egipto una niña, (Teofil. *Rain. t. 9.*) que á los doce años de su edad perdió á sus padres. ¡Qué desgracia, si la habian de cuidar! pero si la habian de servir de lo que acá suelen no pocas madres, la dicha de la niña fuera de haberlos perdido para no estar perdida ella. Esta en fin, con libertad, con hermosura y con pocos años (¡oh, qué tres atractivos para el mas desventurado precipicio!) á ese la despeñaron. Porque viniéndose á la Ciudad de Alejandría, con ella introdujo allí el infierno todas sus máquinas, y los que desde luego empezaron en aplauso de su hermosura, se continuaron en horrores de su torpeza y en ecos escandalosos de su infamia. Diez y siete años prosiguió tan vil ramera, siendo ella misma quien provocaba lo que detenia, ó la vergüenza ó el enfado. Así corría cuando acercándose en Jerusalén la solemníssima fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, á que concurrian de las provincias mas remotas á ver y gozar aquella señal gloriosa de nuestro remedio, salian en una Nave muchos de Alejandría, y aquella oyendo decir fiesta, sin mas devocion que al concurso para ver y ser vista: allá he de ir, dice, y al

punto lo ejecuta. Entrase en la Nave á proseguir allí en un mar de culpas, y á trasladar á Jerusalén sus escándalos. Previno sus adornos para la fiesta, llegóse el día de la Exaltacion de la Santa Cruz en que el Arzobispo de aquella Ciudad, puesto en un lugar alto, mostraba al pueblo aquel Santo Madero en que conseguimos nuestra Redencion. Fue se aquella entre innumerable concurso, ¿á qué? á la Iglesia: ¡Cuántas de ellas lo dicen así y van mas al infierno que á la iglesia, como aquella iba! Pero, ¡oh misericordia infinita, cómo logras tus amorosos tiros donde menos lo piensa una alma! Llegó ésta, y muy ufana ibase á entrar con todos, cuando al llegar á los umbrales, siente que la detienen sin ver qué manos; forceja á moverse, y en vez de adelantar el paso, ve que la vá retirando no sé qué impulso.—¿Qué es ésto, dice; si acaso fué el aprieto de la gente? Vuelve segunda vez con mas cuidado, y siente que sin poderlo resistir, por segunda vez la retiran.—¿Qué tengo yo? ¡Todos entran, y yo sola no he de poder ni aun llegar á las puertas? Porfía tercera vez, y no vale: vuelve por cuarta vez, y aun se queda. Aquí ya la luz del desengaño; y aquí la eficacia del Divino auxilio.—Estos son mis pecados, dice, y no quiere Dios que yo vea su Cruz, pues soy yo la que he agrabado á su Cruz tan infamemente el peso. Así lo pensaba, cuando levantando lo ojos, vió sobre la puerta una imagen de la Santísima Virgen María, y entónces derretido su corazon, empieza á hablarla con sus lágrimas y prosigue á mover su piedad con sus gemidos:—¡Oh, Señora, madre de pecadores, ya veo y conozco cuán perdidamente lo he sido; ¿pero qué no conseguiré de tu Hijo, si tú eres mi fiadora? De lo pasado, ¡oh, cómo me arrepiento! y en lo veni-

dero, ¡qué otra será mi vida! Ya veo mis torpezas, ya conozco el número sin número de mis culpas, ya lloro los imponderables daños de mis escándalos. Concédeme, Señora, que yo vea ahora la Cruz que ya he de conseguir con mis pasos, y que ya he de retratar en mi vida.—Dijo, y yéndose á la puerta, ya sin que la embarazara nada, entró al Templo, adoró la Santa Cruz con el corazon tan otro, que de allí salió á hacer la mas prodigiosa penitencia que vieron los desiertos, y á alcanzar una santidad de las mas prodigiosas que adoramos en los Altares: esta fué la conversion de Santa María Egypciaca.

Oh, no aguardemos nosotros á cuando la señal de la Cruz nos deseche para el infierno; logrémosla cuando nos es señal de gracia, para que por ella podamos conseguir la Gloria.

PLATICA VII.

EN DIA DE CORPUS CRISTI: DEL ORIGEN DE LA FIESTA
Y DE SU SOLEMNE PROCESION.

Mayo 11 de 1690.

Nuestra explicación nos obliga hoy á seguir la Cruz, y el día nos está convidando á ir en la Procesion, todo es uno; que seguir la Cruz eso es ir en Procesion, segun el lenguaje de los antiguos cristianos, dice nuestro erudito Raynaudo: *Crucem sequi, dicitur pro eo quod est interesse processione* (Rayn. tom. 15. Her. f. 106, num. 16.) Tan antiguo es el uso santo de que vaya siempre delante de la Procesion la Santa Cruz, que desde el cuarto siglo de la Iglesia, en que respiró ya la cristiandad de trescientos años de persecuciones y tormentos, así que el Gran Constantino arboló la Cruz por bandera dichosa á sus ejércitos, la Iglesia Santa levantó tambien la Cruz por estandarte piadoso en sus Procesiones. (Ap. Rayn. ibi.) De los tiempos de San Crisóstomo lo refieren Sócrates, Sozomano y Nicéforo; y de sus tiempos lo menciona establecido el gran Emperador Justiniano, en la novena Constitucion de 123. De aquí, pues, vino

el comun modo de decir, que seguir la Cruz es ir en Procesion. Conque sin dejar de seguir la Cruz, podemos nosotros hoy ir en la Procesion, y tanto, dice nuestro Raynaudo, que los antiguos cristianos por decir voy á la Procesion, decian: voy á la Cruz: *In actis S. Cunegundis dicitur, parentes cujusdam puellæ reversos á Crucibus, id est á Processione.* (Rayn. ubi. sup.) De modo, que ir á la Procesion lo miraban entónces los cristianos como ir á la Cruz. No sé si ahora tienen tan por Cruz esto de ir á la Procesion. Allá lo saben, allá lo vean, pues lo cierto es que á la Procesion del Corpus-Cristi, con mucha especialidad debiéramos ir como á la Cruz; porque al hacernos el Señor este divino, infinito é inesplicable beneficio de dársenos en manjar en su Sacramento, quiso que siempre fuera á nuestra memoria tierno recuerdo de su Pasion y de su Cruz. A esa miran en el Santo Sacrificio de la Misa, tantas cruces como hacemos los sacerdotes, y á eso atendió el Señor en querer que este Sacrificio fuese siempre tan á vista de la Cruz, que ésta no falte del altar. Dígalo el tan prodigioso como sabido milagro de la Cruz de Carabaca, que del Cielo trajeron los Angeles porque no faltase Cruz en el Altar. Y de San Ignacio, Arzobispo de Constantinopla, refiere Baronio, que siempre que consagraba, al alzar la Hostia, la Cruz que estaba en el Altar á ese mismo paso se iba levantando en el aire, y bajaba tambien la Cruz al paso que bajaba la Hostia. Tal correspondencia tiene con la Cruz este Divino Sacramento, porque en él nunca nos olvidemos de la Cruz. Y ahora pues, ya vá delante la Cruz; empecemos á ver la Procesion del Corpus como quien sigue en ella la Cruz; quiero decir, con espíritu y con devocion. Pero

mientras van llegando los Santos y se ponen en orden las Cofradías, me pregunta un curioso, ¿cuál fué el principio de esta Fiesta, y qué fin pretende la Iglesia con esta solemne Procesion? Va de fiesta, y venga de atencion.

Por los años de 1210, (Hautino *num.* 1063, y *num.* 1070.) florecia en Lieja de Flandes una santa doncella de muy conocida virtud, llamada Juliana de Monte Cornelio: á ésta, cuando en lo mas fervoroso de su oracion, dió en representársele una hermosísima luna; pero aunque cercada de bellísimos resplandores, advertia que para llenar del todo su hermoso círculo, le faltaba un poco; reparolo la Santa Virgen, y respondiéronle del Cielo que aquella luna era la Iglesia Militante, á quien para llegar á toda la plenitud de la hermosura en sus Sagrados Ritos, le faltaba celebrar una solemne Fiesta al Santísimo Sacramanto. Ella, tan humilde como virtuosa, temiendo algun engaño, se acogió al seguro dictámen de ver y callar. Veinte años estuvo viendo esta vision, y callándola veinte años, (no callan tanto otras las que quizá no son revelaciones.) hasta que el año de 1230, concurriendo otra semejante revelacion á orra tambien santa doncella, llamada Isabél, con esto se alentó Juliana á decir lo que habia visto. Y comunicada la materia con gran madurez entre Varones doctísimos, Roberto entónces Obispo de Lieja el año de 1240, publicó esta fiesta en su Obispado. (Rain. *t.* 13, *Heter. fol.* 205, *num.* 14 y *fol.* 209.) Era Arceidiano entónces de Lieja Jacobo Pantaleon, el cual llegando poco despues á ser Sumo Pontífice de la Iglesia, se llamó Urbano IV. y ya en la Silla con aquellas noticias, con otros milagros que sucedieron, y á instancias de otra santa.

virgen que florecia tambien en Lieja, y se llamaba Eva: porque si fué una Eva la que nos dió en un bocado la muerte, fuese otra Eva la que hiciese triunfar en el mundo el Manjar que nos dá la vida. En fin, Urbano IV. el año de 1262, expidió una Bula llena de piedad á toda la Iglesia, mandando que en este dia se celebrara esta fiesta con todas demostraciones de piedad y de regocijada devocion. Mas tardó su ejecucion hasta los años de 1306, en que el Sumo Pontífice Clemente V. en el Concilio Vienense la confirmó de nuevo; y con todo pasaron algunos años hasta el de 1317, en que el Sumo Pontífice Juan XXI, promulgando las Clementinas, incluyó aquella en la Clementina *Si Dominum, de reliquiis*, y mandó que se hiciese la solemnisima Procesion. Y desde allí se empezó á celebrar por toda la Iglesia con universal regocijo. Y por acabarles de dar un recio tapaboca á los impíos hereges, la confirmó despues con gravísimas, piadosísimas y ponderosísimas palabras el Sacrosanto Concilio de Trento en la *Ses. 13. c. 5.*

Este, es pues, el origen de salir aquel Divino Sol Sacramentado á llenar la Luna hermosa de la Iglesia de bellísimos resplandores, á derramar en nuestras almas purísimas luces, á esparcir en nuestros corazones rayos que los enciendan. ¡Oh, cristianos! Cante alegres triunfos nuestra Fé, dé saltos de placer nuestra esperanza, suba en quieta llama nuestra Caridad, derrámese toda en festivos aplausos de devocion, el Coro resuene en alegres concertos, la música resuene toda su armonía en dulces himnos, la pureza rebose por los lábios el regocijo en alabanzas, y asómese por los ojos en lágrimas el alborozo.

Pero ya van llegando los Estandartes: ¿qué sig-

nifica esto? ¿Pues no bastaba uno? Insignia eran del triunfo en la antigüedad llevar el vencedor por delante las banderas de los ejércitos vencidos. ¿Y acá? Son esos Estandartes insignias de nuestra Fé, en que gustosamente cautivos nuestros entendimientos, adoramos á nuestro verdadero Dios bajo las especies de Pan. ¿Y cuántos actos de Fé le habeis ofrecido hoy, católicos? No sé si os habeis acordado, que si toda la diversion se busca á los ojos, no tiene ojos la Fé. Acuérdomé que en este día se renueva siempre con ternura, en la Ciudad de Guatemala, la memoria de aquel venerable varon, padre de pobres, el hermano Pedro de Sn. José, quien en este día atando su capa en una gruesa pértiga, para que á él le sirviese de Cruz lo que al Divino Sacramento de victorioso Estandarte, con él, tan fuera de sí entre los regocijos de la Fé, iba en Proseccion, ya reboleando, ya batiendo su bandera con tales demostraciones de un absorto y abrazado zelo, que azomando á los unos las lágrimas, y á todos la admiracion, él sólo gobernaba toda la Proseccion. ¡Ah, Cristianos! ¡Cuánto le agradaria mas á Dios aquella capa de palmilla burda, puesta en un palo, que muchas sedas y telas hechas estandarte del demonio! Aquel mismo Dios, que está llenando de gloria á los cielos, es el que se pasea entre nosotros. Avivemos la Fé; eso será llevar en Proseccion el Estandarte. Pero ya van pasando las Cofradías, y todos con velas encendidas en las manos. ¿Por qué? Era tambien esa, en la antigüedad, insignia de triunfo. (Haut. n. 1055. *El Triunfo de Julio Cesar. It. num. 1058.*) Pero acá eso es triunfar nuestra caridad, en amorosas llamas de encendidos afectos. Han de ir los corazones mas derretidos en amor, en

amor todas esas materiales llamas, que así á nuestro Dios su amor infinito le hizo en aquel Sacramento quedarse con nosotros: ¿con qué se paga amor, sino con amor?

Habia acompañado la Proseccion en este día el Emperador Ferdinando 11. llevando en la mano un hacha de cuatro pavilos, y del ejercicio y del peso le sobrevino una terrible hinchazon al brazo; y mientras daba cuidado porque amagaba peligro, llegó la Proseccion del domingo: por hoy, le dijo uno de sus Príncipes, está V. Magestad escusado de asistir á la Proseccion.—No lo estoy por cierto, respondió, que todavia me queda el otro brazo con que asistir en su debido obsequio á mi Dios; y así lo hizo. ¡Oh corazon Austriaco! Basta, que con esto he dicho lo católico. No respondió eso cierto Guardian, que de miserable, porque no se le gastara cera, queria que la Proseccion de este día anduviese solo por dentro del claustro. Instáronle con tanta porfía los del pueblo á que saliera por las calles, que viéndose apurado y apretado á sus instancias, volviéndose al Señor le dijo: Señor, bien sabeis cuán pobre está el convento, y así, toda la cera que se gastare me la habeis de pagar. Y se la pagó el Señor tan puntualmente que, habiendo andado la Proseccion por espacio de cuatro horas, y ardiendo en ella muchas hachas, despues de pesarla se halló que no se habia consumido ni una gota. ¡Ah, corazones apocados! lo que se dá á Dios no se pierde. Arded, arded, que allá vereis en lugar del consumido el logro. Pero ya llegan los Santos, ¡y cuántos de ellos vienen!

Es costumbre muy antigua en la Iglesia, que con sus santas imágenes nos acompañen acá en la tierra los que ya en el cielo triunfan, no solo para

que nos alcancen de Dios nuestros ruegos, sino tambien para que á vista suya se aliente nuestra esperanza de que los hemos de ir á acompañar allá en el cielo, en aquella Procesion festiva, en que ellos siguen á este Divino Cordero, que acá nosotros celebramos. Ahí iba hoy la imágen de San Felipe de Jesus: ¿cuántas veces veria él en esa calle como nosotros ahora, la Procesion? Aliéntese, pues, nuestra esperanza; mas para que sea verdadera, hemos de tener en el alma el adorno de las demas virtudes. Eso nos avisa todo ese aparato con que se asean y se previenen las calles con sombras, ramos y flores, tapices, colgaduras y sedas: todo es decirnos que las flores y los ramos de la naturaleza, se ayuden con los brillos y graciosos tejidos de la gracia; y esa será la mejor prevencion de precioso adorno para celebrar aquel Divino Sacramento.—Sí; ¿pero qué hemos de decir á los gigantones?—Confieso que no he podido hallar el origen; mas yo pienso que es decirnos, que por virtud de este Divino Sacramento, quedamos todos tan robustos, tan poderosos y tan fuertes; y que con este Pan Soberano, mejor que aquellos fabulosos gigantes, hemos de escalar el cielo y nos hemos de hacer dueños de la Gloria; y si es tanta nuestra dicha, las danzas nos exicten al espiritual regocijo; las músicas hagan rebosar el gozo en nuestros corazones; los clarines, las chirimías y las campanas, conspiren al regocijado alborozo, á la alegre pompa, al festivo aplauso.—¿Qué linda vá la Procesion?—Sí: como lleve los Estandartes nuestra Fé, las antorchas nuestra Caridad, con los santos vaya nuestra esperanza, y todas las virtudes sean el adorno y las colgaduras de nuestras almas,

linda Procesion por cierto; pero si no hay esto, lo demás nada sirve.

Pero á atodo esto, ¿no hay quien me pregunte por la Tarasca? pues ha de salir, que es fuerza. Este nombre Tarasca se tomó del verbo griego *Theracca*, que quiere decir espantar, poner miedo.—¿Con que Tarasca quiere decir espantajo?—Sí: ¿no le ven aquella figura, qué fiera? Parece dragon, parece ballena, parece sierpe y lo es todo, pues es Tarasca. Esa significa el demonio, aquel dragon fiero, de quien nos promete David que lo ha de sujetar Dios, hasta ser juguete de muchachos: *Draco iste quem formasti ad illudendum ei*. Aquel Leviathan carnicero, monstruo marino, de quien nos promete Job que pescándolo nuestro Dios con su anzuelo, lo ha de dejar tan sin fuerzas, que sea la risa, la mofa y el entretenimiento de la plebe: *¿Nunquid illudes ei, quasi avi, aut ligabis eum ancillies tuis?* (Job. c. 40.) Así quedó el Demonio por virtud de aquel Divino Pan Sacramentado, hecho un espantajo de risa: porque si comulgamos como debemos, nos tiembla, dice San Crisóstomo: *Ab illa mensa recedamus facti diabolo terribilis*. (Crys. hom. 61 ad. P.) Pues démosle la vaya á ese Tarascon fiero, y triunfe en nuestras almas nuestro Soberano Dios Sacramentado.

Este es, pues, el fin de tanta fiesta, y pues que hemos visto su principio y sus medios, bien será que veamos su fin. En dos partes lo divide el Santo Concilio de Trento. El primero, para que hoy los que tuvieren sentimientos de cristianos, desagravien á nuestro Redentor de las afrentas, injurias y tormentos que por nosotros padeció en su Pasión.—¿Y esto ha de ser cómo?—Dijolo el Santo Concilio: *Singulari, et rara significatione*. No

basta con cualquiera devocion, no basta con cualquier afecto, si no con una singular y rara demostracion de piedad. ¿Singular y rara? ¡Ah, católicos! Por las calles de Jerusalén anduvo nuestro Redentor maniatado y preso; mofado como loco, y puesto entre dos ladrones como malhechor. Y ¿cómo lo habeis hoy sacado por esas calles? Vuestras almas lo han de decir: si lo habeis adorado con ternuras del corazon, con afectos del alma, con reconocimiento, con esmerados actos de virtudes, con limpieza de la conciencia, triunfante ha salido nuestro Dios. Pero si han privado las vistas, si ha sido todo el cuidado á las galas, si ha sido toda la atencion á la vanidad, y si ha sido toda la fiesta cometer culpas, ¡oh, Dios mio! Mira, mira, le decia en un dia como este, S. M. á Doña Sancha Carrillo, habiéndosele aparecido cubierto de frescas llagas, corriendo viva sangre, afeado todo y escupido: mira cómo me maltratan hoy en el mundo, que me ponen tal cual me ves.—¿Oh, Señor, y estarás hoy así? Cada uno lo piense, lo pondere y lo llore, si es que haya lágrimas que basten á llorarlo.

El segundo fin de salir hoy el Señor por esas calles, dice el Santo Concilio, es para que le recompensemos con rendidos y amorosos obsequios, los estupendos y formidables desacatos con que tantas veces se le han atrevido, no solo los herejes y judíos, sino aun los malos cristianos, recibiendo sacrilegamente aquel Divino Sacramento. Y para agravios tan inexplicables y tan estupendos, ¿cuáles son en recompensa nuestros obsequios? ¿Ponerse una gala este dia y salir por esas calles á lucirla? Gran cosa. ¡Ah, fieles! ¿dónde está nuestra fé, nuestro amor, nuestro agradecimiento y

nuestra devocion? ¿Qué importa que hoy sea tanto el concurso en la Procesion, si toda esta Octava se están las Iglesias casi solas, mostrando así que solo se busca hoy la diversion? Y plegue á Dios no sea peor lo que se busca! ¿Qué importa que á las fiestas acudan tantos á la Iglesia, si lo restante del dia la dejan sola, mostrando que van á buscar no á Dios, sino á la música? Fieles míos, por el amor infinito que á nuestro Dios en aquel Sacramento le debemos, por los beneficios inmensos que así nos hace, ruego y pido á todos que sea el fruto de esta Plática que cada uno, segun sus ocupaciones, dedique una hora, ó siquiera media, cada dia de esta Octava, para visitar devoto y agradecido á su Dios y Señor, patente en el altar. Y para poner aliento á esta tan justa devocion, no quiero que os sirva el ejemplo de los Serafines ni el de los Santos, porque no me digan que ni sois tan espirituales ni tan Santos; sino que un bruto ha de ser el que nos ponga confusion y vergüenza:

Historia prodigiosa que refiere nuestro Eusebio Nieremberg, (*Nier. Hist. Nat. l. 9. c. 94. pag. 200.*) y quien afirma que sucediendo en sus dias, tenia con mucha razon llena de admiracion á toda España. En la gran Ciudad de Lisboa, en la vecindad de la Parroquia de Santa Justa, un pastelero tenia un perro de mediano cuerpo, color rubio y manchas blancas, llamado Tudesco. Bien merece que se escriban sus señas y su nombre, un perro tan prodigioso: Este, ó por destino de su dicha ó por disposicion admirable de la Providencia, se dedicó todo á servir al Santísimo Sacramento, con tal cuidado, que al punto que con las campanas hacian en la Parroquia la señal de salir el Santísimo, donde quiera que estuviese y á cualquiera

hora, al punto, dando saltos regocijado, corria ligero á la Iglesia, rodeábala toda y volvíase á su casa, hasta que á la segunda seña de que ya el Señor salía, volvía otra vez corriendo, y despues de hacer muchos fiestas ganaba su lugar delante del Palio: iba con el Señor, y entrando en la casa del enfermo, echávase con toda quietud en el patio, hasta que saliendo su Magestad volvía de la misma suerte hasta entrar en su Parroquia, y jamas se apartaba hasta haber encerrado el Santísimo en su Tabernáculo. Empezó ya á causar reparo esta continuacion de este dichoso animalillo; y por ver si era solo contingencia, pusieron cuantos medios fueron posibles por detenerlo, por divertirlo, ó por engañarlo, porque ni acariciándolo su amo se daba por entendido entónces, ni arrojándole carne bastó jamas para detener su gana por correr á la divina obediencia. Quitaron algunas veces los Monacillos, por ver si eran á ellos sus caricias; pero él proseguia con el Señor de la misma suerte. Lo encerraron muchas veces, pero en oyendo la campana, con las uñas, con los dientes, con la inquietud, con los gemidos, se hacia pedazos hasta que obligaba la lástima á darle soltura, y al punto corria á buscar el Santísimo donde quiera que iba. ¡Hay mas racional animal! Pues lo mas prodigioso era su zelo. Iba delante del Señor, como he dicho, y siendo tan manso no habia que burlar con su cólera si viera alguno menos reverente. Así iba una noche, y estando en la calle un hombre dormido, y por eso descuidado de adorar al Señor, envistióle el Tudesco como un Tudesco, y no cesó de afligirlo hasta que ya puesto de rodillas, sin mas diligencia se sosegó el perro. Otro caballero iba en su caballo, y se le hizo muy difícil apearse:

pero el Tudesco se lo facilitó bien presto, porque le envistió con tal furia, que no hubo quien lo detuviera hasta que lo desmontó y se puso de rodillas: y he aquí al Tudesco sosegado; pero con mas prodigio, que habiéndole el caballo quebrado una mano, no fué posible detenerlo para curarlo, sino que manquendo prosiguió con el Santísimo: llegó al anfermo, volvió á la Parroquia, y entónces yéndose á su casa dejó que lo curaran. Otra vez, llena la Iglesia de tupido concurso, al sacar al Santísimo, una muger se quedó en pié, y sin que al perro le pudiese estorbar la muchedumbre de la gente, saltando por entre todos llegó á ella y la acometió con tal furia, que parecia quererla hacer pedazos: hiciéronle señas que se arrojara, hizolo y al instante se acabó el pleito, volviéndose el Tudesco haciendo fiestas. ¡Oh, bruto prodigioso, que así sabes enseñar respetos á los racionales! Por último, Juéves y Viérnes Santo, por espacio de veinticuatro horas estuvo este animal asistiendo al Santísimo Sacramento, con tal fineza, que olvidado de la comida, no hubo quien del altar lo apartara.

¡Oh, mi Dios y Señor Soberano de nuestras almas! si así en un bruto hallas amor, veneracion, zelo y respeto, ¿cómo podrán resistirse duros á tu amor nuestros corazones? Triunfa, mi Dios, triunfa, que á tus debidos obsequios rendimos muy gustosos toda nuestra fé, ofrecemos por víctimas cautivas nuestras almas en tu amor, y regocijada te repetirá estos días alegres alabanzas nuestra esperanza; que si acá nos concedes la dicha de acompañarte y gozarte en tu Soberano Sacramento, fuente de la gracia, esperamos en tu infinito amor que te veremos tambien con colmo felicísimo en la gloria.

PLÁTICA VIII.

POR QUÉ DE ENTRE TODAS LAS DEMÁS INSIGNIAS DE LA PASION
DE NUESTRO REDENTOR, SOLA LA CRUZ ES LA INSIGNIA
Y SEÑAL DEL CRISTIANO.

A 10 de Mayo de 1690.

Para entender las leyes, se han de leer las rúbricas, y es reglilla muy repetida por los Juristas: *Lege rubrum, si vis intelligere nigrum; rubricæ textum explicant.* Es el caso, que al principio de cada ley se pone un breve de letras coloradas, y por eso se llaman rúbricas; se pone, digo, ó la ocasion, ó la circunstancia, ó el tiempo en que se hizo aquella ley, y así se conoce en qué está su vigor y fuerza; por eso pues dicen que para entender la ley, que está de letras negras, se han de leer las letras coloradas. ¡Y qué buena regla para nuestra Doctrina! Tenemos en la Cruz, cristianos, el compendio de todas nuestras leyes, el resumen de todas nuestras obligaciones, y lo que es mas, tenemos en la Cruz, como dijo San Pablo, (1. ad Cor. 1. 25) cifrada y junta toda la sabiduría de Dios, y para que podamos entender los inescrutables se-

cretos de la Divina Sabiduría que en la Cruz se encierran, para que atendamos cuánta es la fuerza de las obligaciones y las leyes que la Cruz nos pone, hemos de leer en esa Cruz las rúbricas; quiero decir, aquellas letras coloradas que con la púrpura de su Sangre tiene escritas en tan lastimosas llagas el Soberano cuerpo de nuestro Dios, que está en esa Cruz crucificado. ¡Oh, si éste fuera nuestro continuo libro, nuestro estudio y nuestra meditacion, cuánto seria nuestro provecho! ¡Cómo nos ajustariamos á las leyes que nos pone la Cruz si leyéramos aquellas coloradas rúbricas en el Cuerpo de nuestro Redentor! A vista suya se nos harian muy fáciles los preceptos que nos parecen tan difíciles; allí veriamos muy suaves las virtudes, que tan ásperas y tan árduas nos parecen. Ya, pues, hoy nos toca ver las rúbricas de la Cruz; vimos ya cómo la Cruz es nuestra insignia y nuestra señal; sepamos ahora por qué.

Este *por qué*, es la pregunta que se sigue en el Catecismo, y antes de responderla veamos la dificultad que envuelve solapada este *por qué*, que no sé si la adviertan todos; y en advirtiéndola, entonces le agradecerán al Catecismo lo fácil de su respuesta. Es cierto que así como la Cruz fué instrumento de la pasion de nuestro Redentor, así tambien fueron instrumentos de ella, la columna, los azotes, la corona, los clavos y la lanza. Si la Cruz tuvo la dicha de tocar tan inmediatamente su Divino Cuerpo, tambien lo tocó, y aun con mas inmediatecion, la corona que le penetró con sus espinas la cabeza; los azotes, que le desgarraron sus carnes; los clavos, que le traspasaron sus santísimas manos y piés; y la lanza que entró hasta su purísimo corazon. Ahora, pues, la dificultad,

y veamos qué me responden: ¿Por qué sola la Cruz ha de ser la insignia y la señal del cristiano, y no la columna, los azotes, la corona, los clavos, ni la lanza? Si es porque la Cruz fué instrumento de la pasión de nuestro Redentor, todos aquellos fueron también instrumentos: si es porque la Cruz tocó tan inmediatamente á su santísimo Cuerpo, también le tocaron todos aquellos instrumentos; ¿pues por qué de todos sola la Cruz es nuestra insignia? ¿Por qué sola la Cruz ha de ser y es la señal del Cristiano? Este es aquel *por qué* del Catecismo. Miren si tiene dificultad, y tal, que se empeña á responder el Príncipe de los Teólogos. Ventila este punto el Angélico Doctor Santo Tomás, en la 3.ª p. q. 25. art. 3. ad. 4. (Vid. Suar. t. 3. in 3.ª p. disp. 52. sec. 2.) y hace el argumento en materia de adoración. Es cierto que así como adoramos la Cruz, por lo que mira al contacto que tuvo al Sacrosanto Cuerpo de N. Redentor, adoramos también todos aquellos otros instrumentos; pero con distinción, pues que la corona, la lanza y los clavos, etc. solo originales los adoramos; quiero decir, aquellos mismos que tocaron inmediatamente al Señor, y no cualquiera corona de espinas. No adoramos una lanza, una columna, ni un clavo, porque la adoración se la debemos solo á aquellos mismos que fueron instrumentos y que tocaron al Sacrosanto Cuerpo de N. Redentor, no á sus retratos. Pues ahora la Cruz no es así; que no solo debemos dar adoración á aquella misma Cruz en que fué crucificado N. Redentor, sino también á cualquiera otra imagen suya: no solo adoramos el *Lignum Crucis* que así llamamos á las reliquias que se guardan de la Cruz misma de N. Redentor, sino que también debemos adorar cualquiera Cruz, sea de

plata, de oro, de madera ó de popote. ¿Pues válgame Dios! ¿Por qué ha de tener solo la Cruz aun la ventaja de que la adoremos, no solo en su original, sino en cualquier retrato suyo, y no así la corona, los clavos, la lanza, etc. que solo los adoramos en su original? ¿Estos no fueron, también como la Cruz, instrumentos de aquella Pasión Santísima con que fuimos redimidos? Sí, *Ista tamen* (responde ya el Angel de las Escuelas) *Ista tamen non representant imaginem Christi, sicut Crucis, quæ dicitur signum sibi hominis: et inde est quod Crucem Christi veneramur in quacumque materia: non autem imaginem clavorum, vel quorumcumque hujusmodi.*

Es el caso, que ni la corona, ni los clavos, ni la lanza, son imagen y retrato de Nuestro Señor Jesucristo; ¿no lo ven? Una corona, ¿en qué se parece á un hombre? En nada, y lo mismo los clavos, la lanza y lo demás. Pero la Cruz es una imagen, es un retrato de Nuestro Salvador crucificado. ¿Qué es un hombre extendidos los brazos?—Una Cruz.—Pues por eso solo á la Cruz, y no á los otros instrumentos, de cualquiera manera que sea le debemos la adoración, dice S. Tomás; porque ella sola es figura é imagen de Cristo; ella sola es la señal de Cristo: *Quæ dicitur signum filii hominis*, añade el Angélico Doctor. Ahora, pues, á nuestro intento: sola la Cruz es la insignia y señal del Cristiano. ¿Por qué? Y ya que han visto la dificultad de este *por qué*, le agradecerán la respuesta tan breve y tan clara al Catecismo: *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.* De modo, que ni la corona de espinas, ni los clavos, ni la lanza, ni ninguno de los otros instrumentos de la Pasión, son la insignia y señal del Cristiano; por-

que no son figura, ni son imagen de Cristo, y sola la Cruz porque es figura, porque es imagen de Cristo crucificado, es nuestra señal, es nuestra insignia?

¿Y qué se sigue de aquí? ¡Oh, Dios, lo que se sigue! Se sigue, que no nos basta tener la Cruz, si con la Cruz no tiene en sí mismo cada uno de nosotros la imagen del Crucificado. Se sigue, que de nada servirá retratar á Cristo con la Cruz en la frente, si no retratamos á Cristo con la Cruz en la vida. Se sigue, que nada aprovechará hacernos con la Cruz la figura de Cristo, si con las costumbres retratamos la fiereza abominable del Demonio. *Pretiosum est signum Crucis*, dice S. Pedro Damiano, *sed prout gestamus in fronte, utinam portemus in corde.* (Pet. Dam. Ser. 40. de S. Cassian.) Preciosa es la señal de la Cruz; ¿pero qué nos valdrá todo su precio, si trayéndola en la frente no la traemos en el corazón? La trae en su corazón aquel que con todo su amor ama al que fué crucificado en esa Cruz, que guarda sus preceptos; que los que tienen por Dios al vientre, á los deleites, á los apetitos, ¿qué importa que hagan sobre sí la señal de la Cruz, si son enemigos de la Cruz? Dice S. Pablo: *¿Inimicos Crucis Christi?*

Alejandro Luzagio, Varon muy espiritual, repetía muy de ordinario esta sentencia: *Es imposible tener el Crucificado sin Cruz.* (ad. Phil, 3. ap. Lyr. fol. 330.) Cristiano, ¿quieres tener en tu alma á Cristo Crucificado? pues has de tener Cruz en tu alma; y si no puede haber Crucificado sin Cruz, tampoco la Cruz ha de estar sin el crucificado, que es su figura, es su retrato, es su imagen.—Pues sí lo es, ¿cómo hemos de retratar con la Cruz al crucificado?—Con el agradecimiento, con la imitación, con la vida.

Mira, alma, cómo está tu Dios en la Cruz. Inclínala la cabeza como quien te llama, como quien concede á tu ruego, como quien se inclina á tu perdón; los brazos extendidos, como quien te franquea todo su pecho, como quien te desea admitir á sus brazos, y como quien por tí hizo cuanto pudo alcanzar, que es infinito, abierto el corazón para que te entres en él, para que en él te acojas, para que en él te salves; y todo el cuerpo corriendo sangre, para que tú te laves, para que tú te limpies y para que te quedes redimido. Pues de todo esto es figura la Cruz que tienes por señal; mira si tienes corazón que baste para pagar en agradecimiento tanto beneficio. Si es la Cruz tu señal, ¿dónde tienes en esa señal retratado á Cristo en tu agradecimiento? ¿Cuántas veces te has puesto á pensar un rato siquiera estos beneficios? ¿Haces tantas veces sobre tí la señal de la Cruz, y nunca te has acordado de que esa Cruz es figura de Cristo crucificado, por quien en ella fuiste redimido? Pues paga siquiera con tu memoria y con tu meditación, lo que por tí hizo Dios con tan terribles tormentos, y así será en tí la señal de la Cruz imagen de tu Dios crucificado. No tienes fuerzās, no tienes salud para llevar la Cruz con silicios, disciplinas, ayunos, penitencias; pues lleva siquiera esa Cruz con la meditación de Cristo crucificado, y oye á Alberto Magno: (Alb. Mang. t. de Mis ap. Engel. D. Quin. § 3.) La simple memoria ó meditación de la Pasión de Cristo, dice este gran Doctor, vale más que si uno ayunara á pan y agua todo los viérnes del año; más que si cada semana se disciplinara hasta derramar sangre:

¿Tanto vale solo el meditar en la Pasión de N. Señor Jesucristo?—Sí, *Hija*, le dijo su Magestad á

Santa Gertrudis: ¡oh, qué palabras de tan sumo consuelo! *Hija, el que en su vida me mirare á mí crucificado con devocion y con ternura, yo le miraré á él con benignos ojos en la hora de la muerte.* (Ap. Eugel. sup.) Esto, pues, será traer en nosotros con la señal de la Cruz la figura de Cristo crucificado, traerlo siempre en la memoria y en la meditacion. Ese argumento nos hace á los Cristianos el Apóstol S. Pedro: ¿Sois Cristianos? ¿Seguís á Jesucristo? ¿Teneis su señal? ¿Pues qué se sigue? *Christo igitur passò in carne, et vos eadem cogitatione armamini.* (Epiíst. 1. cap. 4. Vid. ibi Corn.) Lo que se sigue es, que si Cristo padeció por vos tan terrible muerte en la Cruz, que vos cuando tomeis estas armas de la Cruz, sea con la memoria y la meditacion de aquella muerte.

¿Así? pues volvamos á ver muchas veces con la señal de la Cruz la figura de nuestro Dios crucificado. ¿Cómo está allí? Hecho Maestro de todas las virtudes, pues eso es empeñarnos á que retratemos en nosotros con la señal de la Cruz su imitacion. Allá, porque Alejandro Magno traía siempre inclinado hácia un lado el cuello, todos sus Príncipes afectaban andar con el cuello torcido. Porque Platon hablaba bleso y tartamudo, sus discípulos afectaban tambien hablar tartamudeando. Porque el Emperador Carlos V. por los dolores de cabeza se quitó el pelo, al punto todos los Príncipes y caballeros, cortándose las cabelleras que tanto estimaban, salieron con las cabezas desnudas. Porque Sabina Popéa tenia el cabello como azafran, de que gustaba mucho Nerón, todas las mugeres de Roma buscaban á toda costa tintas con que teñirse de aquel color los cabellos. Y acá vemos esto cada dia en esos usos que tan á porfía se

introducen y tan de competencia se imitan. Pues si así de una criatura se procura imitar aun la deformidad, la fealdad y el vicio, ¿por qué de nuestro Dios no procuraremos imitar las virtudes, que todas juntas nos las está mostrando en la Cruz? ¿Quién no será humilde viendo á Dios en tanta ignominia? ¿Quién no será paciente, viendo á Dios entre terribles tormentos? ¿Quién no mortificará sus gustos, viendo á Dios con los piés y las manos clavados? ¿Quién no refrenará sus apetitos y sus pompas, viendo á Dios desnudo, y que para su sed tan terrible halla solo hiel y vinagre? Y en fin, quien ve á su Dios muerto, ¿cómo no le entregará toda su vida, de modo que ni se mueva, ni piense, ni respire sino con Jesucristo crucificado?

—Padre, esa es mucha perfeccion, y que habla solo allá con los Religiosos, con las Monjas; no con los que vivimos en el mundo.—Aguarden, y no me oigan á mí, sino respóndanle á S. Pablo: *Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est.* (2 ad. Cor. c. 5.) Por todos, por todos murió Jesucristo. Eso dice la señal de la Cruz, que todos fuimos por Cristo redimidos en ella.—¿Y qué se sigue de ahí. Apóstol Santo?—Oíd, oíd la voz del grande Pablo: Lo que se sigue es, que los que por Cristo viven, no han de vivir ya para sí mismos, sino para Aquel que murió por ellos. ¿Eso se sigue? Pues pregunto ahora, á tí que alegas por excusa que no eres Religioso, que no eres Monja, que vives en el mundo; pregunto: ¿murió por tí Jesucristo? Mira si lo puedes negar, y si no puedes negarlo, ¿qué se sigue? *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant.* Lo que se sigue es, que solo has de vivir para aquel que por tí dió su vida.

Cyro, Rey de Persia, venció en campaña á Tigranes, Rey de Armenia; y teniéndole cautivo con su muger, preguntóle delante de ella: ¿qué me darás porque restituya la libertad á tu Esposa?—Si yo lo tuviera, te diera todo mi Reino, responde, pero habiéndole ya perdido, lo que te daré porque la libres, será mi sangre, mi vida. Movidó Cyro con esta respuesta, les dió luego á los dos libertad. Volvíanse alegres, y entónces preguntóle Tigranes á su Esposa: ¿qué te pareció el Rey Cyro? ¿No es bizarro, galan y generoso? A lo que ella respondió: ¿Qué me preguntas? si yo todas mis atenciones, mis ojos y mis pensamientos los tuve puestos solo en aquel que por mi libertad ofreció su sangre y su vida; y así, ni ví, ni advertí nada en otro ninguno. (Xenoph. *Lib. 3. Hist. de Inst. Cyr. ap. Lyr.*) ¡Oh, confusion de nuestra vida! ¡Oh, vergüenza de nuestros divertidos afectos! Aquella sola por una oferta quedó tan arrebatada, que todos sus pensamientos, sus ojos, sus atenciones y sus afectos se los robó el que por su libertad ofreció su sangre, que pudo ser oferta mentirosa; y nosotros, habiendo deramado nuestro Dios, no en oferta, sino en realidad, toda su sangre por darnos la libertad, habiendo padecido la más terrible muerte por darnos vida, ¿así nos divertimos de su amor? ¿Así nos volvemos á las criaturas? ¿Así olvidamos un beneficio tan inmenso? Pues si nos preciamos de la señal de la Cruz, ella nos ha de renovar siempre en el corazon esta tan provechosa memoria:

Refiere Fr. Tomás de Cantimprato (*Spec. exemp. verb. Pas. Christ.*) que cierto mancebo Cristiano, habiendo caído en poder de los bárbaros, quedó esclavo de uno de ellos muy poderoso, que agradándose del nuevo esclavo por lo que se ajustaba en

servirle, queria que estuviera con gusto; mas viendo que el esclavo Cristiano, aunque en nada le faltaba al obsequio, andaba con el rostro siempre mesurado y severo, y que cuando los otros esclavos muy alegres se divertian, ya en conversaciones risueñas, ya en sus músicas, ya en sus juegos, éste siempre suspenso, siempre pensativo: ¿qué tienes? le preguntaba, ¿de qué andas triste?—No estoy triste, respondia él, sino que dentro de mi corazon tengo la Cruz en que murió mi Dios. Tantas veces le preguntó el amo y tantas veces le respondió lo mismo el dichoso esclavo, que lleno de cólera el bárbaro: Pues he de ver, le dice esa Cruz que tienes dentro del corazon, y con crueldad inhumana mandólo matar: manda que le saquen el corazon. ¡Oh, prodigio! Traído el corazon á su presencia, vió en él esculpida con toda claridad y perfeccion la imágen de Cristo crucificado, que si en la vida con su meditacion lo hizo tan ajustado en sus costumbres, en la muerte, despues de coronarlo con el martirio, así lo honró con dejar en su corazon grabada su imágen. ¡Oh, Redentor piadosísimo de nuestras almas! si así tuviéramos en nuestra memoria siempre presente tu imágen, ¡cómo serian ajustadas á la señal de tu Cruz nuestras vidas y nuestras costumbres! ¡Oh! y tu Sangre ablande alguna vez nuestra dureza, para que al ejemplar santísimo de tu muerte siempre ajustada nuestra vida logre los tesoros de gracia inmensos que allí nos ganaste.

PLATICA IX.

DE LOS MISTERIOS QUE CONTIENE EL MODO Y PALABRAS
CON QUE NOS PERSIGNAMOS.

A 8 de Junio de 1690.

No se contentó nuestro amorosísimo Redentor con darnos con su muerte la vida, sino que quiso también dejarnos con el instrumento de su muerte nuestra defensa. Comun reparo es, ¿por qué nuestro Redentor quiso que fuese su muerte en la Cruz? ¿Por qué no consintió, ni ser en Belén despedazado entre los niños inocentes, ni ser en Jerusalén degollado como el Bautista, (Lyr. de Chr. Pas. l. 4. c. 7. fol. 203. col. 2. It. l. 7. c. 1 d. 26.) ni ser precipitado de un monte, como allí lo intentaban los Judíos, ni ser apedreado en el Templo, como allí lo intentaron los Fariseos, sino que se guardó siempre para que fuese su muerte en la Cruz? Varias son las respuestas á esta duda; pero entre todas esta singular, (¿y cuál no es singular del prodigioso Agustino?) Nos quería el Señor dejar, dice el Doctor Grande, en el que fué instrumento de su triunfo, las armas también para que nosotros consiguiésemos muchas victorias. Pues notad: si el Señor hubiera muerto á los rigores

del cuchillo, ó de la espada, ó á los golpes de las piedras, dejándonos esas armas, ¿qué se seguiría? que muchas veces quedariamos vencidos, porque no pudiendo siempre andar, ó cargados de hierro, ó de piedras, el demonio que, ó como traidor nos acomete, ó como rabioso perro nos enviste, cogiéndonos muchas veces desprevenidos y sin armas, nos venciera: *Noliut lapidari aut gladio percuti, quia nos semper lapides, aut ferrum ferre non possumus quibus defendamur.* (Aug. Ser. 181. de Tem. t. 10.)—¿Pues qué hizo el Señor?—Viendo que nuestro enemigo es tan traidor, tan vigilante, tan astuto, que en todos tiempos nos acomete, y cuando nos ve más descuidados entónces nos enviste; escogiónos unas armas tan felices, que de día, de noche, velando, durmiendo, ocupados, ociosos, en la soledad, en el poblado, siempre las traigamos con nosotros mismos, sin poder apartarlas. Unas armas que las tengamos siempre tan á la mano como la misma mano. Esas armas son la Cruz, que solo con juntar dos dedos, hé aquí la mas poderosa espada contra todos los enemigos. Pues por eso escogió el Señor la Cruz por instrumento de su triunfo, por dejarnos en esa Cruz las armas tan á la mano como en los mismos dedos, para que nunca por falta de armas dejásemos de vencer á nuestros enemigos: *Elegit vero Crucem, quæ levi motu manus exprimitur qua, et contra inimici versutias munimur.* Por aquí entiendo yo, que podemos repetir en bien claro sentido todos los Cristianos aquellas palabras de David, que siempre dán que hacer á los Escriturarios: Bendito sea mi Dios, dice, que así enseñó á mis manos para la pelea y á mis dedos para la guerra: *Benedictus Dominus Deus meus, qui docet manus meas ad praelim, et*

digitos meos ad bellum. (Ps. 143.)—¿Las manos para la pelea, y para la guerra los dedos? ¿Pues no es todo uno?—No; porque solos los dedos pueden conseguir victoria aparte de la que consigue la mano. Porque cuando hacemos la señal de la Cruz, siendo las manos las que pelean, son los dedos los que hacen la guerra, porque son los dedos los que formando la Cruz, le sirven á la mano de las mas poderosas armas. Ya vencemos formando la Cruz con toda la mano: *Qui docet manus meas ad pærluum,* y ya triunfamos formando la Cruz con los dedos: *Et digitos meos ad bellum.* A tanto hemos llegado por la señal de la Cruz, que con dos dedos echamos á rodar legiones de demonios: tan poderosa es esta señal. Ya, pues, *¿cómo usais vos de ella?* nos pregunta el Catecismo: *Signándome y santiguándome.* ¿Son dos palabras estas? Sí: hacernos la Cruz sin hablar palabra, esto es *signarnos*: hacernos la Cruz juntando á la Cruz las palabras: *Por la señal, etc.* eso se llamará *santiguarnos*.

Veamos cómo. Ea, tended la mano:—¿qué mano, Padre?—La mano derecha.—¿Quién no sabe eso? ¿Y por qué para persignarnos ha de ser la mano derecha la con que formamos la Cruz?—No pienses que son estas menudencias, que en cosas muy menudas tiene escondidos Soberanos Misterios nuestra Religion; y para que lo vean, mil y quinientos años há que escribió San Justino Martir, (Berlar. de *Scríp.*) que es de todos los Santos Padres el más antiguo, y el mas inmediato á los tiempos de los Apóstoles: pues oigan sus palabras: *Quoniam nostrorum honorabilissima quæque ad Dei honorem seponimus, ita dextera manu in nomine Christi Consignamur, quia hanorabilior existimatur, quam*

sinistra. (S. Justin *g.* 118 *ad Ortho.*) Nos persignamos con la mano derecha, dice este Padre, porque para las cosas de Dios, para su servicio, para su culto, hemos de escoger siempre lo mejor de nosotros, lo más estimable, y la mano derecha siempre se ha tenido por más honrada que la izquierda: pues por eso nos persignamos con la derecha. Fuera de que eso pide, aun entre los hombres, la buena crianza, dice en tono pulido Agustino. ¿Permitese al hijuelo que en la mesa meta la mano izquierda en el plato? No, que serías ruin padre si tal permitierais; aunque veo en esto muy descuidados á muchos padres. ¿Qué mala crianza de muchachos! ¿qué tosquillos! ¿qué groseros! Ea, no descuiden todo en los Padres de la Compañía, que aunque los maestros les enseñen cortesía á los muchachos, pero como no siempre pueden andar con ellos, no pueden enseñarlos á comer los Padres de la Compañía, y vaya esto de paso: *Non ne corripis,* dice Agustino, *eum qui de sinistra voluerit manducare.* (Aug. in. Ps. 130.) Pues si teneis por descortesía, que uno coma en vuestra mesa con la mano izquierda, ¿cómo no sería mayor descortesía no hacer las cosas de Dios con la mano derecha? *Si mensae tuæ injuriam putas fieri manducante de sinistra, ¿quomodo non fiet injuria Deo, si quod dextrum est, sinistrum feceris?* Pues por eso ha de ser con la mano derecha el persignarnos. Miren si tiene doctrina la que parece menudencia.

—Ea, pues, ya está apercebida la mano derecha: y ahora ¿cómo se forma la Cruz?—Formamos la Cruz extendiendo el dedo pulgar é inclinándole junto con el dedo índice. De esta manera dejando extendidos los otros tres dedos, que son el de enmedio, el dedo anular, el dedo auricular, que llamamos meñique.

—Y todo esto, ¿qué significá?—Ya lo digo: El dedo pulgar, que es el principal de la mano, y tanto, que le llaman los Griegos *Antigyr*, que quiere decir *Altera manus*, otra mano; porque así como la una mano ayuda á la otra para hacer fuerza, así el dedo pulgar él solo vale tanto como los demás dedos; porque él es el que ayuda á los otros para que puedan coger alguna cosa, para que puedan hacer fuerza. Ya, pues, el dedo pulgar significa la Divinidad de Cristo, que fué la que dió fuerza y valor infinito á todas sus obras, que obras de sus dedos las llamó David: *Opera digitorum tuorum*. Y esta Divinidad unida á la Santísima Humanidad (que esta humanidad se representa en el dedo *índice*, que quiere decir, el que apunta, el que señala) que á eso vino nuestro Dios al mundo á apuntarnos, á enseñarnos por dónde vá el camino del Cielo: *Ego sum via*. E inclinase el dedo índice á formar la Cruz, porque la Humanidad de Cristo es inferior á su Divinidad; y esa inclinacion nos dice cómo Dios se abatió del Cielo á la Tierra, para morir por nosotros muerte de Cruz, y para ser el dedo índice que nos apunta y señala por dónde vá el camino de la vida eterna, y nos muestra y dá á conocer á su Eterno Padre. Introdujose, pues, en la Santa Iglesia este uso de formar la Cruz con los dos dedos, para confesar en Cristo las dos Naturalezas, Divina y Humana, contra los Hereges Menofisicas, que por blasfemar que Cristo no tenía sino una naturaleza, formaban la Cruz con solo un dedo, como refiere Nicéforo. (*l. 18 cap. 53.*) A estos, pues, desmentimos, formando la Cruz con ambos dedos.

Y ya que tenemos formada la Cruz con los dedos, vámonos santiguando: *Por la señal de la Santa Cruz de nuestros enemigos; no digais, y*

de nuestros enemigos, como lo he oído yo no pocas veces, que eso fuera decir que nos libre Dios por la señal de nuestros enemigos, peligroso barbarismo; y si entendieran lo que dicen, es blasfemia. Digamos, pues, así: *Por la señal etc.* Y antes de explicar lo que hacemos con la mano, entendamos lo que decimos con la boca. Esta es una oracion piadosísima y eficazísima para alcanzar de Dios nuestra defensa y nuestro amparo; porque además de que en ella protestamos y confesamos los mas principales misterios de nuestra fé, interponemos también á nuestros ruegos las tres Personas de la Santísima Trinidad, y le reconvenimos á nuestro Señor Jesucristo con mostrarle la señal de la Cruz. Explicomo con un ejemplito: Está un hombre fuera de su casa en algun negocio de importancia, de que no se puede apartar, y allí llega un recado pidiéndole prestada una alhaja preciosa de su casa: ni puede ir á darla, ni tiene á mano criado á quien enviar. Vaya usted, dice, y dígame á mi muger que se la dé.—Señor, si á mí no me conoce, ni me ha de creer ni me la ha de dar.—Pues tome esta cajuela, ó este Rosario, y dígame que digo yo que por señal de este Rosario le dé á usted lo que pide. Va, entrega la señal y por aquella señal conocida, le dán al punto lo que pide. Así sucede; pero no hay que hacerlo muchas veces, que tienen muchas mañas los ladrones de México. Así, pues, le decimos á nuestro Señor Jesucristo: *Por la Señal de la Santa Cruz*. Señor, ya por esta señal me conozco que soy de los tuyos, que soy de tu casa: ya por esta señal te acuerdas de lo que por mí hiciste; y me dejaste esta señal para que yo de tí me acuerde, y también para acordarte tú de mí: esta es la señal que me dejaste de que soy tu redimido, y de

que en la Cruz te encargaste de todas mis necesidades; pues por esta señal te pido, por esta señal te ruego: *Por la señal de la Santa Cruz.* ¡Miren, qué negará el Señor á quien esto le dijere con devoción! Pues todo eso lo decimos con solas aquellas palabras: *Por la señal de la Santa Cruz, etc.*

Y al decir las nos vamos formando tres Cruces: la primera en la frente, que es donde reside el entendimiento y el principio de las potencias del alma; y en esto reconocemos al Eterno Padre, principio y origen de las otras dos Divinas Personas, Hijo y Espíritu Santo. La segunda Cruz hacemos en la boca, lugar de las palabras que declaran nuestros pensamientos interiores, y aquí reconocemos la segunda Persona, que es el Hijo, el cual es palabra; eso quiere decir Verbo. Es palabra y concepto sustancial del Eterno Padre. La tercera Cruz que hacemos en el pecho y sobre el corazón, con ella confesamos la tercera Persona del Espíritu Santo, que es esencialmente amor del Padre y del Hijo, y por eso la reconocemos en el corazón, que es fuente del amor. Hechas con esta distinción estas tres Cruces, luego una sola Cruz las abraza todas; de modo que esta sola Cruz vale y puede tanto como todas aquellas tres, y cada una de aquellas tanto como las otras: así, siendo las Personas de la Santísima Trinidad tres distintas, todas tres son un solo Dios en la esencia, y que teniendo cada una de ellas la misma esencia, es tan verdadero, infinito y omnipotente Dios cada una, como las otras dos Personas; y por eso decimos: *en el nombre*, y no en los nombres, *en el nombre del Padre*, en la frente, en lo alto, para significar no solo cómo el Padre es el principio del Hijo y del Espíritu Santo, sino también, que estándose siempre en lo alto

de su trono, no ha sido nunca enviado á la tierra. Añadimos, *y del Hijo*, bajando la mano hácia el vientre, para significar no solo cómo el Hijo nace desde la eternidad del Padre, sino también, cómo bajó del Cielo á hacerse hombre por nosotros en el purísimo vientre de la Santísima Virgen María. Concluimos en el medio: *y del Espíritu Santo*, para significar cómo esta Divina Persona, no solo es la lazada y el nudo de amor que une al Padre y al Hijo, sino también cómo el Espíritu Santo fué el medio que obró la Encarnación del Verbo en las entrañas purísimas de María, Y hé aquí cómo en persignarnos confesamos los mas principales Misterios de nuestra fé, que debemos expresamente creer para salvarnos. El Misterio de la Trinidad Santísima, ya lo he dicho: en tres Cruces y una Cruz, tres Personas y una Esencia. El Misterio de la Encarnación del Verbo, en los dos dedos que juntamos, unidas las dos naturalezas, Divina y Humana; y en bajar la mano de la frente hasta el vientre, lugar de la generación, la Pasión y muerte de N. Redentor; y la última, que hacemos con toda la mano, para representar con los cinco dedos sus cinco llagas, y por virtud de esta Santísima Pasión, el perdón de nuestros pecados. Pues eso significamos pasando la mano desde el lado izquierdo, que es el de los condenados, al lado derecho que es el de los salvos; y acabamos en este lado derecho, significando que nuestras peleas y nuestras batallas, si duramos firmes, pararán en la vida eterna, en la eterna dicha y en la eterna felicidad: todo eso nos está representando la Cruz.

Mas por último me preguntan ¿qué enemigos son éstos, de que pedimos que el Señor nos libre, diciendo: *de nuestros enemigos libranos Señor.*—

Todos aquellos que nos intentan hacer mal, esos son nuestros enemigos: los brutos con su fiereza; los hombres con su malicia; las mugeres con sus alhagos; todos esos son nuestros enemigos, y de todos nos libraré la señal de la Cruz.

En tiempo de San Juan Crisóstomo un fierísimo Leon destruía y assolaba los campos, matando á muchos hombres. (*Surius in vita Chris.*) Hizo el Santo poner allí una Cruz, y al dia siguiente hallaron al leon muerto al pié de la Cruz. De estos hay innumerables ejemplos: S. Francisco Javier, sin mas armas que una Cruz en la mano, hizo huir á todo un ejército de bárbaros, cuando furiosos iban á ejecutar su rabia. (*Xav. in ejus vita.*) S. Constantino Mártir, queriéndolo seducir una torpe muger con sus alhagos, haciendo en ella la señal de la Cruz, al punto calló á sus piés muerta; y compadecido luego, volviendo á hacer en ella la señal de la Cruz, la volvió otra vez á la vida. (*In fastis Marian. die 26. D.*)

Pero los principales enemigos, de quien la Cruz nos libra, son aquellos que por solapados nos dañan peor, porque no los vemos; y en fin, el peor, el mas fiero enemigo nuestro, es el demonio, y éste tiembla, se estremece y huye de solo ver la señal de la Cruz. Faltaria tiempo para referir de estos sucesos prodigiosos; pero entre innumerables escojo éste por mas espacioso:

Cuenta nuestro erudito Teófilo Raynaudo, (*Rayn. t. 16 Heth. f. n. 196.*) que en el Occidente, siendo S. Leufrido Abad de un Monasterio muy numeroso de Monges, solian éstos juntarse en la Iglesia á sus santos ejercicios, y puesta una silla en el Presbiterio, sentado en ella el Santo Abad, iban uno á uno pasando todos los Monges, haciéndole profunda

reverencia en señal de obediencia y sumision. Sucedió, pues, que una vez, hallándose enfermo el Santo Abad Leufrido, no pudo bajar á asistir con la Comunidad á la Iglesia, y el demonio, logrando esta ocasion de engañar á los Religiosos, y de que todos le hicieran reverencia, tomó la figura y el hábito del Abad, bajó con los demás, y sentose en la silla muy replanado de autoridad. Fueron los Monges, segun su costumbre, haciéndole cada uno su inclinacion. Faltaban pocos, cuando bajó uno de ellos, que venia de la celda del Santo Abad Leufrido, quien con él enviaba á escusarse de asistirles; vé otro Leufrido sentado en la silla. Vuelve á toda prisa á la celda de su Abad y sorpréndese.—Padre, le dice, ¿qué es esto? ¿Estás á un tiempo en dos lugares? ¿Te acabo de dejar aquí, y te hallo allá en la Iglesia sentado? ¿Vuelvo de la Iglesia, y te veo aquí? Si allá no haces falta, ¿para qué me envías?—Entendiendo al punto el Santo Abad lo que esto era, levántase aprisa, acude á la Iglesia, y antes de entrar fué en todas las puertas y ventanas de ella, haciendo con la mano la señal de la Cruz; y cuando ya todas las tuvo así con la señal de la Cruz aseguradas, entra en la Iglesia y al punto empieza á temblar el maldito mentido Abad: hace traer Leufrido un azote y empieza á descargar azotes sobre el mentido Abad. Los Monges empiezan á reir, el diablo á correr y Leufrido á azotar: iba aquel á una puerta, y aunque estaba abierta, volvía corriendo; ibase á la otra, y tras de él Leufrido con el azote, y los Monges dándole vaya. Así anduvo rodeando la Iglesia sin atreverse á salir por ninguna puerta, hasta que despues ya de muy bien azotado, subiéndose por el cordel de la campana, se salió por el taladro de la bóveda, donde Leufrido

no se había acordado de hacer la señal de la Cruz; y tan lleno de miedo iba, que se subió consigo el cordel, porque temió que lo siguiera Leufrido. Entonces el Santo Abad les dió á entender á sus Monjes, cómo había permitido el Señor aquello á los ojos del cuerpo, para que viesen la virtud de la señal de la Cruz, pues teniendo abiertas las puertas, solo porque había hecho en ellas la señal de la Cruz, las tuvo el demonio cerradas. ¡Oh! y nosotros le cerremos siempre á este infernal enemigo con esta señal Santa, todas las puertas de nuestras almas, para que jamas pueda lograr nuestro daño, para que vivamos siempre seguros de él, no solo en lo corporal de la vida, sino en lo espiritual de la gracia.

PLATICA X.

DE LOS ESPIRITUALES DERECHOS QUE HAY EN PERSIGNARNOS
CON LA ATENCION DEBIDA.

A 15 de Junio de 1690.

Ménos peligrosa sería nuestra batalla, si aunque tan terribles, solo de fuera tuvieramos enemigos; pero hácese mas temerosa, porque tenemos tambien enemigos dentro, y tan peores, que sin éstos nada consiguieran aquellos en nuestra ruina. ¿Quién pensará que dentro de nosotros mismos tenemos peores enemigos que los mismos demonios? Pues es así, y por eso, si al demonio para vencerlo y echarlo á huir, basta ponerle una Cruz, á nosotros mismos, como peores enemigos, nos ponemos tres Cruces, y aun no sé si bastan.

Dije ya lo que significan las tres Cruces que hacemos al persignarnos, por lo que mira á los Misterios de nuestra Fé que debemos creer: diré ahora lo que significan esas tres Cruces en lo que debemos obrar.

Vimos ya esas tres Cruces hácia Dios; ahora para acabar y coronar las explicaciones de la señal de la Santa Cruz, hemos de ver esas tres Cruces

no se había acordado de hacer la señal de la Cruz; y tan lleno de miedo iba, que se subió consigo el cordel, porque temió que lo siguiera Leufrido. Entonces el Santo Abad les dió á entender á sus Monjes, cómo había permitido el Señor aquello á los ojos del cuerpo, para que viesen la virtud de la señal de la Cruz, pues teniendo abiertas las puertas, solo porque había hecho en ellas la señal de la Cruz, las tuvo el demonio cerradas. ¡Oh! y nosotros le cerremos siempre á este infernal enemigo con esta señal Santa, todas las puertas de nuestras almas, para que jamas pueda lograr nuestro daño, para que vivamos siempre seguros de él, no solo en lo corporal de la vida, sino en lo espiritual de la gracia.

PLATICA X.

DE LOS ESPIRITUALES DERECHOS QUE HAY EN PERSIGNARNOS
CON LA ATENCION DEBIDA.

A 15 de Junio de 1690.

Ménos peligrosa sería nuestra batalla, si aunque tan terribles, solo de fuera tuvieramos enemigos; pero hácese mas temerosa, porque tenemos tambien enemigos dentro, y tan peores, que sin éstos nada consiguieran aquellos en nuestra ruina. ¿Quién pensará que dentro de nosotros mismos tenemos peores enemigos que los mismos demonios? Pues es así, y por eso, si al demonio para vencerlo y echarlo á huir, basta ponerle una Cruz, á nosotros mismos, como peores enemigos, nos ponemos tres Cruces, y aun no sé si bastan.

Dije ya lo que significan las tres Cruces que hacemos al persignarnos, por lo que mira á los Misterios de nuestra Fé que debemos creer: diré ahora lo que significan esas tres Cruces en lo que debemos obrar.

Vimos ya esas tres Cruces hácia Dios; ahora para acabar y coronar las explicaciones de la señal de la Santa Cruz, hemos de ver esas tres Cruces

hacia nosotros. Y dije bien para coronar, porque en esas tres Cruces, si las logramos, tenemos en el Cielo prevenidas otras tantas coronas.

Reparó un ingenio agudo en que el Crucero del Sumo Pontífice tiene tres cruces, ya lo han visto pintado, y volviendo luego los ojos, advirtió que en la Tyara tiene tambien el Sumo Pontífice tres coronas:—¿Tres á tres las Cruces y las Coronas? ¿Por qué?—Por qué ha de ser, sino porque á cada Cruz le corresponde luego su corona. Esto dice aquel agudo Epígrama.

*Cur tibi Crux triplex, Gregori, triplexque corona
(est?
Nempé suam sequitur quaeque corona Crucem.*

Ya, pues, podrá decir alguno: Padre, si es tanta la eficacia de la señal de la Cruz, ¿con hacernos una Cruz sola no bastaba? ¿Pues por qué nos persigamos haciendo tres Cruces?—Yo lo diré: porque á repetidos enemigos bien hemos menester multiplicar las armas. Y si nó oigan al Catecismo: *La primera en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos.* ¡Oh, qué batalla! ¡Oh, qué enemigos tan terribles, que como venenosas víboras nos matan, y despedazan la misma madre que los concibe. Nacen los pensamientos dentro del alma, y si ésta con su voluntad los abraza, por eso mismo, como el abrazo del Tigre, la despedazan y la matan: como el abrazo del segador la cortan, la derriban y la destruyen. En un instante se forman, en un instante se consienten; y si la penitencia no nos limpia, por una eternidad han de durar en el tormento. ¿Cuántas almas estarán en el infierno por un solo pensamiento consentido? ¡Qué eficaces!

¡Con qué colores pintan! ¡con qué dulzuras engañan! ¡con qué sofisterías facilitan! ¡con qué retórica persuaden á la pobre voluntad, que tantas veces se deja llevar ciega para quedar perdida! ¡Qué importunos, que ni dejan lugar ni tiempo en que no nos envistan! A los desiertos trasladan con la memoria los tropiezos del poblado; en los claustros meten con los recuerdos los lazos engañosos del mundo; en el retiro de la oracion se representan de la misma manera que en el bullicio de la plaza; dentro de casa nos envisten, y fuera de ella nos acometen. Y lo que es peor, ¡oh, Santo Dios! que como en toda la vida nos afligen, en la hora de la muerte mas terriblemente nos combaten. ¡Oh, pensamientos enemigos peores que demonios! ¡Es así almas? Pluguiera Dios no fuese así. Pues miren ya si contra estos enemigos hemos menester una Cruz aparte que nos defienda: *La primera en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos.*

¿Te acometen pensamientos de vanidad, de soberbia, de querer ser mas que otros, y para eso andas pensando, ó las ganancias ilícitas para la hacienda ó las ejecuciones torpes para la gala? la Cruz en la frente, la Cruz; y oye á San Agustin: *Si portas in fronte signum humilitatis Christi, porta in corde imitationem humilitatis Christi.* (Aug. Serm. 20 de Divers.) Si con esa señal pones en la frente la muestra de la mas profunda humildad de Cristo, traslada tambien con ella esa humildad á tus pensamientos. ¿Por qué pensais, dice Agustino, que no nos dejó el Señor á sus Cristianos por señal aquella Estrella con que allá condujo á los Magos? No nos dejó la Estrella, sino la Cruz, porque no quiso que sea nuestra señal, brillos, lucimientos y

resplandores, sino humildad y abatimiento. *Nolluit Stella esse in fronte fidelium signum suum, sed Crucem suam: unde humiliatus inde glorificatus est, inde erexit humiles, que humiliatus ipse descendit.* (Tract. 3. in Joan. ap. Gret. lib. de Cruc.) ¿Se ofrecen pensamientos de retirarte de la virtud, de no acudir á los templos, de no frecuentar los Sacramentos, porque no digan que eres mocho? la Cruz en la frente, la Cruz. ¿Y por qué quiso el Señor que tú hicieses esa Cruz en la frente, que es lugar de la vergüenza? te pregunta Agustino.—Porque con esa Cruz desprecies esos malos pensamientos, que tan perniciosa vergüenza te ponen de parecer cristiano: *Signum suum Christus in fronte nobis figi voluit tamquam in sede pudoris, ut Christi opprobrio Christianus erubescat.* (Aug. in Ps. 30. cap. 3.)

¿Te envisten pensamientos de desconfianza, de temor, con que te parece que ha de poder mas contigo el demonio que la gracia de Dios? Haz en la frente la señal de la Cruz, te dice S. Gerónimo, y con esa señal desprecia esos temores vanos, que si tú no quieres no se atreverá el demonio. *Signaculo Crucis munias frontem, ne exterminator Ægypti in te locum reperiat.* (Hier. ap. Lobetium.) Y, en fin ¿te acomete la ira con sentimientos de venganza, la carne con feas representaciones de torpeza, y las pasiones todas con halagüeños pensamientos de sus apetitos? pues contra todos haz la señal de la Cruz en la frente, pues te dice S. Crisóstomo: Ten Fé de lo que esa señal puede, y dejarás burlado todo el tropel de malos pensamientos: *Cum signaris, tibi in mentem veniat omnis vis quam Crux continet, ac tum iram; omnes que rationis adversos animi impetus extinseris.* (Chris. Hom. de Vener. Cruc. It. Hom. 55. in Mat.)

Estaba en el desierto el Santo Abad Nicolao de Rupe, (Bollan. in ejus vita 22 Mart.) y vió á buena distancia que venia hácia él un mancebo cargado con tres bolas de manteca, que sus padres enviaban de limosna al Santo Abad para su Monasterio. Apénas lo descubrió de léjos el Abad, cuando á toda prisa empezó á hacer Cruces hácia él. Reparólo el mancebo, llegó y díjole: Padre, ¿por qué me haces Cruces? ¿Soy yo el demonio?—No lo eres, le respondió; pero sábete que como moscas venian sobre tí los demonios, instigándote á lo que tú venias pensando.—¿Pues qué pensaba yo?—Pensabas hurtar esa manteca, é ir luego á tal parte á venderla, y con la señal de la Cruz que yo te hice, dejaste ese pensamiento.—Es verdad, dijo el mancebo, eso, eso era lo que yo venia pensando, y echándose entónces á sus piés, le pidió perdon arrodillado.—¿Oh, Padre! que si por Cruces fuera, anduviera yo todo el día hecho un Calvario; pero aunque esté haciendo Cruces todo el día, ahí se están los malos pensamientos.—¿Cómo se están? Los consientes con la voluntad? los abrazas?—No, antes me afligen y me atormentan.—Pues dichosa tu alma, dichoso tú, que con la Cruz te libras de consentir los malos pensamientos, mas no de batallar contra ellos, que en esa batalla está nuestra corona. Pero el que busca las ocasiones, el que por su gusto se pone en la conversacion, en las vistas, y aun entre las mismas llamas, ¿de qué se queja, si la señal de la Cruz no le basta? porque tiene en su alma impresa la imágen del demonio. No es falta de eficacia en la Cruz, si haciéndola solo por ceremonia, se abraza con toda la voluntad del veneno.

La segunda Cruz hacemos en la boca, dice el Ca-

tecismo, *porque nos libre Dios de las malas palabras*. Este es otro ejército de fierísimos enemigos que aguzando hácia afuera todas sus puntas, dejan en el alma, ¡oh, qué crueles heridas! Una sola palabra que vuela y que pasa, quita una honra, pone en peligro una vida, y lo que es peor, condena muchas almas. Una de las que llaman chanzas, y son torpezas, ¿qué daños, qué ruinas y qué perdiciones nó causa? Pues, ¿y qué el tropel de juramentos, la lluvia de maldiciones y la tempestad de murmuraciones? Miren si es menester bien otra Cruz para la boca, *porque nos libre Dios de las malas palabras*, que peores daños suelen causar que los demonios. Allá nos manda el Espíritu Santo que hagamos un peso, en cuyas balanzas pesemos las palabras: *Verbis tuis facito stateram*. (Eccl. 28.)—¿Y qué peso puede haber para pesar las palabras?—La Cruz, la Cruz, que peso la llama la Iglesia: *Statera facta corporis*. Pues por eso la ponemos en la boca, para que sea el peso de nuestras palabras. La Cruz tiene los dos brazos derechos, que tanto hemos de querer para el prójimo, como para nosotros mismos. Así, pues, ¿por qué ha de pesar mas contigo el gusto de decir el dicho picante, ó la palabra torpe, que la ofensa que con él haces á tu prójimo, ó el escándalo? ¿Por qué ha de pesar mas contigo la ira con que echas maldiciones, ó el encono con que murmuraras, que el daño que haces á tu prójimo en la vida ó en la honra? Sean iguales los brazos de esa Cruz al pesar las palabras. A tu prójimo, como á tí mismo.

Asistia un Sacerdote católico á un convite de hereges calvinistas; y de éstos, uno maspreciado de decidir, empezó entre los manjares á decir por chanzas blasfemias contra los Sagrados Ritos de

nuestra Católica Religion. Celebrábanlo con grande risa y aplauso los otros, y á todo estúvose callando el católico. Levantaron la mesa, y todavía proseguia aquel en sus blasfemias, haciendo risa de que nos hagamos la señal de la Cruz. Entónces, levantándose el católico dijo: Hasta aquí he callado, porque yo fui convidado á comer, no á disputar; mas ya que tanto blasfemas, (dijo levantando la mano, y haciendo sobre el hereje la señal de la Cruz) en el nombre de Jesucristo te mando que calles y no abras mas la boca.—Al punto, como si la Cruz fuese un sello de diamante, le dejó del todo mudo y en su vida no habló mas palabra. (Rayn. p. 2. *Heth. f.* 200. & 201. t. 16.) ¡Oh, cómo debe temer que así lo castigue la Cruz, quien haciendo la Cruz en la boca, todo el día gasta luego en maldiciones, juramentos, murmuraciones y deshonoras!

La tercera Cruz hacemos en el pecho, dice el Catecismo, *porque nos libre Dios de las malas obras*. Es nuestro corazón como la fuente de nuestra vida, el origen tambien y el manantial de nuestra muerte. De él brotan los raudales de veneno que nos atosigan, las lascivas, las venganzas, los hurtos, los homicidios. Dentro del corazón se fraguan para la destruccion del mismo que los fabrica. ¡Quién tal pensara! que nuestro mismo corazón, ese, ese es nuestro mayor enemigo y mas perverso que el demonio. Pues por eso le hacemos la Cruz. ¿Y qué intentamos con eso? Miren: es el corazón de un hombre la casa de moneda de toda la República. De allí corre como hácia lo vital en la sangre el sustento á todo el cuerpo; así hácia lo cristiano todo el valor y el precio en las obras. Ahora, pues, poniendo en el corazón la Cruz, ¿qué hacemos?

Poner el cuño, con que ha de salir acuñada toda la moneda de las obras con que hemos de comprar el Cielo. *Pone me ut signaculum super cor tuum*, le dice el esposo á su amada: Ponme sobre tu corazón como un sello, como un cuño, en donde se han de ir acuñando todas tus obras con la señal de la Cruz; y Teodoreto dijo: *Ut notam ipsius Crucis in omnibus factis imprimamus*. Eso es el hombre, dijo S. Agustín, una moneda de Dios, que si tiene precio, si tiene valor, todo lo tiene por la Cruz: *Nummus Dei est homo imaginem habens Dei, et quidem Crucifixi*. (Aug. tract. 40 in Joann.) Ahora, pues, díganme: si de esa casa saliera la moneda, por una parte con la Cruz y por la otra no el Castillo de nuestro Rey, sino las Armas del Gran Turco, una media luna, ¿admitieran esa moneda? ¡Oh, que fuera un delito gravísimo! Pues así son las obras buenas; porque hechas en pecado mortal, ¿qué importa que por una parte muestren la Cruz, si por la otra llevan grabadas las armas del demonio? No sirve, no tiene valor: *Ejice*, dijo S. Ambrosio, *ejice de numismate animae tuae imaginem diaboli, et atolle imaginem Christi*. (Ambr. l. 1. Offic. c. 49.) ¿Mas si la moneda llevara mucha mas liga de la que permite la ley, aunque tuviera la Cruz, correría?—No por cierto.—Pues así son las obras que parecen buenas y llevan la liga de intentos muy torcidos. Las que parecen limosnas, son atractivos de deshonestidad; la que parece celo y es venganza; la que parece devoción y es galanteo; la que parece humildad y es ambición. ¡Oh, qué moneda! ¡Oh, qué obras, todas perdidas! y que en lugar de tener precio merecen gravísimo castigo. ¿Mas si la moneda aunque tenga la Cruz y el Castillo, fuera de plomo ó de estaño, valdría?—Na-

da.—¿Pues qué importa, que al entrar en la Iglesia, al empezar la Misa, al empezar la confesión hagamos sobre nosotros la señal de la Cruz, si luego la que habia de ser plata de devoción verdadera, es plomo de una atención muy divertida? ¡Si luego el que habia de ser oro de una finísima contrición, no es sino estaño de un falso propósito? ¡Ah, confesiones! ¡Ah, Misas! ¡Ah, obras santas! Todas sin valor, todas monedas perdidas, porque sois de plomo habiendo de ser de plata; porque habiendo de ser de oro, sois de estaño. Pues entendamos que á eso nos obliga la señal de la Cruz en el pecho, á que nuestras obras, para tener valor y precio, tengan las cualidades de la moneda, que sean segun la ley en la liga, en la materia y en el sello. Más me detuviera aquí, pero ya es tarde; hagamos, pues, la señal de la Cruz en el pecho, de modo que nos acordemos que nos empeña esa Cruz á las buenas obras.

A San Juan Romanense le llegó á pedir limosna uno de los muchos que suele haber, que parecia pobre y no era sino holgazan y ocioso. Conocióle el Santo y dióle una gran limosna, que fué hacer sobre él la señal de la Cruz. ¡Gran limosna por cierto! Sí, porque al punto se sintió aquel tan alentado, tan libre de la flojedad y tan deseoso del trabajo, que aplicándose á él, no hubo ya menester pedir limosna. (Rayn. 2. *Hethe. t. 16. f. 199.*) ¡Válgame Dios! Y si hubiera en México quien tuviera esta gracia de hacer la Cruz á tantos ociosos, cuántos de ellos se remediarian! Pero como todos les hagan la Cruz, echándolos de sus casas, ellos se aplicarán al trabajo.

Y si tantas virtudes, tantos provechos y tanta utilidad tiene la Cruz, ya no es menester pregun-

tar, *¿cuándo es bien usar de la señal de la Cruz?* En todas nuestras acciones, en todos nuestros pasos, nos dice San Gerónimo, (*Epist. 1. c. 8.*) porque en todos tenemos peligros. Los antiguos cristianos, todas las horas al sonar el relox, se hacían la señal de la Cruz; y bien es menester al levantarse, para que nos defienda de los peligros del día; al salir de casa, para los muchos riesgos de las calles; al entrar en casa, para las impertinencias de la familia; al comer, para que no sea dañoso el sustento; al ir á dormir, para que nos libre de los sueños y fantasías torpes. En todas nuestras necesidades, ora en la enfermedad, ora en la salud, que en cada una de estas cosas pudiera referir innumerables milagros de la señal de la Cruz; pero por sernos mas temeroso el peligro de las tempestades y rayos, para que nos alentemos con la señal de la Cruz, refiero solo este prodigioso suceso:

Cuenta el P. Adriano Lyrio, de nuestra Compañía, (*Lyr. Jesu Pat. l. 4. c. 1. f. 170.*) hubo en Inglaterra un mancebo, que juntando á la primera nobleza de su sangre el lustroso agregado de relevantes prendas, cuanto se ganaba en todos de estimación y de aplausos, aumentaba la lástima en los católicos, viéndole tan rematadamente ciego entre los perversos errores de la heregía, que nada había podido desengañarlo, ni persuaciones, ni argumentos; y entre los demás errores, uno era hacer mofa y risa del santo uso de hacernos la señal de la Cruz; mas ya que nada bastaba en la tierra, tomó á su cargo el Cielo el desengañarlo. Salió una vez al campo á divertirse, y cuando mas en lo escampado empieza el aire á entoldarse de nubes, las nubes á espesarse en tinieblas, y las tinieblas á desabrocharse en rayos; y cuando éstos, alcansándose en el esta-

llido, caían y se cruzaban, el mancebo sin formar ni una Cruz, antes se divertía riéndose de las llamas. Sordo al grito de Dios, el que á sus luces ciego, mas presto le habló con mas claridad, porque desprendido un rayo de la esfera, en un punto lo envolvió entre sus llamas, lo ciñó de sus luces y lo aterró con sus estruendos: de modo que, dejada la risa, lo cubrió en un punto de pálido pavor el miedo con que aun á sí mismo se preguntaba por su vida, creyéndose ya muerto. Pasó el estruendo, volvió del susto, hallose arrojado en la tierra, y al mirar sus vestidos (¡ho prodigio!) vió que con un admirable artificio la llama le dejó por toda la capa y por el vestido todo, pintadas unas cruces de fuego, que formando una labor muy agraciada, le decían que agradeciese á aquellas cruces no haberlo hecho cenizas las llamas. Atónito á tanta maravilla, no solo se convirtió á nuestra santa fé católica, sino que retirándose á un santo Monasterio, retrató mejor en su santa vida las Cruces que el rayo le había pintado en la capa. Y así aun nuestros mismos enemigos, obligados de Dios nos enseñan á buscar en la señal de la Cruz nuestra defensa. ¡Oh, católicos! no se aparte la Cruz de nuestros corazones: tengámosla siempre, no solo en el alma para la veneración, sino en las manos para la defensa, para el patrocinio y para la gracia.

PLATICA XI.

DE LA PRIMERA OBLIGACION DEL HOMBRE, QUE ES
BUSCAR SU FIN.

A 22 de Junio de 1690.

Si no se determinan algunos fines adonde se encaminen las acciones, no se pueden lograr los aciertos. En eso nos distinguimos los hombres de los brutos, en que si un bruto no atiende mas que á lo presente, sin que le mueva éste ó aquel fin, sino solo el general instinto á su conservacion, ó el particular antojo á su apetito; el hombre no hace accion que no la encamine como medio para conseguir algun fin. Aplica el labrador sus fatigas para lograr la cosecha; el mercader sus compras para conseguir su ganancia; el oficial sus tareas para asegurar el sustento; el estudioso sus desvelos para adquirir la sabiduría; el pretendiente sus reverencias por llegar al puesto; y así, cada uno á su fin proporcionando los medios; pero no siendo ese fin el último, si el labrador, si el oficial, si el mercader no atienden mas que á la ganancia, al logro, al sustento, y de ahí no pasan á buscar por esos medios el fin último, muy poco se distinguen de los brutos, les dice Séneca: *Vita proposito sine carens insigne*

stultitie argumentum est. Por que, ¿qué mayor necesidad que malograr y perder todos los medios, por no encaminarlos á algun fin? Si un Piloto se entregara á los mares sin llevar determinada derrota, sin fijar el puerto á donde encaminaba su viage, ningun viento le seria favorable; porque si el viento sopla á encaminar á España, y él no lleva ese intento, el viento no le sirve: si sopla á encaminar á la India, y él no lleva esa derrota, no le aprovecha: si sopla á encaminar á las Indias, y él no busca esos puertos, no le es el viento favorable: en fin, todos los vientos serian para ese Piloto perdidos, porque como él no determina puerto que sea el fin de su viage, por mas que sean los vientos favorables, no le sirven. Es la comparacion, como dice Séneca: (Epist. 71.) *Ignoranti, quem portum petat nullus suus ventus est. Necesse est multum in via nostra casus possit, quia vivimus casu.*

Ya, pues, cristianos, entramos al mar peligroso de esta vida, embarcados por nuestra dicha en la segura Nave de la Iglesia, bien arriada al árbol mayor de nuestra Fé con las jarcias de la caridad, pertrechada con las tablas de los Divinos Preceptos y prevenida con el ancla de la Esperanza, y bien pertrechada con todas las armas que bastan para echar á huir á nuestros enemigos. Tenemos favorables vientos del Espíritu Santo, prevenidos sus auxilios, apercebidos sus Sacramentos. ¿Pero cuál es el fin á donde vamos? ¿á qué se encaminan todos estos medios? que si no nos determinamos á buscar con ellos nuestro fin, van perdidos todos. Por eso, pues, el Catecismo, antes de entrar á explicarnos los innumerables medios que en la Doctrina Cristiana tenemos para conseguir nuestro fin, quiere que sepamos cuál es ese fin, para que así lo-

gremos, encaminando á él todas nuestras acciones, que todos los Soberanos Misterios de nuestra Fé, todos los Mandamientos Divinos á que nos obliga la Caridad, todas las oraciones y peticiones que hace nuestra esperanza, toda la gracia de los Sacramentos, todos los socorros de la gracia, y en fin, toda la vida de cristiano, aquí se reduce toda, aquí se cifra y á eso se encamina, á conseguir nuestro último fin. Pues por eso pregunta: *¿A qué está obligado el hombre primeramente?* y responde: *A buscar el fin último para que fué criado.* ¡Oh, qué pregunta! y qué respuesta! que si cabáramos en esto con la debida consideracion, esto solo bastara para hacernos santos.—Ya, padre; pero si lo hemos de considerar, ántes que pasemos de aquí, tengo una duda, y es, ¿que por qué añade, *á buscar el último fin?* En esta palabra reparo, porque si es fin, claro está que ha de ser último.—¿No está claro? y si no, decidme: ¿qué fin lleva el labrador en arar la tierra, en sembrar la semilla, en echar el riego, en escardar y limpiar el trigo?—Padre, todo eso es á fin de lograr la cosecha.—Bien, ese es su fin, no hay duda; pero esa cosecha ¿para qué la quiere?—Tiene deudas, ha menester pagarlas; tiene familia, ha menester sustentarla.—Bien: ¿luego ya la cosecha que ántes era fin, ahora es medio para conseguir otro fin? Luego el coger la cosecha, aunque era el fin de sus trabajos, no era el fin último, pues no parando solo en cogerla, la encamina luego á otro fin. Llámase, pues, fin último, solo aquel que no encaminándose á otro fin, en él solo pára el entendimiento, descansa el corazon, se sosiega la voluntad, se satisfacen todos los deseos, se quitan todas las ánsias, y el alma toda reposa en una plenitud de bien, donde nada le falta; en una

quietud tranquila, donde nada la turba; en un descanso seguro, donde nada hay que la fatigue; en un gozo perenne, donde nada puede haber que la affija; y en un colmo de todo cuanto puede haber en la voluntad, en el corazon y en el deseo, que es infinito. Pues este es, este es el fin último, que ni puede ser medio para buscar otro fin, porque todo le sobra; ni puede haber fuera de él otro fin, porque nada le falta.

Ya, pues, alma, tu primera obligacion es buscar este fin último para que fuiste criada: buscarlo digo con el entendimiento para conocerlo, y buscarlo luego con las obras, para alcanzarlo. Dime, pues, ¿cuántas veces te has puesto á pensar esto? ¿Para qué fin me sacó Dios de la nada, pudiendo haberme dejado en lo que yo era ahora cien años? Nada, nada. ¿Para qué fin, no solo me dió sér, sino ser hombre, pudiendo haberme hecho bruto? ¿Para qué fin me dió esta alma, cuya nobleza yo en mí mismo la siento? ¿Para qué me dió este espíritu, cuyo vigor yo en mí mismo lo reconozco? ¿Para qué fin me dió este entendimiento, esta voluntad, esta memoria, potencias tan generosas y tan nobles, que vuelan á penetrar lo mas escondido, lo mas retirado, lo mas alto: que abrazan con el amor lo mas hermoso, lo mas agraciado, lo mas apacible, lo mas bello: que me ponen delante con los recuerdos, lo que atesoran los libros de noticias, lo que alcanzaron los mas sábios con discursos y con experiencias, y lo que han revuelto los siglos en la continua carrera de sus años? Pues esta alma tan noble en sus acciones, tan prodigiosa en sus potencias, y tan del todo admirable en la capacidad con que aquí metida dentro de un frágil cuerpo, todo lo penetra, hasta esa maquinosa dilatacion de los Cie-

los; todo lo alcanza, hasta esos extendidos espacios de los mares, y lo abraza todo, cuanto contiene el globo basto de la tierra: ¿pues para qué me la dió Dios? Alma mía, ¿cuál es tu fin donde has de tener cabal y lleno tu descanso? Hasta aquí, aun los gentiles, aun los bárbaros, se hacian esta pregunta; y faltándoles la luz de la Fé, dice S. Agustín, (*lib. 19. de Civit. Dei. cap. 1.*) que llegaron á doscientas ochenta y ocho opiniones, sin acertar ninguna á determinar, *cuál es el fin para que fué criado el hombre.*

Pero nosotros los Cristianos, aun tenemos mas que preguntar, buscando nuestro fin: ¿Para qué fin, despues de criarme Dios con una alma tan noble, me quiso poner en su Iglesia, pudiendo haberme dejado enmedio de la gentilidad? ¿Para qué fin me enriqueció con tantos Sacramentos, con tantos auxilios, con tanta gracia? ¿Para qué fin me dejó la norma á mis acciones con tan santos preceptos, con tan saludables consejos, con tan provechosos avisos? Alma mía, ¿cuál es tu fin? ¿dónde han de sosegar tus inquietudes? ¿dónde se han de saciar tus deseos? ¿dónde han de descansar tus ansias? No te hizo Dios al acaso, que su infinita sabiduría no sabe obrar así. Pues sí, para algun fin te hizo Dios. ¿No te hizo tan noble, que en tu espiritual pureza compites con los Serafines, para que fueses tú sin igual con las piedras, con los troncos y con los brutos? ¿No te hizo tan capaz, que alcanzas mas allá de los Cielos, que abrazas las esferas, para que fuese tu fin tan estrecho, como es el Orbe de la tierra, por mas que se dilate? ¿Pues para qué te crió Dios hombre? ¿Solo para ser? Eso tienen las piedras, y eres tú mejor. ¿Solo para crecer? Eso tienen las plantas, y eres tú mas noble. ¿Solo para vivir? Eso tienen los brutos, y eres superior á todos.

Y ya, si por tus cuidados, si por tus deseos y por tus inquietudes, si por tus ansias hemos de buscar tu último fin; dime, ¿te crió Dios para que en los deleites atiendas solo á tu regalo, á tu comodidad y á tu gusto, para que sigas los antojos de tus apetitos? No, que en el comer, beber y dormir, solo una bestia halla descanso; pero un hombre, aun con esa misma abundancia, ¿qué congojas no padece en el espíritu? ¿qué aprietos en el corazón? ¿qué quebradas en la salud? ¿qué achaques, qué enfermedades y qué dolores? Luego ese no puede ser su fin, pues que en él no tiene descanso. ¿Te crió Dios solo para cuidar de tu hermosura, solo para atender al aliño y solo para estar pensando de dia y de noche en la gala? No, que eso aun las florecillas del campo te hicieran mil ventajas, pues ellas sin tanta fatiga, sin tanto cuidado campean hermosas, se ostentan lucidas y lucen galanas en sus propios matices. Sí; pero presto se marchitan, y no es mas durable tu hermosura, juguete de la enfermedad y del tiempo. Luego ese no puede ser tu fin, pues que despues de tus cuidados no puedes en él tener firmeza que te asegure. ¿Te crió Dios para que soltando la rienda á tus pasiones, busques en el torpe amor tu gusto, pongas en los paseos tu diversion y solicites en las conversaciones y en las visitas tu descanso? No, que ellas mismas te avisan con las congojas, con las inquietudes, con las sospechas y con los celos, llenándote de amargura, que no es allí donde han de descansar como en tu fin último. Pues si ninguno, ninguno de los gustos del cuerpo, ni de los placeres del apetito, te dá descanso; luego ninguno de todos esos gustos puede ser tu último fin, donde has de tener cabal y colmado el consuelo.

Convidaron unos amigos suyos á un mancebo llamado Rolando, á un festejo que tenían prevenido, diciéndole que se holgarian mucho. Asistió aquel; pero en medio de las músicas, de las danzas y de los banquetes, no hacia sino preguntar con gracia á sus amigos: *Pues, ¿cuándo nos holgamos?* Andaba la diversion, el gaudate, la risa, y él volvió á decir: *¿Cuándo nos holgamos?* Este desengaño le bastó para dejar el mundo y hacerse un ejemplar de virtudes en la esclarecida Religion de Santo Domingo. ¡Oh, cómo se puede hacer siempre esta pregunta en medio de los mayores festines y banquetes del mundo! *¿Cuándo nos holgamos?* Porque en medio de los que parecen placeres, el corazon, ya en cuidados, ya en memorias, ya en achaques, ya en sustos, por un instante de placer vuelve muy malos ratos de amargura. Luego ese no puede ser tu fin, Cristiano.

Pues busquemos ese fin por otro lado. ¿Si estará en tener muchas riquezas, en gozar familia numerosa, casa opulenta, posesiones amplias? ¡Oh, respóndanlo y hablen verdad los que las tienen! ¿Qué cuidados para mantenerlas, qué miedos, qué sustos, qué temores de que no se pierdan, qué ansias por aumentarlas! Y en todo esto, ¿qué amarguras de día! y de noche, ¿qué inquietudes! Y despues de todo, si atormenta un dolor, si se agrava un achaque, si la muerte llega, ¿qué aprovechan esas riquezas? ¿de qué sirven? ¿qué valen? Nada, nada. ¿Pues cómo será tu fin, hombre, el que tantas congojas te causa? ¿el que tan poca seguridad tiene? ¿el que de la mayor desdicha no te libra? ¿y el que en el mayor aprieto no te vale?

Estando ya á la muerte un rico, refiere Rauliano (*t. 1. de Mor. c. 5.*) hizo traer delante de su cama,

todo el oro, plata y joyas que tenia, y deciale á su alma: alma mia, mira todo lo que te he adquirido para tu regalo, no te vayas, alégrate y diviértete. Mas no por eso cesaban un punto, ántes iban creciendo sus congojas por mas que él le repetia aquellos consuelos. ¿Es posible, le instaba, que pudiendo gozar todo esto, así lo dejes, así te vayas y así me aflijas? Nada bastaba, y el dolor crecía. Hasta que viendo que no tenia ningun alivio, volvió diciendo á su alma: puesto que no te quieres quedar ofreciéndote toda esta riqueza, acaba de salir con cien mil demonios. Así fué, porque espiró al punto. ¡Oh, Dios! ¿Y habrá quien en las riquezas ponga todo el fin de sus cuidados?

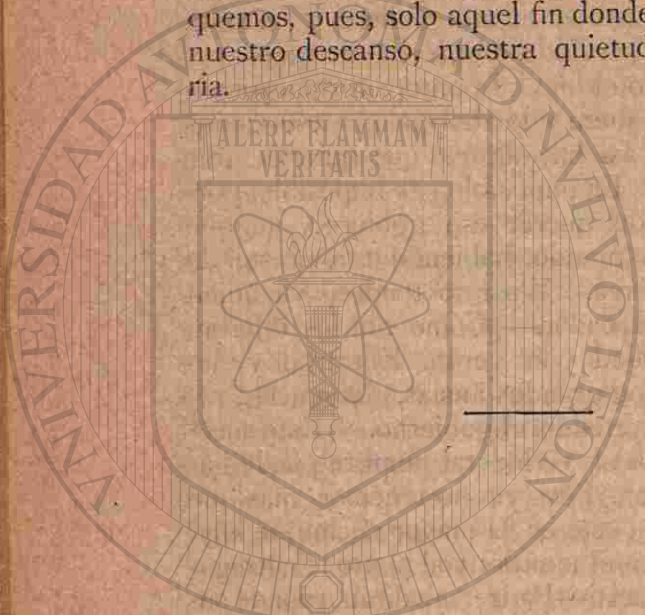
Ea, busquemos nuestro fin por otra parte. ¿Si acaso estará en las honras, en las dignidades y en los puestos, á que tantos con todas sus ansias anhelan, y que por alcanzarlos tan viles supercherías sufren? ¡Oh, Dios! ¿Cómo puede ser fin á donde el corazon descansa, una subida tan empinada que apenas deja respirar el aliento con el tropel de los negocios? ¿Una subida tan áspera que apenas permite dar un paso, oprimiendo con el peso intolerable de los cuidados, de las impertinentes visitas y de los ceremoniosos cumplimientos? ¿Una subida tan peligrosa, que en un puntillo se tropieza y en un punto se pierde la honra, y todos á la mira con la fisga, con las murmuraciones y con la risa? ¿Una subida tan estrecha, que ni ha de volver la cabeza, porque no digan; que ni ha de dar un paso mas, porque no hablen; que ni ha de hablar, porque no piensen? ¡Ah, vil esclavitud que te llamas mando! ¡Ah, intolerable remo, que te llamas puesto! ¡Ah, honras, que todas sois viento! y ¡Ah, dignidades, que todas siendo montes para oprimir, sois humo para volar!

No entendí yo nunca, decía el Santísimo P. Urbano VII al ponerse el Roquete Pontificio de un muy delicado cambray, no entendí yo nunca que un lienzo tan delgado podía tener en sí un tan intolerable peso. Pues ¿cómo con tanta carga de pesadumbres podrán las honras y las dignidades ser el fin de nuestro descanso? Abrís una caja; no hay duda, está vacía; mirad que nó, que está llena de aire. Esto ya yo lo sé, pero como esta caja no se hizo para guardar aire, dices que está vacía; y decís bien. Pues hombre, si no te hizo Dios para que seas arca de viento, ¿cómo no has de estar vacío con todo el viento de las honras?

Ahora, Cristianos, ántes de hallar el fin último que hoy buscamos, pongo fin á esta Doctrina con una parábola que servirá de ejemplo, y la refiere el piadosísimo Juan Raulino, (*t. 1 de Morie, c. 16.*) dice: que en cierta ciudad, estando un poderoso á la muerte, hizo su testamento con una cláusula extraña y rara; porque dijo que instituía por heredero de su hacienda toda, que era mucha, al hombre que se hallara más nécio, y para esto les tomó juramento á sus albaceas, de que lo cumplirían así. Dicho de nécio, dirán, ya lo oigo; pero vean aquí puestos en una gravísima dificultad á los albaceas, sobre determinar quién sería el heredero, porque nécios á cada paso los hallaban; pero como habia de ser el mas nécio, no era fácil entre muchos nécios determinar cuál lo era mas. Visitaron muchas clases de nécios, que no hay ahora lugar de referirlas, y continuando en sus diligencias, llegaron á una ciudad, á cuyas puertas, entre una muchedumbre de gente y Ministros de Justicia, encontraron á un miserable hombre que, desnudo y maniatado, lo llevaban á ahorcar. Preguntaron al punto, por

qué—Porque este año, les contestaron, acaba de ser gobernador de esta ciudad.—¿Por eso? ¿Pues qué ha cometido algunos delitos?—No señor; pero es ley que aquí hay, de que al que gobierna cada año, se le dé gusto en cuanto pidiere y mandare, que sea muy servido y obedecido de todos; pero en cumpliendo el año, al punto, sin remision alguna, lo saquen fuera y lo ahorquen; y eso vamos á ejecutar.—¿Y así hay alguno que quiera entrar de gobernador? Es imposible, es imposible; porque ¿quién ha de querer ese gobierno, aunque fuera de todo el mundo, habiendo tan presto de acabar en una horca? Y así no tendreis ya quien sea vuestro gobernador.—¿Cómo no? les dijeron, entren en la ciudad y lo verán. Entraron, y vieron á uno que con grandes ánsias, diligencias, regalos y dinero, pretendia el gobierno.—¿Esto sucede? dicen atónitos al verlo: ¿tal hombre puede haber en el mundo? Pues ya no tenemos mas que cansarnos. Este, este es el mayor nécio que hay, ni puede haber en el mundo: y al punto le entregaron toda la herencia.—Padre, me dirán, ¿dónde sucedió eso?—¿Saben dónde? Aquí está sucediendo hoy, y está sucediendo en todo el mundo. Aquel poderoso que hace su testamento, es el mundo que cada dia se vá muriendo: *Testamentum hujus mundi*, que dijo el Espíritu Santo: Deja por heredero de todos tus bienes al mas nécio. ¿Y quién es éste? Tú y yo, que sin mirar que todas las cosas del mundo, que todos sus deleites, que todos sus gustos, que todas sus riquezas y que todas sus honras, no son mas que una horca que infamemente ahoga, y que vilmente mata; con todo eso las buscas con tantas ánsias, que por ellas olvidas el nobilísimo fin para que Dios te crió: pues si nada puede

de todo lo criado llenar nuestro corazón, si nada basta, ni del Cielo, ni de la tierra, fuera de Dios, á darle descanso cumplido á nuestra alma; nada, fuera de Dios, es el fin para que fuimos criados: busquemos, pues, solo aquel fin donde hemos de hallar nuestro descanso, nuestra quietud y nuestra Gloria.



PLATICA XII.

DEL FIN ULTIMO PARA QUE FUIMOS CRIADOS,
QUE ES SOLO DIOS.

A 29 de Junio de 1690.

Si fuera tan fácil de conseguir, como es fácil de adivinar lo que todos desean, lo que todos apetecen y lo que todos buscan, nadie habria que no fuese cabalmente dichoso.

Prometióles en Atenas un farsante á sus oyentes, que á la primera vez que se juntasen en el Teatro, les habia de ir adivinando á cada uno lo que tenia en su pensamiento. Promesa fué esta, que corriendo la voz, se alborotó el lugar, se picó la curiosidad y se apiñó de innumerable gente el concurso.—¿A ver cómo adivina? ¿A ver qué nos dice?—Tan antigua es la curiosidad en los oyentes: quizá por eso suele ser tan poco el provecho. Ya juntos, y ya con los deseos impacientes, cuando por oirlo adivinar no chistaban, el taimado, despues que puesto en el Teatro les dió bien á desear su adivinanza, con mucha socarra les dijo: *Ea, ¿qué vá y que os adivino lo que teneis en el pensamiento? Pues mirad: Omnes vultis vili emere, et caro vendere*: todos queréis comprar barato y vender caro. ¿No es así? Mi-

de todo lo criado llenar nuestro corazón, si nada basta, ni del Cielo, ni de la tierra, fuera de Dios, á darle descanso cumplido á nuestra alma; nada, fuera de Dios, es el fin para que fuimos criados: busquemos, pues, solo aquel fin donde hemos de hallar nuestro descanso, nuestra quietud y nuestra Gloria.



PLATICA XII.

DEL FIN ULTIMO PARA QUE FUIMOS CRIADOS,
QUE ES SOLO DIOS.

A 29 de Junio de 1690.

Si fuera tan fácil de conseguir, como es fácil de adivinar lo que todos desean, lo que todos apetecen y lo que todos buscan, nadie habría que no fuese cabalmente dichoso.

Prometióles en Atenas un farsante á sus oyentes, que á la primera vez que se juntasen en el Teatro, les habia de ir adivinando á cada uno lo que tenia en su pensamiento. Promesa fué esta, que corriendo la voz, se alborotó el lugar, se picó la curiosidad y se apiñó de innumerable gente el concurso.—¿A ver cómo adivina? ¿A ver qué nos dice?—Tan antigua es la curiosidad en los oyentes: quizá por eso suele ser tan poco el provecho. Ya juntos, y ya con los deseos impacientes, cuando por oirlo adivinar no chistaban, el taimado, despues que puesto en el Teatro les dió bien á desear su adivinanza, con mucha socarra les dijo: Ea, ¿qué vá y que os adivino lo que teneis en el pensamiento? Pues mirad: *Omnes vultis vili emere, et caro vendere*: todos queréis comprar barato y vender caro. ¿No es así? Mi-

ráronse los unos á los otros, y asomándoles la risa á confesar la verdad: acertó, acertó, decían.—Debia de ser despacho de Flota, si es que para esto son menester despachos, los unos á comprar barato, los otros á vender caro. Eso teneis todos en vuestros pensamientos.—Acertó, gritaba el aplauso.—No acertó, ignorantes, dice haciéndoles callar S. Agustin, que es quien lo refiere. (S. Aug. l. 13. de Civ. c. 3. It. Conc. 2. in Ps. 32.) No acertó, que no todos tienen siempre esos pensamientos: muchos habria allí que ni tendrian que vender ni que comprar; muchos, que por conseguir una alhaja de su estimacion no reparan en que sea cara; y muchos tambien, que como compran para no pagar, se les dá muy poco del precio; que por eso quizá se dijo: *El codicioso y el tramposo presto se conchaban.* Luego no á todos les adivinó el pensamiento.

Ahora; ¿vais que yo mejor os lo adivino? Pues mirad, todos deseais ser bienaventurados, conseguir el descanso, la quietud y el gusto; ninguno quiere ser desdichado. *At si dixisset* (corrige Aug.) *omnes beati esse vultis, miseri esse non vultis, dixisset aliquid, quod nullus in se non agnosceret.* ¿No es así, Fieles? Hay alguno en todo mi auditorio; ¿qué digo? ¿Hay alguno en todo el mundo que no tenga estos deseos, estas ansias? Id preguntando uno á uno: Soldado, ¿qué buscas por tantos peligros?—Tener despues descanso en la paz.—Navegante, ¿qué buscas por tantos riesgos?—Tener descanso alguna vez en mi casa.—Oficial, mercader, labrador, hombre, muger, ¿qué buscas con el afan, con la diligencia, con la fatiga, con el cuidado? ¿Qué buscas? ¿qué deséas? ¿qué quieres?—El descanso, la conveniencia, el gusto: ese es el fin á que corren como líneas buscando el centro, todos los

cuidados de los hombres. ¿Pero quién en el mundo lo consigue? ¡Oh, Dios! Respóndame uno solo de mi auditorio: ¿qué digo de mi auditorio? respóndame uno sólo del mundo si tiene cabal descanso, si está del todo contento. ¿No tienes ya nada que desear? ¿Quién me responde? ¿Quién ha de responder, si un Alejandro, Señor de todo un mundo, porque solo en relacion le faltaba otro, se pone afligido á llorar? ¡Pues, válgame Dios! Este descanso cumplido, esta quietud entera, este gusto cabal, si todos lo buscan en el mundo, ¿cómo no hay ni ha habido en el mundo ninguno que lo halle? Yo os lo diré, dice S. Agustin, aun mas de experimentado que de sábio, en el Libro de sus Desengaños, que él llamó Confesiones: (L. 4. Conf. c. 12.) *Non est requies ubi queritis eam: querite quod queritis; sed ibi non est ubi queritis.* ¿Sabeis por qué no hallais el descanso? Porque lo buscais donde no está. El enfermo no envia por las medicinas á la platería, no, sino á la botica. ¿El que busca una pieza de plata vá á preguntar por ella en la botica? ¿No viene á la platería? Pues si cada cosa se busca en el lugar donde está, si buscais el descanso donde no está, ¿qué descanso quereis? Buscadlo, buscadlo, no os digo que no busqueis: *Querite quod queritis;* pero sabed que no está donde lo buscais.—Pues si lo hemos de buscar, ¿dónde está ese descanso, para que allí buscándolo lo hallemos?

Esta misma es la pregunta que hoy se nos sigue en el Catecismo: *¿Para qué fin fué criado el hombre?* ¡Oh, si la respuesta la pudiera yo grabar con una punta de diamante en todos nuestros corazones! Responde, pues, así: *Para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra,* ese es nuestro fin: ¿Ese es nuestro fin?

pues confieso, yo conozco que nuestro principio fué el mas vil y el mas abatido del mundo: *Pulvis es*, somos polvo por nuestro principio; pero por nuestro fin, salga el Angel mas puro, salga el Querubín mas sábio, salga, salga el Serafín mas encumbrado, y díganme si tienen fin mas noble, mas sublime, mas soberano. Hombres, para ver á Dios fuimos criados, para descansar en Dios, para poseer á Dios, para gozar de Dios. ¿Qué buscan nuestros deseos, si esto no buscan? ¿Qué solicitan nuestros cuidados, si esto no solicitan? ¿No buscáis el descanso, la quietud y el gusto? Pues el medio es servir á Dios en esta vida: todo lo demas es engaño. *Venid á mí todos los que andáis afligidos, que sois todos*, os dice Jesucristo: *Venid á mí todos los que debajo de la carga gemís afligidos del peso, que sois todos. Venid á mí, y yo os aliviaré; tomad sobre vosotros el yugo de mi ley y allareis el descanso: Et invenietis requiem animabus vestris.* ¿Puede ser el medio mas suave? No hay quien no pueda emprenderlo al punto. Si para entrar en el cielo fuera menester ser prelado, príncipe ó monarca, podían tener excusa los inferiores, los súbditos, que no tenían medio para lograr tan alto fin. Si para ver á Dios fuera menester ser muy sábio, ser muy docto, quedaríanse siempre en tinieblas los ignorantes, sin llegar á gozar de aquella luz inmensa. Si para llegar á poseer aquel Reino eterno fueran menester las riquezas, pobres de los pobres, quedaríanse entre sus gemidos, y las puertas del Cielo se les hicieran de diamante. ¿Pues qué medio basta para que podamos conseguir un fin tan alto? ¿Qué diligencia para llegar á gozar aquel descanso eterno? Sola esta: *servir á Dios en esta vida.*—¿Y esto sin dis-

tincion de persona?—Sí, que si el pobre esclavo le ha servido, y el amo no ha guardado sus Mandamientos, el esclavo descansará en su eterno fin en el Cielo, y el amo padecerá su fin en el infierno. Si el plebeyo, si el abatido, si el pobre le han servido, se verán sublimados en la Corona; y el grande y el poderoso, y el Monarca se verán en eterna infamia.

Dió, pues, Dios tan soberano fin sin distincion de personas, con igualdad á todos los estados, á todos los sexos, á todas las personas, para que no se engria el poderoso, viendo que el que ahora á sus puertas abatido le pide una limosna, que el que esclavo que ahora tan humilde le sirve, será tan bueno y tan glorioso como él en el Cielo, si no es que se le aventaje por sus obras en la gloria: para que no se aflija el pobre, el necesitado y el enfermo viendo que si él sabe lograr en el servicio de Dios esas temporales desdichas, le esperan felicidades eternas. Eso es en cuanto á las personas; ¿y en cuanto á los medios para conseguirlo? Nada hay que nos estorbe. Persuadámonos, oyentes míos, y esto no es piedad sino fé, que todo cuanto hay en el mundo, con todas sus criaturas, todos son medios que nos previno Dios para conseguir nuestro fin, que es servirle y gozarle. Cuantas riquezas y pobreza; cuantas enfermedades y saludes; cuantas hermosuras ó fealdades; cuantas honras ó deshonoras, todas son medios, ó para que el rico con sus riquezas le sirva, ó para que el pobre con sus necesidades le busque, ó para que el sano emplee en su servicio sus fuerzas, ó para que el enfermo le logre con su paciencia en sus dolores, ó para que el que se ve honrado, ajuste mas sus obras segun sus obligaciones; ó para que el que se ve abatido alien-

te sus procederés á ganar la honra eterna. Todos son medios, que nos ván encaminando á nuestro fin último. ¿Pues qué nos falta para conseguirlo? ¡Oh, Dios! Solo nuestro querer, solo nuestro querer.

Pensar esto, bastó para convertir á aquel gran Cortesano que fúiere San Agustín: (*L. 18 Conf. c. 6.*) era de los primeros en la familia del Emperador; y cuanto más adelantado entre favores y esperanzas, púsose á pensar en su fin: ¡Válgame Dios! decía, ¿qué pretendo yó? ¿qué busco con tan prolijas asistencias, desvelos, cuidados y servicios? *¿Omnibus istis laboribus nostris quó ambirvus pervenire?* Qué puedo yo alcanzar aquí con cuanto más feliz me suceda? La gracia del Emperador, su amistad, su privanza, eso es más; y para eso ¿cuántos peligros de caer? ¿cuántas emulaciones? ¿cuántas envidias? Y conseguida esa privanza, ¿cuánto me ha de durar? ¡Oh, Dios! ¿Esto hay? ¿Y todo esto es menester para ser amigo del Emperador? Pues, y si yo quiero ser amigo de Dios, ¿qué me falta? Nada, nada, solo conque yo quiera lo seré al punto. Ahora, ahora seré amigo de Dios si quiero. ¡Oh, Señor! pues vuestro amigo quiero ser desde luego: *Amicus autem Dei, si voluero, ecce nunc fio.* Almas, almas ciegas y perdidas, ¿dónde andamos malogrando nuestras fatigas y nuestros deseos? ¿Apeteceis la honra, el esplendor, las riquezas? En Dios las hallareis infinitas, seguras y eternas: *Gloria, et divitiæ in domo ejus.* ¿Os tiran los placeres, los divertimientos y las delicias? En Dios está el torrente inmenso que inunda de deleites á todos los Bienaventurados: *Et torrente voluptatis tuæ potabis eos.* ¿Os agrada lo sazonado de las viandas, la variedad de las bebidas? En Dios está el com-

pendio inmenso de todas las dulzuras: *Quam magna multitudo dulcedinis tuæ Domine.* En Dios está como en su fuente toda la suavidad de las bebidas más delicadas: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ.* En Dios están los banquetes más abundantes que satisfacen sin fastidio, que deleitan sin daño y que sacian sin hastío, sin molestia y sin pesadumbre: *Satiabor cum aparuerit gloria tua.* ¿Os divierte la hermosura de los campos, la amenidad de los jardines, la variedad apacible de las flores? Toda esa hermosura en Dios la hallareis junta, sin que el sol la seque y sin que el tiempo la marchite: *Et pulchritudo agri mecum est.* Y en fin, ¿os roba las atenciones cuanto en este mundo hay de admirable en su fábrica, de rico en sus minerales, de sazonado y gustoso en sus frutos, de matizado y vario en sus flores, de armonioso y canoro en sus aves, de acomodado á vuestro servicio, de gusto en sus brutos, de rico y brillante en sus piedras? Pues todo no es más que un destello; no es más que un rayo, no es más que una gota de aquel inmenso mar de hermosura, de aquel Sol de infinita belleza: *Meus est enim orbis terræ, et pulchritudo ejus.*

Ya, pues, entrad en consejo interesados pensamientos míos, entrad en consejo: si podeis en un solo bien comprarlos todos juntos, ¿qué ceguedad es la vuestra? ¿qué locura, que así perdeis este infinito logro por tantos daños? Si Dios es la suma de todos los bienes, ni hay que buscar debajo de Dios, ni más allá de Dios, dice S. Agustín: nada debajo de Dios, porque todo es frívolo, engañoso, caduco; nada más allá de Dios porque no hay nada: *Bonorum summa nobis Deus est, neque infra manendum est, nec ultra quaerendum quia alterum est frivolum, alterum nullum.* (August. in *Proem. in Ps.*

121.) Pues si en Dios lo tienes todo, ¿qué buscas fuera de Dios, alma? Allí está el manantial de todas las felicidades, allí la fuente que sin agotarse enriquece al mundo de bienes é inunda los Cielos de Gloria: allí el centro de toda la tranquilidad, donde solo tendrán quietud todas nuestras ansias: allí el fin, donde solo se podrán satisfacerse todos nuestros deseos. Ese es tu Dios, alma, ese es tu fin; si éste consigues, todo lo consigues; si éste pierdes, todo lo pierdes: *Dios mio, y todas las cosas*. Aguardad: ¿quién decia esto? Un pobrecito que nada tenia sobre la tierra; un humilde que el lugar mas ínfimo escogia para sí en el mundo; un abatido que se tenia por el lodo de las plazas; un Francisco: ¿no le conocéis ya? pues ese pobrecito, ese humilde con solo tener á Dios, todas las cosas tenia: Dios mio, y todas las cosas, *Deus meus, et omnia*. Pues ahora mira lo que decia al morir Enrique VIII; aquel sacrilego, aquel maldito, á quien en el infierno le sirve de infame coraza la Corona que fué de Inglaterra. Puso todo su fin en lograr todos sus apetitos, y entregó toda su alma á la mas bestial y monstruosa torpeza. Repudiada su legítima esposa, se amancebó con la vilísima ramera Ana Bolena; y por llevar adelante esta infamia, perdió á Dios el respeto y al mundo la vergüenza; negó la obediencia á la Suprema Silla de San Pedro y se hizo cabeza de la infernal hidra de la Heregía Anglicana: destruyó en un año diez mil Templos; saqueó y robó en este año mil Monasterios; asoló todas sus aras á la Religion por erigir torpes altares á la impiedad; derramó rios de sangre católica; quitó muchas vidas, robó todas las haciendas; y lo que es mas lamentable, condenó innumerables almas. Y cuando á desafueros de la tiranía, aun mas

que á derechos de su Corona, lleno de riquezas, anegado en delicias, sumido y atollado en torpezas, todavía su corazon estaba sin hartarse inquieto; hé aquí la muerte, que postrándolo en una cama, le hizo confesar la verdad; y ya para espirar entre los últimos alientos, tomando exfuerzo, acabó su maldita vida con estas palabras: *Omnia perdidimus*; todo lo hemos perdido. ¡Oh, qué verdad tan lastimosa! Perdiste, Rey desventurado, tu Reino; perdiste tus riquezas; perdiste tus delicias; perdiste tus gustos; perdiste la vida temporal y perdiste la eterna: perdiste tu alma y perdiste la Gloria solo porque perdiste á Dios, que era tu fin: *Omnia perdidimus*. ¡Oh, Fieles! cotejad ahora este *omnia* de Enrique VIII con aquel *omnia* de S. Francisco. Enrique con todo un Reino poderoso, solo porque pierde á Dios, todo lo pierde: *Omnia perdidimus*. Francisco desnudo, humilde y pobre, porque solo tiene á Dios, todo lo tiene; Dios mio, y todas las cosas: *Deus meus, et omnia*. ¡Oh, y si atendiéramos á este fin en todas nuestras obras, en todas nuestras acciones y pensamientos, encaminándolos todos á conseguirlo, y dejando todas aquellas que de este soberano fin nos apartan! Esta es toda la sabiduría de los Santos, ¡y ojalá que éste fuera todo el provecho de nuestras Doctrinas!

Cuenta Fray Tomás de Cantimprato, (*in Man. Exemp. ver. fin.*) que un mancebo habiendo ido á una feria, entrando en la plaza iba visitando varias tiendas de diversas mercaderías; aquí los tejidos, allí los lienzos, poblado todo y surtido de mercaderías. Llegó en esto á una tienda del todo vacía, barrida y sin muestra de nada. Estaba en ella un venerable viejo; y, fuese por curiosidad ó por burlarse: Señor, ¿qué vende usted, le dijo, porque aquí

no veo nada?—Lo que yo vendo, respondió muy mesurado el anciano, es la sabiduría.—¿La sabiduría? Ahora lo oigo: estaba yo en que era regalía suya, pues que ni con los muchos dineros se compra, ni con los altos puestos se alcanza. Pero pues usted dice que la vende, vámonos conchavando.—Sea en buena hora. Pidióle el viejo una gran cantidad, y de contado exhibiéndola. Y entonces el viejo le dijo: *Mira, en todas tus obras, en todas tus acciones, piensa siempre lo primero á qué fin has de llegar con ellas.*—Está bien; pero venga la sabiduría que yo compro.—¿Pues qué mas sabiduría quereis que esa? Ya os la he entregado.—¿Cómo? ¿y esa es toda la sabiduría?—Sí señor.—No vale eso, llámome á engaño, venga mi dinero. Entendí yo que me habia de dar todo un tropel de noticias, todo un almacen de textos y toda una flota de ciencias: eso es sabiduría; pero esa es vejez: ¿con eso me viene ahora?—Con eso, y en eso está toda la suma de la sabiduría: anda y nunca lo olvides, y escribe en todas partes y en todas las paredes de tu casa esta sentencia, y allá lo verás.—No fué menester poco para apaciguar al mancebo que se daba todavía por engañado: fuése en fin y escribió la sentencia en su casa, y púsola patente: *En todas tus obras, etc.* Pasados algunos dias ofreciósele que vino un barbero á afeitarlo, y habiendo ya empezado, advirtió que se suspendia, que se turbaba; y en fin parado, no acertó á proseguir.—Maestro, ¿qué le ha dado?—Yo lo confesaré claro, dijo él: Ha de saber usted que yo, pagado de unos enemigos suyos, venia con ánimo de matarlo ahora; pero desde que entré y leí aquella sentencia que usted tiene allí escrita, empecé á discurrir sobre ella: ¿á qué fin puedo yo ir á parar con una acción tan injusta?

y ésta me ha detenido, me ha turbado, á usted le ha dado la vida y á mí me ha hecho confesarle la verdad.—Entonces conoció el mancebo cuán bien dado habia sido el precio que dió por la sabiduría, que en sí contiene esta sentencia. ¡Oh! cómo mucho mejor lo experimentaríamos todos en nuestras obras y en nuestras almas, si en todas partes tuviéramos escrita y á los ojos esta sentencia del Catecismo: *¿Para qué fin fué criado el hombre? Para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.* Este fin soberano refrenaría nuestros apetitos, compondría nuestras acciones.

¡Oh, Dios de mi vida! descanso cumplido de nuestros deseos, centro de nuestros corazones, principio de nuestra felicidad y fin de nuestra gloria, que con sola tu vista inundas el Cielo, endulzas tantos millares de Bienaventurados, y que con sola tu memoria rebozas de delicias en la tierra á tus siervos: no permitas, señor, que nosotros seamos tan infelices y de tan mal gusto, que dejando el dulce néctar de tus consuelos, bebamos con tantas ansias las repetidas hieles que nos dá el mundo. ¿Hasta cuándo, Señor, tendremos olvidada tu hermosura, que tiene de sí suspensas todas las gerarquías de los Angeles, por buscar los placeres en tantas apariencias engañosas que nos mienten, y en tantos mentirosos placeres que nos burlan? ¿Hasta cuándo la sed de nuestros deseos, dejando el impetuoso raudal de tus delicias, andará buscando las aguas llenas del lodo de este Egipto y las Cisternas rotas de este mundo? ¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo correré á tí como á mi centro? ¿Cuándo te buscaré como á mi fin? ¿Cuándo te abrazaré como á mi descanso? Manjar soberano, que solo satisfaces; dulzura que solo deleitas, derrama en nuestros lábios una sola

gota de tus infinitos placeres, y despreciaremos como amarguísimos agenjos todos los del mundo, y solo nos aprovecharemos de sus criaturas como medio, no donde nuestro amor se detenga, sino por donde pisándolas pase á conseguir el fin de verte y gozarte en la Gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PLATICA XIII.

DE LOS PRINCIPALES MEDIOS CON QUE HEMOS DE CONSEGUIR
NUESTRO ULTIMO FIN,
QUE SON LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

A 6 de Julio de 1690.

Saber, poder y querer, todo es menester que se junte para que tengan logro en la ejecucion las obras. El que sabe, pero no puede, nada consigue: el que puede, pero no sabe, nada logra: el que sabe y puede, pero no quiere, su saber y su poder de nada le sirven. Así que, para todas nuestras obras y para todas nuestras empresas, son menester siempre juntos estos tres infinitivos: *saber, poder y querer*. Pues esos son los que nos enseña el Catecismo.—Ya veo, Padre, (me dice alguno) lo soberano y precioso del fin último para que fui criado, es Dios, yo lo confieso; pero si mi fin está tan escondido á mis ojos, tan retirado á mis sentidos, ¿cómo podré saber y conocer lo que en ese fin tengo de bienes? Mas si ese fin está allá tan léjos, tan encumbrado, tan alto, pobre de mí que son tan pocas y tan débiles mis fuerzas, ¿cómo he de poder conseguirlo? Más tengo que oponer, y es, que si mis sentidos me están mostrando en el mundo las

gota de tus infinitos placeres, y despreciaremos como amarguísimos agenjos todos los del mundo, y solo nos aprovecharemos de sus criaturas como medio, no donde nuestro amor se detenga, sino por donde pisándolas pase á conseguir el fin de verte y gozarte en la Gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PLATICA XIII.

DE LOS PRINCIPALES MEDIOS CON QUE HEMOS DE CONSEGUIR
NUESTRO ULTIMO FIN,
QUE SON LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

A 6 de Julio de 1690.

Saber, poder y querer, todo es menester que se junte para que tengan logro en la ejecucion las obras. El que sabe, pero no puede, nada consigue: el que puede, pero no sabe, nada logra: el que sabe y puede, pero no quiere, su saber y su poder de nada le sirven. Así que, para todas nuestras obras y para todas nuestras empresas, son menester siempre juntos estos tres infinitivos: *saber, poder y querer*. Pues esos son los que nos enseña el Catecismo.—Ya veo, Padre, (me dice alguno) lo soberano y precioso del fin último para que fui criado, es Dios, yo lo confieso; pero si mi fin está tan escondido á mis ojos, tan retirado á mis sentidos, ¿cómo podré saber y conocer lo que en ese fin tengo de bienes? Mas si ese fin está allá tan léjos, tan encumbrado, tan alto, pobre de mí que son tan pocas y tan débiles mis fuerzas, ¿cómo he de poder conseguirlo? Más tengo que oponer, y es, que si mis sentidos me están mostrando en el mundo las

cosas amables, si mis apetitos me arrastran á quererlas, ¿cómo he de querer mas que todas un fin que ni yo lo veo con los ojos, ni yo lo toco con las manos, y que además con todas mis fuerzas naturales, aunque ellas fueran muchas, no puedo alcanzarlo? ¿pues cómo he de quererlo?—De modo que para conseguir nuestro fin me poneis tres dificultades: el saber, para conocer los bienes que en aquel fin soberano se encieran; el poder, para que conocidos esos bienes, os alenteis á buscarlos; y el querer, para que, ó despreciados los bienes del mundo, ó usados solo en orden á conseguir aquel fin, allí prosigais vuestro amor y vuestro querer todo. ¿No es esto lo que me oponéis, *saber, poder y querer*?—Sí, Padre; porque decirme que el medio para conseguir el último fin, que es Dios, es servirle á Dios en esta vida, eso todavía no es enseñarme nada; porque todavía pregunto, ¿en que estará ese servicio de Dios? ¿Qué es lo que tengo de hacer para servirle?—Teneis mucha razon en vuestra pregunta, mas no en vuestra prisa; porque como el pobre doctrinero no tiene boca de costal, no puede derramarlo todo de un golpe. Vamos despacio y saldrá todo, que ya el Catecismo os previene todas esas dificultades y réplicas en esta agraciada pregunta, que es la que sigue: *¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente?* Como si dijera: Mira, tú me has dicho que con servir á Dios conseguiré el gozarlo, que es mi fin. Estoy en eso; pero como esto de servir á Dios contiene en sí tantas cosas, y yo tengo mala memoria para que no se me olvide, cñemelo en breves palabras, y dime: *¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente?*

—Vedlo aquí en breve respondido: *Con obras de Fé, Esperanza y Caridad.* ¿Se te olvidará esto?—

No se me olvidará, pero yo siempre he oído decir, que se sirve á Dios mucho con la humildad, con la penitencia, con la limosna, etc. Pero si con todas estas virtudes se sirve á Dios ¿cómo nombran aquí solas aquellas tres, Fé, Esperanza y Caridad?

—Has preguntado bien.

Pero repara ahora en aquella palabra *principalmente*. Se sirve á Dios con la humildad, se sirve á Dios con la penitencia, se sirve á Dios con la limosna, y se sirve á Dios con todas las demas virtudes; pero principalmente se sirve con obras de Fé, Esperanza y Caridad.—¿Por qué *principalmente*?—Porque si esas tres virtudes faltan, todas las demás no sirven, no aprovechan, no agradan á Dios, no valen nada. Sin tener Fé, es imposible agradar á Dios, dice San Pablo: (*Ad Hebr. 11. vers. 6.*) *Sine Fide impossibile est placere Deo.* Se sirve á Dios principalmente, porque sin la Fé, todas las demás que parecen virtudes, no son virtudes, dice San Agustin; (*l. 4. con Julian. cap. 3. n. 7.*) porque si no teniendo Fé para encaminarlas á su verdadero fin, que es Dios, las hacen por fines terrenos, no son verdaderas virtudes, sino aparentes, vanas y sin provecho: *Minus impius quam Catilina Fabricius non veras virtutes habendo, sed á veris virtutibus non plurimum deviendo*, dijo Agustino. (*Div. Thom. 2. 2. q. 4. art. 7.*) ¿Qué importa que entre los Gentiles pareciesen castas las Vestales, abstinentes los Pitagóricos, modestos los Estoicos; que entre los Japones pareciesen penitentes los Bonzos, y en la India pareciesen religiosos los Bracmanes? ¿Qué importa que entre los Hereges quisiesen parecer mortificados aquellos perversos que se llamaron Apostólicos en Francia, ó muy austeros los Vegardos y Beguinás en Alemania?

que todos, todos, como no tenían Fé, ni era castidad la suya, ni abstinencia, ni modestia, ni Religión, sino monerías con que todos están en el infierno. *Sine Fide impossibile est placere Deo.* Con estas tres se sirve á Dios principalmente; porque por el contrario, en estando estas tres en el alma, ellas acarrear, llaman y juntan en ella todas las otras virtudes. Con estas tres virtudes se sirve á Dios principalmente, porque la Fé es en el edificio espiritual el cimiento, que sin él toda la casa se arruina: es lo que para la columna la basa, que sin ella se cae: es lo que para el árbol la raíz, que sin ella se seca. La Esperanza es en ese edificio las paredes y las columnas, que sin ellas, ni podrá haber techo, ni será casa: es lo que en el cuerpo humano la sangre, que sin ella ni podrán correr los espíritus, ni tener movimiento: es lo que en el árbol las flores, que si éstas se hielan, no habrá frutos. La Caridad es en ese edificio el techo, que sin él será corral de brutos la que era sala y vivienda de racionales: es lo que en el árbol el fruto, que sin él de nada servirán sus raíces y nada aprovecharán sus flores; y es en fin, lo que en el cuerpo humano la vida, que sin ella, ¿cuál queda un cuerpo difunto? Ya lo veis, pues por eso son estas tres virtudes las con que se sirve á Dios principalmente. Y en fin son estas las principales, porque las demás virtudes nos llevan á nuestro último fin, pero por rodeos: éstas van derechas; quiero decir, todas las otras virtudes tienen por objeto inmediato alguna cosa criada, aunque con eso sirven, ó de quitarle á la Fé los embarazos, ó á la Esperanza los temores, ó á la caridad los tropiezos. Pero estas tres virtudes solo miran derechamente á Dios, á nuestro fin; allá nos llevan, allá nos juntan, allá nos unen. Creer

en Dios, esperar en Dios, amar á Dios, pues con ellas se sirve á Dios principalmente. Oigan ahora al Principe de los Teólogos Santo Tomás, para que vayan viendo cómo es Teólogo en romance el Catecismo: *Cum in agibilibus finis sit principium, necesse est virtutes Theologicas, quarum abjectum est ultimus finis, esse priores caeteris virtutibus.* (D. Thom. 2. 2. q. 4. art. 7.)

Este, pues, dice que con obras de Fé, Esperanza y Caridad, se sirve á Dios principalmente. Lo primero, porque todas las otras virtudes, si faltan estas, ni sirven, ni merecen, ni son virtudes. Lo segundo, porque por el contrario en habiendo estas tres virtudes, tiene luego el alma todas las otras. Lo tercero, porque todas las otras virtudes, si tienen valor, si tienen mérito, es por estar fundadas sobre estas tres virtudes. Lo cuarto, porque todas las otras virtudes no miran derechamente á Dios, como estas tres que tienen puesta en Dios derechamente toda su mira. Y así, aunque se sirve á Dios con todas las otras virtudes, pero con estas tres sobre todas se sirve á Dios *principalmente*. Válgate, y lo que nos ha dado que hacer el *principalmente*.

Por eso, pues, se llaman Teologales estas tres Virtudes. Y para que hagamos el debido concepto de su valor, juzgo dejarlas de una vez explicadas en las siguientes doctrinas, juntando aquí las preguntas que allá hace el Catecismo, donde aparte trata de las Virtudes Teologales. Llámanse, pues, así, porque miran derechamente á Dios; y así, Teologales es lo mismo que Virtudes Divinas. ¿Por qué tienen tan alto nombre? pregunta el Catecismo: *Porque nos juntan con Dios, y él solo las infunde,* que es lo mismo que decir: Llámanse Divinas, porque todas van hácia Dios, y llámanse Divinas, por-

que todas vienen de Dios: Dios es quien nos las dá, Dios es quien nos las infunde en el Bautismo, como otra vez lo diré.—¿Y por qué nos las infunde?—¿Saben para qué? para quitar las dificultades que al principio me oponían que no me he olvidado. Nos las infunde Dios para que con ellas tengamos el saber, poder y querer. Por la Fé, que es la que alumbra nuestro entendimiento, sabemos cuáles son aquellos bienes eternos, infinitos é inmensos de Dios, que es nuestro fin. Sabidos, pues, y conocidos por la Fé para que no desmayemos en las dificultades que se nos ponen; y para que emprendamos todo lo que parece áspero en la virtud. La virtud de la Esperanza alienta y dá vigor á nuestras fuerzas, que quien espera llegar á un goce eterno, ¿cómo no se alentará á sufrir por él cualquier temporal trabajo? Sabida, pues, por la Fé la bondad infinita de aquel nuestro fin último, y alentado y fortalecido el poder para que le busquemos con la Esperanza, la Caridad toda enamorada de aquel bien infinito, suavemente nos tira, dulcemente nos lleva y poderosamente nos ayuda para que, despreciados estos bienes caducos, viles y engañosos, solo abracemos con todo nuestro amor, con toda nuestra alma, aquel bien que solo es bien; aquel bien que solo es seguro; aquel bien que solo es eterno. Y vean aquí cómo el conseguir nuestro fin no ha de ser con solo nuestro saber natural, que nada alcanza; no, con nuestras naturales fuerzas, que nada pueden; no con nuestro natural amor, que solo ocupa su querer en las cosas mas viles, sino con el saber, poder y querer sobrenatural que Dios nos dá, que Dios nos infunde con la Fé, con la Esperanza y con la Caridad.

—Estoy ya en todo eso, Padre; pero tengo aho-

ra una fuerte réplica sobre las palabras del Catecismo: *Con obras de Fé, Esperanza y Caridad*. Pregunto yo; ¿con los pensamientos de Fé no se merece? ¿No son meritorios de vida eterna?—Respondiendo, que si estos pensamientos los tiene quien está en gracia, estando juntas en el alma la Fé, la Esperanza y la Caridad, esos pensamientos son meritorios de vida eterna. Consta de las Divinas Escrituras: *Credidit Abraham Deo, et reputatum est illi ad justitiam*. Y San Pablo: *Sancti per fidem adepti sunt repromissiones*. Y asíéntalo Santo Tomás, y con él todos los Teólogos. (D. Thom. 2. 2. q. 2. art. 9.)—Ahora, pues, si con los pensamientos de Fé se merece, se sirve á Dios y se alcanza la vida eterna, ¿por qué solo dice el Catecismo: *Con obras de Fé, etc.*?—En verdad, que segun argüis pareceis Teólogo; pero mas Teólogo que vos es el Catecismo.

Respondo, pues, á lo primero, que quien dice con obras, ya supone los pensamientos; porque ninguna accion humana puede haber sin que primero le preceda el pensamiento, que quien no piensa lo que hace, obra como bruto. Lo segundo, dice con obras, para dar á entender que para que haya mérito, no basta la Fé sola, ha de ser junta con la Caridad, que como es la que dá vida á la Fé, es también á la que pertenecen las obras. *Fides quæ per Charitatem operatur*, dijo San Pablo: (*ad Galat. 5. v. 6.*) Lo tercero, dice con obras, para que entendamos que de nada servirán los pensamientos, los deseos de gloria y las buenas palabras con que se hacen propósitos, si las obras se oponen luego á esos pensamientos, á esos deseos y á esos propósitos. ¡Ah, cristianos! ¿Qué nos dice la Fé? Que despues de esta hay una vida eterna, y en ella eter-

no infierno para los pecados y pecadores, ó eterna Gloria para las virtudes y las obras buenas. ¿Lo crémos así? ¿Lo confesamos así? ¿Lo conocemos? Pues, y con esos pensamientos, ¿cuáles son nuestras obras? Por una parte el apetito te propone el deleite torpe, la venganza inicua, la injusticia, el fraude: por otra la Fé te dice, que eso es perder el Cielo, que eso es precipitarte al infierno: ¿y qué resuelves? Tus obras lo digan. Resuelves obedecer á tu apetito y no á la Fé; ¿pues de qué sirven aquellos pensamientos, si son esas tus obras? Almas, ¿dónde está nuestra Fé? ¿Qué nos propone la Esperanza? Que por cualquiera accion buena que por Dios hagamos, nos dará Dios en la Gloria ciento por uno. ¿Lo esperamos así? ¿lo deseamos? ¿confiamos que la gozaremos? ¿Pues cómo, sabiendo que aquella doncella por su pobreza peligra, que aquella viuda cargada de hijos, y mas de miseria, perece, y que con tanta facilidad lo pudiéramos remediar y no lo hacemos? ¿Pues de qué sirven aquellos deseos del Cielo si son estas las obras? Almas, ¿dónde está la esperanza? ¿Qué nos dice la caridad? Que Dios es solo el bien sumo el bien verdadero, el bien eterno; que solo él merece nuestro amor, porque todos los bienes del mundo son mentirosos, son falsos, son caducos. ¿Conocémoslo así? ¿lo vemos? ¿lo experimentamos cada dia y lo lloramos cada instante? Pues, ¿cómo nuestra voluntad, nuestra amor y nuestros afectos todos, dejando á Dios, vuelan sin cesar á las criaturas, á los bienes que conocemos engañosos, y á los deleites que tantas veces experimentamos amargos? ¿Pues de qué sirve aquel conocimiento y aquel desengaño, si son malas nuestras obras? Almas, ¿dónde está nuestra Caridad?

Luego muy bien nos dice el Catecismo, que para conseguir nuestro fin, para llegar á la Gloria, ha de ser con obras, con obras de Fé, Esperanza y Caridad.—Así lo conozco y lo confieso. Mas por último no he de dejar de decir una cosa; y es, que hoy el Padre no nos ha contado ejemplos como otras veces.—Ha habido mucho que explicar, no me hagan tantas preguntas y yo les diré mas ejemplos. Pero ahora vaya este que lo abraza todo.

Refiere Sofronio en su *Prado Espiritual*, que S. Ginés, Obispo Cirenense, habiendo convertido á nuestra santa Fé á un famoso médico, llamado Evagrio, pidióle en una ocasion trescientos ducados para dar de limosna á los pobres. Diólos él de buena gana, y agradecido el Santo Obispo escribió de su mano una cédula, en que obligando por su fiador al mismo Jesucristo, le prometia que le pagaria Dios á ciento por uno aquellos trescientos ducados. Firmóla y se la entregó á Evagrio. Pasando algun tiempo, llegándosele á Evagrio la muerte, llamó á un hijo suyo y entrególe aquella cédula, mandándole que cuando llevasen su cuerpo á darle sepultura, se la pusiese en el pecho. Así lo ejecutó el hijo. Y ya habian pasado tres dias despues de enterrado, cuando Evagrio se le apareció al Santo Obispo Ginés, y le dijo: Padre, vé á la Iglesia y abre mi sepultura, que te quiero volver la cédula que me diste. Al siguiente dia, convocando el Obispo á todo el Clero y al Pueblo, van todos á la Iglesia, abren la sepultura y hallan que tenía Evagrio aquella cédula en la mano: tomóla el Obispo, y vió que á las espaldas de lo que él habia escrito, estaba esta carta de pago y recibo: «Yo Evagrio, médico, á tí Santísimo Ginés Obispo, digo: que los trescientos ducados que te dí para que

dieces limosna á los pobres de Cristo, prometiéndome tú que Dios me pagaria ciento por uno, confieso delante de la Santa Iglesia que me doy por muy contento, muy bien y colmadamente pagado de la dicha promesa, y que ya no tengo mas que pedir, ni á tí ni á Jesucristo, mi Señor y Redentor del mundo. Oyendo esto, rebozó en todos el regocijo en lágrimas y voces de alabanzas á Dios, y el Obispo hizo guardar para eterna memoria aquella cédula. ¡Oh! y si la lleváramos todos dentro del corazón guardada, para avivar nuestra Fé, para alentar nuestra Esperanza, para enfervorizar nuestra Caridad. ¡Oh, mi Dios! si así sabes pagar, ¿quién no te prestará cuanto tiene para tenerlo seguro? ¿Quién no te entregará todo su corazón, todo su amor y toda su alma, para lograr con la Fé tu vista, para alcanzar con la Esperanza tus premios, y para gozar con la Caridad tu Gloria?

PLATICA XIV.

DE LA PRIMERA VIRTUD TEOLOGAL, QUE ES LA FÉ.

A 20 de Julio de 1690.

De tener un mismo nombre las cosas que entre sí son distintas, nacieron en el mundo los equívocos; que si tal vez agradan porque parecen agudezas, las mas veces dañan porque son engañosos: que esto de hablar con equivocacion, por mas que quisieron llamarlo artificio los Políticos, es lo cierto, que es muy antigua maña de tramposos, equivocar para confundir y confundir para engañar. Por eso la verdad aborrece toda equivocacion; y si en nuestra Fé gozamos nosotros la verdad suma, la verdad eterna, por eso ni aun en el nombre de la Fé hemos de permitir equivocacion. Ya, pues, este nombre Fé, segun las ocasiones significa la fidelidad, ahora sea en la promesa que hacemos, ó la palabra que empeñamos de hacer y cumplir una cosa: por eso el que así promete empeñando su palabra, suele decir: *Harélo á fé de hombre de bien*: ahora sea la fidelidad que guardamos en cumplirlo; y así, en ese cumplirlo decimos que es guardar la fé

dieces limosna á los pobres de Cristo, prometiéndome tú que Dios me pagaria ciento por uno, confieso delante de la Santa Iglesia que me doy por muy contento, muy bien y colmadamente pagado de la dicha promesa, y que ya no tengo mas que pedir, ni á tí ni á Jesucristo, mi Señor y Redentor del mundo. Oyendo esto, rebozó en todos el regocijo en lágrimas y voces de alabanzas á Dios, y el Obispo hizo guardar para eterna memoria aquella cédula. ¡Oh! y si la lleváramos todos dentro del corazón guardada, para avivar nuestra Fé, para alentar nuestra Esperanza, para enfervorizar nuestra Caridad. ¡Oh, mi Dios! si así sabes pagar, ¿quién no te prestará cuanto tiene para tenerlo seguro? ¿Quién no te entregará todo su corazón, todo su amor y toda su alma, para lograr con la Fé tu vista, para alcanzar con la Esperanza tus premios, y para gozar con la Caridad tu Gloria?

PLATICA XIV.

DE LA PRIMERA VIRTUD TEOLOGAL, QUE ES LA FÉ.

A 20 de Julio de 1690.

De tener un mismo nombre las cosas que entre sí son distintas, nacieron en el mundo los equívocos; que si tal vez agradan porque parecen agudezas, las mas veces dañan porque son engañosos: que esto de hablar con equivocacion, por mas que quisieron llamarlo artificio los Políticos, es lo cierto, que es muy antigua maña de tramposos, equivocar para confundir y confundir para engañar. Por eso la verdad aborrece toda equivocacion; y si en nuestra Fé gozamos nosotros la verdad suma, la verdad eterna, por eso ni aun en el nombre de la Fé hemos de permitir equivocacion. Ya, pues, este nombre Fé, segun las ocasiones significa la fidelidad, ahora sea en la promesa que hacemos, ó la palabra que empeñamos de hacer y cumplir una cosa: por eso el que así promete empeñando su palabra, suele decir: *Harélo á fé de hombre de bien*: ahora sea la fidelidad que guardamos en cumplirlo; y así, en ese cumplirlo decimos que es guardar la fé

prometida; y por esto, de un tramposo que nada paga y nada cumple, suelen decir *que no tiene fé con nadie*. Y esta es tambien la que llamamos fé conyugal; esto es, aquella obligacion que mutuamente se tienen entre sí los casados, de guardarse el uno al otro la fé del Matrimonio, de cumplir las obligaciones que el uno al otro se prometieron en su santo estado. En otra significacion llamamos tambien fé á la confianza que de uno tenemos; por eso solemos decir: *No tengo fé en fulano*; esto es, no confío que él me haya de hacer algun bien. *No tengo fé con ese medicamento*; esto es, no tengo confianza que este medicamento me ha de dar mejoría. Significamos tambien con este nombre fé, la intencion, la conciencia con que obramos; por eso se dice: *Fulano erró, pero obró con buena fé*. En este sentido los Juristas, al que posee alguna cosa con mala conciencia, porque la hubo malamente, porque la compró sabiendo que era hurtada ó que no podia ser vendida; le llaman *poseedor de mala fé*, que nunca prescribe, que siempre está obligado á restitucion. Por el contrario, el que obtuvo alguna cosa sin malicia alguna, creyendo que compraba bien y que lícitamente la posee, le llaman *poseedor de buena fé*. Así tambien llamó fé á la conciencia San Pablo: (*ad Roman. 14.*) *Omne quod non est ex Fide, peccatum est*. Todo lo que se hace contra el dictámen de la propia conciencia es pecado, como veremos cuando expliquemos los daños de la conciencia errónea.

Ya, pues, en ninguna de estas significaciones tratamos de la Fé, sino en cuanto significa la credulidad con que creemos lo que otro nos dice. Y ya, si creemos lo que nos dicen los hombres, se llama Fé humana; por eso en los instrumentos públicos decimos que han de estar firmados por las partes,

ó las otras jurídicas ceremonias *para que hagan fé*. Diganlo quienes andan con tan poca fé los comercios, con tantas mentiras los tratos, y cuán revueltas con creer á los chismes las casas. Mas esto tendrá su lugar en el *ni mentirás* del octavo Mandamiento. Pero si lo que creemos es lo que dice Dios, y lo creemos porque Dios lo dice, esta es la Fé Divina de que tratamos. Y si sin la fé humana es tan difícil vivir entre los hombres, sin esta Fé Divina es del todo imposible vivir con Dios: *Justus ex Fide vivit*, dice San Pablo.

De ésta, pues, como principal y única puerta por donde hemos de entrar á nuestra eterna dicha, como fundamento y base sobre que ha de estrivar toda nuestra felicidad, pregunta hoy el Catecismo: *¿Qué cosa es Fé?* Aun en el modo está Teológica la pregunta; y forzoso es que sea Teológica la respuesta; procuraré aclararme: *Fé*, responde, *es una luz y conocimiento sobrenatural, con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone*. Ni le falta palabra, ni le sobra; y abraza en éstas todo lo esencial de la Fé. Es una luz que eleva el entendimiento á conocer lo que no alcanza; por eso dice: *Luz y conocimiento*, porque no es la Fé luz material á los ojos del cuerpo, sino luz que, recibíndose en el entendimiento, lo eleva, lo sublima á creer y conocer verdades que él jamás pudiera alcanzar con sus fuerzas naturales. Por eso es esta luz sobrenatural. Añade luego la oscuridad, que es á la Fé del todo necesaria; por eso dice: *Con que sin ver creemos*; porque si la luz material alumbra para que vean los ojos, esta luz sobrenatural, esta luz divina alumbra el entendimiento para que él crea lo que los ojos no ven: *Argumentum non apparentium*, la llamó San Pablo; y San Agustín: (Hurt.

de *Fid. D. 49. s. l. n. 3.*) *¿Quid est Fides? Credere quod non vides.* Lo que creemos, pues, y no vemos, es lo que Dios nos dice; ese es todo el objeto y el blanco de nuestra Fé Cristiana; y para que lo creamos es menester que nós lo proponga la Iglesia; eso es ser nuestra Fé Católica.

Ya, pues, esta misma que el Catecismo llama luz sobrenatural, otros Teólogos dicen es una virtud sobrenatural; otros, es un hábito infuso, y todos con diferentes palabras dicen una cosa misma. Explicalo la primera Lumbrera de la Teología Jesuita, el Eximio Doctor Padre Francisco Suarez: (de *Fid. D. 7. s. l. n. 5.*) Mirad, dice, los que llaman á la Fé hábito infuso, explican lo que la Fé hace de parte del entendimiento, que es ayudarle y facilitarle á creer lo que él por sí solo jamás pudiera; los que la llaman luz, explican así lo que hace la Fé hácia el objeto, que es mostrarle al entendimiento su objeto soberano, que es Dios. Así, pues, la Fé es luz sobrenatural y es hábito infuso, todo es uno. No es mucho que una misma cosa se explique con dos nombres tan distintos; mírenlo claro: á una vela unas veces la llamamos candela, otras luz: candela, porque arde; luz porque alumbrá: candela, por el fuego que tiene ceñido la llama; luz, por la que esparce en la esfera. Así, pues, la Fé es luz sobrenatural por lo que nos alumbrá hácia Dios; y es hábito infuso, porque infundiéndole Dios, nos facilita el entendimiento para que él pueda creer lo que sin hábito sobrenatural é infuso no pudiera.— Padre, eso ya lo he entendido; pero ¿qué es hábito infuso?—Buena pregunta; esto quedará dicho: Hay unos hábitos adquiridos, otros infusos. Hábito adquirido llamamos aquella facilidad que conseguimos con repetir muchas veces á hacer una cosa. ¿Qué

piensan que son todas las artes, todos los oficios? Hábitos adquiridos con la repetición y continuación de hacer una cosa misma. ¡Con qué facilidad toca un músico un instrumento! ¡con qué presteza corre un pintor las líneas, formando una imágen! ¡qué al descuido se pasea el otro por la maroma! parece que está jugando: pues lléguese á hacerlo uno que no sabe, las manos le parecen de plomo, los dedos se le hacen de piedra y los piés le pesan diez arrobas: todo le embaraza, todo le ataja y al fin no acierta.—¿Qué es esto? ¿Por qué hace aquel con tanta facilidad lo que á este se le hace imposible?—¿Saben por qué? Porque aquel tiene hábito adquirido y este no. Quien facilita á aquel, es el hábito que tiene; porque lo ha hecho ya muchas veces, porque muchas veces lo ha usado. Así, pues, el hábito infuso nos facilita á hacer las cosas, que por ser sobrenaturales no las pudiéramos jamás hacer, si Dios no nos infundiera ese hábito. Aquel otro lo adquirimos, porque es de cosas naturales que caen debajo de nuestra maña, de nuestro ingenio y de nuestra industria; pero éste jamás pudiéramos adquirirlo, porque siendo de cosas que están mas allá de todas las fuerzas de la naturaleza, solo Dios, por su infinita misericordia, nos lo dá y nos lo infunde.

¿Pues qué piensan que esa facilidad con que creen los Misterios de nuestra Fé, no es mas que porque quieren? Fuera ese error y heregía de Pelagio, condenada en el Concilio Arausicano. (Conc. Araus. cap. 6 etc. 9.) Entendamos, pues, y agradecemos que el creer nosotros las verdades de nuestra Fé, todo es obra de Dios: *Hoc est opus Dei, ut credatis*, nos dice Jesucristo. Todo es un dón singularísimo con que su Magestad por los mé-

ritos de nuestro Señor Jesucristo, y no por otros, nos quiso entresacar de los bárbaros para salvarnos: *Vobis donatum est pro Christo non solum ut credatis, sed etiam ut pro illo patiamini*, dice San Pablo.

Ya, pues, este hábito infuso, este inestimable beneficio, este dón sobrenatural de la Fé, con mucha razon lo llama luz el Catecismo, con todas las Divinas Escrituras. San Pedro: *Qui de tenebris vos vocavit in admirabile lucem suam*. San Pablo: *Qui dignos vos fecit patris Sanctorum in lumine*. Y en otra parte: *Eratis enim aliquando tenebrae: Nunc autem lux in Domino*. Isaiás: *Populus, qui habitabat in tenebris vidit lucem magnam*. Porque lo que es la luz en el mundo, eso es en el alma la Fé. ¿Qué es el mundo sin luz? Una confusion triste, una lobreguez envuelta, en que ni lo apacible se goza, ni lo agradable se vé, ni lo gustoso se conoce: lo mismo parece un jardin de flores, que un erizo de espinas. Entrad á oscuras en una sala, colgada á maravilla de las mas ricas tapicerías, espejos, láminas, halajas de valor, menage de precio: pasad ahora á oscuras á un calabozo habitado de sapos y sabandijas, cubierto de telarañas, y por alhajas cepos, cadenas, grillos: ¿qué os parece de lo uno y de lo otro? Para mí, direis, todo es uno; como entre á oscuras, ni sabré decir cuál es la sala, ni cuál el calabozo, porque sin luz todo ello es uno. Pues así á los ojos de Dios, las almas que no tienen la luz de la Fé, nada hay en ellas agradable, nada que tenga valor, nada que tenga precio. ¡Ah, soberana luz, cómo no te sabemos estimar! Lo segundo: es luz la Fé, porque así como perdidos á la media noche en una espesa selva, en una intrincada montaña, sin luz no podemos coger el camino para salir

de perdidos: así como cuando se nos pierde de noche alguna cosa, sin luz no podemos hallarla por mas que la busquemos; y así como sin luz no podemos gozar de esta vida lo mas gustoso de ella, lo mas amable. ¿Cómo puede vivir (se lamentaba allí Tobías) el que no vé la luz del Cielo? Así sin la luz de la Fé, perdidos entre las tinieblas de nuestra ignorancia, jamás hallariamos el camino de nuestra eterna casa, que es el Cielo; jamás hallariamos la inestimable joya que se nos perdió desde Adán, que es la gracia; y jamás gozariamos los deleites de la mayor vida, que es la eterna. Lo tercero: es luz la Fé, porque así como nuestros ojos sin la luz no pueden descubrir ni ver los objetos, así nuestro entendimiento sin la luz de la Fé, ni puede conocer á Dios, ni sus soberanos Misterios.

San Severino, primer Apóstol de Noruega, predicando á aquellos pueblos se le resistian tercios no pocos idólatras, mezclados entre los que ya eran Cristianos; y para que se confirmasen los unos y se redujesen los otros, hácelos juntar á todos en la Iglesia; y que todos, así Cristianos como idólatras, trajesen cada uno en la mano una vela apagada. Cuando ya estuvieron juntos, y todos con sus velas apagadas y sin luz, en las manos, postrado ante el Altar el Santo Obispo, dijo: «Oh, Señor y Dios verdadero, dignate ahora de mostrarles á estos la luz de tu conocimiento, y muéstrales cómo se distinguen los que te adoran á tí verdadero Dios, de los que malogran sus cultos en los falsos ídolos.» Al punto que dijo esto, todas las velas que tenían en las manos los Cristianos, quedaron encendidas, sin ver ni saber por dónde les vino la llama; y apagadas y sin luz las de los idólatras. Prodigio que bastó á que todos ellos abrazasen al punto la luz de la Fé.

(Baron. *ann.* 473.) ¡Ah, Católicos! Una antorcha encendida nos ponen en el Bautismo en la mano, que es la señal de nuestra Fé. Otra vela encendida nos ponen en las manos al punto amargo de espirar. ¡Oh, qué dos luces! Una al nacer, otra al morir. Con aquella luz en el Bautismo nos muestra la Fé patentes todos los tesoros de Dios: vemos con ella prevenida su gracia, y vemos franqueados sus Sacramentos: vemos los caminos de nuestro remedio, y vemos abiertas las puertas de la Gloria. Y con la vela al punto de morir, ¿qué hemos de ver? veremos malogradas tantas luces, veremos perdido tanto conocimiento; veremos despreciados tantos auxilios, perdidos tantos medios y sacrilegos tantos Sacramentos; veremos en medio de tanta luz tantas caídas, tantas ceguedades y tantas culpas; veremos cerradas por nuestra culpa las puertas del Cielo y abiertas las del infierno. ¡Oh, no lo quiera Dios! Pues para que no sea, cotejad esta luz con aquella luz, que toda es una misma luz de la Fé.

Pero aquí me opondrán una grave dificultad: Padre, si la Fé es luz, ¿cómo es oscura? Si es luz, ¿cómo es esa luz para no ver? Así añade el Catecismo: *Es una luz sobrenatural con que sin ver creemos.* ¿Pues luz para no ver? Luz y oscuridad son dos cosas contrarias; ¿pues cómo pueden estar en la Fé juntas?—¡Gran dificultad! pero aguarden: sucede venir un navío á todo trapo, ansioso por ganar ese Puerto de la Veracruz; pero corriendo mas que él el dia, con sus tinieblas la noche le quita de los ojos el Puerto y lo llena de peligros, porque si se arroja ha de hallar en el Puerto el naufragio. ¿Pues qué hacen? ¿Quién no lo sabe? Echan Farol, y descubriéndolo acá desde el Castillo, correspóndenle

al punto con otra hermosa llamarada, que en sus lenguas de luz les dice: «Aquí está el Puerto.» ¡Oh, cómo luego aquellos fijan la vista en esta llama, cómo la atienden en sus pasos, cómo la observan en sus movimientos, sin permitir que el Navío dé paso que no sea encaminado hácia á aquel Farol! como que les vá en eso la hacienda, la vida, el ganar el Puerto y el llegar al tan deseado salvamento; y así lo consiguen. Pregunto ahora: ¿Hay luz allí?—Sí, y muy clara.—¿Hay tambien oscuridad?—Como de media noche.—¿Vén aquellos el Puerto?—No lo ven, que está oscuro.—¿Saben que está allí el Puerto?—Sí, claro está.—Pues no me pregunten mas: esa es nuestra Fé; y agradezcan la comparacion al primer maestro de nuestra Fé, mi Padre San Pedro: (S. Pablo *Ep.* 2. *c.* 1. *v.* 19.) *Cui benefacitis attendentes quasi lucernæ lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat.* Navegamos, fieles, el peligroso mar de esta vida en la tupida noche de nuestra ignorancia; pero en ella la luz de la Fé nos guía, la luz de la Fé nos muestra dónde está el Puerto, dónde la seguridad y dónde el salvamento. No vemos ahora lo que esta soberana luz nos muestra: eso es ser oscura la Fé; pero sabemos bien que allí está todo lo que nos dice: eso es ser clara esa luz. Mas si de ella apartamos los ojos, ¿dónde ván nuestros pasos? A los escollos de las culpas y á naufragar en una condenacion eterna.

Ya, pues, este fanal luciente de nuestra Fé, pienso que nos lo quiso Dios dar á estimar con un prodigio tan estupendo, que antes de contarlo, asiento que ha estado á la pública vista de todo el numeroso Reino de Flandes, y fuera de referirlo muy graves Autores, que cita nuestro Engelgrave, (*Celesti Pant. in fest. Cur.* §. 2.) afirma que le apro-

baron dos Sumos Pontífices, Sixto IV y Clemente VIII. Ya pues: en Arras, ciudad populosa, y una de las mas célebres de Flandes, se desarrolló una funestísima peste, de que morian innumerables, y cuando en la tierra no se hallaba al mal algun remedio, lo hubo de traer del Cielo, ¿quién, si no la que es el refugio de los afligidos y la que es la salud de los enfermos, María Santísima? Apareció la Señora en una misma noche en distintos lugares á dos mancebos, que con públicas enemistades entre sí, tenían la República toda llena de sus escándalos; y díjoles á cada uno que de su parte fuesen á Lamberto, Obispo de aquella ciudad, y le dijiesen que para el siguiente Sábado en la noche la aguardase en la Iglesia, prevenida una grande vasija de agua, porque en ella le queria dar el universal remedio para la peste que tanto los afigia. Fué cada uno de aquellos con su embajada: hállanse juntos delante del Obispo, que conoció al punto la causa de haberlos á ellos escogido la Señora, para que haciéndose amigos, se quitara primero de la ciudad su escándalo, si había de tener la ciudad remedio; que males públicos, de ordinario los envía Dios por los escándalos. ¡Ah, México! Hízolos allí amigos el Obispo, y juntos aguardaron á la Señora la noche del siguiente Sábado, en que á la media noche, lleno de resplandor todo el Templo, apareció con increíble hermosura la Reina de los Angeles. Traía en la mano una hacha encendida, y diciéndole al Obispo que bendijese el agua, volviendo la Señora la hacha, derramó en aquella agua algunas gotas de cera, y dijo que diesen aquella agua á los enfermos; y poniendo la hacha ardiendo en el Altar, desapareció la Señora. Fueron luego bebiendo de aquella agua, y sanaron todos los enfermos y aca-

bóse la peste. Pero yo aún no he empezado lo mayor del prodigio.

Puso la Señora aquella hacha ardiendo en el altar, el año de mil ciento cinco. No hubo quien se atreviese á apagarla por el debido respeto á la mano que la puso. Pasóse un dia y otro, y la hacha allí se estaba ardiendo: fueron pasando semanas, y no solo proseguía en sus ardores, sino que observaron que ni se habia minorado, ni gastado un punto. Entónces ya reconociendo allí superior llama, hiciéronle una caña de plata que la ciñe. ¿Y cuánto les parece que ha durado? De lo presente no sabemos; pero cuando el autor escribe este prodigio, afirma que aun duraba todavía ardiendo, y se contaban ya quinientos setenta y tantos años. Sin cesar, de dia y de noche estaba ardiendo, no solo sin consumirse, sino aun sin bajar la llama ni un dedo de donde la caña de plata la cercaba. De lo que derretia se hicieron otros muchos cirios; y se guarda en la Iglesia de Arras una grande bola de cera de ella. ¡Oh, Fé Católica, qué argumentos tan claros tienen tus verdades; y cómo sirve aquella luz material para que mejor veamos la soberana luz, con que nos muestras lo divino, lo indeficiente y lo eterno! Así Fieles, sigan esta luz nuestras obras; así logremos con el ajuste de nuestra vida el resplandor de su verdad, para que la que ahora es luz de Fé, pase despues de esta vida á sernos en el Cielo lumbre indeficiente de Gloria.

PLATICA XV.

QUE SIENDO CIEGA NUESTRA FÉ, DEBEMOS CREER EN SUS
MISTERIOS, SIN ATENDER
A NUESTRA VANA CURIOSIDAD.

A 26 de Julio de 1690.

No fuera nuestra Fé tan admirable, tan sobrenatural y tan prodigiosa, si nuestros ojos pudieran dar razon de sus luces, si nuestras palabras pudieran explicar sus secretos, y si nuestros entendimientos pudieran penetrar sus misterios. Más puede Dios hacer que quanto puede entender el hombre, dice Agustino. Mas para que de algun modo hagamos concepto de lo que la Fé nos dice, pase cada uno por la consideracion este suceso:

Una miserable muger, ó fuese á merecida pena de sus delitos, ó á efectos de su desgracia, estando preñada fué puesta, mejor diré, enterrada en un hondo y tan oscuro calabozo debajo de tierra, que sin amanecerle allí jamas el día, la escasa luz de un candil era la que latiendo á pausas le acordaba solo que estaba viva. Llegóse el tiempo y dió, iba á decir a luz, mas no la dió sino á tinieblas, una

tan desdichada criatura, que aun desde el vientre se le perpetuó la cárcel: allí fué creciendo, más que en la edad, en la desdicha, porque se iba llegando á conocerla. Alumbróle al fin la luz de la razon entre aquellas tinieblas, y vióse entónces sin gozar mas espacio su vida, que cuatro cavados respaldos; pero á la madre ya le era algun consuelo su compañía, y algun alivio su conversacion. «Mira hijo, le decia, aquí sobre nosotros está un mundo, ¡qué hermoso! si lo vieras; yo no sabré explicártelo, porque ni tú me has de entender, ni te has de hacer capaz por mas que yo te diga; pero quizá algo alcanzarás si te lo explico por esta nuestra presente desdicha. Ves esta agua que aquí nos dan tan escasa, tan turbia y tan medida; pues si la vieras allá cómo corre en los rios, cómo nace en las fuentes y cómo á tiempos llueve del cielo! Ves esta luz de este candil, ¿no es hermosa? ¡Pues si vieras al Sol! (aquí, aquí me faltan las palabras) ¿cómo lo entenderias? Mira, junta en tu pensamiento mil veces esta luz, y no llega: vuelve á poner otras mil, y no alcanza; júntalas á otras tantas, y aun no se le parecen; y él solo apagara todas esas, de modo que en su presencia no lucen: él solo corre por el cielo; y ves cómo este candil llena de luz este espacio tan corto, así él; pero con mucha mas claridad vá llenando unos espacios tan grandes, tan dilatados, que yo no tengo palabras con que explicártelos.»

Ya juzgo que cada uno de mis oyentes se habrá puesto con la consideracion en el estado de aquel mancebo allí nacido, allí criado, sin haber en toda su vida visto mas que aquel estrecho calabozo, patria de su desdicha. ¿Cuál estaria él, y cuál estaria cualquiera de nosotros, oyendo esto, si jamas lo

hubiéramos visto? ¿Qué concepto haría de esta grandeza? ¿Si lo creería? Harto necio fuera si lo creyera, dice aquí San Gregorio el Grande: (Greg. M. ap. Guill. Peral. *Sum. Vir. t. 1. tr. de Fide cap. 1.*) *Stultus puer si matrem ideo existimat de luce mentiri, quia ipse nihil aliud quam tenebras carceris novit.* ¡Pero cómo le servirían de consuelo estos pensamientos entre aquella su miserable desdicha! ¿Si alguna vez llegaré yo á ver esto que mi madre me dice? Y si por ver aquel su candil, aunque le ofrecieran libremente subir á ver el sol, él no quisiera, ¿qué dijéramos? ¡Ah, fieles! Pues lo que á aquel en el calabozo le decia de este mundo su madre, mucho mejor á nosotros, en el calabozo de este mundo nos lo dice del Cielo, de la Gloria, de la Eternidad y de Dios, nuestra Madre la Iglesia, con las noticias que nos dá por la Fé.

Esta es, dice el Catecismo, la luz con que sin ver creemos. ¿*Sin ver?* ¿Pues qué busca tu curiosidad, alma? Tu corto entendimiento, ¿qué averigua? Si no entiendes, si no sabes cómo una hormiga en un cuerpo tan pequeño tiene todas las operaciones de la vida: si no entiendes cómo una abeja de las flores labra una miel tan dulce, ¿cómo te atreves á querer averiguar cómo será el ser indeficiente de Dios? ¿Cómo es uno en la Esencia y tres en las Personas? ¿Cómo quieres alcanzar las obras de Dios, si no sabes cómo hacen sus obras unos animales tan pequeños como las abejas? Si aun lo mismo que tienes en las manos no lo entiendes, ¿cómo quieres averiguar lo que pasa allá sobre los cielos? Dime, ¿cómo es tu alma? Toda en la cabeza, en los piés toda, que ya con el entendimiento discurre, ya con la voluntad ama, ya con la memoria se acuerda, ó que ya en el sueño co-

da ella parece que se esconde, todo el entendimiento pára surto, y toda la voluntad se suspende. ¿Cómo es esto?—No lo sé.—Pues si de tu misma alma, que tienes dentro de tí, no sabes dar razon, ¿cómo te atreves á querer averiguar lo que pasa allá dentro de Dios y sus soberanos misterios?

Llevaba un Filósofo no sé qué, muy tapado debajo de la capa; encuéntrale un mancebo y preguntale curioso: ¿qué llevais ahí? Y respóndele pronto: por eso va tapado, porque tú no lo veas, que si quisiera que tú lo supieras, con llevarlo descubier-to no aguardara á que me preguntaras: *Ideo celatum, ne tu videas.* ¿Pues quién te mete, hombre, quién te mete muger en querer averiguar lo que Dios quiere que tú no veas? ¿Quién te mete en escudriñar lo que Dios quiere que esté escondido? Oyentes míos, en las materias de la Fé cerad los ojos, bajad la cabeza, sujetad el entendimiento á lo que Dios nos dice y callad; que los que por despuntar de agudos se meten en las conversaciones á Teólogos, están en un gravísimo peligro. La mariposa que no contenta con ver la luz, se mete á averiguar la llama, allí paga su atrevimiento quemándose las alas. Luz es nuestra Fé, y tambien es lumbré. Bástenos creer con su luz lo que no vemos; no por quererlo ver con nuestro corto entendimiento nos metamos en su fuego. *Sin ver, sin ver creemos;* esa es el mérito de nuestra Religión, y ese es el ver ciego de nuestra Fé.—¿Ver ciego?—Sí; mírenlo en un estupendo prodigio:

Sucedió en la China el año de 1607. (Rayn. tom. 9. fol. 276. num. 60.) Uno de aquellos persuadidos á las verdades Católicas, que allí predicaban los de la Compañía de Jesus, pidió el Bautismo; pero luego haciéndole fuerza cómo podía ver con la Fé lo

que no veía con los ojos, se retiró y no quiso recibirlo. Al punto se halló ciego de un modo admirable, porque levantando los ojos veía claramente el Cielo; pero bajándolos, nada, nada veía de todo el mundo.—¿Qué es esto?—Pide el Bautismo, y al punto que lo pidió hallose del todo sano; vuelve á arrepentirse, y vuelve otra vez á hallarse como ántes, ciego para el mundo y con vista para el Cielo. Eso bastó para que luego, ya sin arrepentirse, se hiciera Cristiano. ¡Ah, fieles! La vista de la Fé toda hácia el Cielo, no la hemos de querer medir con la vista de las cosas rateras y viles del mundo. Fijad, fijad toda la atencion en la Fé, porque las razones, los argumentos y los discursos, no sirven, porque no alcanzan. Dios es quien lo dice, no es menester mas.

Por eso añade el Catecismo: *Con que sin ver creemos lo que Dios dice.* ¡Oh, qué fundamento! ¡Oh, qué basa, que tan firme como el mismo Dios es nuestra Fé! Es tan segura su verdad, que Dios dejaría de ser Dios si ella faltara; de modo, que lo que Dios dice, eso es lo que por nuestra Fé creemos, y lo creemos porque Dios lo dice. Acá entre los hombres creemos lo que alguno nos dice; lo primero, lo primero, porque estamos persuadidos que él está bien informado, y que así no se engaña; y lo segundo, porque le tenemos por hombre de bien, y así creemos que no nos querrá engañar; y por eso no hay que replicar á un *yo le ví* de un hombre de bien. ¿Pues qué dirémos á una Sabiduría infinita que nada se le esconde, y á una Bondad inmensa que ni la mas leve mancha admite? que si fuera capaz nuestro entendimiento de una Fé infinita, toda esa la debíamos á Dios, para que fuese digna correspondencia á lo infinito de su verdad: *Crodui-*

tas digna Deo, que dijo San Agustin. La verdad, por una de dos falta; ó porque se engaña el que lo dice, ó porque quiere engañar á aquel á quien lo dice: Dios, ni se puede engañar, porque es infinitamente Sábio; ni puede engañar, porque es infinitamente Bueno: síguese de aquí que las verdades que Dios nos dice, son tan firmes, tan del todo infalibles, tan eternas, que primero dejaría Dios de ser Dios, que las verdades de nuestra Fé dejaran de ser verdades.

Ya, pues, el *por qué* de la Fé, que es el que allá en las Escuelas llaman objeto formal, es la verdad de Dios; por eso dice el Catecismo: *¿Qué nos enseña la Fé?* R. *Que creamos en Dios como en infalible verdad.* De modo, que si te preguntan por qué crees los misterios de la Fé, no has de dár por razon: Los creo porque nací en el gremio de la Iglesia; porque me he criado con esta leche y esta doctrina; porque veo que todos los creen; porque así me lo persuaden y me lo predicán; porque si no los creo, me castigarán; nó: todas esas no son razones, ni son motivos que sirven á la Fé.—¿Pues qué he de responder?—*Creo porque Dios lo dice*, y no mas.—¿*Por qué crees que Dios es uno solo en la esencia y trino en las personas?*—Lo creo, porque lo dice Dios.—¿*Por qué crees, que la segunda Persona de la Santísima Trinidad se hizo hombre, siendo juntamente Dios, y que padeció y murió por nosotros?*—Lo creo porque lo dice Dios. Y ésta es la única é infinita razon de toda nuestra Fé: *Porque lo dice Dios, que es verdad infalible.* Por eso, pues, siendo tantos y tan diversos los Misterios que creemos, con todo eso, la Fé es una sola. (*Ad. Ephes. cap. 4.*) *Unus Deus, una Fides, unum Baptisma*, dice San Pablo; porque ahora sea este Mis-

terio, ahora aquel, ahora de las cosas Divinas, ahora de cosas criadas, como todo lo creemos solo porque lo dice nuestro Dios, nuestra Fé es una sola, aunque sean de cosas contrarias. Pongo por ejemplo: Creo que hay un infierno eterno para los malos, y creo que hay una Gloria eterna para los buenos; y uno y otro, infierno y Gloria, los creo porque lo dice Dios. Hé aquí una sola razon para creer dos cosas contrarias. Pues por eso es una sola la Fé: *Una Fides*; y por eso el que deja de creer un solo artículo de la Fé, pierde toda la Fé, y es Herege; porque si todos los Misterios de la Fé es Dios quien los dice, el que deja de creer uno solo, ea ese solo deja de creer lo que Dios dice, y pierde sin duda la Fé. Como la citara no está templada si una sola cuerda disuena, porque la armonía es una sola de todas las cuerdas juntas y templadas.

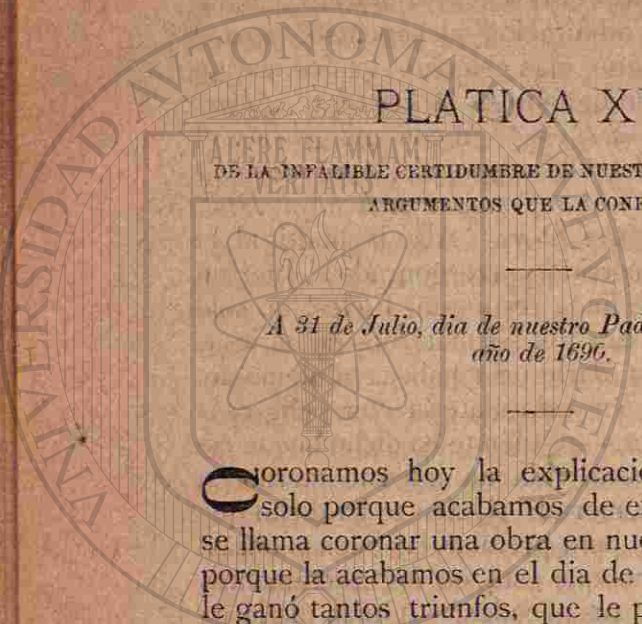
—Ya, Padre; pero si á mí nunca se me ha aparecido Dios; si ni me ha dicho, ni me ha revelado los Misterios de la Fé, ¿cómo sabré que Dios es el que lo dice para creer sus Misterios?—Esa misma pregunta ya la previno en otra parte el Catecismo: *¿De dónde sabéis vos haberlas dicho Dios? Y responde: De nuestra Madre la Santa Iglesia, regida por el Espíritu Santo.* Por eso tambien aquí añade: *Con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone.* ¿Quién no vé las ansias con que asida á la madre una criatura busca inquieta el pecho, y cuando ántes llorosa, al punto que le dán el pecho sosegada y cerradillos los ojos mama; y qué segura, sin ver lo que mama, sin saber ni de qué color es la leche, sin averiguar si chupará veneno por sustento! ¿Qué quieren (nos dijera, si supiera hablar, si supiera entender) qué quieren? si es mi madre, en cuyas entrañas recibí la vida, ¿cómo me

habia de dar por los pechos el veneno? Si me ha dado el ser en el vientre, ¿cómo en sus pechos me habia de dar la muerte? Así, pues, Católicos, nos dice mi Padre San Pedro, como infantes tiernos en la inocencia, sin mas averiguar hemos de recibir de los pechos de nuestra mejor Madre la Iglesia, la mas pura leche de su Doctrina: *Quasi modo geniti infantes rationabile sine dolo lac concupiscite.* Lo mismo que la madre come, eso mismo come la criatura, dice San Agustin; mas como la criatura tierna no puede mascar el manjar, la madre lo masca, lo digiere y lo suaviza para dárselo á la criatura en proporcionado alimento. Así, pues, como la madre, la Iglesia junta todas las verdades que esparcidas reveló Dios en todas sus Divinas Escrituras; las Tradiciones que recibidas de la misma fuente, de Aquel que es la Verdad y la Vida, nos enseñaron los Apostóles; las Definiciones y Cánones que en diez y ocho Generales Concilios han establecido juntos los mas santos, mas doctos y mas insignes hombres que ha tenido el mundo. Y de todo este sustento de verdades, Dios, por la boca de su visible Cabeza, que es el Supremo Pontífice Romano, nos derrama á todos nosotros la dulce leche de la Fé, todo el sustento de la mejor vida. Así que, con infinita seguridad y certeza, creemos que son verdades de Dios todas las que cree nuestra Fé, porque nos las propone la Iglesia; y no como si á tí y á mí en particular nos las dijera y nos las revelara Dios, porque en esta revelacion particular podíamos ydebíamos temer el peligro de que nos engañara el demonio trasfigurado en Angel de luz, como tantas veces lo ha hecho con algunas almas noveleras y amigas de revelaciones. Mas en lo que la Iglesia nos propone, es imposible que haya ni el mas leve

engaño; porque asistida siempre del Espíritu Santo, no podrá faltar su Fé, que es promesa de Jesucristo: *Ego rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua;* ni podrán jamás los errores de la heregía, que son las puertas del infierno, prevalecer contra sus verdades. Y como hasta aquí por mil seiscientos noventa años, á pesar de tantas heregías, á pesar de tantas persecuciones tan fieras, tan sangrientas, tan terribles, se ha conservado siempre pura; así durará siempre firme, siendo segura regla de las Verdades Católicas, hasta el fin de los siglos.

Prodigioso es á este propósito el suceso que refiere Vicencio Belvacense. (vicenc. Belv. *Spec. Hist. c. 17.*) En la terrible persecucion de Galerio, enemigo cruel del nombre Cristiano, Asclepiades, Ministro suyo y del demonio, adelantado por el oficio, y por la tiranía y crueldad mas adelantado, afligía a los Cristianos con terribles y estupendos tormentos. Entre éstos un Santo Mártir, llamado Romano, cuando entre los garfios, escorpiones y garuchas despedazadas sus carnes, entónces mas firme en el espíritu, mas constante en la Fé, tan lejos estaba de negarla por los tormentos, que ántes á todo esfuerzo procuraba reducir al miserable Juez al conocimiento y luz de sus verdades; y por eso olvidado de sus dolores y penas, vuelto á Asclepiades: Mira Juez, le dice, si á mí no me quieres dar crédito en la verdad de la Fé que te propongo, preguntale á aquel niño tan inocente, y de su boca (que todavía, como ni sabe hablar, no sabe mentir) oirás la misma verdad que yo te predico. Apuntábase, diciendo esto á un niño de pocos meses, que asido á los pechos de una madre Cristiana, estaba allí entre los demás del concurso. Apenas acabó de hablar el Santo Mártir, cuando el tierno infante,

que todo habia estado embebido en el pecho, déjalo al punto, vuelve la carita á mirar al cruel tirano, y en alta y clara voz, que oyeron todos, alza el grito y dice: *Jesucristo es el Dios verdadero.* Enmudeció suspensa la admiracion al concurso; pero el sacrilego tirano, aun mas colérico, vuelve con un semblante muy indignado á la criatura: *¿Pues quién te ha dicho á tí eso?* Y con mil gracias el infante tierno: *A mí, le respondió, á mí me lo ha dicho mi madre, y á mi madre se lo dijo Dios. Mihi mater, et matri Deus.* Alzó la multitud el aplauso, dejando corrido y avergonzado al Juez un tierno niño. ¡Qué linda respuesta, Fieles! no solo para confesar nuestra Fé, sin meternos en curiosas disputas, sino para darle un tapaboca al demonio, cuando nos viene en esta materia con peligrosas tentaciones y dudas.—¿Quién te ha dicho que te espera despues de esta vida un infierno eterno, si mueres en pecado mortal? ¿Quién te ha dicho que hay Gloria eterna para premiar las buenas obras? ¿Quién te ha dicho que está en los Sacramentos todo el remedio de tus pecados?—¿Quién me lo ha dicho? *Me lo ha dicho mi madre, que es la Iglesia, y á mi madre se lo ha dicho Dios.*—¡Oh, Madre amorosísima, Iglesia Santa, mil veces dichosos nosotros que en tu gremio santísimo nacidos; que alimentados á la leche purísima de tu doctrina nacimos! ¡Oh! y en tu gremio piadosísimo despidamos el último suspiro, logrando tus verdades, siguiendo tus consejos y ejecutando tus avisos para que si ahora con tus armas en esta vida militamos, despues en el Cielo triunfemos con palmas inmarcesibles de Gloria.



PLATICA XVI.

DE LA INFALIBLE CERTIDUMBRE DE NUESTRA FÉ, Y EXTERIORES
ARGUMENTOS QUE LA CONFIRMAN.

*A 31 de Julio, día de nuestro Padre San Ignacio,
año de 1696.*

Coronamos hoy la explicacion de la Fé, no solo porque acabamos de explicarla, que eso se llama coronar una obra en nuestra lengua; sino porque la acabamos en el día de aquel que á la Fé le ganó tantos triunfos, que le puso tantas inmarcesibles coronas á la Católica Religion. Y si es bien corta la paga corresponder solo con una memoria agradecida á beneficios inponderables, no digo ahora cuánto á mi glorioso Padre San Ignacio debe de beneficios la Iglesia toda, porque ni es hoy de mi profesion celebrarlos en panegirico, ni de mi lengua será nunca alcanzar la ponderacion de tan innumerables deudas: solo digo, que á San Ignacio debe la Iglesia Santa, debe el mundo, y las almas deben el Catecismo y explicacion de la Doctrina Cristiana; y con tanto cuidado de Ignacio, que al cuidado de este santo ministerio quiso que nos obligáramos los de su compañía con un especial voto.

Tal provecho de las almas reconoció por origen la explicacion de la Doctrina Cristiana, que olvidada ya por muchos siglos, mostraba bien lo perdido de las costumbres, cuántos eran los lastimosos daños de su ignorancia, cómo despues han experimentado en indecibles logros las almas, y cuántos son los provechos de esta Doctrina. Y si á San Ignacio debemos el Catecismo, razon será que tanta deuda se la paguemos hoy, siquiera con una agradecida memoria.

A Demetrio, porque con los aciertos de su gobierno les adelantó su República, no hallaron otra recompensa con que pagarle los atenienses, sino con erigirle otras tantas estatuas de bronce en Atenas, como tiene el año dias. Con trescientas sesenta y cinco estatuas, llenándole al año sus números, aun no les pareció que cumplieran á la debida recompensa: no se contentaron con que en una estatua sola lo hallase siempre el tiempo permanente en la duracion; quisieron que cada día en nueva estatua lo fuese hallando nuevo en la memoria; y por eso, para eternizarlo, á pesar de los tiempos, le fueron levantando estatuas á par de los dias. ¡Oh, Ignacio, Santísimo Padre mio! ¡Cuántas estatuas gloriosas te pudiera erigir la Fé, por lo que tan gloriosamente la defendió tu constancia, por lo que la ha extendido por todo el orbe tu celo, y por lo que tu fervor le ha adquirido de almas innumerables? ¡Cuántos padrones eternos pudiera levantarte la Iglesia por lo que promoviste de sagrado esplendor á su culto, de aseado aliño á sus altares, de uncion provechosa á sus Sermones, y de saludable frecuencia á sus Sacramentos? ¡Cuántos trofeos gloriosos te pudiera fijar toda la Cristiana República en sus edades toda, que á toda sirves

en todos sus estados, que á todos aprovechas en todas sus mejoradas costumbres, que todas las abrazó tu caridad, tu fervor y tu celo? Pocos eran, y muy pocos, los dias del año para contar tus padrones gloriosos: habrialos de numerar el agradecimiento, acá, por el número de los instantes que corresponden á tus Apostólicos ministerios; pero basta, que allá en el Cielo se cuentan por las eternidades que llenan tus glorias de triunfos. Y si mas no alcanza nuestro agradecimiento, ministre hoy la materia á tus glorias el Catecismo, y serás hoy el ejemplar de la Doctrina, de que tantas veces fuiste entre los niños el Maestro.

Ya, pues, lo mas realizado, lo mas supremo de la Fé, no está solo en que sin ver creamos, fáltanos todavía otro grado mas que subir, para que sea del todo cabal y perfecta nuestra Fé.—¿Otro grado mas? ¿Pues que mas hay que hacer que cerrar los ojos y sujetar nuestro entendimiento á creer todo aquello que Dios nos dice?—Yo lo diré: lo que hay mas es, que no solo hemos de cerrar los ojos para no querer ver con ellos los secretos y escondidos Misterios de nuestra Fé, si no que no viéndolos, los hemos de creer mas firmes, mas ciertos y mas seguros que si los viésemos. Eso nos enseña la pregunta que se sigue en el Catecismo: *¿Veis vos que sea Dios Trino y Uno, ó cómo es Jesucristo Dios y Hombre?* R. *No; mas creolo más que si lo viese.*—¿Más que si lo viese? ¿Cómo puede ser, Padre? pues no tenemos otro modo con que explicar una verdad, en que no tenemos ninguna duda, sino con decir: *Yo lo vi, yo lo vi;* esa es toda la seguridad, y esa toda la certidumbre con que creemos una verdad. *Doy fé,* dice el Escribano, cuando dá un testimonio de lo que vió, y esa es to-

da la fé humana. *Lo sé con evidencia;* esa es toda la ponderacion de la certidumbre.—Pues digo que toda esa seguridad, esa certidumbre y esa evidencia toda, es muy poca, muy falible y muy poco segura, respecto de la Fé Divina y sobrenatural que profesamos. Y así, hemos de creer sus soberanos Misterios y verdades, mas que si las viésemos.

Ahora, Fieles, quizá no fueran tantos nuestros engaños, si á todas veces no creyéramos á nuestros ojos. Estos nos informan muchas veces la verdad, no lo niego; pero ¿cuántas nos introducen el engaño? ¿Cuántas equivocados, ó con la distancia ó con la luz, ó con la apariencia, le fingen al alma colores? ¿Y cuántas tambien viciados, ó con la passion, ó con el afecto, tiñen de su color las cosas, y dejan en el que es tan mal mirado la culpa, y en el mal visto la deshonor? ¿No veis, no veis en el cuello de aquella paloma, qué colores tan varios, qué tornasoles tan vivos, ya azul, ya morado, ya oro? ¿Lo veis, lo veis? Pues todo eso es engaño: llegad mas de cerca y vereis que no hay color alguno de todos esos que se os representan tan varios. Así se engañan los ojos, y con ellos ¡qué de veces la intencion! Aquella, que porque la veis galana os parece que busca la ofensa, advertid, advertid que puede ser que sea una paloma. Mira aquella vara metida en el agua; qué torcida está, toda ella está doblada. Pues no son sino vuestros ojos los torcidos, que os engañan.—¿Cómo puede ser, si la estoy viendo? Torcida está, no hay duda.—¿Así? Pues sacadla: ¿veis cómo está derecha?—Sí que la estoy mirando.—Pues quedad tambien para la intencion advertido, que aquella vara que tantas veces por metida en las aguas os parece que no está muy recta, quizá no es sino vuestra intencion

la torcida. El Sol, el Sol, á quien deben los ojos la mitad de su vista, levantadlos á él: ¿cómo lo mirais? ¿cómo?—Allí se está parado sin moverse de un lugar.—¿Sin moverse? ¡Ah ojos ingratos! Pues mientras lo habeis estado mirando, ha corrido ese Sol millares de leguas. Así, aun con las mismas luces se engañan los ojos: mirad si con eso no se engañará la intencion, cuando juzgais parado y ocioso al que, quizá cumpliendo con sus obligaciones, no cesa en sus fatigas. Y ya, si con los mismos ojos estamos viendo cómo se engañan nuestros ojos, poco es cerrarlos del todo á nuestra Fé, para creer sus verdades; pues que éstas las hemos de creer mas que si las viesémos, porque si viéndolas podian nuestros ojos padecer algun engaño, creyéndolas por la Fé es imposible que el mas leve engaño tenga su certidumbre.

En la Capilla Real del Palacio de San Luis, Rey de Francia, para confundir á los Hereges de aquellos tiempos, apareció Nuestro Señor Jesucristo en una Hostia consagrada, patente á los ojos del cuerpo, en forma de un bellissimo Niño. Estuvo allí largo tiempo dejendose ver de cuantos querian. Corriendo acuden á San Luis, diciéndole: «Señor, Señor, venga V. Magestad á ver un gran prodigio; que en la Hostia está patente nuestro Dios en forma de un Niño hermosísimo.» ¿Y qué pensais que respondió el Santo á esta nueva? «Vaya á mirar á Cristo en esa Hostia, quien dude si está allí, que yo para mí estoy mucho mas cierto porque me lo dice la Iglesia, que lo estaré si lo viera con mis ojos.» ¡Oh, heroica Fé de un Santo Rey! Mas todavía, sin que el amor de hijo me engañe, pienso que fué mas sublime la de mi Padre San Ignacio. Repetidas veces decia,

que aunque no hubiera quedado en el mundo ni una letra sola de todas las Divinas Escrituras, aunque faltaran en lo escrito todas las verdades que Dios reveló en todas las Divinas Letras, él estaria pronto y firme, no solo en creer todas las verdades de nuestra Fé, sino que siempre que se ofreciese, daria por ellas la vida, solo por lo que Dios le habia manifestado en aquellas sus frecuentes revelaciones en Manresa. Tienen un sentido tan profundo estas palabras, que apenas puede el entendimiento alcanzar su fondo. Allí San Luis creyó mas á la Fé que á sus ojos: acto heroico; pero debido, porque los ojos pueden engañarse. Aquí Ignacio cree las verdades de la Fé, aun sin las Divinas Escrituras: acto el mas sublime, porque son las Divinas Escrituras la regla infalible de nuestra Fé. (Suar. de Fide. D. 5. s. 3. n. 6.) Pues tener una Fé que aun durará constante hasta la misma muerte, sin una regla tan infalible, es lo supremo á que puede llegar la Fé. Pues esa fué la Fé de S. Ignacio. S. Pablo le dice á su discípulo Timoteo: Ya desde niño sabes las Divinas Escrituras, y que éstas son las que te han de enseñar é instruir en las verdades de la Fé. *Ab infantia sacras litteras noti, que te possunt instruere ad salutem per Fidem.* (1. ad Tim. c. 3.) Mi Padre S. Pedro nos dice que toda la firmeza incontrastable de nuestra Fé, está en las Divinas Escrituras: (Petr. 19.) *Habemus firmiorem Prophelium sermonem.* Y sobre todo, Nuestro Señor Jesucristo, para persuadir á los Fariseos tercios á que creyeran sus eternas verdades, les dice por San Juan: Revolved las Escrituras, que ellas son las que dán el irrefragable testimonio de mi Divinidad. *Scrutamini Scripturas: illa enim testimonium perhibent di me.* (Joan. 5.) Ya, pues,

siendo las Divinas Escrituras las que nos enseñan las verdades de la Fé, las que le dán su eterna firmeza y certidumbre, las que dán testimonio de sus Misterios mas irrefragables, ¿cuál sería aquella Fé, que aunque le faltase esa seguridad de las Escrituras, esa certidumbre de todos sus divinos testimonios, ella se estaria todavía tan firme y tan constante en creer todas las virtudes de Dios que confiesa la Iglesia, y que por ellas daría la vida? No hay mas á que suba lo heróico de la Fé. Pues esa era la Fé de S. Ignacio. ¿Qué mucho, si lo puso Dios en su Iglesia para que hiciese frente por la verdadera Fé contra las mas sacrílegas furias de la heregía que vomitó el infierno en Lutero, Calvino, Melancton y otros perversos Heresiarcas? Bien habia menester Ignacio una Fé tan firme, tan realzada, tan heróica, para resistir valiente á tanto Herege, en Alemania, Flandes, Inglaterra y Francia: para dilatar la Religion Católica, por medio de sus Hijos, por todas las cuatro partes del mundo: para llenar la Iglesia y el Cielo de tantas almas que á la heróica Fé de Ignacio le deben el Bautismo.

Mas volvamos á la explicacion: De modo que sin ver hemos de creer las verdades de la Fé más que si las viésemos. ¿Pues por qué? pregunta el Catecismo: *¿Por qué lo creéis con esa certeza?* R. *Porque lo dice Dios y la Iglesia lo propone.* Así que, creemos con tan fija certeza, porque á quien creemos es no ménos que á Dios. Esa es la razon infinita que hace infalible nuestra Fé por todas partes, porque toda estriva en la verdad de Dios, pues que es Dios quien lo dice.—Ya estoy en eso, me dirá alguno, pero yo sé muy bien que tiene nuestra Fé muy claros, muy eficaces y muy fuertes argumentos fuera de ese: ¿luego no es esta sola la ra-

zon de nuestra Fé, sino tantas cuantas ella tiene argumentos claros de su verdad, que son innumerables?—Buena réplica por cierto; mas para responderla es menester que sepais que siempre que hacemos algun afecto de Fé, en él ván embebidos y juntos dos distintos actos: el uno es acto del entendimiento; eso es creer: el otro es acto de la voluntad; eso es querer creer, que es lo que llaman los Teólogos la pia afeccion de la voluntad: de modo que si ésta faltara, el entendimiento no creyera.

Ahora, pues: en cuanto al acto de creer, que es del entendimiento, su motivo único, su razon porque cree, no es ni debe ser otra, sino la verdad de Dios, que por ningun modo puede faltar. Mas en cuanto al acto de querer creer, los motivos que lo excitan, las razones que lo mueven, son todos esos innumerables argumentos y testimonios claros de la Fé. Estos son: lo primero, la santidad y la pureza de la Católica Religion que vemos que nos conduce á la amable hermosura de las virtudes, y que destierra y abomina toda la fealdad de los vicios. Lo segundo, la duracion permanente de nuestra Fé por tantos siglos, que no solo no han podido apagar sus luces tantos torbellinos de persecuciones de los hombres mas poderosos de la tierra; tantas heregias y tantos cismas, sino que antes bien, avivándose siempre su llama, ha durado tanto mas pura, cuanto mas combatida. Lo tercero, ver y considerar el modo con que se propagó esta nuestra Fé por todo el Universo, por la boca de unos hombres pobres, abatidos, sin letras, sin elocuencia, sin poder, sin armas; y que bastó en ellos la virtud y la verdad de Dios para sujetar, no una ciudad ó un Reino, sino todo un mundo. Lo cuarto, ver esta Doctrina Católica junta y hermanada con la pie-

dad de costumbres, con la santidad de vida de tantos y tan insignes varones, como en tantos Concilios, así Generales como Provinciales, averiguando á todo estudio las verdades de nuestra Fé, las han hallado siempre mas puras que los rayos del Sol, y las han confirmado mas firmes que los Cielos. Lo quinto, las Profecías y figuras de todas las divinas Escrituras, que las vemos puntualmente cumplidas, así en el Autor de nuestra Fé, como en los Misterios soberanos que nos enseñó. Lo sexto, los innumerables, estupendos y prodigiosos milagros con que por tantos siglos ha ido Dios confirmando, y cada día confirma, las verdades de nuestra Fé y el poder que en los Católicos se ha visto y se vé tantas veces sobre los elementos, sobre las enfermedades, sobre la muerte y sobre los demonios. Lo sétimo, la sangre de tantos millones de Mártires, que tan gustosos la han derramado con la vida entre tantos tormentos, por confesar y defender las verdades de nuestra Fé. Y dejando otros estupendos testimonios que ella tiene, podemos con mucha razón exclamar con David: (*Ps. 42.*) *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.* ¡Oh, Señor y Dios nuestro! que con una amable violencia, con una dulce fuerza nos llevas á creer tus verdades, la claridad, la abundancia excesiva con que nos la confirman tantos testimonios y tantos argumentos. Estos, pues, son los que mueven la voluntad á querer creer, y á que ella sujete luego el entendimiento á la verdad de Dios: *Captivans intellectum in obsequium Fidei.*

Mas todavía para llegar á todo el lleno de la Fé, queda otro escalon, y el mas esencial, que subir. Distinguen los Teólogos, con San Agustin y Santo Tomás, tres actos en la Fé, que han de concurrir

juntos para que la Fé sea Fé perfecta y meritoria de vida eterna. Hay, pues, en la Fé estos tres actos: creer á Dios, creer que hay Dios y creer en Dios: *Credere Deo, credere Deum, credere in Deum*, dice Santo Tomás. (*D. Th. 2, 2. q. art. 1.*) Y San Agustin: *Aliud est credere illi, aliud credere illum, aliud credere in illum.* (*S. Aug. t. 10. s. 181. de Temp.*) Creer á Dios, es creer lo que Dios nos dice; y creerlo porque Dios lo dice, esa es la razon de nuestra Fé. Creer que hay Dios, ese es el blanco de nuestra Fé, eso es lo que creemos y lo que llaman material; y si de aquí no pasamos, nada hemos echo, porque hasta allí los demonios hacen lo mismo. Los demonios creen que hay Dios, dice Santiago: *Et daemones credunt.* Los demonios creen á Dios, dice San Agustin: (*tract. 26. in Joan.*) *Et daemones credebant ei, et non credebant in eum.* Pues cristiano, cristiano, ¿en qué te distingues del demonio?—En que yo creo en Dios, me dirás, y dices muy bien, si es que dices verdad. ¿Qué es creer en Dios? Ya lo explica San Agustin: (*D. Aug. tit. 29.*) *Quid est ergo credere in eum? Credendo amare, credendo diligere, credendo in eum ire.* ¿Saben qué es creer en Dios? Creerlo con un amor tan fino, con una caridad tan verdadera, que todas nuestras obras, pensamientos y palabras todas, sean encaminadas y enderezadas á Dios. Creer en Dios, dice Santo Tomás, es no solo creer con el entendimiento sus verdades, sino con la voluntad abrazarlas, seguir las con las obras, buscando á Dios como el único fin, donde solo pueden tener descanso las criaturas. Pues si esto es creer en Dios, dime ahora, ¿crees en Dios? Allá tu conciencia te lo responda.

¡Oh, Iguaio! No fueras tú tan de fuego, si ve

volara tan incesante hácia á Dios de tu ardiente Fé la abrasadora llama. Este santo solia afirmar, que si sintiera en su alma el menor impulso que no fuera encaminado á Dios, ó por Dios, se caería muerto derrepente. (Euseb. *in vit.*) Por eso no daba paso, no emprendía cosa, no respiraba, sino buscando en todo la mayor gloria de Dios. A este centro hermoso de sus ansias, á este fin inmenso de sus deseos, quisiera llevar tras sí á todo el mundo. *¡Oh mi Dios!* le solian oír decir en altas voces cuando estaba cuatro ó cinco codos elevado en éxtasis sobre la tierra: *¡Oh Dios, y si todos los hombres te conocieran!* Esas eran sus continuas ansias, dilatar con la Fé el conocimiento de Dios hasta los mas remotos y bárbaros gentiles. Pero he aquí, que siendo la Fé de San Ignacio tan prodigiosa y tan sublime, habiéndolo Dios escogido para defensor de su Fé contra los hereges; ¿por qué permitia su Magestad que en materia de su Fé padeciese tantas y tan terribles calumnias? Ya lo tienen por iluso, ya lo delatan por herege, ya le acusan por alumbrado. En Alcalá lo encarcelan, en Salamanca lo cargan de cadenas, en Roma lo traen por los Tribunales. ¿Por qué permitia Dios tanto padecer la Fé de Ignacio? Yo habia pensado siempre que esto fué para fabricar un gran Santo; pero ahora añado que era la Fé de Ignacio tan rara, tan sublime, tan prodigiosa, que no bastaban los hombres á explicarla; y así, por medio de esas persecuciones, tomó á su cargo pregonarle el Cielo.

Dánle en Alcalá por libre de las calumnias que le habian levantado de que era herege: échanlo de la cárcel, mandándole que se vistiese el ordinario trage de estudiante; y como él era tan del todo pobre, hubo menester salir á pedirlo de limosna con

un buen sacerdote que lo llevaba: llegó con su demanda á un caballero, que entre otros se divertia jugando á la pelota, y respondiendo á la humilde petición de Ignacio con mucho ceño, le afeó mucho á aquel sacerdote que á tales hombres amparase; y añadió: *Quemado muera yo si este no merece ser quemado*, aludiendo á que era herege.—Pues mire Vmd. no le suceda.—Aquel mismo dia llegó á Alcalá la nueva del nacimiento del Príncipe de España D. Felipe, que fué de este nombre el segundo. Y aquel caballero, para concurrir con todos al universal regocijo, habia hecho traer á su casa un barril de pólvora: andaba cerca de él disponiendo la fiesta, cuando saltando una chispa, voló la pólvora á aquel desventurado, envuelto entre sus llamas.—¿Qué es esto?—¿Qué ha de ser? declarar el Cielo la Fé de Ignacio; publicar el Cielo cuán lejos está de ser quemado como Hereje el que con las ardientes luces de su Fé ha de alumbrar al Orbe, ha de encender para Dios todo un mundo; ha de ilustrar de los mas bellos resplandores á la Iglesia; y ha de conducir al Cielo, con las luces de la Doctrina Cristiana, innumerables almas.

¡Oh, así sea, Santísimo Padre mio! Y pues con la Doctrina Cristiana dejasteis en la Iglesia una semilla divina para tanto bien de las almas, y para tanta reformation de costumbres; ¡oh, y poned en mi espíritu fervores con que yo parezca hijo vuestro, aunque indigno! Encended en mi corazon una centella siquiera de aquel celo con que vos excitabais este Santo Ministerio, para que logren las almas sus frutos, para que en las mejoradas costumbres se gocen sus provechos, y para que siendo todo á mayor gloria de Dios, que es todo

vuestro timbre, sea también para que las almas, aumentando los méritos, vayan acaudalando mayor gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

PLATICA XVII.

DE LA SEGUNDA VIRTUD TEOLÓGAL, QUE ES LA ESPERANZA,
Y DE LOS BIENES QUE DEBEMOS ESPERAR.

A 10 de Agosto de 1696.

Si á mí me preguntaran, ¿cuál es aquello de que está el mundo lleno? Respondería yo que de esperanzas. Y si volvieran á preguntarme, ¿de qué está el mundo mas vacío? Volvería á responder que de esperanzas.—De modo que siendo las esperanzas las que tienen todo el mundo lleno, esas mismas son las que tienen vacío todo el mundo. ¿Cómo será esto?—Ea, que si lo están viendo, ¿para qué me lo preguntan? Nadie vive sin esperanzas, y nadie hay que de sus esperanzas no se queje. Empiezan las esperanzas en el mas niño, y en el mas viejo aún no se acaban las esperanzas: el niño, todo, todo lo espera con la vida; y el viejo, cuando no le queda ya mas que esperar, aún espera vivir: el pobre espera que se mejore su fortuna, y el rico que se aumente su hacienda. Espera el estudioso la honra; el soldado el premio; el mercader la ganancia; el labrador la cosecha; el oficial la obra; el pretendiente el puesto. Todos en fin, todos esperan: el

vuestro timbre, sea también para que las almas, aumentando los méritos, vayan acaudalando mayor gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

PLÁTICA XVII.

DE LA SEGUNDA VIRTUD TEOLÓGAL, QUE ES LA ESPERANZA,
Y DE LOS BIENES QUE DEBEMOS ESPERAR.

A 10 de Agosto de 1696.

Si á mí me preguntaran, ¿cuál es aquello de que está el mundo lleno? Respondería yo que de esperanzas. Y si volvieran á preguntarme, ¿de qué está el mundo mas vacío? Volvería á responder que de esperanzas.—De modo que siendo las esperanzas las que tienen todo el mundo lleno, esas mismas son las que tienen vacío todo el mundo. ¿Cómo será esto?—Ea, que si lo están viendo, ¿para qué me lo preguntan? Nadie vive sin esperanzas, y nadie hay que de sus esperanzas no se queje. Empezan las esperanzas en el mas niño, y en el mas viejo aún no se acaban las esperanzas: el niño, todo, todo lo espera con la vida; y el viejo, cuando no le queda ya mas que esperar, aún espera vivir: el pobre espera que se mejore su fortuna, y el rico que se aumente su hacienda. Espera el estudioso la honra; el soldado el premio; el mercader la ganancia; el labrador la cosecha; el oficial la obra; el pretendiente el puesto. Todos en fin, todos esperan: el

que goza, espera los aumentos de su dicha; y el que padece, espera que se mejore su desgracia. El que nada tiene, empieza sus diligencias y sus obras todas, fundado solo en una desnuda esperanza; y el que todo lo ha perdido, cuando ya nada le queda, por último le queda la esperanza. ¡Válgate Dios, y qué lleno de esperanzas está el mundo, que lo mismo parece respirar con la vida que aspirar con la esperanza! Pero á ese mismo paso, ¡qué vacío lo tienen esas mismas esperanzas! Díganlo vuestros desengaños, vuestros lamentos, vuestras quejas y vuestras lágrimas: vuestras mismas esperanzas lo digan tantas veces desvanecidas antes de conseguirlas, y tantas veces vanas despues de conseguirlas. Ellas en fin, si bien lo piensan, son la universal causa de nuestras inquietudes, de nuestras congojas, de nuestras pesadumbres y de todas nuestras desdichas; ó ya cuando con falsa apariencia nos engañan, ¡qué ceguedades! ¡qué deslumbres! ¡qué nublado de la razon! ¡y qué tinieblas del entendimiento! ó ya cuando con su dilación nos afligen, ¡qué desasosiegos, qué ansias, qué sobresaltos y qué vuelcos! ó ya cuando entre las manos se nos desvanecen, ¡qué sentimiento, qué pesar, qué furor y qué rabia! ó ya cuando, aun conseguidas nos atormentan, ¡qué desengaños, qué cargas, qué fatigas y qué desprecios! ¡Ah mundo! Quizá no fueran tantos los afligidos por hallarse burlados y vacíos, si no hubieran estado tan llenos de esperanzas. ¡Pues qué dirémos de esto? ¡Qué hemos de decir! Que malogrando la esperanza en que está todo nuestro gozo, nosotros mismos la convertimos en nuestro mas prolijo tormento. No está el daño en esperar, sino en que no sabemos esperar.

Pues eso nos enseña ya el Catecismo, que mu-

dando en infinitamente mayor bien nuestra esperanza, allí ésta nos sirva del mas cumplido gozo, *spe gaudentes*. Si acá las esperanzas del mundo nos sirven de tantos tormentos: *Expectatio justorum lætitia, spes autem impiorum peribit.* (*Prov. 10. v. 28.*) dice el Espíritu Santo. Definen, pues, con Santo Tomás, (*1. 2. q. 40 art. 1.*) los Teólogos á la Esperanza en comun, diciendo: es esperar algun bien futuro, arduo, posible de conseguir. En esperar el bien, se distingue la Esperanza del temor, porque éste espera el mal. En que ese bien sea futuro, venidero, se distingue la Esperanza del gozo, porque éste mira al bien ya presente; en que sea ese bien arduo, se distingue la Esperanza del deseo, sin mirar si es fácil ó difícil lo que apetece. Mas la Esperanza mira aquel bien que no está en su mano conseguir, sino que lo ha de alcanzar por mano ó voluntad agena, y por eso se llama ese bien, arduo. Y en fin, ha de ser bien posible, porque si lo mirara como imposible, no fuera ya esperanza, sino su contrario, que es desesperacion.

Hay, pues, en la Esperanza tres cosas que mirar. La primera, el bien que se espera. La segunda, de quién, y por cuya mano se espera. La tercera, cómo y con qué medios se espera. Hé aquí, pues, las tres Doctrinas que se nos siguen. Vimos ya la primera virtud teologal, que es la Fé. A ésta se sigue la Esperanza, porque si la Esperanza ha de mirar al bien que se espera como posible, eso le muestra primero la Fé, dice Santo Tomás. (*22. q. 17. art. 7.*) Vemos por la Fé cuáles son los bienes eternos, cuán seguras las promesas Divinas, cuán apercebidos están á nuestro favor sus auxilios, y cuán pronta á nuestro socorro toda su infinita misericordia: pues creyendo ya todo esto, ¿qué se

sigue? Esperarlo, dice San Pablo: (*Ad Heb. 11.*) *Accedentem ad Deum oportet credere, quia est, et inquirentibus se remuneratur sit.* Por eso, pues, despues de la Fé, nos infunde Dios esta virtud sobrenatural, este hábito infuso, este dón inestimable, que recibiendo en nuestra voluntad, la eleva y la sublima, para que despreciando lo caduco y vil de la tierra, espere.—¿Qué es lo que ha de esperar?—Ya nos lo dice el Catecismo: *¿Qué cosa es Esperanza?* R. *Esperar la Bienaventuranza y los bienes de ella.*

De modo, que lo que esperamos por esta virtud Divina, por esta esperanza sobrenatural, es ver á Dios para siempre: es amar y gozar de Dios eternamente: es llegar á poseer una gloria inmensa: es alcanzar todo un abismo de gozos, de placeres y delicias: es venir á gozar en uno todos, todos los bienes. Y esto sin susto de perderlos; sin temor ya de que se acaben; sin miedo de que nos los quiten. Sí, que esa es la Bienaventuranza. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Pues á qué malogramos nuestras esperanzas? Católicos: *Convertimini ad munitionem vincti Spei*, os gritó el Profeta Zacarías (*c. 9. v. 12.*) Los que andais arrastrando cadenas tan pesadas de esperanzas del mundo, los que tan apasionados gemís entre viles esperanzas de la tierra, acogeos al seguro de la verdadera esperanza, y vivireis tan gustosos como libres: *Convertimini ad munitionem vincti Spei*. Es el bien que esperamos en el Cielo infinitamente seguro. ¿Pues cómo ocupamos nuestras esperanzas en unos bienes tan vanos, que entre las manos se nos desaparecen? (*Apud Cor. in Ep. Jac. c. 4. v. 13.*)

Llevaba un rústico á vender á la Ciudad un jarro de leche, y cargándolo en la cabeza iba cargan-

do mas la cabeza con estas esperanzas: «Vendere esta leche, decia, por tantos reales: con eso compraré una gallina: ésta ha de poner tantos huevos, que con ellos vendidos, he de comprar un lechon: éste lo cebaré; y vendido, con ese dinero le he de comprar á mi hijo un caballito; ¡y qué bizarro andará él, ya me parece que lo veo! ¡cómo se paseará entónces!» Y pensando esto, fué tal su regocijo, que empezó él á saltar como si anduviera á caballo; y á sus saltos, caésele el jarro y derrámase toda la leche por el suelo, y con ella derrámanse perdidas sus esperanzas. ¿Y ahora? ¿Qué es de la gallina, los huevos, el lechon y el caballito que ya mirabas? ¡Ah, esperanzas burladas! Aplicad, aplicad, que á la letra cada dia os está sucediendo lo mismo. Discursos, pensamientos, máquinas: por aquí subirá el caudal, por allí se aumentará la ganancia, por allá será mayor el logro: con aquel favor, con estas diligencias se alcanzará sin duda aquel puesto, ó aquel oficio. ¡Ah, esperanzas fallidas, vanas, engañosas! ¿Y dónde está Dios? ¿Y dónde está la gloria, cuando en esos bienes engañosos teneis toda la mira? ¿Y qué os sucede? Lo que allí al rústico y lo que acá al perro: llega éste á la orilla del rio con un buen bocado entre los dientes, velo mayor en la sombra que lo representa dentro del agua; y como lo vé mayor, suelta el que tiene por el que mira, se lo lleva la corriente y pierde el que posee por el que esperaba, quedándose burlado. *Aspexistis ad amplius, et factum est minus.* (*Amós 2.*) Pues cuánto mejor, de aquel bien que es eternamente seguro, podeis decir con San Pablo: *Certus sum quia potens est de positum meum servare in illum diem justus judex.* En Dios tengo toda mi riqueza puesta en depósi-

to, y estoy seguro, y estoy cierto que la he de hallar guardada á su tiempo.

Es aquel bien que esperamos en el Cielo, inmenso; ¿pues cómo en unos bienes tan viles, tan despreciables y tan caducos, ponemos nuestras esperanzas? ¿Qué es ver una araña sacar de sus mismas entrañas los hilos, con que tan afanosa, tan solícita, tan inquieta no cesa en fabricar su tela? Animalejo inquieto, ¿qué esperas con todo ese artificio? ¿Qué esperas con tantas prevenciones? ¿Saben lo que espera? Una mosca. ¿Y para una mosca tantas fatigas, tanto trabajar, tanto desentrañarse, y tanto esperar para una mosca? ¡Ah católicos! que no son otras vuestras esperanzas. Si las teneis puestas en la tierra, aunque esperéis montones de oro, tesoros de riqueza, coronas, cetros imperios, tan viles son como una mosca: *Et telas araneae texerunt.* (Isai. c.) ¡Oh! cuánto mejor, puestos los ojos en el cielo, gritaba mi Padre San Ignacio: ¡Qué vil, qué despreciable me parece toda la tierra, cuando miro al cielo! (Apud Drexeli, t. 2. *Kos. selectae p. 2. cap. 8. § 2.*)

Es aquel bien que allí esperamos, de un infinito gozo, ¿pues cómo tantas veces lo olvidamos por esperar lo que despues nos sirve de infamia, de pena y de tormento?

Amilcar, General de los Cartagineses, teniendo cercada á Zaragoza de Sicilia, soñó una vez que la siguiente noche habia de cenar dentro de la Ciudad. Alentada con este sueño su esperanza, previene el ejército para dar el asalto; pero saliendo briosos los de la Ciudad, envisten antes, haciendo tal destrozo, que llegando á apresar al mismo Amilcar, lo llevaron preso á la Ciudad, y de este modo logró sus esperanzas: cenó en Zaragoza;

pero cautivo, preso, aherrojado, el que en sus esperanzas se soñaba victorioso. ¿A cuántos en conseguir lo mismo que esperaban estuvo su tormento, su infamia y su deshonra? Esos son los bienes del mundo: congoja al esperarlos, trabajo y fatiga al buscarlos, y tormento al poseerlos. ¡Oh! cuánto mejor decia con sus experiencias S. Francisco: *Es tanta la gloria que espero, que todas las penas de esta vida me sirven de deleite.* Y á la verdad, oyentes míos, si las esperanzas, aun de estos bienes engañosos que nos burlan, bastan para hacernos sufrir tantas penalidades, desvelos, sustos y fatigas; la esperanza de un bien inmenso, de un gozo infinito y de una eterna gloria, ¿cómo no bastará para hacernos suaves los trabajos, las penas, los dolores? ¿cómo no se nos hará fácil de llevar la pobreza de pocos dias, por llegar á una riqueza infinita? ¿el obrar bien de una tan corta vida, por gozar de una vida eterna? ¿el dár una limosna á un pobre, por la ganancia de un lógro inmenso? ¿y el desprecio de todo lo temporal, por una posesión de bienes tan segura? Mas no solo esperamos la gloria, se extiende tambien nuestra esperanza á esperar los medios de conseguirla.—¿Y qué medios son estos?—Son todos aquellos que pueden conducirnos al Cielo, ahora sean sobrenaturales, ahora naturales, ahora del mundo, ahora del Cielo. Debemos, pues, esperar siempre de la liberalísima mano de Dios, que nos asistirá siempre con los auxilios de su gracia, sin los cuales jamás pudiéramos hacer ni una sola obra buena y meritoria de la vida eterna. Debemos esperar de su infinita misericordia, que nos ha de perdonar nuestras culpas. Y en fin, debemos esperar que todo, todo cuanto es necesario de parte de Dios para salvar-

nos, todo lo tenemos pronto, aperebido, fácil, y que si quedare perdida nuestra esperanza, por nosotros quedará, no por Dios: *Perditio tua ex te Israel, tantummodo in me auxilium tuum. (Osse.)*

—¿Luego podemos esperar de Dios la salud, la vida, la hacienda y los demas bienes temporales? (D. Thom. 2. 2. q. 17 art. 2. ad 3.)—Respondo, que si los esperamos en orden á servir con ellos á Dios, en orden á evitar en todo sus ofensas, á acaudalar con ellos mas méritos para el cielo, no solo podemos, sino que así debemos esperarlos, y ese será acto virtuoso de esperanza sobrenatural. —Pues, Padre, si la Esperanza es virtud Teológica, y se llama así porque toda su mira está en Dios, porque solo Dios es su objeto, ¿cómo ya la Esperanza mira tambien por objeto las cosas criadas, y aun las temporales y caducas?—¡Fuerte argumento! ¿No digo yo que están Teólogos? Pero respondo, que todas las cosas que no son Dios, las espera nuestra Esperanza en orden á llegar á ver á Dios, que ésta es su principal mira, este es su principal objeto. Espera todas esas cosas la Esperanza, mas no se pára en ellas, las mira solo como medios encaminados á conseguir su fin último, que es Dios; y así solo Dios, es su mira, porque todas las otras cosas no la divierten, sino que la llevan á gozar su fin último: *Ubi est unum propter aliud, ibi unum tantum*, dicen los Filósofos; cuando una cosa se ordena á otra, aquella no se mira como distinta. ¡Oh, Dios! Quien así espera, siempre logra; no puede quedar burlado quien así se asegura. Bien podrá algun tiempo afligir, ó la necesidad, ó el aprieto; mas no faltará al mejor tiempo el sosorro.

Cuenta Francioto, de quien lo refiere Rómulo

Marcheli, (Róm. March. *Quares. d. 4.*) que en la Ciudad de Nápoles, no mucho tiempo ha, hubo un caballero, que teniendo de su muger una sola hija, tuvo de la fortuna mucha hacienda; pero entregado al pernicioso vicio del juego, sucedióle lo que á todos estos desventurados, que arruinándole de un dia en otro, llegó á no tener ya nada que jugar y á cargarse de mas deudas cuanto mas iba olvidando sus obligaciones. Llegó la hora de la muerte, que como tan ejecutiva no les valen para ella, ni plazos, ni trampas, á los que de trampas viven. Murió éste sin testar, porque no había de qué, y le dejó á la triste muger y á la desdichada hija una copiosa herencia de miserias, que aumentándose cada dia, vino á dejarlas sin tener que comer en pocos meses. La hija, ya en edad de marido, y pareciéndose ángel en lo cabal de su hermosura, era ángel en lo puro de su inocencia. Desamparo y pobreza con mucha hermosura, ¿qué tengo ya que decir de los combates que la hacían las ofertas por lo pobre, los atrevimientos por lo solo, y los galanteos por lo hermoso? Pero su honestidad, firme siempre á cuantos la combatian, se determinó firme á dár primero á los filos del hierro la vida, que al precio del oro la pureza. Pero, ¡oh Dios! ¿y quién tal pensara? Su madre, la que mas debiera zelarla, era ya la que mas torpe cuanto mas eficazmente la combatia. Su madre era la que refinando en las llamas del infierno su lengua, con repetidas instancias la exhortaba á que entregada á la culpa por un vil sustento, hiciese de su cuerpo la mas infame finca de su deshonor. «Esperemos en Dios, le respondia la inocente doncella, que mas seguras son que los cielos sus palabras; y si por nuestras culpas no quisiere su Magestad acudirnos,

primero la muerte me librá de estas desdichas, que yo les busque el alivio por el medio de sus ofensas. Véndase lo que nos queda, con tal que quede la honra por alhaja, y por caudal principal el alma.» Acudió, pues, la madre á ir vendiendo cuanto en casa quedaba; mas no cesando el gasto con los días, llegó presto á consumirse de todas sus alhajas el precio. ¡Ah, padre vil, exclamo yo aquí: si cuando brujuleabas el naípe, brujuleáras esto. Renováronse de la madre, á la desdichada hija las lágrimas, los clamores y los asaltos. Que siendo tan fácil, le decia la madre, que vivamos con abundancia, ¡quíeras por tu capricho que así nos consumamos entre miserias? Acaba ya, que tu remedio y el mio está puesto en tu gusto. En mi tormento está puesto, respondia ella; y pues ya no nos ha quedado sino la cama, véndase ésta, que la dureza del desnudo suelo quiero mas bien me sirva de tormento en las horas de descanso, antes que á costa de la honestidad adormezcan la razon las delicias de Venus. Vendióse la cama, consumiose el precio y volvió la necesidad y la batalla; pero para vencerla, las mejores armas que aquella honesta doncella cogió, fueron quedarse del todo desnuda: entregole á la madre sus vestidos todos á que los vendiera, sin quedarse mas que con una sola camisa. ¡Cuántas están lejos de vender los vestidos, que por un solo vestido se venden á sí mismas! Pero bien presto, no cesando el gasto, se les acabó este socorro. Veamos ahora, le dice la madre, qué te queda que vender si no te vendes á tí misma. Ahora lo verás, le responde, y cogiendo unas tijeras escoge la bellissima cabellera, proporcionado adorno que puso la naturaleza á su hermosura: vala cortando toda. ¡Ah, Absalón! ¡Cuán-

do llegaron á tener tanto precio tus cabellos? Entregáselos á la madre, diciendo: toma y véndelos, que con ellos primero entregaré la cabeza que la honestidad. ¡Oh, doncella prodigiosa, ahora sin el adorno mas bella! sin el cabello quisiste parecer esclava, y te hiciste mejor reina de todas tus miserias; cortaste la melena al infausto cometa de tus desdichas, y con tus cabellos cortados asiste á la fortuna por la melena; y si un cabello solo de los justos no quiere Cristo que perezca, ¡cuántos serán los méritos que se han de contar por tus cabellos? Sale la madre á vender su cabellera, y á no muchos pasos que dió, encuéntrase con el Príncipe y la Princesa de Concha; arrebatáles los ojos y aun quizá el corazon aquel cabello. ¡Qué hermoso pelo, dicen! ¡qué hermoso! Trae muger, trae; y queriendo al punto comprarlo, solo le preguntan si es acaso de algun difunto. La madre entónces, soltando la respuesta á sus lágrimas: pluguiera á Dios, Señores, les responde, y fuera ya difunta su dueño para no ver tantas desdichas. Viva está la que es dueño de ese caballo, y la que ya no le quedan para vivir mas esperanzas que lo que me podeis dár por esta cabellera. Refirióles entónces toda la serie de sus desdichas, y concluyó diciendo: Venid conmigo, Señores, y vereis el dueño hermoso, que por no desnudarse de su honestidad, hasta de ese adorno que le dió la naturaleza, está desnuda. Movidos aquellos príncipes á piedad, vienen con ella, llegan á su casilla y hallan aquella dichosa doncella, que asida á los pies de un Crucifijo, con su total desnudez le representaba sus miserias, mas que con sus lágrimas. Movióles á aquellos Señores el verla, y al punto, al punto adornándola con decencia, la entraron en su

coche, llevarónsela á Palacio, y habiéndola tenido algun tiempo cuidada y servida, dándole un muy copioso dote, le dieron por marido un muy principal caballero. ¡Oh Dios infinitamente misericordioso! ¿Quién habrá que en tus manos no ponga para lograr seguras todas sus esperanzas? ¿Quién esperó en tí que quedase engañado? Y si aun en este valle de miserias así las sabes todas convertir en dichas, ¿cómo allá no las convertirás en glorias?

PLATICA XVIII.

DE LA SEGURIDAD Y FIRMEZA DE LA ESPERANZA EN DIOS.

A 17 de Agosto de 1690.

Una cosa singular, grande, prodigiosa, te quiero enseñar, mi Lucilo, le decia á aquel su Discípulo, Séneca; y es, que juntas con la mayor debilidad la mas constante fortaleza, lo mas deleznable y frágil con lo mas seguro y firme. Quiero decir, que con la flaqueza de hombre has de tener la seguridad tan firme como si fuera Dios: *Ecce res magna, habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.* (Senec. *Epist.* 53.) Cosa grande; no hay duda que un hombre, padeciendo de su humana naturaleza lo frágil, al mismo tiempo goce tanta seguridad como si fuera Dios. Cosa grande, vuelvo á decir, y que con razon le merece toda su admiracion á Séneca: *Ecce res magna.* Pero esa union prodigiosa, ¿cómo se puede conseguir? ¿Cómo puede ser que un hombre por su naturaleza inconstante, por su vivir caduco, por sus fuerzas débil y por todo su ser deleznable, á todo esto junte luego la fortaleza, la constancia y la seguridad de Dios? *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.*

coche, llevarónsela á Palacio, y habiéndola tenido algun tiempo cuidada y servida, dándole un muy copioso dote, le dieron por marido un muy principal caballero. ¡Oh Dios infinitamente misericordioso! ¿Quién habrá que en tus manos no ponga para lograr seguras todas sus esperanzas? ¿Quién esperó en tí que quedase engañado? Y si aun en este valle de miserias así las sabes todas convertir en dichas, ¿cómo allá no las convertirás en glorias?

PLATICA XVIII.

DE LA SEGURIDAD Y FIRMEZA DE LA ESPERANZA EN DIOS.

A 17 de Agosto de 1690.

Una cosa singular, grande, prodigiosa, te quiero enseñar, mi Lucilo, le decia á aquel su Discípulo, Séneca; y es, que juntes con la mayor debilidad la mas constante fortaleza, lo mas deleznable y frágil con lo mas seguro y firme. Quiero decir, que con la flaqueza de hombre has de tener la seguridad tan firme como si fuera Dios: *Ecce res magna, habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.* (Senec. *Epist.* 53.) Cosa grande; no hay duda que un hombre, padeciendo de su humana naturaleza lo frágil, al mismo tiempo goce tanta seguridad como si fuera Dios. Cosa grande, vuelvo á decir, y que con razon le merece toda su admiracion á Séneca: *Ecce res magna.* Pero esa union prodigiosa, ¿cómo se puede conseguir? ¿Cómo puede ser que un hombre por su naturaleza inconstante, por su vivir caduco, por sus fuerzas débil y por todo su ser deleznable, á todo esto junte luego la fortaleza, la constancia y la seguridad de Dios? *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.*

Séneca se queda solo en palabras. Pero Isaías nos la enseña clara y patente á la luz de eternas verdades. ¿Saben cómo puede ser esa pregunta? dice el Profeta: solo con que pongan en Dios fija y estable su esperanza: (*Isai. cap. 40. v. 31.*) *Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem.* Los que esperan en Dios mudarán su fortaleza. ¿La mudarán? Sí, porque entregando ellos en manos de Dios toda su debilidad humana, el mismo Dios les paga con darles toda su fortaleza Divina. Y hé aquí un hombre, que por sí deleznable y sin fuerzas, puesto todo en las manos de Dios con la esperanza, todo lo puede en Dios, todo lo alcanza con un remedio de la Omnipotencia. ¡Ah, si supieras cuántas son las fuerzas que tiene la Esperanza en Dios, solía repetir mucho mi Padre San Ignacio! Esta es la que sin miedo reta á todo el infierno; esta es la que con denuedo desprecia todo el mundo; ésta la que poderosa escala los Cielos. Vengan enemigos á ejércitos, decia David, que si tengo á Dios á mi lado, no conozco el miedo: (*Ps. 26.*) *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum.* Levántense montes de dificultades y de peligros, decia S. Pablo: (*Ad. Philip. 4.*) que si tengo á Dios que me ayuda, todo, todo lo puedo: *Omnia possum in eo qui me confortat.* Lluevan sobre mí trabajos, decia Job, vengan pérdidas, enfermedades, y si pueden multiplicarse, muertes, que si yo tengo á Dios fijo en mi esperanza, nada, nada siento: *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo.* Esta fué la fortaleza invencible de mas de once millones de Santos Mártires, la Esperanza. Esta fué la constancia de tantas tiernas y delicadísimas vírgenes, la Esperanza. Esta fué la firmeza de tantos Anacoretas enclaustrados, solitarios y penitentes, la Es-

peranza. Y ésta en fin, ha sido la inefable seguridad de todos los Santos, la Esperanza. Hé aquí, pues, aquella union prodigiosa: con la debilidad de hombre, la firmeza y la seguridad de Dios. *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei;* que esa union es la que sabe hacer la verdadera y sobrenatural esperanza, dice Isaías: *Speret in nomine Domini, et innitatur super Deum suum.* (*Isai. 40.*)

Pues á toda esta divina seguridad nos convida el Catecismo con esta pregunta: *La esperanza ¿qué enseña?* R. *Que esperemos en Dios como en poder infinito.* Vimos ya, Fieles, que el bien que esperamos es un bien en la posesion, del todo seguro; en la duracion, eterno; en su valor y precio, infinito; en sus goces y deleites, inmenso.—¿Pero qué hacemos, me podrá decir alguno, con que ese bien sea tanto, si quererlo alcanzar nosotros es lo mismo que querer coger el Cielo con las manos? Si nuestras fuerzas son tan pocas, ¿cómo lo alcanzaremos?—Ya nos lo dice el Catecismo: lo hemos de alcanzar por mano de Dios; Dios es quien nos lo ha de dar, á cuya mano poderosa, ni hay dificultad que embarace, ni hay imposible que se oponga. Pues por eso esperamos en Dios como en poder infinito.—Ya veo esto, Padre, y lo confieso; pero solo pregunto, ¿por qué el Catecismo ha de poner por razon de nuestra esperanza el poder infinito de Dios? Si dijera, *esperemos en Dios como en un amor infinito,* ¿qué razon mas fuerte? porque no hay cosa que mas aliente la esperanza que saber que aquel, de quien esperamos, nos tiene grande amor. Pues si Dios desde la eternidad infinitamente nos ama: *In charitate perpetua dilexi te.* Si nos amó tanto, que nos dió á su mismo Hijo y nos envió al Espíritu San-

to por Maestro, ¿quién no tendrá la esperanza muy segura de que le dará la Gloria quien le ama tanto? Es argumento de San Pablo: *¿Qui etiam filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum: quomodo non etiam cum illo omnia nobis donabit?* Más: ¿por qué no diria, *que esperemos en Dios como en liberalidad infinita?* que quien nos dió todo este mundo con todas sus criaturas para nuestro servicio; quien no cesa de estarnos dando con la vida el sustento; quien nos envía hasta los mismos Angeles que nos sirvan; y quien no deja de estarnos asistiendo y ayudando con sus auxilios, ¿qué mas fuerte razon para que en su liberalidad esperemos, que nos dará tambien la gloria? Es argumento de David: *Filii autem hominum in tegmine alarum tuarum sperabunt: inebriabuntur ab ubertate domus tuæ. (Ps. 35.)* ¿Mas por qué no diria, *que esperemos en Dios como en una verdad infinita?* porque si están llenas todas las divinas Escrituras de promesas benignísimas, con que este Padre amoroso nos asegura que nos dará la Gloria, ¿qué mayor aliento para esperarla, que saber que primero dejaria de ser Dios que faltar á la verdad de su palabra? *Et quæ procedunt de labiis meis non faciam irrita.* Es argumento de mi Padre San Pedro: *(Pet. cap. 3. v. 13.) Novos veró Cælos secundum promissa ipsius expectamus, in quibus iustitia habitat.* Más, más: por qué no ha de decir *que esperemos en Dios como en una misericordia infinita?* que quien en medio de todas nuestras culpas, ingraticudes y ruindades, no solo nos espera con el perdon, sino que nos llama, nos solicita, nos busca, ¿qué mayor aliento para nuestra esperanza, que nos dará la Gloria quien nos dió en una Cruz su vida, quien nos dió su cuerpo, quien

nos dió su sangre? Es poderoso argumento de San Pablo: *Spes non confundit.* Y dá la razon luego: *Ut quid enim Christus cum adhuc infirmi essemus secundum tempus pro impiis mortus est? (Ad Rom.)* Pues si es Dios tan infinitamente amoroso, tan liberal, tan seguro en sus promesas y tan inmenso en sus misericordias, motivos todos fortísimos para alentar nuestra esperanza, ¿por qué el Catesismo nos ha de señalar solo por razon de nuestra esperanza su poder infinito? *Que esperemos en Dios como en poder infinito.*

—Buen argumento, aun mas por lo que arguye de piedad, que por lo que tiene de fuerza: guardadlo en la memoria para continuo aliento de nuestra esperanza, y oídme ahora la respuesta con que me dejeis apuntar un ejemplo.

Visitó el Emperador Carlos V. un gran Privado suyo, que estaba á la muerte; daba este grandes suspiros, y movido de lo que le estimaba el Emperador: «Mirad le dice, si quereis algo, sea lo que fuere, que aquí quedo yo.»—«Señor, le respondió el enfermo, que V. Magestad me alargue la vida siquiere por una hora.»—«Oh! que eso no está en mi mano; pedidme cosa que yo pueda.» Entonces el enfermo, envolviendo entre sollozos estos verdaderos desengaños, se volvió á la pared diciendo: ¡Ah, si yo viviera, cómo habia de servir solo á aquel Señor que tiene en su mano la muerte y la vida! Confíad ahora en Príncipes, poned vuestras esperanzas en Monarcas de la tierra, que por grandes que sean son hombres, y jamás hallareis en ellos la salud: *Nolite confidere in Principibus, in filiis hominum, in quibus non est salus.* Ahora, pues, pregunto: ¿faltó aquí el amor? No, que era aquel gran Privado del Emperador. ¿Faltó la liberali-

dad? No, que aquel Monarca era tan magnífico como grande. ¿Faltó la promesa? No, que fué palabra Real la que le aseguraba. ¿Faltó la misericordia? No, que estaba el Emperador lleno de compasion por aquella muerte. ¿Pues qué faltó? El poder, el poder. No pudo por mas que quiso. Luego el amor, las promesas, la liberalidad, la misericordia, sin el poder nada valen y nada sirven.

Ya, pues, oyentes míos, todas las perfecciones que concurren á formar el inmenso abismo de la Divina Bondad, todos nos están haciendo una amable violencia para que pongamos en Dios toda nuestra esperanza, no por algun solo bien particular, sino para que esperemos de él todos los bienes de la naturaleza, de gracia y de gloria. Su amor nos incita, su liberalidad nos convida, sus promesas nos aseguran, su misericordia nos alienta; y su inmensa Bondad nos abre las puertas, nos solicita, nos busca y nos llama; pero si junto con todas estas perfecciones, no hubiera en Dios un poder infinito para ejecutar sus promesas, todavía no quedaria segura nuestra esperanza. Pues por eso el Catecismo nos dice con Santo Tomás, que la Omnipotencia de Dios es la principal razon que dá eterna seguridad á nuestra esperanza. *Que esperemos en Dios como en poder infinito.* (D. Th. 2. 2. q. 17. art. 9. & de Spec. n. 1. & 4.) Yo bien sé quién es aquel Dios en quien creo, dice San Pablo; bien sé cuál es su amor, cuál su liberalidad, cuál su misericordia y cuáles sus promesas: *Scio cui credidi.* Todo eso me alienta; pero además de todo eso, estoy cierto, estoy seguro: *certus sum.* ¿De qué estás tan seguro, Santo Apóstol? Ya lo dice: *Quia potens est depositum meum servare:* estoy cierto, porque además de sus promesas, es in-

finitamente poderoso para cumplirme su palabra.

Pues atiende ahora, nos dice San Bernardo: (D. Bern. Serm. 9. in Ps. Qui habitat.) Mira si á Dios le es alguna cosa imposible: mira si alguna cosa le es difícil; y si lo hallas, yo te doy licencia para que pongas en otro la esperanza: *Si quid illi impossibile, si quid vel difficile est, quaere alium, in quo speres.* Pues si no lo hay, ni lo puede haber, ¿por qué no arrojamos nuestra confianza toda sola en los brazos de Aquel, que con razon se llama Dios de la Esperanza? *Deus Spei,* lo apellida San Pablo: Dios de la Esperanza: (Ad Rom. 16 v. 13.) porque á la esperanza del pobre es todo Dios para el socorro: á la esperanza del aflijido, es todo Dios para el consuelo: á la esperanza del tentado, del combatido, del desamparado, es todo Dios para la defensa, para la proteccion, para el amparo; Dios todo es la esperanza, *Deus Spei.* Y ya, fieles, si toda la omnipotencia de Dios es la medida de nuestra esperanza, si á la tierra fiamos la semilla, al mar la hacienda, á los temporales los frutos, á los correspondientes las pagas, ¿cómo á Dios no le fiaremos nuestras esperanzas? Fia un hombre á otro la hacienda, y con una escritura que le hace de obligacion, queda muy seguro de que le pagará al plazo. ¿Cuántas escrituras nos ha hecho Dios? dice San Crisólogo: ¿y no habrá quien quiera tener á Dios por deudor de sus esperanzas? *Homo homini exiguae chartulae obligatione constringitur; Deus tot, ac tantis voluminibus cavet, et tamen debitor non tenebitur?* (Christ. Serm. 25.) Poner la esperanza en los hombres, es locura, que al mejor tiempo faltan: en la salud, es necedad, que en un día se postra: en las riquezas, es error, que á un volver de cabeza se desvanecen: en los amigos,

es engaño: ¿cuántas veces, ó porque no quieren nos burlan, ó porque no pueden, con unas dulces palabras nos dejan?

Celébralo San Agustin con un gracioso chiste. «Dos amigos, dice, iban paseándose una noche, y cuando mas divertidos, uno de ellos cayó en un pozo: al golpe, á las voces y á la desgraciada caída acude el otro, y viéndole batallar con las aguas que ya le iban ahogando, y con el aturdimiento que casi lo tenia sin sentido; mientras aquel bregaba en el fondo, éste desde el borde le decia muy compadecido: Amigo de mi alma, ¿cómo fué esto? Cómo te caíste aquí? Respondióle el otro entre ahogado y colérico: Amigo, sacadme primero del pozo, que despues yo os contaré como fué la caída. ¡Oh, y lo que hay de esto! Vereis muchos muy con dolidos preguntones de la desgracia y de la necesidad del amigo, sí; pero para darle la mano para que salga del ahogo, de la necesidad, ó de la pobreza, ¿qué raros! En Dios, en Dios han de estar nuestras esperanzas.»

Ya, padre; pero es forzoso esperar en los hombres, porque si no se acabará todo el comercio humano: es necesario esperar en nuestra diligencia, en nuestro cuidado, en nuestra maña, porque fiarlo todo de Dios, tambien fuera tentar á Dios y pedir sin necesidad milagros.—Es así, no lo niego. Pregunta Santo Tomás: (2. 1. q. 17. art. 4.) si puede alguno lícitamente esperar en los hombres; porque allá dice Dios por Jeremías, que sea maldito el hombre que espera y confia en otro hombre: *Meleditus homo, qui confidit homine.* (Hier. 17.) Pero responde el maestro de los teólogos, que si el esperar en la ayuda, en el favor, en la correspondencia de otro hombre, lo hacemos sin qui-

tar de Dios la principal confianza; si solo esperamos en otro hombre, no como en nuestro fin, sino solo como en un instrumento, como en un medio para conseguir, esto no seria incurrir en maldicion de Dios. Lo mismo digo de la industria, el trabajo y la maña: póngase; pero sea de modo que al poner nosotros la diligencia, pongamos luego en Dios toda la confianza; que sin Dios nada valen las diligencias, las fatigas y todas las industrias.

Habia en no sé qué lugar dos oficiales de un mismo oficio: el uno solo con su muger, y sin mas hijos ni familia; el otro cargado con muger, hijos y obligaciones; y con todo, siendo iguales en el trabajo y tan desiguales en los gastos, aquel que mas gastaba, mas tenia: sus hijos y muger lucidos, su casa con decencia, y todo sin que se reconociese falta: por el contrario el otro, no cesando en el trabajo no salia de la pobreza. ¡Válgame Dios, que desdicha será esta mia! ¿Dónde hallais el dinero? le dijo á su vecino. Mirad le responde aquel: por la mañana estad prevenido, que yo os llevaré á donde lo hallo. (P. Faya *pal.* 25. ex. 55.) Muy contento quedó aquel; y deseoso de la mañana, pensando hallar algun sitio donde estuviese á granel el dinero. Vino ya por él el vecino, llevólo á la Iglesia, oyeron misa, y sin hablar mas palabra volvió á su casa. Ea, mañana volveré. Pensó aquel que sin duda habria algun embarazo. ¡Qué se ha de hacer! será mañana. Volvió puntual el otro, llevóle á la Iglesia, oyeron misa, y sin decirle mas, dejólo en su casa. Esto parece cantaleta. A la siguiente mañana volvia el otro, y dijole éste muy enfadado: Yo no he menester quien me lleve á misa; lo que os pedí fué que me llevarais á donde hallais el dinero. Pues ahí os llevo, le responde:

sabed que yo jamás me pongo á trabajar sin haber primero oído misa, y en ella le pido á Dios con toda confianza que mire por mí y mis obligaciones, y para su servicio me dé buen logro de mi trabajo. Esto hago todos los días, y el efecto yo lo veo, y yo mismo no sé cómo es; ello es que me sobra todo: mirad ahora si quereis hacer lo mismo. Hizolo aquel, y en pocos días empezó á gozar en su casa la misma felicidad. ¡Ah, fieles! ¡Oh! cuántos se quejan de que todo les sale mal, que todo se les desaparece entre las manos: si no tienen á Dios, ¿qué han de tener?—¡Oh, Señor! que no ceso en mis fatigas. —Sea así; pero si son sin Dios, esas fatigas no sirven. Haced las diligencias como si no hubiera Dios; pero acudid luego con toda la confianza á Dios, como si no hubiera diligencia. ¿No puedes ya mas? ¿No alcanzas ya mas? Pues ahora sí que entra la de Dios: pon en su Magestad tu esperanza fija y segura; y si ella es tal, digo que es imposible que Dios te falte. ¡Oh, lo que dijera de esto en ejemplos de la Escritura! pero vaya acá nuestro ejemplo:

Cuenta San Gregorio el Grande, (S. Greg. l. 3. *Dialog. c. 36.*) que navegando por el mar Adriático San Maximiano, Obispo de Zaragoza de Sicilia, á la vuelta de Roma, iban en su compañía otros muchos navegantes, y en lo mejor del viage, he aquí lo peor del mar: una tempestad tan fiera, que á pocas horas del tormentoso temporal, perdido ya el timon, (es lo ordinario) desarbolados y sin velas, aún era lo menos, porque á los fieros golpes sacudido el vagél, hendido por mil partes, hacia ya tanta agua, que dentro del buque anegados, no miraban ya la muerte vecina, sino presente. ¿Cuáles serian los clamores, cuáles las ansias, no ya por el

socorro, que no esperaban, sino por el horror de la muerte que ya veían? Pero á todo el Santo Obispo clamaba mejor dentro de su corazon, echada en Dios entonces mas segura toda el ancla de su esperanza. Ya todo el navío se iba al profundo, cuando la esperanza del Santo Obispo volaba todavia segura al Cielo. ¡Oh, Señor! decia, aquí de la obligacion á que se empeñó tu piedad: el no haber ya remedio es el mayor empeño de tu omnipotente brazo. Así fué con todo un tropel de prodigios; porque de aquella suerte el navío todo anegado, sin gobernalle, desarbolado y sin velas, fué corriendo su derrota, fué navegando un dia y otro; y por horas esperaban la muerte, y por instantes experimentaban los prodigios. Navegaron ocho dias enteros, hasta que llegaron al puerto de su viage: fueron saltando todos; ¿cuál seria su regocijo? El último saltó San Maximiano, y al instante mismo que saltó en tierra, yéndose á pique el navío, les dijo con eso, que el navío mas seguro que los habia traído, era el de la Esperanza. ¡Oh, y si en este navegáramos todos el undoso mar de este mundo, donde en nada, sino en la esperanza fija en Dios, puede tener seguridad nuestro camino! Nos combaten las olas de la pobreza, las inconstancias de la fortuna, los temporales de tribulaciones, los escollos de desventuras, y toda la tormanta de la vida, ó toda nuestra vida, que es tormenta; pues en Dios, en Dios la esperanza, y así llegaremos á ganar el puerto de la gloria.

PLATICA XIX.

QUE LA VERDADERA ESPERANZA ES LA QUE REUNE A LA
SEGURIDAD, DE PARTE DE DIOS, EL CONTINUO
TEMOR DE NUESTRA PROPIA FLAQUEZA.

A 24 de Agosto de 1696.

Como para remontar ligera hasta el cielo sus vuelos, ha menester una ave ambas alas, porque una ala sola bastando para el embarazo, no alcanza para el vuelo: así nuestra esperanza, si se ha de remontar mas allá de los cielos hasta la misma vista de Dios, ha de ser entre las dos alas de la seguridad y el temor; porque si la seguridad sola pudiera ocasionar algun descuido, el temor, asistiéndola siempre, no deje dormir al cuidado; y si solo el temor pudiera desmayar alientos de conseguir la seguridad, le ponga ánimo para batallar.

Preciábase delante de Scipion un soldado romano, de que tenia un escudo, no solo en la labor y artificio bien grabado y pulido, sino tambien en lo fornido y bien templado, impenetrable á los dardos enemigos. «Muy bueno es tu escudo, le respondió Scipion; pero un soldado romano no ha de poner la confianza solo en el escudo que lo defiende,

sino tambien en la otra mano que maneja con brío la cuchilla.—¡Oh, cuánto mejor dijera á nuestro intento: un soldado cristiano, que ha de escalar con la esperanza el cielo, no ha de fiar solo de la mano que lo asegura; no ha de contentarse con la seguridad que le dá el escudo de la esperanza; ha de mover tambien sin censar la otra mano, si quiere lograr con la victoria la deseada corona! Ésa es la definicion de la Esperanza, segun el maestro de las Sentencias, á quien siguen con Santo Tomás los Teólogos. Esperanza dice: *Est expectatio certa futurae beatitudinis, proveniens ex gratia Dei, et meritis nostris.* (Magis. in 3. dist. 26. D. Th. 2. 2. q. 18. art. 4.) Es un esperar con certidumbre la verdadera bienaventuranza, que hemos de conseguir por la gracia de Dios, y por nuestros méritos.

Ya, pues, oyentes míos; entramos hoy á ver cómo ha de ser nuestra esperanza. Vimos ya que es lo que esperamos la bienaventuranza, y para ello todos los medios necesarios: vimos ya de quién y por cuya mano, lo esperamos: en Dios, que sobre ser un amor, una verdad, una liberalidad y misericordia infinitas, es tambien infinitamente poderoso. Réstanos saber de parte de nosotros, cómo hemos de esperar. Eso es lo mismo que pregunta el Catecismo. Hásmelo dicho, que lo que esperamos es la bienaventuranza. Pero esta bienaventuranza, pregunto yo ahora: *¿Con qué medios se alcanza?* R. *Con la gracia de Dios y méritos de Jesucristo nuestro Señor, y nuestras buenas obras.* Hé aquí, pues, las dos alas con que la esperanza vuela hasta el cielo; y hé aquí las dos manos con que la Esperanza batalla hasta conseguir la corona: la una, la mano de Dios que no cesa de dar-

nos su gracia; y la otra, nuestra propia mano que ha de cooperar con las buenas obras, correspondiendo á sus auxilios. Ni Dios por sí solo lo quiere hacer todo, ni nosotros solos sin Dios pudiéramos hacer nada. Por eso, pues, pone Dios la gracia y el auxilio; y con él ayudados nosotros, hemos de poner la cooperacion; quiero decir, las obras buenas. Ya, pues, de aquí nacen en la verdadera esperanza juntos la seguridad y el temor. La seguridad de que de parte de Dios jamás nos faltarán los medios necesarios por su infinita misericordia; pero esa seguridad mezclada con un continuo temor de nuestra flaqueza, de nuestras malas inclinaciones y de nuestros perversos apetitos, que no sabemos si nuestro libre albedrío, arrastrado de ellos, despreciando los llamamientos divinos, no haciendo caso de los divinos auxilios, nos irá precipitando en los pecados, hasta que en aquellos, cogiéndonos la muerte, nos precipite en el infierno. *Cum timore, et tremore*, nos dice por esto el apóstol, *cum timore, et tremore vestram salutem operamini*. Con temor y temblor habeis de obrar vuestra salud. Este temor santo ha sido el que espoleando siempre á los justos, los ha hecho acaudalar virtudes y méritos que gozan en la gloria; y por el contrario, la seguridad desnuda del temor, es la que engañando siempre á los pecadores, los ha arrojado en el infierno: *Formidare debent*, nos dice el sacrosanto Concilio de Trento: *formidare debent scientes, quod in spem glorie, et nondum in gloria renati sunt.* (Conc. Trid. ses. 6. cap. 13.) Fieles, Fieles, la esperanza de la gloria esa es la que tenemos; la posesion de la gloria no la hemos alcanzado. ¿Y quién sabe de los presentes, si en la terrible batalla con el demonio, con el mundo y la car-

ne, dejándonos llevar de su apetito, despreciando los divinos auxilios, obstinándonos á las divinas inspiraciones, nos cogerá en pecado mortal aquel amargo punto de la muerte? ¡Oh Dios! Aquí es donde tiemblan y se estremecen las mas firmes columnas del cielo: aquí se sacuden los mas altos cedros del Libano: aquí es donde encorbados gimen los mayores gigantes de la Santidad.

No es, pues, la certidumbre de la Esperanza, como la certidumbre de la Fé; porque ésta es del todo segura por todas partes, cierta é infalible. ¿Por qué? Porque toda la certidumbre de la Fé está de parte de Dios, que es quien nos dice las verdades que creemos; y así, por ningun lado puede faltar. Mas la certidumbre de la esperanza, no solo está de parte de Dios, por donde jamas puede faltar, sino que envuelve nuestra cooperacion, nuestras buenas obras, nuestros méritos. Y por este lado, ¡oh, qué peligro hay de que nuestro alvedrío y nuestra misma voluntad nos condenen! De parte de Dios una certidumbre tan firme, que en ella hemos de tener total seguridad; pero de parte de nosotros una flaqueza tan débil, tan caediza, que nos ha de tener siempre en un temor continuo.—Pues, padre, ¿cómo pueden juntarse acerca de una misma cosa, seguridad total de conseguirla y temor continuo de perderla?—Preguntais bien, y yo os lo responderé con San Pablo. Ponen al fin de la carrera el premio para el que lo alcanzare corriendo; el premio está seguro, está cierto no hay duda; ¿mas para quién está cierto?—Para el que corriere.—¿Pues qué se sigue de aquí?—Correr, correr, cierto, y seguro de que allaré el premio; pero temeroso de que lo perderé, si no corro: *Ego igitur sic curro non quasi in incertum.*—Pues así co-

rro yo, dice el Apóstol, no á cosa incierta, no, que la tengo segura: *Non quasi in incertum*. Pero no ceso de correr con las buenas obras, porque el temor de que he de perder aquel premio si me paro, espolea, alienta y aviva mi esperanza.

Pero hé aquí dos extremos peligrosos que debe evitar la Esperanza. El uno, si el temor es tan nimio que olvide la seguridad, cae en la desconfianza y se puede precipitar en una lastimosa desesperacion. Por aquí peligran los que desconfiados son cansadamente escrupulosos; los que muy llenos de su amor propio, y nada confiados en Dios, continuamente traen levantados en su corazon calsos, cuchillos, horcas; y nada miran sino rigores, venganzas, justicias, sin acordarse que hay en Dios un amor de padre para los que le aman, y una misericordia infinita para los que le buscan. El otro extremo es, si la seguridad es nimia, de modo que olvidando el temor, dá en una temeridad loca, en una presuncion necia, que engañando las almas, las condena. Por aquí corren precipitados al infierno los rematadamente pecadores. Uno y otro es peligroso; pero mayor el de la presuncion, que no haciendo caso de sus culpas, muy locamente se asegura. Sucede en las heridas del alma lo que en las del cuerpo: en éstas, si la herida se incha mucho, es peligrosa, dice el antiguo médico Celso; pero si nada nada se hicha, es peligrosísima: *Nimis intumescere vulnus periculosum; nihil intumescere periculosissimum*. (Cels. l. 5. c. 26) Peligro tiene el que cargando mucho hácia el temor, con alboroto é inquietud olvida la seguridad; pero el que cargándose todo á la seguridad, olvida el temor, y teniendo heridas terribles no hace caso con una loca presuncion, está en estado peligrosísimo.

—Oh, padre, me dice ya una alma escrupulosa, que vivo en unas congojas, en unas aflicciones terribles de si me condenaré. Padre, ¿si me condenaré? A esta no le respondo yo por ahora, sino con repetirle las formales palabras de este librito de oro de *Contempus mundi*; (Kemp. *de Imit. Crist. l. cap. 25.*) y son estas: Como uno estuviese muy acongojado, y entre la esperanza y el temor dudase muchas veces; una vez, cargado de tibieza, se arrojó delante de un altar en la Iglesia para rezar, y revolviendo en su corazon varias cosas, dijo: ¡Oh, si supiese yo que habia de perseverar! Y luego oyó en lo interior la divina respuesta. ¿Qué harías si eso supieras? Has ahora lo que entonces harías, y estarás seguro. Y al punto consolado y confortado, se ofreció á la divina voluntad. Alma tímida, alma desconfiada, ¿dónde has olvidado las promesas de tu Dios? ¿Dudas? ¿Te estremeces? ¿Tiembblas? Pues vete cada día asegurando mas y mas con ir haciendo buenas obras. Así te promete la seguridad mi padre San Pedro: *Magis satagiti, ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis*.—Ya, padre, ya procuro hacerlas; pero me parece que no merezco en ellas: unas comuniones tibias, un rezo tan sin devocion, tan poco fervor como siento. ¿Pues qué he de hacer?—¿Qué ignorancia! Esa es muy peligrosa tentacion conque quiere el demenio que las dejes. Obra tú y fia de Dios, que es tan buen pagador, que te ha de premiar hasta un jarro de agua que des con misericordia. No ceses en tus obras buenas, aunque te parezcan muy menudas, que á cargo de Dios está el premio.

Un santo viejo Anacoreta, tenia lejos de su choza la fuente donde iba por agua; dió en fatigarse

ya con la vejez, y para no cansarse tanto, determinaba poner su choza algo mas cerca de la fuente. (Eng. t. 1. *Lux. Ev. D. Spe.* § 3.) Esto iba pensando entre sí, yendo por el agua; cuando hé aquí un ángel en forma visible, que sin hablarle palabra iba contando con los dedos: uno, dos, tres, cuatro. ¿Qué haces? le dijo el viejo, y el Angel contestó: voy contando los pasos que das hasta la fuente, porque por cada uno de ellos te ha de corresponder en el cielo el premio. ¡Oh, soberano Dios! exclama el santo viejo; pues si así pagas aun el número de los pasos, ya no he de acercar mi choza, antes la he de poner mas allá, para que con mis pasos se aumenten mis méritos. Así lo hizo, y la puso media milla mas distante. Mira ahora tú, ¿cómo no te contará Dios tus buenas obras? Alma desconfiada, acuérdate que el mismo David, que unas veces atendía en Dios solo su justicia, *Memorabor justitia tuae solius.* (Ps. 70.) otras veces miraba tambien á Dios como misericordia todo; *Deus meus misericordia mea.* (Ps. 58.) y otras para gobernarse bien en sus pasos, juntaba en su consideracion una y otra, justicia y misericordia: *Misericordiam, et judicium cantabo tibi Domine.* (Ps. 100.) Este es el camino seguro, atendiendo siempre á estos extremos.

Ahora, Señores, el temor junto con la seguridad, esa es verdadera esperanza. Antes de pecar hemos de temer la Divina Justicia, dice San Gregorio el Grande; pero si hemos pecado, hemos de esperar con toda seguridad en la divina misericordia; pero fiados en esta esperanza arrojarnos en una y otra, ese es el otro extremo peligrosísimo de la presuncion de que está lleno el infierno. Dicen los médicos, que contra el veneno de la cicuta, si despues

se bebe vino, es antidoto que la sana; pero si con ese mismo vino se bebe la cicuta mezclada, no tiene remedio el veneno. La esperanza es nuestro remedio despues de caídos en las culpas; pero confiados en la esperanza cometer las culpas, es hacer de la esperanza condenacion. ¿Cómo es vuestra esperanza, católicos? Viviendo en continuos deleites, gustos y pasatiempos: cometiendo continuas culpas; y luego, que Dios es grande; que Dios es padre, y que Dios es misericordioso. ¡Oh, qué seguridad tan engañosa! ¡Qué esperanza tan llena de abominacion! *Spes illorum abominatio animae.* (Job. cap. 11. v. 20.)

Estaba el Santo Fr. Gil, discípulo de San Francisco, retirado en una gruta, haciendo allí una terrible penitencia: fuéronle á ver por su fama dos grandes personajes de mucha autoridad, regalo y rentas; y muy compungidos cuando le vieron en aquella tan terrible aspereza, despues de conversar con él un rato, le rogaron mucho que los encomendara á Dios. «En verdad, Señores, respondió Fray Gil, que vosotros sois los que me habeis de encomendar á Dios, que teneis mas fé y mas esperanza que yo.»—¿Nosotros? dijeron ellos.—«Sí, porque yo estoy aquí retirado del trato humano, vestido de este sayal tosco; mi cama es el suelo, una piedra mi cabecera; y con todo esto, siempre estoy temblando, si me he de condenar, y á cada paso temo caer en el infierno. Y vosotros vestidos de holandas y púrpuras, ruando carrozas, servidos de criados, muy regalados y asistidos; con todo esto vivís confiadísimos de que habeis de ir al cielo. Encomendadme á Dios, Señores, que mas fé y mas esperanza teneis que yo.» Con esto los dejó bien advertidos. ¡Ah, oyentes míos! Ver á un Job, que se

quisiera esconder en el infierno temblando de la ira de Dios; y ver luego al que solo cuida de su regalo, sin hacer ni una sola obra buena, la seguridad con que se promete la gloria. ¿Qué seguridad es esta? Un Hilarion, despues de setenta años de desierto, tiembla y se extremese al despedirse el alma; ¡y vive muy confiado de ir al cielo, quien no puede contar sino muchos años de culpas! ¿Qué confianza es esa? Saber que sin buenas obras no se puede adquirir el cielo, y vivir entre pecados mortales, atendiendo solo al regalo, á la vanidad, al pasatiempo, ¡y con esto esperar el cielo? ¿Qué esperanza es la vuestra, católicos? ¿Tanta seguridad en lo que tanto peligra, y en lo que vá tanto? ¿Tanta confianza en lo que pende de un punto, y tanto descuido en lo que ha de ser eterno?—Tiempo habrá para hacer penitencia, decís.—¡Y si Dios, en castigo del que has malogrado, te quita el tiempo!—Yo soy libre, y en un instante puedo arrepentirme.—¡Y si endurecida tu voluntad, refinando el demonio su batería, turbada el alma entre congojas, arraigados los afectos, y mas vivas las representaciones, no puedes arrancar tu alvedrío á seguir de Dios los auxilios, como ahora no los sigues, y en esto llega la muerte! ¡Ah, confianza necia! ¡Ah, presuncion diabólica! ¡Y ah, temeridad ciega, que así á todo un infierno te precipitas!

Cuenta San Pedro Damiano (Pet. Dam. l. 6. cap. 30.) que un Monge, despreciando de una en otra sus obligaciones, llegó así á estar tan lastimoso de perdicion, que deseoso de entregarse con mas seguridad á sus gustos, sin el temor de la muerte, hizo pacto con el demonio de que le entregaria su cuerpo y alma, solo con una condicion.—¿Cuál es?—Que tres dias antes de mi muerte me has de

venir avisar, cómo ya llega.—Convengo en ello, dijo el infernal enemigo; y el Monge con esto se entregó desbocado á sus culpas, viviendo tan ageno de su estado, como de su conciencia y de su Dios, que no cesando de repetirle al alma inspiraciones, todas las despreciaba muy seguro con decir: tres dias tengo, y en tres dias tengo tiempo bastante para confesar mis culpas, para arrepentirme de ellas y ganar la gloria. Llegó el caso, que ha de llegar á tí y á mí. Acercósele la muerte, y vino el demonio muy puntual, y dijole claro que dentro de tres dias era su muerte. ¡Oh, qué aviso tan terrible aun para los mas santos! ¡y cuál seria para quien así habia vivido? ¿Qué suspiros, que lágrimas lloraria, qué arrepentimientos? Pues nada menos: muy turbado sí, llamó á los Monges todos, refirioles el órden todo de su lastimoso estado, y cómo al fin ya le habia avisado el demonio. Ea, aliento, le dicen: lograd este tiempo siquiera, no se pierda todo, hermano, que un arrepentimiento verdadero, todo lo podrá remediar con aquella infinita misericordia: trate de hacer V. una confesion general y contrita.—Pero al punto que le nombran confesion, se queda en un profundo sueño dormido.—Hermano, que no es tiempo de dormir. No valian las voces. Esperaban los Monges, y entre tanto divertian entre sí la conversacion de otras cosas; al punto volvia el enfermo, y proseguía hablando con ellos. Pero en volviendo á nombrarle la confesion, al instante se quedaba dormido. Affigidos los Monges no se apartaban de la cama, y el enfermo á cualquiera conversacion muy divertido; traíanle razones, argumentos, ejemplos de la infinita misericordia de Dios, oíalos todos; pero todos en vano, porque en llegando á decir que se con-

fesara, al punto se quedaba dormido. Así se pasaron los tres días, hasta que al cabo de ellos, sin la menor señal de penitencia, dió su alma á los demonios, que en figuras de unos perror muy negros, en muchos días no se apartaron de su sepulcro. De estos avisos ya yo he visto darlos á muchos, y los he llorado en no pocos católicos. Yo bien sé que Dios nunca me faltará con sus auxilios; pero no sé si á la hora de la muerte corresponderá mi perversa voluntad á sus auxilios para alcanzar su gloria.

PLATICA XX.

DE LA CARIDAD.

—
 A 30 de Junio de 1690.
 —

Como entre los metales se aventaja de precio el oro; como entre los elementos se eleva superior el fuego; como sobre todos los cielos se sublima eminente el Empíreo; como sobre todos los astros y planetas, descuella el sol presidente de las luces; y como sobre todos los coros de los Angeles, son los mas sublimes los Serafines; así entre todas las virtudes descuella y se aventaja superior á todas, la caridad. (Cornel. *in Deut. cap. 6. vers. 5.*) Ella es el oro finísimo conque compramos los mas inestimables bienes: ella es el fuego celestial y divino que enciende los corazones: ella es cielo Empíreo, en que Dios tiene su habitacion: ella es el sol que todo lo alumbra, lo hermosea, lo fecunda y vivifica: y la caridad en fin, es la virtud que sabe fabricar de hombres, serafines; de esclavos del demonio, amigos é hijos de Dios; y de mercedores del infierno, herederos dichosos de una eterna gloria. Es la que dá vida á las virtudes, la que dá valor á los méritos; es la que nos hace patentes todos los divinos tesoros, y es la que nos abre los cielos;

fesara, al punto se quedaba dormido. Así se pasaron los tres días, hasta que al cabo de ellos, sin la menor señal de penitencia, dió su alma á los demonios, que en figuras de unos perror muy negros, en muchos días no se apartaron de su sepulcro. De estos avisos ya yo he visto darlos á muchos, y los he llorado en no pocos católicos. Yo bien sé que Dios nunca me faltará con sus auxilios; pero no sé si á la hora de la muerte corresponderá mi perversa voluntad á sus auxilios para alcanzar su gloria.

PLATICA XX.

DE LA CARIDAD.

—
 A 30 de Junio de 1690.
 —

Como entre los metales se aventaja de precio el oro; como entre los elementos se eleva superior el fuego; como sobre todos los cielos se sublima eminente el Empíreo; como sobre todos los astros y planetas, descuella el sol presidente de las luces; y como sobre todos los coros de los Angeles, son los mas sublimes los Serafines; así entre todas las virtudes descuella y se aventaja superior á todas, la caridad. (Cornel. *in Deut. cap. 6. vers. 5.*) Ella es el oro finísimo conque compramos los mas inestimables bienes: ella es el fuego celestial y divino que enciende los corazones: ella es cielo Empíreo, en que Dios tiene su habitacion: ella es el sol que todo lo alumbra, lo hermosea, lo fecunda y vivifica: y la caridad en fin, es la virtud que sabe fabricar de hombres, serafines; de esclavos del demonio, amigos é hijos de Dios; y de mercedores del infierno, herederos dichosos de una eterna gloria. Es la que dá vida á las virtudes, la que dá valor á los méritos; es la que nos hace patentes todos los divinos tesoros, y es la que nos abre los cielos;

reina soberana, en fin, de todas las virtudes. Sobre todas las virtudes morales se aventajan las virtudes Teologales, como ya he dicho; porque éstas miran derechamente á Dios, único fin nuestro, y única regla de toda perfeccion; pues aun sobre las otras dos virtudes Teologales, que son la Fé y la Esperanza, se eleva superior la caridad: *Nunc autem, dice San Pablo, manent Fides, Spes, Charitas, tria hæc: major autem horum est Charitas.* La fé es la que nos alumbrá para caminar hácia á Dios; la esperanza es la que nos lleva; pero la caridad es la que nos une y nos dá posesion de aquel fin infinitamente amable. (Guil. Per. de Char. cap. 1.) Por la fé vemos y conocemos aquel bien infinito que hemos de buscar; por la esperanza lo buscamos; pero por la caridad lo gozamos, lo abrazamos y lo poseemos. La fé y la esperanza miran á Dios, pero no sin mezcla de nuestro propio interés. (D. Th. 2. 2. q. 23. art. 6.) La fé mira á Dios, en cuanto alumbrá nuestro entendimiento con sus eternas verdades. La esperanza mira á Dios, en cuanto ha de llenar nuestra alma de su inmensa gloria. Pero la caridad del todo fina, del todo generosa, del todo noble, ama á Dios solo por Dios; se goza del bien de Dios, porque es bien de Dios; se complace de las perfecciones de Dios, porque son perfecciones de su amado. En Dios pára, en Dios sosiega, en Dios descansa. Por eso es la union dichosa que íntimamente junta con Dios el alma. Ella es la lazada por donde se comunica Dios á nuestras virtudes; y es el nudo amoroso, que apretándonos con Dios, hace que sean en nosotros perfecciones, las que sin ella, ni fueran virtudes: *Super omnia, dice San Pablo, Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis. (ad Colos. 3.)*

Ya, pues, fieles, os he mostrado cómo habeis de caminar á Dios por la fé, creyendo sus eternas verdades. Ya he explicado cómo habeis de caminar á Dios por la esperanza, seguros de sus promesas, que habeis de conseguir los inmensos bienes de su gloria; pero temerosos de vuestra flaqueza, que podeis perderla si no correspondéis con las obras y los méritos á sus auxilios. Ambos caminos del todo seguros, del todo necesarios; de modo que si no hay fé, no se verá á Dios; y si no hay esperanza, ni se podrá conseguir la gloria, pues la fé y la esperanza, sin méritos y sin buenas obras, no sirven.

Por eso añado ahora con San Pablo: *Adhuc excellentiorem viam vobis de monstro, (1. ad Cor. 12. v. 31)* ahora sobre esos dos caminos os muestro el camino mas excelente; este camino es la caridad; porque si la fé y la esperanza, para llevarnos al cielo, del todo han menester las buenas obras y los méritos, la caridad es la que nos alienta y nos anima á las buenas obras; ella es la que dá valor á nuestros méritos. Porque sin caridad en el alma, ni hay virtudes que agraden á Dios, ni hay méritos que merezcan la vida eterna; y por consiguiénte, sin caridad, ni hay salvacion, ni hay ver á Dios, ni hay gloria.—¡Válgame Dios! ¡Qué caridad será esta tan preciosa, tan inestimable, que de ella pende toda nuestra dicha? ¡Y quién será el infinitamente dichoso, que tiene en su alma esta joya de valor tan infinito?—¡Qué buenas dos preguntas! ¡Qué cosa es caridad? ¡y quién es el que tiene en su alma la caridad?—A esta dos responderé en breve.

¿Qué cosa es Caridad? Esta es la pregunta que se nos sigue en el Catecismo. Pero antes de responder, es menester saber que no hablamos ahora

de la Caridad sustancial, Increada y Divina, que es el mismo Dios: *Deus Caritas est*, dice San Juan. No hablamos de aquella Caridad con que el mismo Dios nos ama desde la eternidad: *In Charitate perpetua dilexi te*. Hablamos, pues, de la Caridad criada, de la caridad con que nosotros hemos de amar á Dios. Esta, pues, la explica así el comun de los Teólogos; Caridad es un inestimable dón de Dios;—¿Dón?—Sí, fieles, el mas supremo que Dios nos hace, pues con él nos dá todo cuanto puede dár, que es el ser sus hijos, el ser sus amigos, el ser sus herederos. Dón, porque sin ningunos méritos nuestros, solo por su misericordia y por los méritos de nuestro Redentor Jesucristo, nos lo concede Dios. Dón, porque sin esperar Dios de nosotros mas retorno, mas recompensa, ni mas paga, sino lo mismo que nos dá, nos lo dá y nos lo concede con liberalidad. Caridad, es una virtud sobrenatural, dicen otros; sobrenatural, porque es sobre todas las fuerzas de toda nuestra naturaleza, que jamas por sí solas podrian alcanzarla; sobrenatural, porque nos eleva, nos levanta y nos sublima sobre nuestra naturaleza á hacer obras con que merezcamos la gloria. Caridad, explican otros, es un hábito infuso; (ya saben lo que es hábito infuso) hábito, porque nos facilita á hacer aquello que sin él nos fuera del todo imposible; infuso, porque no pudiendo nosotros con ninguna maña, con ninguna diligencia adquirirlo, nos lo infunde Dios en el alma: *Charitas Dei difusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*, dice San Pablo.

Y ya, ese dón de Dios, esta virtud sobrenatural, ese hábito infuso, ¿qué hace en nuestra alma? ¿Qué? La hace poderosa para amar sobre todas

las cosas el sumo, el infinito bien, que es Dios, por sí mismo. Con la esperanza amamos los infinitos bienes de Dios; mas los amamos con un amor interesado, porque los amamos como para gozarlos nosotros. Pero la caridad los ama, porque los tiene Dios, se goza de que Dios los tenga, eso es amar á Dios por sí mismo, y ese es el amor de una amistad fina: *Quid mihi est in Cælo?* decia David, *et á te quid volui super terram?* Fuera de tí, Señor, ni quiero nada en el cielo, ni apetezco nada sobre la tierra. *¿Cómo puede ser*, decia aquel corazon abrasado de San Felipe Neri, *cómo puede ser, que quien cree en Dios y lo conoce, pueda amar otra cosa que á Dios?* ¡Oh, Señor! solia quejarse amoroso, ¡Oh, Señor, si eres tan amable, y ademas nos mandas que te amemos, ¿para qué nos diste un solo corazon, y ese tan pequeño? ¿Pero qué busco ejemplares hoy, que tenemos aquel prodigio de la caridad, aquella Rosa, mas que en el rosicler de su hermosura, encendida en el amor? ¿Para qué es este mi corazon, Dios mio, le solia decir á su divino amante, si no se deshace en cenizas por tu amor? Dame aquel amor con que tú á tí mismo te amas; y si nó, ¿cómo he de alcanzar yo á corresponderte? Este amor fué el que la hizo desgarrarse con tantas penitencias, que aun oirlas pone espanto. Este amor fué el que la llenó de tan admirables virtudes. Este amor fué el que la elevó á tan celestiales favores; y este amor fué el que la llenó de tan innumerables maravillas. De modo, que si quisiera individuar, fuera menester referir toda la vida de Rosa, que no fué mas que una tejida tela de caridad. Este ha sido siempre el inmortal acedio de todos los Santos. ¡Oh, qué dijera aquí de las llamas de un Agustino, de los in-

cendios de un Francisco, del fuego ardiente de un Ignacio, de los abrasados éxtasis de una Teresa! No hay tiempo para tanto amor.

Ya, pues, si nuestra caridad ama en Dios la bondad suma, las perfecciones infinitas, donde quiera que alle esas perfecciones retratadas, las ha de amar también. Por eso, pues, se extiende la caridad á amar también á nuestros prójimos, porque siendo imágenes de Dios cada uno, hallamos en ello la razón misma para amarlos. Pero por eso mismo hallamos también la distinción en el modo de amarlos; que los hemos de amar, no por sí, sino por Dios; y no sobre todas las cosas, sino como á nosotros mismos. Este es, pues, el hábito de la caridad, que sus actos de amar á Dios los explicaremos presto en el primer mandamiento. Y vean aquí cómo abraza todo esto en breves y claras palabras el Catecismo: *¿Qué cosa es caridad?*
R. *Amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos.*

Sabido, pues, qué cosa es caridad, alma de las virtudes, valor y precio de los méritos, pregunto yo ahora: ¿Quién será el dichoso de todo mi auditorio, que tenga en su alma la caridad?—¡Oh, eso es muy fácil de responder, padre: el que dá muchas limosnas, el que visita los hospitales, el que socorre á los pobres, ese es el que tiene caridad.—¡Ah, fieles! Muy buenas señales son estas; pero aun con esas señales exteriores puede ser que no esté en el alma la caridad. Y si ésta no está en el alma, ¿qué aprovecharán esas obras para el cielo? Nada, nada. Oídselas á San Pablo: *Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, Charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest. (1 ad Corinth. 19.)* Aunque repartiéra uno diez

millones de haciendas en sustentar á los pobres, si no tiene en su alma la caridad, y si así le coge la muerte, nada le aprovechará para no caer en el infierno. ¿Pues qué diremos de los que metidos en la ocasión torpe, dicen que la sustentan de caridad? ¡Ah, caridad! ¿Eso llamais caridad? Eso es llamas, eso es condenación.

Ya, pues, ¿quién será el que tiene en su alma la caridad? ¿Serán los hombres grandes? ¿los poderosos? ¿los hombres doctos y sábios? Mirad, díjole una vez el Santo Fr. Gil á San Buenaventura, (Faya, Pal. *Amor de Dios. Ex. 23.*) muchos favores os hizo el Señor á vosotros los letrados y doctos, conque le podeis servir y alabar; pero nosotros los ignorantes y rudos, que ninguna suficiencia tenemos, ¿qué podemos hacer para agradar á Dios? Respondióle San Buenaventura: Si el Señor no diera otra gracia al hombre, sino que le pudiese amar, bastára ésta para que le hiciera mayores servicios, que por todas las gracias juntas. Y pregunto yo, dice Fr. Gil, ¿puede un ignorante, un rudo y sin letras, amar tanto á Dios Nuestro Señor como un letrado? Puede, respondió San Buenaventura, puede una viejezuela simple amar mas á Dios que un maestro en Teología. Entonces Fr. Gil, rebosándole el fervor, sale corriendo á la puerta que miraba á la Ciudad, y á grandes gritos decía: ¡viejezuela, pobre, ignorante, rudo y sin letras, ama á tu Dios y podrás ser mejor que Fr. Buenaventura! Y en esto se quedó arrobado por tres horas. ¡Ah, miserable criado! ¡ah, pobrecito despreciado de todos! ¡ah, hombre humilde! ¡ah, muger abatida! ama á Dios, ama á tu Dios y serás mayor que muchos muy grandes Monarcas y Reyes: *¿Quién es delante de Dios el mayor y mas santo?*

R. *El que tuviere mayor caridad, sea quien fuere.* Sea quien fuere, que para la caridad no hay distincion ni excepcion de personas. Y el que no tiene caridad, ¿qué será? Será un demonio, y sea quien fuere. Así lo respondió el demonio mismo conjurándolo una vez en presencia de Santa Catalina de Génova, á que dijese su nombre, y dijo él: *Ego sum spiritus nequam privatus amore Dei.* Soy un espíritu perverso, porque estoy privado del amor de Dios. ¡Ah! pues si un Luzbél, de Que rubin tan bello, tan agraciado, tan hermoso, solo el perder la caridad lo volvió al punto en un Demonio tan fiero, tan abominable, tan horrible; ¡oh! quien será de mi auditorio el que esté en su alma hecho un demonio, porque no tiene en su alma la caridad? *Privatus amore Dei.*

Ya lo dijo bien claro: El que esté en gracia de Dios, ese solo tiene la caridad en su alma. ¿Reconoces en tu alma pecado mortal? Pues no tienes la caridad en tu alma, y estás tan fiero, tan horrible, y tan aborrecible á los ojos de Dios, como el demonio mismo. ¿Pero quieres adquirir esta joya inestimable? ¿esta vida del alma? ¿este tesoro infinito de méritos y de virtudes? Todo eso te ganará una verdadera penitencia, una contricion verdadera, un propósito firme, una confesion entera de todas tus culpas.

Ya, pues, si me preguntan, ¿cuándo nos dá Dios este dón tan precioso? ¿cuándo nos infunde esta virtud sobrenatural de la Caridad? Respondo, que en el Santo Sacramento del Bautismo nos infunde Dios la caridad, junta con la esperanza y con la fé. (Concil. Trid. *ses. 6. cap. 7 & 14.*) Pero despues que por nuestra ruin ingratitud perdemos por el pecado la caridad y la gracia, nos queda solo el re-

medio en el Sacramento de la penitencia, donde disponiéndonos con el dolor de las culpas, y la confesion de ellas, Dios por su infinita misericordia nos vuelve á su amistad, haciéndonos de nuevo hijos suyos con darnos su caridad y su gracia. Y ya, si te es tan fácil ser amigo de Dios, ¿qué dilatas, hombre? ¿qué dilatas? Si en un punto puedes hacerte dueño de la gloria, ¿para qué quieres estar metido en el infierno?

Refiere Erolto en su *Prontuario*, (Ap. Segur. 1. *p. Raz. n. 16.*) que un hombre poderoso y rico, de los que suele haber, mas atento á su hacienda que á su familia; mas cuidadoso de adelantar sus ganancias, que de adelantar con virtudes á sus hijos; lo que descuidó en estos de educacion, previno de ruina á lo que solo cuidaba su codicia. Eran dos hijos y una hija, que dejados á su voluntad, fácilmente se entregaron á sus apetitos; y porque no fuese menester buscar de fuera el instrumento, ellos entre sí, labrándose ruina, le fabricaron al desventurado padre el castigo. Sucedió, (horror pone el decirlo) sucedió, que el menor de los hermanos, dejándose prender en las mas torpes llamas del infierno, se dejó prender en los mas torpes amores de su hermana. La cercanía era fuerte incentivo, las ocasiones muchas, la edad precipitada, la libertad sin freno. ¡Ah, padres! Llegó al profundo la desventurada, que aunque con algunas solapas, no pudo mucho tiempo estar oculta al otro hermano, que empezando por sospechas, acabó luego en evidencias; y dejándose llevar de la justa cólera á tan fiera abominacion, reprendió al torpe incestuoso con asperísimas palabras, á que añadiendo amenazas, prometió que lo sabria todo su padre. Ya estaba el delincuente colérico, viéndose cogido; y

subiendo á lo sumo su furia al verse amenazado, saca un puñal, y dando á su hermano la muerte, sale al punto huyendo de su casa, dejando en ella toda su sangre profanada. Entonces, entonces (¡qué tarde!) llegan con la muerte al mal padre las noticias de la mala vida de sus hijos. ¡Oh, cuántos de ellos con un necio *quién pensara*, aguardan estos ú otros semejantes é infames estampidos! Hizo aquel extremos de sentimiento; y despues de desheredar al torpe fratricida, con todas ansias lo buscaba para darle el castigo. Escondido el matador, sabiendo esto como ladron de casa, supo entrarse una noche en ella, y dejando dormir á su padre, (¡qué horror!) con el mismo puñal que á su hermano, dió la muerte al que le habia dado con el sér la vida. Grima pone la fiereza; pero el suceso no me espanta. Todo eso pueden esperar los malos padres; y ya con tales principios, ¿cuáles esperais que fuésen de aquel desventurado mancebo los fines? Huyendo de lugar en lugar, olvidado de Dios, de su Iglesia y de sus Sacramentos, habia pasado algunos años, cuando oyendo alabar el celo apostólico de un gran Predicador, tanto le dijeron, que fué por curiosidad á oírlo. Pero ojalá que así les sucediera siempre á los curiosos. Ponderó el Predicador la misericordia de Dios con que espera á los pecadores, el amor infinito con que los llama, los solicita y los busca; ponderóles con espíritu lo que yo sin él os he dicho, cómo en un punto, con un acto de amor fino y verdadero, podian hacerse hijos de Dios. Labró esto en el corazon de aquel de tal modo, que al punto que bajó el Predicador, pidió confesarse: hizolo enteramente lleno de lágrimas; pero el confesor, antes de absolverle, porque se actuara mas en el dolor y en el propósito, le pu-

so delante de un Santo Crucifijo, ponderándole aquel amor infinito que habia obrado Dios en aquel espectáculo tan lastimoso. Esto le decia, cuando volviendo los ojos lo halló muerto. Aquí las congojas del confesor, aquí las dudas sobre no haberlo absuelto. El dia siguiente en el Sermon pidió á todo el auditorio sus oraciones por aquella alma. Mas estando todos de rodillas, entró volando en la iglesia una paloma blanca, que trayendo en el pico una cédula, la dejó caer á los piés del Predicador; leyó y decia: *Fulano no ha menester vuestras oraciones, porque fué tanto el dolor de sus culpas y el amor de Dios, que quitándole ese la vida, le ha dado ya la eterna que goza.* Católicos, dejad allí las admiraciones, y sacad el fruto. Todos cuantos bienes tiene Dios que dár en el Cielo y en la tierra, todos se cifran en la Caridad: ésta, si queremos, la podemos conseguir en un punto. ¿Quién será el necio que la desprecie? ¿quién será el loco que no la busque? ¡Oh, Dios, hermosura infinita, bien inmenso! ¡Quién te amara como te aman todos los Bienaventurados en la Gloria!

PLATICA XXI.

CUANTA ES LA OBLIGACION QUE TODOS TIENEN DE SABER
Y ENTENDER LA DOCTRINA CRISTIANA.

A 8 de Setiembre de 1696.

Habiendo sido la ignorancia la perniciosa hija que nos nació de la primera culpa, pasó despues á ser madre de quien nacen innumerables pecados; y no hay peor ni mas perniciosa ignorancia que la que muy pagada de sí, ni busca ni aun admite su desengaño. Dos veces está ciego el que aún á vista de un claro y patente cotejo, que es el más eficaz argumento para el desengaño, aun no lo quiere ver su ceguedad. Si de un día á otro estamos viendo la distincion, ¿qué tiene nuestra passion que tupirse? Vemos, fieles, los caminos que nos enseña Dios patentes, y vemos los precipicios por donde nos despeña el demonio; y por seguir estos, cerrar los ojos para no ver aquellos, esa es la ignorancia mas ciega que nos precipita en innumerables culpas. Por eso aquel impío Rey Sedecias, imágen lastimosa de un pecador, permitió Dios que le sacasen los ojos, no ya en Babilonia, sino en Reblata, ciudad todavia de la tierra de promi-

sion, como consta de las divinas letras al capítulo veinticinco del libro cuarto de los Reyes; porque si su ignorancia ciega, no queriendo atender la Doctrina y voces de Dios, fué la que le hizo perder á Jerusalén, Ciudad de la vision, fué la que le hizo dejar la tierra prometida, y caminase ya ciego: ¿á dónde? ¿A dónde ha de ir un ciego, sino á Babilonia, al error, á la confusion?

Para desterrar, pues, esta ignorancia, habiéndonos ya apuntado cuál es nuestro fin último, y cuáles los caminos y medios seguros para conseguirlos, nos convence hoy el Catecismo con un fortísimo argumento, con una clara consecuencia. Sin Fé, Esperanza y Caridad, nadie puede llegar á ver á Dios. Ahora, pues, para saber creer, ¿qué es lo que toca á la fé? Es menester entender bien el Credo y los Artículos de la fé. Para saber esperar y pedir, ¿qué es lo que pertenece á la esperanza? Es menester entender bien el Padre nuestro. Para saber obrar, ¿qué es lo que hace la caridad? Es menester entender bien los mandamientos que hemos de guardar, y los Sacramentos que hemos de recibir. *Luego*, saca la consecuencia, ¿luego obligados estamos á saber y entender todo eso? Fuerte argumento, fieles, fuerte argumento; ¿y qué hay que responder á esto? ¿Qué? Conceder nuestra obligacion que nos convence, y confesar nuestro descuido, si lo ha habido, en materia tan importante, pues que nos vá en ello no menos que la salvacion. ¿Luego obligados estamos á saber y entender todo eso? R. *Sí estamos, porque no podemos cumplirlo sin entenderlo*. ¿Y qué es todo eso que así estamos obligados á saberlo, y no solo á saberlo, sino á entenderlo? Es toda la mas provechosa ciencia del alma; es toda la mas alta sabiduria del cielo, y es to-

da la Doctrina cristiana, que en eso se cifra y se comprende. De modo, oyentes míos, que esto de saber y entender la Doctrina cristiana, no es materia de vana curiosidad, nó, sino muy sólido provecho. No es materia solo de gusto, nó, sino de muy importante necesidad. No es materia que se ha de co-ger solo por entretenimiento, nó, sino por muy precisa obligacion. Obligados estamos, obligados estamos á saber y entender todo eso, sí; ¿pero qué tanta es esta obligacion? Eso lo explicaré ahora por sus partes.

Sin la virtud de la fé infusa en el alma, nadie, nadie puede salvarse. Defínelo, con San Pablo, el Tridentino. (Trid. Ses. 6. cap. 3.) Añado mas: los que han llegado ya al uso de la razon, y teniendo todos los presentes, como por la misericordia de Dios tenemos, quien bastantísimamente nos proponga los misterios de nuestra fé, no nos basta solo la fé infusa en el alma, sino que del todo hemos menester para salvarnos hacer los actos de fé, que es creer.—Ahora, pues, padre, ¿bastará para creer, si alguno, sin cuidar de saber el credo ni otro misterio alguno en particular, dice en general y en confuso: «Yo creo y tengo todo lo que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana.» ¿Bastará solo esto?—Respondo que no basta, y que ese fué error de algunos que quisieron meterse á Teólogos sin serlo, y que está condenado por herético, por el sumo Pontífice Gregorio XI, como consta del *Directorio* de los Señores Inquisidores. (*Direct. p. 2. q. 10. hær. 8.*)

Ya, pues, si no basta creer solo en general, sino que debemos creer en particular, ¿cuáles son aquellos misterios que en particular demos creer? Aquí es menester hablar con distincion, porque hay,

(atiéndanme) hay algunos misterios que el creerlos en particular, es medio del todo necesario para salvarnos. Reparen en la voz *medio*, así se explica el Teólogo: porque así como el medio es tan del todo necesario para conseguir ó llegar al fin, que sin el medio de ningun modo se conseguirá; así, sin creer estos misterios, nadie que tenga uso de razon, en ningun caso se salvará. (Vid. Suar. *d. 13. de Fid. Th. Sanch. l. 2. in Decal. c. 3.*)—¡Válgame Dios! ¿y cuáles son, padre, esos misterios para creerlos luego, ahora, aquí, y para no olvidarlos jamas?—Ya lo digo: Lo primero, creer que hay un Dios verdadero; y juntamente, que este Dios me ha de pagar segun mis obras; si obro y vivo bien, con un eterno premio; si obro y vivo mal, con un eterno castigo: *Accedentem ad Deum*, dice San Pablo, *oportet credere quia est, et quia inquirentibus se remunerator sit.* Y que esto sea medio del todo necesario, nadie puede dudarlo ya, condenada como lo está la proposicion veintidos, entre las que condenó el Sumo Pontífice Innocencio XI.—¿Hay, padre, otros misterios que debemos creer con esa tan apretada necesidad?—Si os he de responder en materia tan del todo grave, y de tan suma importancia, lo mas seguro, segun el mayor número de los mas graves é insignes Teólogos, es tambien medio del todo necesario para salvarse, creer el misterio de la Santísima Trinidad, tres personas distintas y un solo Dios verdadero; y el misterio de la Encarnacion del hijo de Dios, que se hizo hombre por nosotros, y siendo Dios verdadero y verdadero hombre, es un solo Cristo nuestro Redentor. Estos, pues, son los misterios que debemos creer, como medio del todo necesario para salvarnos. Pero hay otros misterios que tambien estamos

obligados á creer en particular cada uno por necesidad de precepto divino y eclesiástico: de modo, que si por su descuido, y sabiendo esta su obligacion, un cristiano no los sabe, está en estado de pecado mortal; y no solo eso, sino que mientras estuviere en esta ignorancia de esos misterios, no puede ser absuelto sin que primero sepa y crea estos misterios.—¿Y cuáles són?—En breve está dicho: Todos los que se contienen en el Credo, que es la regla de nuestra fé; (así lo llama San Agustín,) todos y cada uno en particular; de modo, que no basta creer solo todo lo que contiene el Credo, sino que se debe creer de por sí cada uno de sus misterios; y el misterio de la comunión de los Santos, como pudiese cada uno entenderlo; y además, el misterio Santísimo de la Eucaristía, creyendo que está allí realmente el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo.—¿Y bastará para esto con saber de memoria el Credo?—No; solo saberlo de memoria no basta, es menester entenderlo: *Nec putemus*, (dice el C. Marcion 2. g. 1.) *nec putemus in verbis Scripturarum esse Evangelium, sed in sensu, non in superficie, sed in medulla.* Entendidos, pues, y creídos esos misterios en particular, debemos luego en general creer todo aquello que cree la Santa Madre Iglesia, estando prontos á creer cada uno de todos los demás misterios en particular, si cada uno nos lo propusiera como de fé.

Pero aún se extiende á mas la necesidad de este precepto; y es, que estamos obligados bajo de pecado mortal, á saber y entender los diez mandamientos de la ley de Dios y los cinco de la Iglesia, porque sin saber y entender nuestra obligacion, ¿cómo la podremos guardar? De aquí es, que no basta solo saberlos de memoria, no basta, sino en-

tender su obligacion: *Scire leges, non est earum verba tenere, sed vim, ac potestatem.* Debemos tambien saber los Sacramentos, y con especialidad estos tres: El Bautismo, en que de esclavos del demonio, renacemos á hijos de Dios por la gracia que en él recibimos: el Sacramento de la Penitencia. ¡Ah, oyentes míos! ¿Cómo se confesará bien quien no sabe cuáles son las partes esenciales de este Sacramento? De modo, que sin ellas no es válido, no se consigue la gracia. Estamos, pues, obligados todos, con precepto bajo de pecado mortal, á saberlo, entendiendobien todo lo que se requiere para recibirlo dignamente, para que en este Sacramento restauremos la gracia perdida; pues que este Sacramento es la tabla que nos queda despues del naufragio. Así lo explica el santo Concilio de Trento, como ya lo dije aquí en la plática pasada. (Conc. Trid. ses. 7. c. 14.) Esto es lo del todo cierto, del todo seguro, doctrina definida, doctrina de fé, sin que en esta materia andemos queriendo parecer Teólogos con opinioncillas, que entre gente ignorante pudieran tener consecuencias de sumo peligro. Despues del pecado no nos queda otro remedio, sino la confesion; y si esta no se puede hacer por falta de confesor, hacer un acto de contricion verdadero. Debemos tambien saber y entender el Soberano y Santísimo Sacramento de la Eucaristía, con todas las disposiciones que se requieren para dignamente recibirlo.

—¡Válgame Dios! ¿Es posible, padre, que tanto es lo que debemos saber y entender, y todo eso estamos obligados á saberlo y entenderlo bajo de pecado mortal?—No hay duda: todo esto en la sustancia, de modo que cada uno entienda cada misterio, cada mandamiento y cada Sacramento.

No digo que tenga tanta obligacion de saberlo con las sutilezas y las delgadezas de los Teólogos, nó; sino de modo que conozca lo que debe creer en cada misterio, y lo que debe obrar en cada mandamiento. No digo que los que mas no pueden hayan de saber todo eso de memoria bajo de pecado mortal, aunque hay gravísimos Teólogos que lo afirman; pero que otros, no menos graves, dicen que no será pecado mortal no saber todo esto de memoria, con tal que en la sustancia se sepa y se entienda. Pero ahora os hago yo este argumento: Si sabiendo de memoria el Credo, hay tantos que no entienden lo mismo que en él se dice, ¿qué sería no sabiéndolo de memoria? Más: si en el Credo se encierran tan Soberanos Misterios, tantas obligaciones en los Mandamientos, y con todo esto hay no pocos, muy picados de discretos, que jamas en su vida lo han oído explicar, ¿cómo lo entenderán? Yo no lo entiendo.

¡Ah, oyentes míos! Mirad si es necesaria, mirad si es provechosa la explicacion de la Doctrina Cristiana, pues estais obligados á saberla y entenderla bajo de pecado mortal; y si no la entendeis, ¿qué remedio? Acudid con humildad á quien os la enseñe.

Un ermitaño, no pudiendo entender un lugar de la Sagrada Escritura, perseveró ayunando setenta semanas, pidiendo á Dios que lo sacase de sus dudas y le enseñase lo que aquello queria decir; pero despues de tanto ayuno se quedó todavía en ayunas de su inteligencia. Determinose ir á buscar otro anacoreta que lo enseñase. (*in Vit. PP. lib. 1. c. 7.*) Sale de su cueva, y á no muchos pasos que hubo andado, aparécesele un Angel y le dice: ¿Dónde vas?—Voy á esto:—Pues sábeta, le di-

ce, que con tantos ayunos como has hecho, no te has acercado tanto á Dios como con solo este acto de humildad de ir á buscar otro que te enseñe; y así me envia á explicártelo.—Explicóselo como un Angel, y el anciano quedó con esto dos veces enseñado. Desdénese ahora el que se precia de muy entendido, y la que se tiene por muy discreta, de acudir á la Doctrina Cristiana á aprender lo que quizá no sabe, y debe saber bajo de pecado mortal.

Pero no es esto el mayor daño: ¡Ah, padres de familias, y la cuenta que acerca de esto os espera! No hablo yo de los hijos, que aun con estos menos suele ser el descuido; pero esos miserables criados que os han de estar sirviendo todo el año, y que ni siquiera un rato les dáis para que aprendan la Doctrina. Pues ellos puede ser que su ignorancia, por no saber esta obligacion, les excuse la culpa en lo que es de precepto saber y entender; pero en vosotros que sabeis esta obligacion, ¡oh, qué culpas! ¡y oh, qué cargos! Hay este gravísimo descuido en las casas grandes, que en no pocas, cuidándose mucho de la librea y del acompañamiento de lacayos, quizá y sin quizá, no sabe el Señor de casa en qué ley viven sus lacayos; si son cristianos, si saben lo que es obligacion que sepan; y los que por su descuido del amo no lo saben, ellos y el amo, y la ama, se condenan. Ni basta que alguna vez lo hayan sabido, porque siendo cosas que se olvidan, si no se cuida que lo repitan, no está segura la conciencia. No digo que por cuatro, ni ocho días que se les deje de explicar la Doctrina, ya por eso cometeis pecado mortal; pero si el descuido es continuo, y si ellos, como de ordinario sucede, por este descuido ni la saben, ni la en-

tienden, no solo están los descuidados amos en pecado mortal, sino que si no tienen en esto enmienda, dicen gravísimos Teólogos, que no deben ser absueltos. Ni os parecerá esto mucho rigor, si ponderáis las muchas almas que se lleva el diablo por esta ignorancia de la Doctrina.

Oídmeme á este propósito un caso extraño: (Cantimpr. l. 1. cap. 20. ap. Segne. p. 1. raz. 14. n. 5.) Habiéndose juntado en Francia, á celebrar un Sínodo Provincial, varios Prelados y Curas, encargaron á cierto sacerdote el razonamiento con que se habia de dar principio al Sínodo: andaba aquel muy congojado y cuidadoso, por no ser en la materia experto, sobre qué habia de decir su razonamiento. Esto pensaba aflijido, cuando se le apareció el demonio en figura de un hombre fiero: ¿Qué te aflige? le dice; y refiriósele el sacerdote. —Anda, ¿de tan poco te afliges? Pues yo te diré el razonamiento que has de hacer. Mira, dirásles esto: *Los Rectores y Príncipes de las tinieblas infernales, saludan á los Prelados y Párrocos de las Iglesias, y les dan muchas gracias por la negligencia que tienen en enseñar á los pueblos, porque de la ignorancia nacen los pecados, y de los pecados las condenaciones.* Esto has de decir; y sábetelo, que yo soy el demonio, y que así me manda y me obliga Dios á que te lo diga. —¿Pues cómo me han de creer? replicó el sacerdote, que dirán que yo lo fingí ó lo soñé. —Yo te daré la señal para que te crean; y pasándole su negra mano por la cara, se la dejó tan negra como un carbon, y le dijo: Por mas que te laves, no podrás quitarte ese color; pero luego que digas lo que te he dicho, lávate allí en la Iglesia con el agua bendita, y quedarás blanco. —Y así fué apareciéndose tan atezado y negro

en el Sínodo: dijo su razonamiento como se lo encargó el demonio, y lavándose luego con el agua bendita, quedó blanco, lo cual llenó de espanto á toda Francia. Y ahora, fieles, ¿á quién daré yo las gracias de parte del demonio? Sabemos, y nos consta el santo zelo de nuestro Illmo. Prelado, y de todos los señores curas, en la explicacion de la Doctrina Cristiana; en esta casa es continuo el ejercicio todo el año. ¿Pues á quién dará las gracias el demonio de que tantos miserables criados no la sepan? ¡Oh, Dios! A vosotros, padres de familias, os saludan los Príncipes de las infernales tinieblas, y os dan las gracias de que vuestros criados, por vuestro descuido, vivan tan como bárbaros, sin saber lo que necesitan para salvarse, por lo cual tantos se condenan; y por lo que delante de Dios no os queda ya ni la mas leve excusa. Hacedlos venir acá, hacedlos venir, hacedlos que aprendan esa Doctrina breve, que á esto miró el santo zelo del que la compuso, juntando en ella lo que nos obliga saber y creer bajo de pecado mortal,

—Padre, hay negros bozales y chimiricos, y son rudísimos. —Eso os obliga mas á que con mas continuacion se les enseñe. Y si es tanta la rudeza, que aun despues de mucho tiempo de enseñarles, aún no saben, por lo menos sepan estos lo que ya dije que es tan necesario como medio, pues no se salvarán, teniendo uso de razon, si no creen: que es Dios uno solo y tres personas: que ha de condenar á los malos y premiar á los buenos: que Jesucristo es verdadero hombre y verdadero Dios. Sepan y crean esto, y todo lo demas que es de precepto; y procúrese siempre que lo sepan como alcanzare su rudeza. Y si mas no se puede, enseñarlos á acudir á la que es fuente de la luz, á la

que es madre de la gracia, á la que es maestra de la fé, á la que enseñó á los apóstoles, á la que alumbró á los evangelistas, á MARÍA, á MARÍA. ¡Oh, Señora, y qué tarde llego á tus elogios, cuando ya me falta el tiempo! Pero á tus debidas alabanzas jamas cesarán las eternidades.

Un soldado, dejadas las armas del siglo, se entró de Monge Cisterciense; pero con el hábito se quedó tan rudo como antes: de modo, que jamas pudo aprender las oraciones y rudimentos de la Doctrina. (*Spec. Ejem. verb. Salut. Ang. ex. 1.*) Afligiale esto mucho al Abad, y con cuidado é instancias, no pudo jamas conseguir de su rudeza, sino que aprendiese el Ave María: esta rezaba casi á cada instante, viviendo inculpable vida. Murió, y habiéndole enterrado en el cementerio, mostró bien la Señora cuánto le había agradado; porque creció sobre su sepultura un árbol, en cuyas hojas todas, con letras de oro estaban escritas estas palabras: AVE MARÍA GRATIA PLENA. Al rumor del prodigio acudió innumerable pueblo: vino también el Obispo, hizo cabar el árbol, y hallaron que le nacía de la boca á aquel Santo Monge, dichosamente rudo; mejor diré, dichosamente sabio, que así, por medio de las alabanzas de María, logró la sabiduría eterna.

¡Oh, en buena hora vengas al mundo, Aurora la mas bella, que destierras las tinieblas de nuestra ignorancia: Estrella la mas pura, que alumbras las tristes sombras de nuestra ceguedad: Sol el mas hermoso, que llenas nuestros entendimientos con los rayos de la mas provechosa doctrina. Vengas en buena hora, recién nacida, que abrevias en tus prerrogativas las eternidades. Niña que ciñes en tu pequeñez, de gracia lo infinito: Criatura, que en

tus límites has de abreviar lo inmenso, hoy todos te saludan conmigo: Dios te salve, Hija de Dios Padre, en tus manos encomiendo mi fé para que la alumbres. Dios te salve, Madre de Dios Hijo, en tus manos entrego mi esperanza para que la alienates. Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo, en tus manos pongo mi caridad para que la inflames, para que salga yo de mis ignorancias: tú eres la maestra de la fé, y para que salga yo de mis culpas, tú eres la maestra de la gracia.

¶ *Se siguen cuatro sermones, que en esta inmediata cuaresma predicó el mismo padre Juan Martinez de la Parra, en la casa Profesa de México, por contener puntos de explicacion de Doctrina Cristiana, y que pueden ser de provecho á los que los leyeren.*



DEL AMOR DE LOS ENEMIGOS.

Primer Viérnes de Cuaresma, año de 1691.

Diligis proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum: Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros. Matth. cap. 5.

Si el amar es tan fácil como querer, ¿qué es ya lo que en este día me queda que persuadir? Todos confiesan desde luego por tan cierto como experimentado, que esto de amar no es mas que querer. Y si es esta verdad tan cantada, ¿qué tengo yo que atender dificultades que ponderan en su agravió para amar los ofendidos, embarazos que representan para amar en su honra los duelistas, é imposibles que, segun leyes inicuas del mundo, alegan los estadistas por el maldito duelo? Pues embarazos que con solo querer se allanan, no son embarazos; dificultades que con solo puerer se vencen, no son dificultades; imposibles que con solo querer se facilitan, no son imposibles: alto, pues; si todos cantan que esto de amar no es mas de querer, amad á vuestros enemigos: *Diligite inimicos vestros*: Jesucristo es quien así lo manda. ¿Qué tengo yo que gastar tiempo en traer ejemplos, alegar autoridades, discurrir razones, ponderar argu-

mentos? Que quién á su mismo Dios no oye, ¿qué le moverá? En amarlos nos vá la salvación, la riqueza inmenza, la quietud perdurable, la honra eterna; ¿pues qué tengo que gastar tiempo en proponerle al agraviado la quietud de esta vida, el provecho y la honra del mundo, si perdona? Pues aunque le concediera que el perdon fuera acá la mayor desventura, infamia y deshonra, padecer todo eso aún fuera nada, por conseguir en el cielo la que es honra eterna. *Solus honor*, dijo de aquella el Grande Agustino, *qui nulli negatur nigno, nulli deferetur indigno*. Y en fin, ¿qué tengo que adelgazar discursos para mostrarle á la voluntad lo fácil, lo hacedero y lo suave que es cumplir este precepto, si todos me confiesan ya que esto de amar es tan fácil como querer?—Así es, me dirá alguno picado de Filósofo; pero eso se entiende en amar un objeto agradable, donde se reconoce conveniencia, donde se halla gusto.—Admito la respuesta; pero véamos qué se le responde á esta instancia: Y si la fé, si la Verdad eterna, si el mismo Dios nos asegura en el amar al enemigo, el mayor gusto en la quietud de la conciencia, el mayor provecho en el bien del alma, y el deleite mas inmenso de la gloria: luego tambien el amar al enemigo será tan fácil como querer. Ea, que no tiene excusa nuestro amor, si no queremos negarnos á la fé; y quien á la fé no atiende, no me oiga, que para oyentes católicos esto basta. Querer mal y querer bien, todo es querer; y si querer el objeto agradable es amor de la hermosura, querer al enemigo es amor hermoso. El uno busca la hermosura; el otro en sí mismo la tiene; y lo que vá de busrar á tener, eso vá del amor de la hermosura, que tiene por madre á la naturaleza, al amor hermoso que, amando al

enemigo, tiene por madre á María y goza en si mismo la mejor hermosura de la gracia. AVE MARÍA,

Diliges proximum tuum, &c. Matth. ubi supra.

Como es este sermón de enemigos, se ha reducido á un campal desafío, en que todo es batallar con argumentos, discursos y razones; mas yo confieso desde luego, que no me hallo hoy con valor para salir así desafiado á la campaña, pues no pienso tan á campo abierto tirar puntas, que hallando broqueles de excusas y tretas de sinrazones, despues de muy fatigados, no háyamos de volver otra vez á la Ciudad, tan enemigos como antes. Mas á lo casero pienso batallar hoy; y por eso, dejando las razones de estado y los duelos á los que, reventando muy de honrados, con un punto solo revientan y bajan al infierno en un punto: *Et in puncto ad inferna descendunt, (Job. cap. 21. v. 13.)* Dejando los desafíos, las armas y las carabinas, á esos valentonazos que venden vidas, y que con esas armas bajarán al infierno á proseguir contra sí mismos la batalla, *Descendent in infernum cum armis suis. (Ezech. c. 32. v. 27.)* me pienso entrar á buscar dentro de las casas, y aun dentro de las recámaras, los enemigos que quizá por ruines se esconden.

Ya, pues, lo que otras veces se supone desde luego, como ya sabido, eso es lo que hoy ha menester mi ignorancia averiguarlo: Amad á vuestros enemigos. ¿Y quiénes son, pregunto yo, estos enemigos á quienes debemos amar?—¡Qué ociosa pregunta!—No, no me la culpen tan presto, antes que muestre mi razón y confiese nuestra expe-

riencia, que no tiene nada de antojadiza. Supónese en el Evangelio (y son aún los mas perversos judíos los que lo suponen) que amamos á nuestros prójimos, *diliges proximum tuum.* Y si yo, segun andan nuestras costumbres, no puedo distinguir por las acciones cuáles son estos prójimos que ya se aman: ¿cómo podré conocer cuáles son los enemigos que se han de amar? Si por las acciones, si por las obras, si por los efectos, nadie acertará á distinguir en México quiénes se miran como prójimos, ¿cómo en tal confusion habrá quien determine cuáles se miran como enemigos? Y si lo que ya se supone está dudoso, ¿cómo sabrémos lo que se manda?

El caso es, oyentes míos, que piensan muchos, ó por lo menos, obran, proceden y viven como si así lo pensarán, que estos enemigos á quienes debemos amar solo se entiende de aquellos que cargados de armas andan desafiando para matarse. Piensan que las venganzas que aquí se nos prohíben, solo son aquellas que tirando al último destroz, intentan derramar la sangre del corazón y la vida. Piensan las mugeres que esto de enemistades, prohibidas en el Evangelio, solo habla con los hombres que todo lo remiten á la espada. Piensan los parientes y hermanos, que esto de odios detestables á Dios, solo se les prohíbe para con los extraños. Piensan los que se comunican en una cosa y en un oficio, que esto de rencores solo los destierra Jesucristo de entre los que ni se ven, ni se comunican, ni se hablan. Piensan los que se llaman amigos, que estas malas voluntades solo las reprueba Dios entre los ya declarados enemigos. Y en fin, piensan los unos que solo hay enemistades donde han intervenido manifiestos agra-

vios. Y finalmente, piensan los otros que solo hay odios donde con la estreñeza, el retiro y el ceño, se ha negado el habla, la comunicacion y la cortesía. Pues valgan verdades y quitemos solapas. Hay gravísimos rencores entre vosotros, sin desafíos, sin armas, sin pistolas, sin que se derrame la sangre y sin que se quite la vida. Hay funestísimos odios dentro de una misma casa, de una misma familia, de un ejercicio mismo, entre los que se hablan, se comunican y se saludan. Hay enemistades mas crueles dentro de las mismas que se llaman amistades. Y en fin, hay quien aborrece al que nunca lo agravió: hay quien le dispone la ruina al que le está mostrando la risa; y hay quien le trace la deshonra á aquel á quien le está haciendo el obsequio. ¡Oh, Dios, cuáles estamos!

Ya, pues, lo que en el Evangelio se supone, eso es lo que yo quisiera persuadir. Se supone que amamos al prójimo; ¿pero qué entienden aquellos por prójimos? Ya se ve que no era la general proximidad en que todos descendemos de Adán, que así no hicieran ellos distinción. Llamaban prójimos, dice Alberto Magno, á los parientes, á los que son de un ejercicio, vivienda, oficio, y á los amigos: *Proximitas hæc est conjunctio originis, vel convictus, vel beneficii, vel redilectionis.* Pues si los que los mas perversos judíos llamaban prójimos, esos estamos viendo entre los católicos que son los mas perversos enemigos, segun andan nuestras costumbres, lo mismo pienso que es decir: *Dilige proximum tuum*, amarás á tu próximo, que es decir: *Diligite inimicos vestros*, amad á vuestros enemigos.

Confuso me hallaba aquí, sin saber por dónde entrar á tan espesa selva de malezas tan veneno-

sas, cuando me roba la atencion una miserable muger, que haciéndose camino por entre porteros y guardas, entra enviando por delante sus sollozos á los estrados de David, y despues que postrada desahogó el corazon en gemidos envueltos en lágrimas, ¡Oh, Rey piadoso, le dice, halle acogida en tu clemencia una muger, que por viuda, desamparada y sola, le quieren atropellar su justicia.—Di, muger, sosiega.—Y dice ella: Tenia yo, Señor, dos hijos; ¡ó nunca los tuviese para no ver ahora divido mi corazon en dos mitades! Ellos entre sí se desafiaron al campo, y el uno de ellos (¡qué desgracia!) quitó al otro la vida, (¡qué dolor!) y sobre tanto, ahora sus parientes y míos, aunados todos me quieren tambien á mí quitar la vida, dándole al que queda la muerte: *Et ecce consurgens universa cognatio dicit: Trade eum qui percussit ut occidamus eum, et deleamus hæredem.*—¿Qué dices muger? le dice David, el dolor te tiene perturbada; ¿pues quién te habia de creer que tus parientes hicieran tal? Si dijeras que los Ministros de Justicia, aun habia mucho que dudar; mas los parientes, que habian de aliviar tu dolor, que son parte en tu sentimiento, ¿lo habian de aumentar así? ¿Qué remedian del daño? ¿qué templan del dolor? Si ya murió el uno, ¿qué han de hacer con matar el otro? ¿Qué? Ya lo previno esa muger bien discreta: era heredero el que quedaba: *Et deleamus hæredem.* ¿Eso hay? ¿herencia que partir? Pues ya creo desde luego que los parientes serán los muy primeros en matar: *Probabile fecit commentum suum Thetiana mulier* (dijo N. V. Gaspar Sanchez) *cum sapiens inducit et deleamus hæredem, quasi diceret, ut tollamus impedimentum, quod nobis ad paterna bona aditum occludit.* ¡Ah, inte-

res vil! ¡ah, infame interes, que así atropella los fueros de la naturaleza, las obligaciones de la sangre, los límites de la razon y las leyes santas de Dios! Estamos viendo que se pasan años enteros sin que ésta visite á aquella otra Señora, que ni en la calle ni aun en la Iglesia se saludan.—¿No son parientes?—Y aun hermanas son:—Hermanas ¿y de esta suerte?—Pues qué os admira: mas pasa, quién dijera. ¡Oh, Dios! ¿Pues quién puede entre tanta estrechez de amar romper el lazo? ¿Quién entre obligación tan precisa y reconocida, aun de los tigres, dispensar el respeto? ¿Quién entre sangre tan una, dividir los corazones? ¿Y quién entre dos mugeres, que se llaman cristianas, hizo olvidar así la ley de Dios por un escándalo tan público? El interés, el interés que no tiene mas parentesco que el dinero. *Nescit propinquitatis iura cupiditas, sed propria utilitas hoc frater est,* dijo Tertuliano. (Tert. *Adv. Gnost.*) El caso es, que sus maridos, ó por un pleito que siguen, ó por una herencia que pretenden, ó por una cuenta que no ajustan, ó por no sé que deudas que entrapan, andan entre sí desavenidos, y perdido por el interes el respeto al mundo y á Dios: cerrando los ojos á lo justo, abren las puertas al escándalo, y les han mandado que ni se hablen, ni se comuniquen, ni aun se saluden. ¿Y se ha de guardar esta ley de un marido rústico, y se ha de atropellar la ley de Dios? ¿Cómo se confiesa esta gente? ¿Cómo comulga? Si en una misma reja de comulgar, concurrendo juntas, ni aun se miran, lo que yo sé es, que el Concilio IV Cartaginense, (*Can. 93 D. 90. cap. oblat.*) prohíbe que se admitan en el Altar las ofrendas de los que así en lo público, mostrándose enemigos, no se saludan. El Con-

cilio XI. Toledano, (*Can. 4.*) manda que á estos se les niegue la Santísima Comunión. El Concilio Agatense, dispone que como miembros podridos, los aparte de sí la Iglesia con sentencia de Excomunion. (*Can. 31. D. 90. c. plac.*) Y acá vemos que siendo el escándalo tan notorio, dura el odio hasta las mismas Aras de la clemencia, y comulgan juntos los que tienen los corazones tan divididos. ¡Oh, Santo Dios! No niego que el saludar una persona á otra no es parte del todo necesaria al verdadero amor que hoy nos intima Nuestro Señor Jesucristo; pero si el negar las salutaciones es entre personas, en que por algun especial título, ó de parentesco, ó de obediencia, ó de pública amistad que antes habia, se hecha menos la cortesía, ¿quién evitará el escándalo, y por consiguiente la culpa? ¿Y todavía comulgan estos? ¿Cómo se confiesan? vuelvo á preguntar.

Pero aun son mas frívolas las excusas con que, por no confesar el interés, quieren dorar la enemistad: «Que no me dió parte de su funcion ó de su boda, antes que á los demas.» ¡Y por ese puntillo tan vano se toma sobre el alma todo un monte de culpas!

Vence Gedeon al Madianita, y cuando las tribus todas de Israel celebraban la victoria en festivos aplausos, he aquí que la tribu sola de Efrain levanta amargas quejas, que faltó poco para convertirse el aplauso en la batalla mas sangrienta: *Jurgantes fortiter, et propé vim inferentes.* (*Judic. c. 8.*) Y toda la querella se fundaba en que no los llamó Gedeon á la batalla: *Quid est hoc, quod facere voluisti, ut nos non vocares cum ad pugnam pergeres contra Madiam?* ¡Pues válgame Dios! ¿Por qué ha de ser sola la tribu de Efrain la que

tan ofendida se queja? Callan las demas y esta sola hace sentimiento? Sí: eran los de Efrain los mas cercanos parientes de Gedeon, que era de la tribu de Manasés, ambas descendientes de Joseph, y fundabase el sentimiento en el mas cercano parentesco. Fineza de amor parece, que tanto sientan no haber entrado con sus parientes en la batalla. ¡Parientes que se ofenden de que no los llamen en el aprieto, nobles parientes por cierto! así parece, dijo el Abulense; pero no es queja esa, sino dolor de no tener parte en los despojos: es sentimiento de ver que los de Manasés se les aventajan, y por eso cuando todos aplauden, los mas parientes son los que turban el regocijo de la victoria. Es cierto, y consta del Texto del capítulo antecedente, que los habia convidado Gedeon para la batalla: ¿pues cómo se quejan de que no los llamó? Porque los llamó con todas las demas tribus, y queria su soberbia que el convidarlos a ellos fuese con muy especial ceremonia: *Putabant*, dice el Abulense, *se contemni, si non observarentur eis multae ceremoniae honoris*. ¡Ah, cuántas que parecen finezas de amor, son dorados pretestos de la mas villana ruindad, y con un puntillo que alegan para el sentimiento, ocultan venenosas puntas de solapados odios! ¿Qué murmuró, qué habló, qué dijo? ¿Y por ese chisme de una criada, por ese cuento de un hombre ruin, ó un lacayo, se hañ de estar ardiendo dos casas? ¿Y lo ha de saber, y lo ha de murmurar, y lo ha de reir toda la República? Que casó la otra, ó el otro á disgusto mio y deshonor de su linage. Quizá no es tan en deshonor, como lo finge vuestra soberbia; mas pregunto: ¿Por que no le habéis, ni lo veáis, deja él de ser vuestro pariente, ó vuestro hijo? No. ¿Se des-

hace por eso el casamiento? Menos. ¿Pues padecer por aquel casamiento la deshonor, y perder por ese odio el alma? ¿Honra y alma perdidas? ¡Oh Dios! ¿Qué necedad mayor que querer remediar una pérdida con otra pérdida, y perder el alma? ¿Por qué os parece que se perdió la honra? Los bárbaros, nos dice hoy Jesucristo, la gente sin Dios, los gentiles, comunican y saludan á sus parientes: *Si salutaveritis fratres, vestros tantum, nonné, et ethnici hoc faciunt?* ¡Oh, Señor! Y si aun esto hacen vuestros cristianos, ¿qué diremos? pues hacen punto de honra lo que aun los mismos gentiles miran como infamia.

Fácil prueba nos ofrecen difíciles palabras del segundo del Paralympomenon: *Congregati sunt contra Israel filii Moab, et filii Ammom, et cum eis de Ammonitis* (2. Paralymp. c. 10.) No es menester mas que leerlas para que todos al punto conozcan su dificultad. Dice que se coligaron en armas contra los Israelitas los hijos de Moab y los hijos de Amón; y con estos algunos Amonitas. ¡Hay tales palabras! ¿Los hijos de Amón, y algunos Amonitas? Es lo mismo que si dijera: se juntaron los de Roma, y con ellos algunos Romanos: los de España, y con ellos algunos Españoles. ¿Pues para qué es esta repetición tan ociosa? No lo es, dice San Gerónimo, porque esos que llama Amonitas, no lo eran en la Nacion, por eso no los llama hijos de Amón: eran Amonitas solo en el traje, porque esos eran Iduméos. Basta la autoridad de tanto padre para sacarnos de esta duda; pero aun queda otra: porque si son Iduméos, ¿por qué se han de llamar Amonitas? *Et cum eis de Ammonitis*. Es el caso, dice San Gerónimo, que la guerra se hacia contra los de Israel, contra los hijos

de Jacob, y los Iduméos eran hijos y descendientes de Esaú, hermano de Jacob; eran parientes suyos. Pues pelear contra sus parientes dióles vergüenza á los Iduméos, ¿y qué hacen? Múdanse el trage, y quieren mas bien llamarse Amonitas, porque no les quede la infamia de que se diga en el mundo que unos parientes hacen guerra como enemigos á otros parientes. ¡Oh, qué de alma tienen las palabras de San Gerónimo: *Ob reverentiam paterni nominis nolebant in pristino habitu arma movere contra Israël, sed transfigurabant se in habitum Ammonitarum.* (S. Hieron, *in qq. Hebr. in Par.*) De modo, que unos bárbaros tienen por infamia declararse contra sus parientes por enemigos, ¿y entre católicos se ha de tener por honra fundar la enemistad mas cruda en el mas estrecho parentesco?

Y si así pasó entre los que son de una sangre, ¿que sucede entre los que son de un ejercicio y de un oficio? Ya lo responde la vulgaridad: *¿Quién es tu enemigo?—El de tu oficio.* Y de estos, ¡oh, cuántos hay! hay enemigos en los Palacios, en los Tribunales, en las Escuelas; hay enemigos en las tiendas de oficiales y de mercaderes; hay enemigos en las casas, y hay enemigos hasta en los claustros; hay enemigos en las visitas, y hay enemigos en los estrados. ¡Oh, cuántos enemigos! ¡Oh, que nunca vemos que se desafien! es verdad; pero se deshonoran. No sacan las espadas: así es; pero juegan las lenguas. No andan cargados de carabinas: es así; pero traen atacadas de veneno las intenciones. No se derrama la sangre: es verdad; pero hacen que corra sangre la reputacion y el crédito. No se quitan las vidas: así es; pero se condenan las almas. ¡Oh! que se hablan, se visitan y

se saludan: sí; ¿pero con qué políticas, con qué máquinas, con qué trazas? Nunca se han hecho agravios: es verdad; mas con todo eso son enemigos. ¿Pues por qué son estas tan perversas enemistades? ¡Ahí está el punto; aguarden.

¿Qué agravio le hizo aquella santa muger Ana, á la otra llamada Fenena, para que esta continuamente la royera con murmuraciones, y aun la atormentara con oprobios? (1. Reg. 1.) No fué mas el agravio, sino que era Ana de mejores prendas que Fenena; y que por eso, aunque infecunda, mas querida de Elcana su marido. De modo, Señora, que porque la otra se os aventaje en la hermosura, en la discrecion, en las prendas, sin haberos hecho mal alguno, la habeis de tener tan por enemiga, que ha de ser todo el blanco de los apodos, de la murmuracion y de la risa? ¿y qué solo un pelo que le noteis, ha de ser por vuestras bocas el platillo de los estrados? Dura cosa por cierto. ¿Qué ofensa le hizo David á Saúl para que con tanto rencor tirara por tantas veces á quitarle la vida? Toda la ofensa fué, despues de darle la salud, asegurarle el Reino, y conseguir insignes victorias, que allá le llevó David no sé qué aplausos de las damas de Jerusalem, y que acá el mismo Dios le dió el Decreto para suceder á Saúl en el Reino. De modo, caballero pretendiente, que porque el otro haciendo como vos su diligencia, por su maña, por su brazo, ó sea por su mano, logró la gracia, ganó el Decreto, alcanzó el oficio, sin haberos hecho otra ofensa, lo habeis de coger por tan enemigo, que al punto hemos de saber todos por vuestra boca, quiénes fueron sus abuelos, cuáles sus procederes, y de dónde fueron sus principios? ¡Terrible caso! ¿Qué agravios les hizo allá Jacob á los hijos de Labain, para

que ellos tan á boca llena dijeran que era un ladrón al verlo rico? *Tulit Jacob omnia, quae fuerant Patris nostri. (Genes. 13.)* El agravio que les hizo fué servile á su padre catorce años, como un esclavo; hacer con él pactos muy lícitos; premiarle Dios su trabajo y aumentarle su hacienda. De modo, mercader, oficial, tratante, que porque al otro le envía Dios la suerte á sus puertas; porque ves que gana, porque ves que sube, porque ves que se aumenta, sin hacerte á tí mal alguno, ¿lo has de tener tan por enemigo, que no sosiegues por armarle la zancadilla, y por arruinarle en el crédito? ¡Grave desdicha! Y por abreviar, ¿qué agravio hizo Abél á Caín? ¿Joseph á sus hermanos? ¿Y por qué ni aun el Cielo se escapó de esta peste? ¿Qué agravio le hizo el Verbo de Dios encarnado á Lucifer tan amotinado y rebelde? ¡Oh, qué de enemistades sin agravios! ¡qué odios sin ofensas, tanto mas perniciosos cuanto mas ocultos! Y si nó, ¿qué daños se siguen de estas solapadas enemistades?

¡Ah, mi Dios, y cuál está el mundo! Exclama el mayor Sábio y mejor desengañado Salomon: *Vidi calumnias, quae sub sole geruntur, et lacrymas innocentium, et neminem consolatorem. (Eccl. 4.)* Estoy viendo hervir las calumnias, los falsos testimonios, las imposturas, las deshonras: el que ayer tan honrado, ya caído; el que ayer con caudal, ya perdido: gime oprimido á las violencias el desvalido, y no le queda al inocente otro consuelo en su total desdicha que sus lágrimas. ¡Ah, mundo! Dichoso el que con la muerte se ha librado ya de tal vida, y mas dichoso el que no ha nacido á ver y padecer tanto tropel de desventuras! Pero si tantos caen sin saberse porqué; si tantos se arruinan, sin ver cómo alguna mano anda aquí, que por lo bajo mueve tan-

tas desdichas: ¿qué mano tan poderosa será la que así trastorna todo un mundo? Pues en verdad, que por mas que se esconda, yo la he de averiguar. ¿Y miren quien? un Salomón púsose á pensarlo despacio: *Rursos contemplatus sum*: Fué cotejando sucesos; fué atando cabos y halló el fin. ¿Qué es lo que halló? Ya lo dice: *Omnes labores hominum, et industrias animadverti patere invidiae proximi*. He advertido ya, dice, que no hace accion el hombre, ó ya sea de las que acaba la mas afanosa fatiga, ó ya de las que consigue la mas mañosa industria, que no esté patente á la envidia del vecino, del compañero, del de su profesion y de su oficio; ese es el que allí llama prójimo, dijo nuestro Cornelio: *Invidia enim est inter aequales, et ejusdem artis, figulus figulo invidit, faber fabro*: Bien está; ¿mas qué tiene eso que ver con las calumnias, los gemidos, las violencias y las lágrimas de que se acaba de lamentar? ¿Qué? Que esta es toda la causa de tantos males. *A calumnia, prosigue Cornelio, transit ad invidiam, tamquam ab effectu ad causam: invidus enim calumniatur facta alterius, ut ea obscuret*. ¿Pues qué os parece que esos mirones no hacen mas que mirar? ¿Aquel atisvar, aquel escudriñar, aquel averiguar, aquel notar, no pára mas que en eso? Pues ellos son los que destruyen, los que arruinan y los que pierden. ¿Por qué aquel cayó de la gracia del poderoso? Porque el otro mirón le armó el chisme. ¿Por qué á aquel oficial le quitan aun el trabajar en su oficio? Porque hay muchos veedores, que son veedores de la envidia. ¿Por qué aquel mercader titubea en el crédito? Porque no siendo tirano vendía, y le han levantado que quema á los otros, que porque ellos no venden se queman. ¿Por qué aquella pobre muger vive en un

infierno con su marido? Porque la otra vil ramera la ha puesto mal con él, por estafar ella. ¡Oh, qué prójimos tan perniciosamente enemigos! *Patere invidiae proximi.*

Arroja el Rey Darío á Daniel en un lago de hambrientos Leones, y cerrando luego el lago con una grande peña, lo sella con su Anillo Real. ¡Ah, tales diligencias! Si Daniel no podía subir un lago tan profundo, ¿qué importaba dejarlo abierto? ¡Y si ya seguro con un peñasco, para qué luego todo un Real Sello? Sin todo eso, ¿cómo podía escapar el miserable Profeta? No son para él esas diligencias, nos dice el Texto Santo, antes son todas en su favor: *Ne quid feret contra Danielelem.* Es porque no le hagan algun daño. ¡Hay mas extraña cosal Pues es muy bueno que lo dejan en el profundo entre Leones hambrientos, y en lo de afuera le ponen la defensa: cierre Darío de aquellos hambrientos Leones las bocas, que la boca del lago, antes es cerrarle del todo su escape. No lo habeis entendido, nos responde Darío, son los cortesanos de mi Palacio los que tiran á quitar la vida al Profeta, porque se les aventaja en la privanza; pues de su virtud seguro estoy que no se le atreverán los Leones; pero no estoy seguro de la envidia que desde fuera no le quitará la vida; pues quede entre Leones hambrientos, que menos fieros serán que Cortesanos envidiosos; que si de aquellos con quien vive no se libra, de las mas sangrientas fieras se escapará: tal es la enemistad que corre tan solapada entre los que son de un ejercicio, que gana en crueldad á la mayor fiereza.

Pero aun se extiende la enemistad entre los que se llaman amigos, y debiéndoles servir de escarmiento en Judas, á ese toman por ejemplar: *Verun-*

tamen, dice gravemente sentido nuestro Redentor, *ecce manus tradentis me mecum est immensa.* (Lucas. 22.) La mano del que me ha de entregar está en la mesa conmigo. ¿La mano, Señor? ¿la mano? ¿Pues no está ahí en la mesa con vos Judas? ¿Cómo puede estar esa mano sola? Porque mientras pone la mano en el plato, está allá aquel maldito corazon en la venta. Pues, ¡oh, qué de manos de estas se juntan en la mesa, se besan en la calle, que no son mas que manos, cuando mas apartado está el corazon! *Ecce manus.* Mano para la bolsa, mano para la mesa, mano para la propia conveniencia, mano para conseguir; y en fin, manos de Judas para perder: mano de tinieblas para matar luces. De todos previno la queja sentidísima el Señor, por boca de David, (gran texto) al Salmo treinta y cuatro: *Quoniam mihi quidem pacificè loquebantur; et in iracundia terrae loquentes dolos cogitabant.* Hablan con amistad, muy dulces de palabras; pero mientras así están hablando, con una ira de la tierra están en el pensamiento trazándole zancadilla. Todo el texto estaba claro, si una palabra sola no fuera tan difícil: *In iracundia terrae,* con ira de la tierra. ¿Qué ira es esta? Si es por lo terrible, diga que con una ira del infierno: si es por lo fiero, diga que con una ira de demonio; aun es poca toda esa, dice nuestro Lorino, y por eso para significar la ira mas terrible, mas formidable, la llama ira de la tierra. ¿Pues cuándo vemos esta ira tan formidable de la tierra? Nunca, y en eso está lo mas terrible. Notad: los otros elementos se suelen declarar enemigos; el fuego, ¿quién no teme su cólera? ¿quién no la huye? El aire y el agua, cuando en esos mares se conjuran, ¿qué horror no ponen con su furia? Los navegantes lo digan, que aun antes de salir del

puerto ya los temen; pero á la tierra, ¿quién la teme? Nadie, es el elemento amigo, el que nos sustenta, el que nos carga. Pero hé aquí, que cuando así nos está favoreciendo, sin dar á entender nada, allá por lo mas escondido de sus senos, concebida su cólera de repente, ¡qué temblor! ¡qué horror! Todo se extremese; crujen los techos, se sacuden los edificios, bambalean las torres, y ¿cuántas veces ha dejado una Ciudad hecha un comun sepulcro? Pues esa es la ira de la tierra: *In commotionibus terrae.* Vuelven otros una ira solapada, que cuando menos lo pensamos nos derriba un elemento que, siendo nuestro amigo, cuando mas descuidados, nos arruina; pues esa es la ira mas temerosa; esa es en medio de la amistad la enemistad mas terrible: *Et in iracundia terrae loquentes dolos cogitabant.* Y si hay de estos enemigos tantos, ¿cuáles en fin son los enemigos que hoy nos manda amar Jesucristo? No sé si diga que á todos, pues aun los mas prójimos son los mas enemigos.

Ya, pues, con todos habla igualmente nuestro Divino Redentor; con enemigos declarados, y con solapados enemigos; con los que en lo interior ocultan rebozado el odio, y con los que en lo exterior declaran manifestar la enemistad; con los que aborrecen porque les hicieron agravios, y con los que sin haberles hecho agravio aborrecen: *Diligite inimicos vestros.* Y si en este amor consiste nuestra vida y estriva nuestra salvacion, triunfe ya en nuestros corazones el amor verdadero de todos nuestros prójimos, pues no basta con Dios aparentes ceremonias de solas palabras.

¡Oh, Soberano Dios de la paz! ¡Oh, benignísimo Dios de la clemencia! ¡Oh, Jesús amoroso, dueño de nuestros corazones! Si en esa Cruz, habiendoo

puesto el odio de vuestros enemigos así, nos estais enseñando á perdonar agravios, ¿cómo habrá corazon que se os resista, voluntad que no os imite, amor que no os obedezca? ¿Quién habrá que se niegue á vuestro precepto, á vista de vuestro ejemplo? Ya todos, mi Jesus, os seguimos; todos ofrecemos desde aquí el amor verdadero á cuantos nos han ofendido; ¿todos dije? ¡Oh, que no sé cuántos de mi auditorio se niegan todavia á conceder este amor tan noble! Pues apártense del número de los escogidos de Dios; sepárense del rebaño que en esta Iglesia tiene Jesucristo, y ya apartados esos desventurados, yo, mi Dios, mojando la pluma en esa sangre preciosísima de vuestro costado, escribo desde aquí en nombre de estos vuestros escogidos que me oyen, un general perdon. Diganlo conmigo los que quieran aprovecharse de esta sangre. Yo, Señor, en esos vuestros Sacratísimos Piés, dejo y depongo cuantos agravios he recibido, y cuantos en lo venidero me hicieren; yo os sacrificio todo el todo de mis sentimientos por víctima de vuestra honra; y desde aquí ofrezco de todo mi corazon la paz y el perdon á todos los que me lo pidieren, y propongo yo á los que he agraviado, y prometo recibir con todo el amor de mi alma á los que me han sido enemigos. Perdonadme, mi Jesus, con aquella piedad conque yo perdono: recibidme á vuestras brazos, como yo á los míos admito á los que me han ofendido, para que cuando desatada esté mi alma del cuerpo, y presentada á vuestro severísimo Tribunal, mis pecados me acusen, vos seias mi defensor, vos mi abogado: palabra me habeis dado de que me perdonarais si yo perdono; pues yo perdono, y con vuestra misma sangre lo firmo. Cristianos, ¿hay alguno que no quiera firmarlo así? Declárese, que

yo con esta misma sangre de Jesucristo firmaré desde aquí la sentencia de su eterna condenacion. Perezca el desventurado, perezca quien á Cristo le niegue la demanda tan justa, y aquella misma sangre que lo había de salvar, esa sea la que le condene: no halle piedad quien no la tiene: no consiga perdon quien no lo dá; no logre misericordia quien no la usa; caiga, caiga y prevalezcan contra él todos sus enemigos: quede su muger viuda, huérfanos sus hijos, y sus descendientes anden descarriados, pobres y mendigos; arruínese su casa, disípese su hacienda, y bórrese de la tierra el nombre: *Et desperat de terra memoria ejus, pro eo quod non est recordatus facere misericordiam.* Duren firmes en los archivos de Dios las memorias de todos sus delitos, para que cuando parezca en aquel espantoso Tribunal, sea juzgado sin misericordia quien no supo tenerla; y quien no quiso perdonar, salga de aquel Tribunal para siempre condenado. *Cum judicatur, exeat condemnatus.* ¡Oh! no permita, Señor, tu piedad infinita, que haya en este auditorio alguno ó alguna, que hoy quiera salir de esta Iglesia condenado, que se quiera echar sobre sí estas espantosas maldiciones de las Divinas Escrituras, por conservar en su corazon un odio maldito! sino que todos con veras de nuestro corazon firmemos este general perdon. Perdonamos, mi Dios, porque tú nos perdones: ofrecemos á todos nuestro amor, porque tú nos ames; admitimos á todos á nuestra amistad, porque tú nos recibas á tu gracia.

RECETA DE SALUD DE LAS TRES PRINCIPALES ENFERMEDADES
QUE SE CURABAN EN LA PISCINA.

Segundo Viérnes de Cuaresma, año de 1691.

In his jacebat multitudo magna languentium, caecorum, claudorum, et aridorum. Joan. cap. 5.

Erasede en Jerusalén una prodigiosa Piscina, no en vano así llamada del comun, pues que aunque no tenia peces, parece que se pescaban en sus aguas los milagros, hallando en ellas todas las enfermedades, como de lance, la salud. *Probática* era el nombre de su oficio, porque no estuviese ociosa mientras no hacia milagros, que no habian de ser estos pretexto para excusarse del trabajo. Servían, pues, de ordinario sus aguas de lavar para sus sacrificios al cercano templo: y no por emplearse así en este ejercicio sus aguas, dejaban de atender al Cielo, de donde les venia su virtud. Todo lo juntó el Hebreo, llamándola *Bethsaida*, casa de misericordia: donde, sin omitirse diligencias humanas, asisten socorros divinos. Así sucedia allí; porque á tiempos no prevenidos, bajando del Cielo un Angel, movia invisiblemente las aguas; y á su alboroto, siguiéndose el alborozo en los enfermos, á toda pri-

yo con esta misma sangre de Jesucristo firmaré desde aquí la sentencia de su eterna condenacion. Perezca el desventurado, perezca quien á Cristo le niegue la demanda tan justa, y aquella misma sangre que lo había de salvar, esa sea la que le condene: no halle piedad quien no la tiene: no consiga perdon quien no lo dá; no logre misericordia quien no la usa; caiga, caiga y prevalezcan contra él todos sus enemigos: quede su muger viuda, huérfanos sus hijos, y sus descendientes anden descarriados, pobres y mendigos; arruínese su casa, disípese su hacienda, y bórrese de la tierra el nombre: *Et desperat de terra memoria ejus, pro eo quod non est recordatus facere misericordiam.* Duren firmes en los archivos de Dios las memorias de todos sus delitos, para que cuando parezca en aquel espantoso Tribunal, sea juzgado sin misericordia quien no supo tenerla; y quien no quiso perdonar, salga de aquel Tribunal para siempre condenado. *Cum judicatur, exeat condemnatus.* ¡Oh! no permita, Señor, tu piedad infinita, que haya en este auditorio alguno ó alguna, que hoy quiera salir de esta Iglesia condenado, que se quiera echar sobre sí estas espantosas maldiciones de las Divinas Escrituras, por conservar en su corazon un odio maldito! sino que todos con veras de nuestro corazon firmemos este general perdon. Perdonamos, mi Dios, porque tú nos perdones: ofrecemos á todos nuestro amor, porque tú nos ames; admitimos á todos á nuestra amistad, porque tú nos recibas á tu gracia.

RECETA DE SALUD DE LAS TRES PRINCIPALES ENFERMEDADES
QUE SE CURABAN EN LA PISCINA.

Segundo Viérnes de Cuaresma, año de 1691.

In his jacebat multitudo magna languentium, caecorum, claudorum, et aridorum. Joan. cap. 5.

Erasede en Jerusalén una prodigiosa Piscina, no en vano así llamada del comun, pues que aunque no tenia peces, parece que se pescaban en sus aguas los milagros, hallando en ellas todas las enfermedades, como de lance, la salud. *Probática* era el nombre de su oficio, porque no estuviese ociosa mientras no hacia milagros, que no habian de ser estos pretexto para excusarse del trabajo. Servían, pues, de ordinario sus aguas de lavar para sus sacrificios al cercano templo: y no por emplearse así en este ejercicio sus aguas, dejaban de atender al Cielo, de donde les venia su virtud. Todo lo juntó el Hebréo, llamándola *Bethsaida*, casa de misericordia: donde, sin omitirse diligencias humanas, asisten socorros divinos. Así sucedia allí; porque á tiempos no prevenidos, bajando del Cielo un Angel, movia invisiblemente las aguas; y á su alboroto, siguiéndose el alborozo en los enfermos, á toda pri-

sa, unos tropezando con otros, el que primero caía, ese era solo el que se levantaba: eso es acudir con prontitud cuando llama Dios; que lo que nos parece caer es levantar; lo que nos parece ahogo es salud, y el que con resolución pierde el pié con que estrivaba en la tierra, ese en las aguas de la gracia gana todo el cuerpo para el Cielo. A la esperanza, pues, de este milagro, en cinco soportales que la rodeaban, yacía una multitud grande de enfermos, entreteniéndose los ayes de su padecer con la mas costosa receta del esperar. ¡Cosa rara! ¡las aguas de salud, y á sus orillas muchos enfermos! Muchos sanos, dijera yo; pero eran enfermos de confiados; por eso, despreciando las medicinas, duraban en sus achaques con decir: Ahí está la Piscina, Ahí está la Confesion, dicen acá enfermos mas peligrosos: haré este pecado, que luego me confesaré. ¿Y ya sabes que te confesarás? ¿Y ya sabes que te confesarás bien? ¿Y ya sabes que te quiera dár Dios el auxilio que tanto le has desmerecido? ¡Oh, confianza necia, que á tantos dejó sin remedio en la misma salud! No está léjos la prueba. ¿Aquellas aguas sanaban los enfermos? ¿pero cuántos no sanarian? ¿Cuántos rendirian entre gemidos la vida allí, allí á las mismas orillas de su remedio? De uno sabemos que contaba ya treinta y ocho años de cama, y en ella treinta y ocho edades de dolores, y treinta y ocho siglos de deseos; en su enfermedad, dice el Evangelista, *In infirmitate sua*; claro está que habia de ser suya; pero no es tan claro, que pudiera estar enfermo de la enfermedad ajena. Díganlo cuantos viven de ser corredores de culpas, de escandalizar, de consentir y tapar. Suya era la enfermedad de aquel pobre, suya era; ¿pero qué enfermedad? El Evangelista

del todo nos la calla: mas ya todos han dado en decir que él era el Parálitico, y se han salido con ello. No sé qué tiene esta voz comun del pueblo, aun cuando callan los Evangelistas. Ello lo debieron de sacar por los efectos, ó de que no se movia, ó de que era esto con mucha dificultad. ¿Así? Pues parálitico es. ¿Qué importa que se quiera solapar el achaque, mientras lo están manifestando los efectos?

Este, pues, era el estado de aquel hospital y Piscina, cuando se llegó la Pascua. ¿Cuál de ellas? No lo dicen; y sea lo que fuere, que para nuestro Señor Jesucristo, en haciendo bien á los hombres, esa es su fiesta toda, y es su Pascua. Entónces, pues, entró el Señor allí, y llevando en sus hojos las dos mejores fuentes de salud, se los robó desde luego, quizá por mas necesitado, aquel de treinta y ocho años de enfermo. Fuese acercando hácia él, ¡qué hermosamente apacible! Y sin mas ostentacion de aparato, (que siempre atiende Dios mas al fruto) hombre, le dice, ¿quieres sanar? Él entónces, mostrando que tanto como su enfermedad prolija le afligia su total desamparo, de éste se lamenta, y deja que su querer, su misma necesidad lo publique muda: ¿que si quiero? para eso estoy aqui, y hace treinta y ocho años que de dia y de noche estoy queriendo. Pero soy tan desdichado, que sobrándome dolores, porque ni este me falte, no hay quien de mí se duela: ni puedo valerme yo, ni tengo quien me valga; un hombre solo no tengo que, cuando se revuelven esas aguas, me arroje en ellas; y si bien hago mi diligencia, por mas prisa que quiero darme, como vá tan despacio mi achaque, siempre llego tarde. ¿Así? Pues levántate, dice el Señor: levántate, carga esa tu camilla y anda vete.—

¿Cómo Señor? ¿Y no hay mas que eso para un enfermo de tantos años?—No hubo mas: levantóse, recojió sus pobres trapos, echóselos al hombro y fuese. ¿Y fuese? ¿cuando suspensa toda la admiracion no se mueve? ¿Y fuese? ¿cuando atónito se queda embelesado el pasmo? ¿Y fuese? ¿cuando suspenso se pára el discurso? Fuese descontando en un instante solo de salud, treinta y ocho años de miserias. ¡Estupendo milagro! ¿Pero los demas enfermos? Esos acá se quedan para que ellos busquen, y les busquemos la salud, que basta dejarles el Señor la receta para que la consigan; no hemos de querer que lo haga Dios todo. Apenas sale aquel con su camilla acuestas, cuando los fariseos le meten á pleito el milagro, conque no puede hacerse en sábado. Dejémoslos rabiár envidiosos, que para nosotros, si el sábado nos representa en María el mejor descanso de Dios, ese fué allí especial título para hacer el beneficio, como es acá motivo poderoso para conseguirnos la gracia. *Ave María.*

In his jacebat multitudo magna languentium,
&c. Joan. ubi. supra.

En una Piscina de achaques incurables toda una República de enfermos peligrosos, desde luego me desalentara el ánimo á conseguirles la salud, si no fuera el mismo Médico Divino el que les ofrece el remedio, que en uno solo, que por milagro dejó sano, á todos les dejó la receta para que puedan sanar sin milagro. Entró ya visitando las salas de los enfermos para ver luego cómo al ejemplo del que sanó, pero con su receta misma, pueden quedar todos remediados. No me admiran, pues, que fuesen allí los enfermos tantos; lo que sí reparo, es,

que fuesen las enfermedades tan pocas. Los enfermos una multitud grande: *Multitudo magna languentium*; y las enfermedades solo tres: *Caecorum claudorum, et aridorum*; ciegos, cojos, valdados. ¡Válgame Dios! ¡tantos enfermos con tan pocas enfermedades! Diré la razon de mi reparo: Bien sé que basta una enfermedad sola para que de ella muchos enfermos adolezcan: eso se viene á los ojos; pero si en aquella Piscina sanaban todas las enfermedades sin reservarse alguna: *A quacumque detinebantur infirmitate*: luego acudirian á ella los enfermos de todas las enfermedades. Parece discurso legítimo; y si todos acudian, díganos el Evangelista que hay muchos enfermos, y tambien muchas enfermedades; ¿pero en tan gran muchedumbre de enfermos, solas tres especies de achaques? ¿No habrá leprosos, héticos, calenturientos, hidrópicos? ¿Qué en toda una Ciudad tan grande, tan populosa como era Jerusalem, no habia mas que solo tres enfermedades? Pues á cualquier hospital de México que vayan, sin haber muchedumbre de enfermos, han de hallar mas de tres enfermedades. ¿Cómo, pues, en la Piscina, adonde todos concurrían, solas tres se hallan? Miren lo que he pensado, y considérenlo conmigo á lo práctico. Esos tres achaques eran los que en sí mismos tenían el embarazo de su remedio; no así los otros. Pongámonos á mirar la Piscina: la dicha y la salud estaban allí, no en caer como quiera á las aguas cuando se movían, sino en caer el primero, ese solo sanaba: *Qui prior descendebat*. Ahora, pues, muévense de repente las aguas; pero el ciego, como no las vé mover, mientras le avisan, mientras lo cree, mientras llama al Gomecillo, mientras lo lleva, zás, ganóle ya la vez el leproso, que como no tenia su mal en la

vista, logró ya, y ya sale sano, y se despide cuando el ciego llega y se queda suspirando á la orilla. ¿Qué se ha de hacer? Hasta otra ocasion, hasta otra. Vuelven á moverse las aguas, y el cojo, ó el tullido, aunque las ve mover, mientras acude á las muletas, mientras las acomoda, por mas prisa que se dá, retardado su movimiento, zás, ganóle la ocasion el hético, que cuanto mas delgado, se mueve mas ligero, y sale ya sano de su achaque, dejando el hospital cuando el cojo llega á suspirar solo. Hasta otra vez, paciencia. Vuelven á moverse las aguas, miralas el valdado ancioso; pero con medio lado muerto, mientras llama, mientras vienen, mientras lo cargan, zás, logró ya el lance el hidrópico que no hubo menester quien lo cargara; sale ya bueno y se despide, mientras aquel se queda suspirando. Y hé aquí cómo de una ocasion en otra, los otros salen y estos se quedan: sanan los leprosos, los héticos, los hidrópicos, se despiden y se ván. Y los ciegos, los cojos, los valdados, ahí se estan, ahí se quedan siempre rezagados, siempre enfermos, y siempre sin remedio; porque tienen el embarazo de su salud en su misma enfermedad: *Cæcorum, claudorum, et aridorum.*

¡Ah, enfermedades, que así de vosotras mismas os fabricais los imposibles al remedio! Sucede fieles, (porque vengamos de la general Piscina de Jerusalén al comun hospital de México) sucede, que llegada una Cuaresma, muévense á las voces de los predicadores, las aguas de la gracia; vienen como de tropel, concursos grandes al sermon de todo género de enfermos; sanan por suma dicha nuestra, y suya, no pocos; ¡pero quiénes? El uno, que lo precipitó su desdicha: la otra, que la arruinó su fragilidad; pero pasada la Cuaresma, vemos que to-

avía se queda una muchedumbre grande de enfermos: *Multitudo magna languentium.* Cuántos, ciegos en la pobreza, que mientras acaban de conocer la verdad, mientras acaban de ver su desdicha, voces, desengaños, avisos, ahí se están, ahí se quedan hasta otra Cuaresma, hasta otra? ¡Y cuántos años ha, desventurado, que así te vas quedando siempre ciego? Quédanse los cojos de la vanidad y la soberbia asidos á las muletas de excusas por mas que los convidan los desengaños; y de un año á otro mas crecida la vanidad, y mas en su punto la soberbia. Quédanse todavia los valdados de la avaricia, cerrándose mas apretadamente que sus cofres, y peores cada dia, y mas de muerte. Pues á todos en una sola salud les deja hoy el Señor el general remedio. Con tres palabras sanó aquel paralítico, y en esas mismas tres palabras les deja la receta de salud á toda esta muchedumbre de enfermos: levántate ciego, y así sanarás: *surge*, toma sobre tus hombros esa cama, cojo de la soberbia, y así quedarás libre: *Tolle gravatum tuum*: muévete, anda, valdado de avariento, y así recobrarás tus fuerzas. *Et ambula.*

Digno es de suma admiracion el cotejo que ya os propongo. Comparad á David con David, para conocer así la mas terrible enfermedad. Vióse una vez ya victorioso, no menos de enemigos que de trabajos, exaltado á la grandeza del sólio, y abrió brecha en su corazon por donde la presuncion y la arrogancia le hicieron nuevo asalto, y mas terrible. Mandó contar sus combatientes, glorioso al ver los campos embarazados con el número de sus tropas: hizose á su mandado la reseña, y cuando su Capitan General Joab le trae ya las listas de sus reseñadas escuadras, en las manos las tenia to-

davia, cuando *percussit*, dice el Texto Santo, *percussit cor David eum*, le remordió la conciencia, le fatigó el escrúpulo y lo afligió tanto, que al punto, postrado por la tierra, reconocido y humilde: Oh, Señor, clama á Dios, conozco mi pecado, y veo que es grande: *Et dixit ad Dominum: peccavi valde in hoc facto*. Viene enviado de Dios el profeta Gad, y aun antes que hable una palabra sola, le sale David al encuentro, y le previene su reprehension con la confesion espontanea de su culpa: *Confusione praevenit Dei nuntium*, dijo San Ambrosio: delicada conciencia por cierto, pero aguarden: peca otra vez David, comete aquel torpe adulterio con Bersabé, ejecuta un sangriento homicidio, y llena á Jerusalén de escándalo. Y después de tanto, un dia y otro se pasa, uno y otro mes, y ya casi todo un año; y David se está tan sosegado, tan sin remordimiento, tan sin susto, tan sin escrúpulo, que venido entónces de parte de Dios el profeta Nathán, le pone delante punto por punto todo su delito claro, patente sin mas que mudarle los nombres, y con todo eso, ni David lo ve, ni lo advierte, ni lo conoce. Pásmese ahora quien tuviere entendimiento á este cotejo. Allí apenas ejecuta el pecado, y ya es sentido, ya visto, ya llorado: aquí cometido un tan enorme delito por el espacio de casi todo un año, y ni lo ve, ni lo conoce, ni lo advierte: este poniéndoselo á los ojos el profeta Nathán, no lo ve; y aquel aun antes que el profeta Gad le haga el cargo, ya David lo confiesa y lo llora. ¿Qué es esto? ¿Qué ha de ser? Que era el segundo pecado de lascivia y por eso deja á David tan rematadamente ciego, que le quita la atencion, aun para admitir lo mismo que le están ofreciendo de remedio.

Por aquí salgo ya de una duda. Dudaba yo ¿por-

qué siendo la seguedad de lentendimiento, castigo general de todos los vicios, se ha de alzar con todo eso sobre todos el amor torpe, con el nombre, las propiedades y los hechos de ciego? Dá la razon Santo Tomás: *Quia vitia carnalia in tantum magis extinguunt iudicium rationis, in quantum longius abducunt á ratione.* (2. 2. q. 53. art. 6. ad. 3.) porque cuanto mas se acerca por la carne la sensualidad á lo bruto, tanto mas se tupe á lo ciego, y quedándole al lacivo lo sufrido de un bruto para el azote, el afan, la fatiga, su misma ceguedad le estórva el buscar el remedio á su miseria, ¿pues qué pensais, dice San Paulino, que fueron los filisteos los que sangrientos le sacaron á Sanson los ojos? No fué sino el amor torpe quien lo dejó ciego: no es ahora la taona la que así lo trata como un jumento; la ramera vil fué la que lo envileció como á un bruto. ¿No habeis oído ya el suceso? Pónelo aquella cuatro veces en manos de sus enemigos, y á tan repetidos lances, aun no acaba de ver sus traiciones: lo engaña una y otra vez, y aun no conoce los mismos engaños que toca. Pues sobrados tenia ya á los ojos, quien lo mismo que miraba no lo veía: por demas tenia el entendimiento, quien á lo mismo que entendía no se daba por entendido: ya él era ciego con la torpeza; ya él era bruto con el amor, pues no se ha añadido mas, sacándole los ojos y atándole como jumento á una taona, que darle por castigo aquello mismo que era culpa señalarle por pena, lo mismo que él tenia por gusto, y vincularle su tormento á lo que él escogió por deleite: *Caecitate punitur, et mola, qui dignus est opere jumentario, qui semetipsum lumine rationis orbaverat.*

¡Ah, taonas del ciego rapáz! El á ciegas descar-gando el azote, y á ciegas dando vueltas al apetito

bruto. ¡Qué solitud! No sosiega: ¡Qué ansias! No paran: ¡Qué fatigas! No descansan: ¡Qué desvelos, qué sustos, qué congojas! Y siempre á las espaldas el azote, y siempre al corazón las vueltas. Gimen las amarguras, suspiran las ansias, jadean los afanes, y la rueda no pára. ¿Y todo para qué, hombre? para que el diablo coma de lo que tú sin cesar te fatigas; para que el diablo triunfe de lo que tú afanado gimes, y para que el diablo te lleve á tí y á lo que trabajas: *Qui peccatum operatur, dicitur San Paulino, in mola vitæ suæ hostile triticum molit, ut diabolus pascatur, quæ sibi fames est.* Hombre desventurado, pobrecilla muger, esclavos de un ciego rapáz mas ciego cuando con mas ojos, pues para quedar del todo sin ellos, decís que los poneis en lo que amáis, quitándolos de lo que sois, decidme, con tantas desventuras como padecéis, tanto durar en sufrir, tanto persistir en padecer, y tanto porfiar en servir, ¿qué puede ser sino de un bruto lo sufrido y de un ciego lo irremediable? Aun al jumento mas lerdo y mas vil le tapan los ojos, dice San Paulino, para atarlo á una taona, porque si viera, espantado al golpe del azote, aun un jumento procurara salirse de la fatiga. Pues andar siempre esa noria y quedaros sedientos siempre: ¿andar siempre esa taona, y vos hambriento siempre, ¿qué desventura es esta? ¿Qué tienes desventurada muger, sino una vida mas que de vil esclava en eso en que esperabas tu sustento? ¿Qué has adquirido? ¿Un tabuco de casa con dos trapos que tú llamas galas; un lazo del demonio que tú llamas joya; una sogá que te tira para el infierno, que tú llamas perlas; y con eso mucho de deshonor, mucha condenacion y mucha infamia? ¿Qué importa que todos te vean? ¿Qué importa que todos te aplau-

dan, si todos te burlan? ¿Y qué importa que ahora luzcas, si tan presto, reducida á horrores por la enfermedad, pararás en viles cenizas? ¿Y no ves esto? ¿Y no procurarás tu remedio? Pues eres ciega y estás embrutecida. ¿Qué tienes, hombre desdichado, sino un azote continuo del diablo en eso que ponias tu gusto? Las rentas, si las hay, ya no alcanzan; el caudal, si lo hubo, ya no basta; ya el trabajo no puede; las trampas ya no valen; los chascos, ya todos se enfadan; ya toda alhaja por alhaja se han vendido; ya la pobreza llega; ya te ves tan raydo de vestido, como de honra; tan falto de bolsa, como de conciencia; tan perdido de dinero, como de alma. ¿Dime, hombre (si lo eres y no bruto) casado, debiéndote reportar este estado, que mas te desenfrena amancebado á los ojos de tu muger, sin recelo al escándalo del pueblo, y sin vergüenza á los ojos de Dios, y sin temor: dime, ¿cuántas advertencias debes al amigo, cuántos desengaños al predicador, cuántas lágrimas á tu pobre muger, cuántas miserias á tu familia, cuántas desnudeces y hambres á tus hijos, cuántos avisos á la desgracia, cuántas pérdidas á la hacienda, cuántas inspiraciones á Dios, y cuántas condenaciones á tu alma? ¿Y sobre tanto no hay remedio? No, no; pues eres ciego y eres bruto.

Dirásme que son caídas de tu fragilidad; pues para esas te ofrezco con Jesucristo el remedio. Levántate ya de caídas tan de ciego: *Surge.*—¡Oh, que no puedo dejar un amor de tanto tiempo!—No lo has de hacer tú solo, sino la gracia.—Me parece imposible dejar una correspondencia tan larga.—Dios es el que te lo hará fácil si te resuelves.—Hay muchos embarazos.—Ea, que no valen excusas: y si nó vente conmigo á la Piscina. ¿Qué

sería allí ver que á un enfermo de treinta y ocho años, llega uno que él tenía por un hombre desconocido, y resueltamente le dice: *Surge*, levántate? ¿Señor, (pudo él responder muy bien) pues ha treinta y ocho años que estoy aquí tendido, y ahora tan sin mas ni mas me dices tú que me levante? ¿Tan fácil es eso? ¿Cómo me he de levantar, si estoy paralítico? Si apenas puedo mandar los miembros de mi cuerpo, ¿cómo me mandas tú que me levante?—¿No te parece que serían mas legítimas excusas estas, que cuantas tú puedes poner en esa tu pasión? ¿No eran mas verdades que cuantas puedes tú alegar en tu torpeza? Pues aguarda: ¿qué es lo que hizo aquel? Levántate, y levántate; ¿cómo fué esto? Dios con él, y él con Dios: Dios á darle las fuerzas, y él á hacer sus diligencias: él á obedecer, y Dios á ayudar. En verdad que se puso en pié; y ves aquí vencidos los imposibles. Pues ciego caído, levántate sin excusas, que Dios te dará fuerzas: resuélvete, y verás cómo poniendo Dios su mano, vences los imposibles. Como tú te hallas ahora, se hallaba allá aquel pródigo, cuando dijo con resolución: *Surgam et ibo av Patrem meum*, me levantaré, me levantaré. En verdad que así lo hizo, y en levantarse estuvo su remedio: *Et surgens venit ad patrem suum*.

Mas rato ha que me está esperando una muy fuerte réplica, y es: que si los enfermos del amor torpe son los ciegos, ¿por qué han de ser los cojos, los vanos y soberbios? No puede ser, dirá cualquiera, acomodacion mas desproporcionada, porque la vanidad y la soberbia, ¿quién no sabe que antes ese es vicio todo de cabeza? De los cascos lo han sido los soberbios y vanos: luego no pueden ser estos cojos, *claudorum*.—Reconozco la dificultad del

argumento; pero por mí responderá el profeta Rey: «Oh, Señor, le dice á Dios, toda tu misericordia imploro, porque reconozco que es mucho lo que te pido.» ¿Y qué es lo que pide David? Ya lo dice: *Non veniat mihi pes superbiae*, que no tenga yo, Señor, que no me llegue jamás el pié de la soberbia. ¿El pié Santo Profeta? Pues no dijeras, no me venga la cabeza de la soberbia; ¿pero el pié? Sí, que no tiene mas que un pié solo la soberbia: *Pes superbiae*. ¿Y qué pié será este? Tan flaco, dice Angelio, tan débil, tan caedizo, que ese pié de la soberbia es la vanidad: *Pedem superbiae, pompam in incessu, quam vana gloria ciet, intellige*. Toda esa soberbia en el boato, esa pompa, esa gala, ese no ser menos que otro en la ostentacion y gastos, ¿en qué pensais que estriba todo? ¿Sobre qué pié pensais que se sustenta? Sobre la vanidad: *Pes superbiae*. Y á la verdad, oyentes míos, que para esto no hemos menester muchas autoridades: dejádmelo decir á nuestro modo: ¿á cuántos trae en un pié esta vanidad, esta pompa, estas ostentaciones, de que está lleno México? ¿Este querer ser todos iguales, este competir á parecer mejores; esta soberbia, á cuantos trae en un pié? *Non veniat mihi pes superbiae*. Direlo de otro modo: ¿cuántos caudales cojean porque se han de continuar las visitas? ¿Cuántas casas cojean, porque no ha de faltar coche? ¿Cuántos créditos cojean, porque, aunque sea de trampa, no han de faltar las galas? ¿Cuántos hombres cojean, porque, aunque sea de lo ageno, han de ostentar sus mugeres la bizzarria? ¿Cuántas conciencias cojean, porque, aunque sea á costa de culpa, no han de dejar las funciones? ¿Y cuántas almas cojean, porque, aunque sea con la sangre de los pobres, ha de mantenerse la pompa?

¡Oh, qué de almas cojean! Y como andan en un pié, presto les falta; y como andan cojeando, presto caen. Oh, y no sea la caída en el infierno: *Bene ait pest superbia, non pedes*, dijo nuestro Lobresio, *superbo, enim pes est unicus, qui deū consistere non potest. (In Oper. Mor. de pec.)*

Con que ya pienso que me confesarán su enfermedad; mas lo peor es, me responden, que es todo eso forzoso, porque mi calidad, mi puesto, mis obligaciones;... Éa basta, basta, que ya he oído muchas veces esa letanía, y ya parece que aun quieren establecer, como si fuera ley de Dios, el ser vano y el ser soberbio por adorno de la calidad. No quiero citar ahora las Isabeles de Ungría y Portugal, que no dejaron de ser nobles, ni de ser Reinas por vestir lana: lo que sí digo, es, que no valen excusas, si quieren admitir el remedio: y si nó vamos á la Piscina. Carga esa tu cama, le dice el Señor al Parálitico: *Tolle gravatum tuum*. «Señor, pudiera él responder, dónde la he de llevar, que aquí en este puesto es donde yo la he menester: si por mi achaque me es necesidad precisa el estar en ella, ¿cómo ahora me vienes tú con que yo la cargue? Si me es forzoso, y aun obligatorio, mantenerme aquí, porque aquí tengo mi salud, ¿qué es lo que ahora me dices, que no lo entiendo? ¿No sabes tú de la virtud que tienen esas aguas, y que por eso me es forzoso sufrir aquí, pasar y padecer? ¿pues cómo quieres que yo lleve de aquí mi cama?» Todo esto pudo decir, calidad, puesto, obligacion, respeto; mas nada dijo. Carga esa cama, y la cargó al punto, y acabáronse excusas de calidad, puesto y obligacion: *Tolle gravatum tuum*.

Ya, pues, si quieres tú sanar del pié de que cojeas, échate al hombro toda esa ostentacion, que á

tí te parece que ella te lleva muy glorioso, y eres tú en verdad el que la cargas: quiero decir, tantea tu caudal, mide tus fuerzas, proporciona tus hombros; y tomándole el peso á toda esa balumba, dejando con eso lo que tanto te abrumba, quedarás de los piés más firme.

Allá David no quiso admitir las armas de Saúl para salir contra el Gigante; pruébaselas primero, ya armado tiente á andar, y al punto: No puedo, dice, no puedo dár un paso: *Non possum sic incidere*. ¿Y de qué me servirá á mí el morrion, el peto, las glebas que me defiendan de los golpes el cuerpo y la cabeza, si yo por los piés me hallo flaco? No, no puedo con ellas, y dejólas. Pues atended ahora. Sale al campo, llega brioso, logra el tiro, postra al Gigante, córtale la cabeza, y ya se vuelve; ¿pero cómo vuelve? Dícelo el Texto: *Assumens autem David caput Philistaei, attulit illud in Jerusalem; arma veró ejus posuit in Tabernaculo suo*. Vuelve David cargando la cabeza del Gigante: ¡qué monstruosa! ¡qué formidable! ¡qué grande! ¡Fuerte carga! Pues junto con ella trae tambien cargadas sus armas todas, lanza, alfange, morrion, peto y espaldar; todo á proporcion de aquel torreón de carne, de peso y de grandeza imponderable. Ahora pregunto yo: ¿Y puede andar David con todas esas armas cargando? Pudo desde el campo hasta Jerusalem. ¡Cosa rara! De modo, que ántes desde Jerusalem hasta el campo, no pudo andar ni dár un paso con solas las armas de Saúl, ¡y ahora desde el campo á Jerusalem puede andar con todas las armas, y con toda la cabeza de un Gigante! ¡Oh, que vá mucho, me dirán, de ir á pelear á venir de vencer! vá mucho de llevar sobre sí un empeño, á venir, habiendo salido del empeño tan airoso: vá

mucho de ir un pobre Pastor, á volver ya un triunfante Libertador de Israel.—Buena respuesta. Pues eso mismo digo yo: probó ántes con lo que podían sustentar sus piés el peso de las armas; armas lucidas, dice, ¿y yo cargado de tanto empeño? No quiero lucimiento con empeño, armas doradas de un Rey, cuando yo soy un pobre Pastor. No, no me ajustan, pues dejólas; y dejadas aseguró los piés, afirmó las plantas, quedó vencedor, y pudo ya con lo que antes no podía. Pues buen remedio: pon sobre tus hombros lo que cargues, reconoce si puedes, mira si son los tuyos mas empeños, y con esto te asegurarás mejor de los piés, de que tan peligrosamente cojeas, porque tanto cargas: *Tolle gravatum tuum.*

Vemos por esas calles un bizarro coche, lacallos y librea, y en él muy ufano su dueño; mas con todo pregunto yo: ¿quién carga á quién? ¿El coche al dueño, ó el dueño al coche? Nécia pregunta por cierto. ¿Pues quién no ve que el coche es el que vá cargando con tanta bizarría á su dueño? Y así lo veo; mas con todo, veamos si mi pregunta tuvo fundamento: *Pater mi*, le dice allá Eliséo á Elías, *Pater mi currus Israel, et auriga ejus.* ¡Oh, Padre mio, que eres carro de Israel, y su cochero. Dos renombres son estos muy distintos, y áun del todo encontrados; porque el carrro es el que carga; al cochero lo cargan, ¿y ambos oficios hace Elías á un tiempo mismo? ¿Es carro que sobre sí carga, y es cochero que lo cargan? Sí, que ambas cosas andan juntas, el cargo y la carga; pero con esta distincion, repárenla, que cuando á él lo cargan, lo cargan á él solo: *Auriga ejus*, bien poca carga es esa carga á un hombre; pero luego él solo, como carro carga. ¿A quién? A todo un pueblo, y un

pueblo muy numeroso carga á todo Israel: *Currus Israel.* De modo, que porque lo cargan á él solo, carga él solo todo un pueblo. ¡Terrible peso! ¡Horrible carga! Al caso: Lleva á su dueño el coche, sí; pero al mismo tiempo el dueño carga sobre sí todo ese coche, carga las mulas, carga el cochero, carga los lacayos, y carga todo lo que en su casa le corresponde, que suele ser todo un pueblo de familia: *Currus Israel, et auriga ejus.* ¡Fuerte peso! ¡terrible carga! ¿Y qué piés han de bastar para sostener tanto? Pues asegurad los piés para que todo no caiga.

Mas, ¿qué hará quien el peso lo tiene todo metido dentro del corazon? *Filii hominum, usquequo gravi corde.* Esos son los valdados, dice el eminentísimo Hugo: *Aridorum per duritiam cordis, quia indevoti sunt, et incompatientes ad opera misericordiac.* Unos hombres, que teniendo todo el corazon en el dinero, y todo el dinero en el corazon con medio lado valdado, ni hácia Dios pueden dár un paso, ni un paso hácia los pobres: para con Dios, ¿qué sin jugo de devocion! y para con los pobres; ¿que secos, sin una sola gota de piedad! Es el corazon el rico, el poderoso en toda la república del cuerpo; es el que atesora toda la moneda corriente en la sangre para repartir luego con ella los vitales espíritus al cuerpo; ¿mas qué, si cerrados los caminos de repartir, si obstruidas las puertas para dár, él se queda con todo? Ya se seca el brazo, ya la pierna, ya el medio cuerpo. ¡Oh, qué enfermedad tan terrible, que ya desde la vida corriendo á medias con la muerte, en un cuerpo junta mitad de cama, mitad de sepultura! ¿Qué enfermedad es esta? Es todas las enfermedades juntas,

es todos los males en uno, y es el corazón poseído de la avaricia: *Radix omnium malorum.*

De estos habla Job, y dice que los derribará Dios como suele el segador derribar las puntas de las espigas: *Sicut summitates spicarum conterentur.* El castigo no me admira; reparo sí en la comparación: ¿como las puntas de las espigas? Diga que los postrará como el árbol, que cuando mas pompa ostenta en la frondosidad de sus ramas, la segur por la raíz lo postra; como la torre, que cuando mas firme en su elevada altura se muestra, el rayo por el cimientto la desmorona; ó como á la estatua, que cuando mas resplandor de oro y plata en su cabeza y pecho, la piedrecilla basta para que, arruinados los pies de barro, toda quede desecha en polvo; ¡pero como las puntas de las espigas! *Sicut summitates spicarum?* ¿Por qué? Notad: brota del grano la macolla; qué hermosa, qué fresca, qué lozana descuella de entre su pompa la caña, qué derecha buscando siempre el cielo, levantándose siempre hácia lo alto, empieza á llenarse la espiga, vá granando jugosa, abastecida siempre al rocío que del cielo recibe, donde tiene puesta su mira; pero en habiendo ya granado, en viéndose llena, empieza á ir faltando el jugo, al paso que se le vá pintando el oro; y así que se ve llena, y con oro, seca, vuelve ya la cabeza, olvida el cielo, inclínase toda, y toda su atención á la tierra: *Sua sponte arefacta.* dijo nuestro Cornelio, *languido collo est, cervicem inclinat.* ¿Antes cuando pobre tan derecha, y ya cuando abastecida tan inclinada? ¿Antes toda la mira al cielo, y ya toda su atención á la tierra? ¿Qué es esto, que ya del todo seca, contenta con su oro y con su grano, ni del cielo quiere admitir el

jugo? Pues caiga de una vez la que así se inclina: *Ut summitates spicarum conterentur.*

¡Ah, espigas racionales, llenas pero sin jugo; áridas, secas y valdadas! Vereis un pobre hombre en México con obligaciones de honrado y con incomodidades de pobre, andar trazando su fortuna: qué modesto en su porte, qué atento á Dios, al Templo, á los Sacramentos, qué devoto! ¡Ah, si Dios me diera una mediana pasadía para sustentar mis obligaciones, cómo atendiera yo á su servicio! ¡Si Dios me diera caudal, cómo acudiría yo á los pobres! Yo aseguro que no habian de ir desconsolados de mis puertas, porque sé yo lo que es ser pobre.—Bien: ¡qué buenos deseos! ¡qué santos intentos! En esto y sus diligencias, apenas se ven sobrados los cien pesos, le crecen á los deseos otras tantas alas, váse levantando la vara todavía sin olvidar al cielo. Acertó en una compra, faltó la flota, vendió por las nubes. Arriba, caudal, arriba. Vále Dios aumentando la hacienda como espuma: ya es hombre de treinta ó cuarenta mil pesos; empieza á salir á la espiga la raspa: ya puede contratar, ó toda la lencería, ó toda la lana de una flota, y ya con esa raspa le sobran arrimados los cincuenta y los cien mil pesos; dálos á daño, lleva veinte por ciento por el dinero que se habia de estar enmoheciendo; empieza á ser en el lugar de lo mas granado, que ya lo granado ha dado en hacerlo el dinero; y veis aquí ya esa espiga, que con el peso y con los pesos, inclina toda la cabeza hácia la tierra: ya no hay nada de Dios, ya no hay nada del cielo; tan seco del todo el espíritu, como valdada la mano, y el alma medio muerta. ¡Ah, hombre! ¿Y qué es de aquellas promesas que hacias en tus principios?—Tengo muchos negocios.—¿Qué

es de aquellas limosnas?—Tengo muchas obligaciones.—¿Qué es de tu Dios, hombre?—Que no tengo yo mas Dios que mi dinero.—*Ut summatales spicarum conterentur.* Pues sábete, que eso es tar ya seco para el cielo, es estar prevenido para la hoz; te cortará Dios, y dejando el grano para otros, la raspa quedará para quemarte á tí en el infierno.

Lo peor es, que siendo su enfermedad tan peligrosa, á él le parece, y así lo dicen de ordinario, fulano está bien sentado. En verdad que así estaba sentado Mateo en el Telonio: *Sedentem in Telonio.* Póneselo á mirar el Crysólogo tan bien sentado en las talegas, que lo rodeaban al despacho, á la cobranza, al recibo: este que entrega; aquel que cuenta; aquí que escriben; allí que apuntan, y vuelve hácia nosotros admirado: veislo, dice, que tan bien sentado parece, pues peor está, y de mas peligro enfermo, que aquel paralítico: *Fratres, deterius jacebat in Telonio publicanus iste, quam paralyticus jacebat in lecto.* Aquel caído á la miseria de su achaque; éste derribado al peso de sus talegas; aquel embargado del humor; éste aprisionado de la codicia: aquel falto de fuerzas no se mueve; éste oprimido de riquezas no se levanta: pues peor está Mateo, peor está que el paralítico: *Deterius jacebat.* Pues si á aquel el achaque le postraba el cuerpo, á éste la codicia le tiene sin movimiento el alma: *Sic alligabant vincula cautionum, saeculorum ponderibus sic premebant, ut ad justitiam surgere, ad virtutem progredi non valeret.* Ni se puede levantar á la virtud, ni puede dár un paso hácia Dios. Pues aunque tan bien sentado os parezca, valdado está, y valdado de muerte.

Ya, pues, desventurado enfermo, anda un poco,

Ambula; y en esto estará tu remedio: sal de ese brete que te aprisiona; dá unos pasos fuera de esa esclavitud que te oprime; deja un poco ese cautiverio que te encarcela; anda hácia Dios, hácia al caudal de tu espíritu, hácia las ganancias de tu alma.—¡Oh, que tengo muchas obligaciones, muger, hijos, familia, y Dios me manda que los cuide! No lo niego; ¿pero tan sentado, que no te deba tu salvacion un paso, cuando te debe el dinero tantos desvelos? ¿Que no te deba tu alma una diligencia, cuando te debe tu caudal tantas fatigas? ¿Que no hay lugar para Dios, para el Templo, para los Sacramentos, para las buenas obras, cuando hay dias, meses y años para los despachos, para los empleos, para las cuentas, y aún para los logros? Ea, que no valen excusas; mejor que tú pudiera allí haberlas alegado el paralítico. Anda, vete, le dice el Señor, *Ambula.*—Señor, pudiera él haberle respondido, ¿con qué piés me tengo de ir, que no los tengo? Si apenas puedo tenerme en esta cama, ¿cómo podré sostenerme en mis piés? ¿Con qué fuerzas, cuando todas me faltan, y por eso estoy aquí esperando no menos que ganar la salud? ¿pues cómo me dices ahora que me vaya?—Todo eso podia haber dicho; mas nada dijo.—Anda, vete, y al punto anduvo, y en verdad que se fué. Mira si á tí te impiden mas tus negocios que aquel lo impediria su achaque; mira si á tí tus dependencias te aprisionan mas que aquel lo aprisionaria su enfermedad. Pues para servir a Dios no tienes que alegar excusas; anda, anda y quedarás sano. *Sequere me,* le dice allí el Señor a Mateo, cuando tan valdado entre su dinero. Rompe esas prisiones; (perifraséa el Crysólogo) deja esos lazos, búscate á tí de tanto como buscas, que no quedarás perdido si

á ti mismo te ganas: *Disrumpe vincula, solve laqueos, quere te, perde usuram, ut te valeas invenire.* ¿Y qué hizo Mateo á aquella voz? *Et secutus est eum.* Dejó al punto libros, cuentas, talegas; ¿y qué hayó? Los tesoros del cielo, y el mejor libro del Evangelio.

Ya he acabado mi sermón; mas no sé si he conseguido todavía vuestro remedio, que habiendo éste menester de vuestra voluntad, de poco servirá que el mismo Médico del cielo aplique la medicina, si la voluntad todavía se resiste dura; pero he acabado. Si con la queja que pudiera tener aquella muchedumbre de enfermos, pues que si á uno solo sanó nuestro Redentor, á todos les dejó segura la receta para conseguir la salud, todavía se quieren estar caídos los ciegos, pues quédense ciegos; si se quieren quedar renqueando los vanos, quédense cojos; y si no quieren moverse lo avarientos, quédense valdados, que quizá malogrando esta ocasion, no tendrán otra. ¡OH JESÚS, Médico amorosísimo de nuestras almas! Logra tú con tus inspiraciones lo que de tus palabras perciben de salud nuestros oídos, que nada podrá tan provechosa medicina, si al calor de tus auxilios nuestra voluntad no se mueve: alumbra tú á los unos para que vean y conozcan el estado lastimoso en que están caídos: alienta á los otros, para que sacudiendo de sí el peso tanto mas intolerable, quanto mas vano, aseguren el alma de la peor ruina; y á los otros dales una eficaz resolución para que, rompiendo lazos tan peligrosos, en tí solo busquen aquel logro, que sobre ser infinito, es eterno; y hallemos todos en solo tu amor la salud, en sola tu gracia la vida, y de una y otra, la seguridad de tu eterna gloria.

DE LA RESTITUCION DE LA HACIENDA AGENA.

Tercer Viérnes de Cuaresma, año de 1691.

Occidamus eum, et habebimus hereditatem ejus: Auferatur á vobis regnum. Matth. cap. 21.

Los tres plazos del tramposo, en que paga *tarde, mal y nunca*, si no son hoy literal inteligencia, á lo menos parece la mas genuina alegoría á la parábola de nuestro Evangelio, que nos ofrece desde luego materia á bien importante doctrina. Ya porque estos tres plazos son de suyo muy dilatados y muy largos para verlos mas despacio, bien hemos menester ganar tiempo. La narracion, pues, del Evangelio, es toda una parábola, que habiéndola despues de los judíos, con la muerte sangrienta de nuestro Redentor, convertido en verdadera literal Historia, así á nosotros los católicos nos queda todavía avisando el temor que no seamos de esa parábola, ó semejanza, el retrato en nuestras costumbres. Fué, pues, un padre de familias que á todo esmero de su diligencia plantó una viña, y sin perdonar desde el collado hasta la torre, le previno de todos los arreos necesarios á su cultivo, y de todas las seguridades que podian conducir pa-

á ti mismo te ganas: *Disrumpe vincula, solve laqueos, quere te, perde usuram, ut te valeas invenire.* ¿Y qué hizo Mateo á aquella voz? *Et secutus est eum.* Dejó al punto libros, cuentas, talegas; ¿y qué hayó? Los tesoros del cielo, y el mejor libro del Evangelio.

Ya he acabado mi sermón; mas no sé si he conseguido todavía vuestro remedio, que habiendo éste menester de vuestra voluntad, de poco servirá que el mismo Médico del cielo aplique la medicina, si la voluntad todavía se resiste dura; pero he acabado. Si con la queja que pudiera tener aquella muchedumbre de enfermos, pues que si á uno solo sanó nuestro Redentor, á todos les dejó segura la receta para conseguir la salud, todavía se quieren estar caídos los ciegos, pues quédense ciegos; si se quieren quedar renqueando los vanos, quédense cojos; y si no quieren moverse lo avarientos, quédense valdados, que quizá malogrando esta ocasion, no tendrán otra. ¡OH JESÚS, Médico amorosísimo de nuestras almas! Logra tú con tus inspiraciones lo que de tus palabras perciben de salud nuestros oídos, que nada podrá tan provechosa medicina, si al calor de tus auxilios nuestra voluntad no se mueve: alumbra tú á los unos para que vean y conozcan el estado lastimoso en que están caídos: alienta á los otros, para que sacudiendo de sí el peso tanto mas intolerable, quanto mas vano, aseguren el alma de la peor ruina; y á los otros dales una eficaz resolucion para que, rompiendo lazos tan peligrosos, en tí solo busquen aquel logro, que sobre ser infinito, es eterno; y hallemos todos en solo tu amor la salud, en sola tu gracia la vida, y de una y otra, la seguridad de tu eterna gloria.

DE LA RESTITUCION DE LA HACIENDA AGENA.

Tercer Viérnes de Cuaresma, año de 1691.

Occidamus eum, et habebimus hæreditatem ejus: Auferatur á vobis regnum. Matth. cap. 21.

Los tres plazos del tramposo, en que paga *tarde, mal y nunca*, si no son hoy literal inteligencia, á lo menos parece la mas genuina alegoría á la parábola de nuestro Evangelio, que nos ofrece desde luego materia á bien importante doctrina. Ya porque estos tres plazos son de suyo muy dilatados y muy largos para verlos mas despacio, bien hemos menester ganar tiempo. La narracion, pues, del Evangelio, es toda una parábola, que habiéndola despues de los judíos, con la muerte sangrienta de nuestro Redentor, convertido en verdadera literal Historia, así á nosotros los católicos nos queda todavía avisando el temor que no seamos de esa parábola, ó semejanza, el retrato en nuestras costumbres. Fué, pues, un padre de familias que á todo esmero de su diligencia plantó una viña, y sin perdonar desde el collado hasta la torre, le previno de todos los arreos necesarios á su cultivo, y de todas las seguridades que podian conducir pa-

ra alcanzar su logro, y para adelantar sus medras. En esto húbosede ausentar, y por eso la entregó á ciertos arrendadores, parcionando con ellos que por lo que gozasen de sus frutos, acudieran tambien al dueño con la paga á sus tiempos. En recibir y gozar de ellos no hubo dificultades; pero en pagar, ahí sí que fueron los pleitos; porque corriendo ya el tiempo, envia aquel sus criados por la paga de su arrendamiento; y ellos tan ingratos como villanos, y tan groseros como rústicos, á un criado le hieren, al otro le matan, y al tercero se lo despachan á pedradas. Buen despacho por cierto, linda paga; pues ya vá un plazo. Dió largas la paciencia, que era el dueño muy noble: dejó correr á segundo plazo segundo tiempo; y vuelve otra vez á enviar en el tiempo de los frutos á sus criados; pero el fruto que sacan es, otra vez heridas, muertes y piedras. Segundo plazo vá y dura todavia la trampa; pero halló dilacion en la grandeza de aquel que no solo era Señor, sino que quería ostentarse padre. Corrió tercera vez el tiempo, y ya por ver si de avergonzada se movia la gratitud, determina á enviar, no ya á sus criados, sino á su hijo mismo; ¿mas cuándo supo de respetos la villanía? ¿Cuándo entendió de cortesías el interes? Antes el ver al hijo fué acabar de rematar en ellos la codicia de la herencia. «Venid, se dicen, y lo mismo es decirlo que hacerlo: quitémosle á este la vida, y lo que es suyo será nuestro.» En verdad que así lo ejecutan sangrientos: sácanlo mas allá de la cerca, y dejan con su sangre rubricadas las espinas. Ya es por tercera vez. Esto es lo que sucede, esto pasa. ¿Qué os parece que se debe hacer con estos arrendadores? ¿Qué? responden indignados y coléricos; que perezcan, que paguen, que se les

quite con toda violencia la viña, y que se le entregue á quien sepa honradamente corresponder con sus frutos. ¿No direis esto mismo católicos? Pues aguardad, les dice allá el Señor á los Fariseos, y les repito yo acá á mas de dos de los que me oyen: Contra vosotros habeis determinado el castigo y habeis fulminado la sentencia. Vosotros sois los arrendadores tan repetidamente ingratos, y así se os quitará la viña, y en ello quedareis privados de un Reino. Cada uno recorra en su conciencia si es comprendido; y mientras que lo piensan, y yo se los descubro, acudamos á aquella, que siendo viña del pacífico, en ella tuvo siempre Dios todos sus placeres; porque sin sentir de lo humano las villanías, le dió á su Magestad en solo un racimo el fruto de la universal Redencion, de la dulzura de toda la gracia. AVE MARIA.

Occidamus, et habebimus. Auferetur á vobis regnum. Matth. ubi. supra.

Persuadir que se restituya la hacienda agena, bien temo que sea venir hoy á cansarme en vano; mas con todo, yo he determinado malograr este rato, perder este tiempo, dejar frustrados mis deseos y despreciar fatigas, con tal que Dios por mi boca justifique mas y mas su causa, que la sangre de aquellos siervos que allí envió su Magestad á cobrar sus frutos, que no eran otros en el sentir comun, que sus predicadores y profetas; y aunque sin conseguir la paga se vió derramada, no quedó por eso perdida. Pues no consigan hoy nada mis voces, que para con Dios yo espero que no han de quedar malogradas. En tres plazos, pues, se dilató allí de los arrendadores la paga, que correspon-

den á estos tres plazos, en que acá muy de ordinario vemos que se restituye la hacienda agena, *tarde, mal y nunca*. Así lo decís muchas veces; pero hé aquí que en este tan ordinario modo de decir, tiene mi rudeza su dificultad. Porque quien paga *tarde*, ya paga. ¿Pues cómo se compadece el *tarde*, junto con el *nunca*?—¿Por lo que está en medio, me dirán: porque el que paga *tarde*, paga *mal*; y el que paga *mal*, *nunca* paga.—Buena respuesta. Pero aun todavía tengo instancia. Porque si nunca paga, dígame desde luego que no paga. Que si ello el pagar es nunca, eso es lo mismo que decir que no paga. No por cierto. Bien se compadece el paga y el nunca: Nunca paga, y con todo eso paga en la verdad.—¿Cómo puede ser esto?—¿Les parece misterio? Pues vamos al Evangelio; y pregunto: ¿Allí los arrendadores pagaron algo en aquellos tres plazos? Nada por cierto, nada pagaron. ¿Y quedáronse sin pagar por eso? Menos. Lo pagaron muy bien, pues que les costó la paga perder los frutos, perder las ganancias y perder la viña: *Auferetur á vobis regnum*. Pues eso es pagar en los tres plazos, *tarde, mal y nunca*, pues que no pagando segun la obligacion, pagan con el castigo: que no pagando con lo que les fuera de conveniencia, pagan un eterno daño; y que no pagando lo que era menos, pagan perdiendo lo que es mas. No pensaban aquellos en otra cosa sino en *habebimus*; tendremos, tendremos. Y este desventurado *tendremos*, ¡oh qué delitos les facilita! ¡oh, qué torpeza les allana! ¡oh, qué atrocidades les hace parecer ligeras! Muera el inocente, perezca el pobre, caiga el desvalido, corra la sangre, piérdanse las vidas, y tengamos: *Occidamus, et habebimus*. Pero mientras ellos están así solo pensando en *habebi-*

mus, tendremos, está Dios fulminando el decreto: *Auferetur á bovis*: Se os quitará, se os quitará todo eso. ¡Ah, cómo sucede! ¡Ah, cómo lo vemos! ¡Ah, cómo lo experimentamos! Hacienda de Indias, decís caudal de Indias, y ya se ha hecho adagio por la facilidad conque se desmorona. Si se forma de robos, de hurtos, de la sangre de los pobres y del sudor de miserables indios: si en ninguna parte del mundo es tan cierto el que se vive de lo que se roba como en las Indias, ¿cuáles han de ser los caudales de Indias? Pues si ellos se han de pagar sin remedio, oyentes míos, yo vengo á proponeros una de dos: ó pagar volviendo voluntariamente lo ageno, ó pagar quitándooslo violentamente Dios. Escoged, escoged: ó pagar segun la ley de Dios, ó pagar con la sentencia de una eterna condenacion: ó pagar con méritos y con honra, ó pagar con eterno dolor y eterna infamia: ó pagar libre de lazos, apreturas y congojas de la conciencia, ó pagar perdiendo con la hacienda, la salvacion y el alma. No hay salida de aquí, no hay escape.

Ni puede haber en mi auditorio quien se niegue á esta verdad, si es católico. O pagar aquí, ó pagar allá; ó restituir lo ageno, ó condenarse. Mas ya como se ven apretados, conocen y confiesan su obligacion; pero me piden plazos. Pagaré, dicen, ya pagaré. ¿Pagaré? Pues ya estamos en el primer plazo, que es, el pagar *tarde*. Y si no entendamos este *pagaré* de los que no restituyen. Una de dos: ó tienes con que pagar, ó reducido á suma pobreza, nada te ha quedado con que satisfacer. Si ello es esto segundo, desde luego sin hablar mas palabra, te admito el plazo: pagarás cuando lo tengas; y no hablo ya mas palabra contigo en todo mi sermon. Pero si lo tienes, ó todo

ó parte, ahora en dinero, ahora en alhajas, ahora en frutos, ahora en géneros: dime, ¿cuántos años ha que estás diciendo, *pagaré?* Fuiste albacéa de fulano, has hecho sustancia tuya la sangre de sus huérfanos: has hecho ganancias tuyas sus mandas y legados: no fué difícil solapar tus marañas en el Juzgado de Testamentos, si es que has llegado á ese Juzgado. Eso con que triunfas no es tuyo: *Pagaré.* Tuvistes cuentas largas con zutano; en el ajuste metiéronse á voces algunas partidas, quedáronce otras en silencio, ajustóse la cuenta; pero á tí te está dando voces el libro de tu conciencia, que todo eso, ó gran parte de ello, conque ganas á millaradas, es ageno. *Pagaré.* Venciste aquel pleito injusto: dióse buena maña el letrado; logró sus trampas, ó el Procurador hablando, ó el Relator comiendo cláusulas: arrimóse la que llaman gracia (y quizá es la mayor desgracia) á la sentencia, y salió toda á tu favor; pero en el tribunal de tu conciencia, donde ni trampas valen, ni solapas excusan, ni talegas ganan la gracia, ves claro que todo eso no es tuyo, por mas que te lo digan enemigos de Dios, no es tuyo: *Pagaré.* Fuiste Alcalde Mayor en aquella Provincia, hiciste lo que de ordinario se suele: anzuelo de la Vara, red de la Jurisdicción, conque desollaste á los miserables, y aunque diste una Residencia, en que con las marañas que no se ignoran, con el amedrentar á los ofendidos, con el cohechar á los Ministros, con el hacer callar á todos, te declararon por un Santo, y por digno de obtener mayores puestos en el servicio de su Magestad. Pero tu alma te está diciendo que no eres digno sino de estar en lo mas hondo del infierno, y que todo eso que tienes ageno, es de pobres. Ves lo mal ganado, ves lo mal adquirido,

ves lo hurtado: *Pagaré.* ¿Cuántas cuaresmas han pasado? ¿Cuántos años? ¿Cuántas confesiones has hecho engañando á los confesores con este *pagaré.*

Ahora, oyentes míos, anda entre nosotros introducido un error, que fuera intolerable aun entre calvinistas. Están persuadidos no pocos, que para cumplir con el precepto de la restitucion, y para estar seguro en la conciencia, basta solo con tener voluntad de restituir en algun tiempo, estar en ánimo y con propósito de pagar; y con esto, aunque no se pague en muchos años, les parece que están muy seguros. Es error, vuelvo á decir, es error gravísimo. El precepto de restituir, dice Santo Tomás, y con él todos los Teólogos, sin que en esto nadie pueda dudar, es precepto, parte afirmativo y parte negativo. Lo afirmativo nos dice: *Paga lo ageno.* (D. Thom. 2. 2. *quaest* 62. *artic.* 8. *ad.* 1.) Lo negativo nos manda: *No te retengas lo que es ageno.* Y así, no nos obligó solo á pagar en cualquier tiempo, eso es lo afirmativo; sino á no retener y dilatar lo ageno ni un instante, eso es el precepto negativo que nos obliga á pagar en todo instante. Es la hacienda agena como una brasa ardiente en la mano, que no basta tener propósito de arrojarla; que si no se arroja al punto, mas y mas quema, y mas y mas crece la llaga. Es tan lejos de bastar solo este propósito de restituir, que cada vez que se acuerda, y no se restituye, en sentir de gravísimos Teólogos, se hace nuevo pecado mortal. De nuevo se roba lo que no se paga, de nuevo se hurta lo que injustamente se retiene: *Non multum interest,* dice el Concilio General Lateranense: *Non multum interest praesertim, quod periculum animae detinere injuste, ac inuadere alienum.* (Concil. Lateranens. *Sup.* Innoc. 3. *cant.*

39.) Pues aunque mas propósito tengas de restituir, si no restituyes luego, estás en pecado mortal, estás en estado de condenacion. ¿Para qué te confiesas, si mientras no restituyes, estas confesiones no son sino repetidos sacrilegios? No es absolucion la que á tí te parece que consigues, sino nueva atadura para el infierno. Oyeselo á San Agustin: *Si res ablata reddi possit, et non reddatur, pœnitentia non agitur; sed simulatur.* (August. *Epist.* 54. *ad Maced.*) La cuaresma pasada dijiste al confesor, (si es que te confesaste de esto, que yo temo que ni aun te confiesas) dijiste que restituirás. La antecedente dijiste lo mismo; lo has hecho muchas. ¿Has restituido? ¿Lo tienes? ¿Pues qué confesion es la tuya? ¿Y con esto te dás muy por seguro? Pues no es esa confesion, sino engaño: no es esa absolucion, sino condenacion, te dice San Agustin. Mira si admitirás su parecer: *Pœnitentia non agitur; sed simulatur.*

—Padre, yo es verdad que tengo, no lo puedo negar; tengo alhajas de valor, manage costoso, joyas y plata; pero no puedo restituir. ¡Tengo, pero no puedo! ¡Tengo, pero no puedo! Entendamos esto. Llegareis en una mañana de invierno á una fuente que tiene cuajada y endurecida la escarcha. Vais á meter el cántaro, y exclamais: no hay agua. Es mentira, que agua hay, y tanta que está esa fuente llena.—¿Pues cómo no saca el cántaro ni una gota?—Esperad un poco, dejad que salga el sol. Raya éste, empieza á ir introduciendo sus rayos, tan eficaces como benignos, en lo endurecido del hielo, y ya se derrite, ya suelta, ya hay agua, y ya la reparte. ¿Qué fué esto? ¿De dónde vino esta agua? Ahí estaba pero estaba como una endurecida piedra. *Tengo, pero no puedo.*

¿Por qué? Porque helado ese corazon, y mas endurecido que una piedra, ni del Sol Divino admite las luces mas benignas de la gracia, ni los mas eficaces rayos de los auxilios; porque congelado en la noche de la avaricia, cuando mas lleno, menos puede restituir. Así lo vemos, que de ordinario los mas poderosos son los que alegan á la restitucion mas imposibles. Entre las cosas que aborrece Dios, una es el rico mentiroso: *Divitem mendacem.* ¿Y quién es este rico mentiroso? En ninguna cosa se verifica mas, que en el que lleno de hacienda, dice que no puede pagar. ¿Y qué importa que así lo digas, si Dios que está mirando tu corazon, entiende muy bien lo que quiere decir ese *no puedo*? ¿si Dios está viendo muy bien que ese *tu no puedo* es mentira? *Si dixeris vires non reppetunt, qui inspector est cordis, ipse intelligit.* (*Proverb.* 24. *vers.* 12.)

De las cabras, dice Plinio, que cuando están mas flacas son fecundas; pero en engordando, no hay que esperar de ellas mas fruto. ¡Oh, que mis obligaciones son muchas, el porte necesario á mi persona, muger é hijos; el lucimiento que pide mi calidad y mi puestol y si restituyo lo ageno, no será posible coservarlo. Vamos despacio.

Cierto es, no lo niego, que convienen Doctores graves en que si la necesidad á que llegarais restituyendo, es tan grave que os sería menester pedir limosna vos y vuestros hijos, ó perder del todo vuestra reputacion y créditos, ó caer en el comun desprecio, ó malvaratar por dos lo que vale diez; con tal que aquel á quien le teneis su dinero no padezca igual necesidad, porque en igual necesidad, él tiene mas derecho que vos á lo que es suyo: en tal caso, con esas circunstancias, convienen, digo,

Autores graves, en que podeis dilatar algo la restitucion, ó irla haciendo poco á poco y por partes. Esto no os lo digo porque no penseis que lo arguyo con ponderaciones. Pero pregunto ahora: ¿Será necesidad tan grave, que hayais de mantener coche lacayos y libreas, y que por eso no hayais de pagar? No, que otros caballeros, tan buenos quizá como vos, no lo tienen, y no por eso dejan de ser estimados como pide su calidad. ¿Será necesidad tan grave, que haya para una y otra gala de quinientos y mil pesos; que haya para las visitas, combites y bureos; que haya para el juego, y que haya para el diablo; y que aquel miserable, á quien le teneis su dinero, entretanto perezca desnudo, sus hijos hambrientos, sus hijas en peligro, sin tener con que ponerlas en estado; ¡y vos, ó ganando en el comercio, ó triunfando en la vanidad con su dinero, con su sangre, con su deshonra, con su desventura y con su miseria! ¿Y esto es lo que llamais *no puedo*? ¡Oh, qué de almas se condenan por este *no puedo*!

En representacion de un Rey toma nuestro Redentor cuentas á sus Ministros en una parábola que nos propone su Magestad, al capítulo diez y ocho de San Mateo. Fuéronse cotejando partidas de recibo y gasto, y en fin alcanzó al uno de ellos no menos que en diez mil talentos: suma grande: pero el desventurado, dicen que no tenia con que pagarla: *Cum non haberet, unde redderet*. Pues acabóse la cuenta, porque si él no tiene con que pagar, ¿qué se ha de hacer con él? ¿Qué? dice el Señor, que lo vendan á él, á su muger y á sus hijos por esclavos, y que me pague lo que me debe. ¡Oh, Señor! pues qué rigor es este tan ageno de vuestra benignidad piadosa, tan extraño á vuestra

generosa liberalidad. Pues yo me acuerdo muy bien que á otros dos, que os debian tambien cantidades grandes, porque no tenian con que poderos pagar, á entreambos les perdonasteis con igual liberalidad sus deudas: *Non habentibus illis unde redderent, donavit utriusque. (Lucae 7.)* ¿Pues si este miserable no lo tiene, por qué tanto rigor en que lo pague? Sí lo tiene, dice luego el Texto mismo; repárenlo: *Jussit eum dominus ejus venundari, et uxorem ejus, et filios, et omnia quae habebat, et reddi*. Mandó el Señor que lo vendieran á él, á su muger y á sus hijos, y todos los bienes que tenia, *et omnia quae habebat*. ¿Y todos los bienes que tenia? ¿Luego tenia? Sí, dice aquí el doctísimo Abulease; tenia, así bienes raices, como bienes muebles: *Scilicet, tam bona mobilia, quam immobilia*. ¿Pues válgame Dios! ¿Quién ha de entender esto? Antes dice el Texto, que no tenia: *Cum non haberet*. Y ahora ya nos dice que tiene: *Et omnia quae habebat*. ¿En qué quedamos? En que reparando bien en el Texto, se reconocerá la solucion. No tenia para pagar: *Cum non haberet unde redderet*; pero tenia para la ostentacion: *Omnia quae habebat*. No tenia: eso alegaban sus excusas; pero tenia. Eso decian las realidades: no tenia para lo que era obligacion; pero tenia para la vanidad y el desperdicio. Pues pague, pague, y ademas quede esclavo él.—Bien está; pero su pobre muger, sus desdichados hijos, ¿por qué han de ser tambien vendidos?—Porque ellos fueron la mayor parte en sus deudas, y eran tambien la mayor parte en que así se negara á la restitucion, porque por mantener en la muger la pompa y la gala, en los hijos la vanidad, el juego y el desperdicio, él dice que no tiene para lo que debe, cuando tiene para lo

que pompea: *Quia magna debita*, dice el insigne Oleastro, *uxoris, et filiorum gratia contraxerat: Non enim timuit aliena rapere, ut uxorem, et filios pomposé indueret, et ornaret.* (Oleastr. in cap. 3. *Isaiae.*) ¿Es, pues, así vuestro no puedo? Yo pienso, sin mucho juicio temerario, que es así. Vemos las superfluidades, las pompas, los gastos; vemos que se juegan en una noche mil y dos mil pesos. Llegue el acreedor á pedir lo que es suyo, ó llegue por él vuestra propia conciencia, y á todo se responde: No tengo; no puedo. Pues Dios hará que podais, arruinando vuestra casa, sacando á pública almoneda vuestros bienes, dejando á vuestra muger é hijos en el mas miserable estado, y condenando vuestra alma con una eterna esclavitud.

Y ya, si estas frívolas excusas vemos que siempre duran, ¿cuándo se cumple el plazo del *Pagaré*? A la hora de la muerte. ¡Oh, qué tarde! Miren si dije yo bien, apénas oí el *Pagaré*, que estamos en el primer plazo, que es el *Tarde*. Mas ya no sería eso lo peor si entónces se pagara; pero qué raro, qué singular es el que aun entónces restituye. Siempre reparé con observacion, que una sola vez en toda la Historia Evangélica, se refiere que pescó San Pedro con anzuelo. Quince veces se mencionan en los Evangelios varias pescas de los Apóstoles; y en todas se nota siempre que fueron con red. Y aquella sola vez fué con anzuelo, cuando llegando á pedir á Cristo el tributo del Didragma, envía á Pedro al mar, y le manda que echando el anzuelo saque un pez, y que en él hallará el dinero para pagar el tributo: *Vade ad mare, et mite hamum, eum piscem, qui primus ascenderit, tolle.* (*Matth. 17.*) ¿Es posible, que siendo con la red el ordinario ejercicio de su pesca, en esta ocasion

quiera Cristo que sea con anzuelo? ¿Por qué será? ¿Es porque pide en el pescador mas cuidado? Qué prolijidad aquel esperar, aquella flema en componer el sedal, medir á proporcion el corcho, acomodar el cebo al anzuelo, arrojarle al agua, y la atencion sin moverse al corcho, y al pulso; en hundiéndole, tantear el peso, no sea que rompa la caña. Y luego de parte del pescado, ¿qué no padece? el tragar, que há bien menester toda su golosina, para no frustrar todo el lance. ¿Qué cuando siente que le sacan de el agua? ¿Qué cuando se halla las agallas atoradas y heridas con el anzuelo? Cómo forcejea, cómo rehusa, cómo se cimbrea, hasta que viene á dár en manos de la muerte. ¿Pues toda esa prolijidad y trabajo para solo pescar un pez? ¿No es mejor que Pedro eche la red en que al amor del agua tantos salen dulcemente impelidos, sin que lo sientan? ¿Porque tiene dinero ese pez, ha de haber toda esa singularidad? Sí: que todo es menester para que el que tiene dinero en el buche, lo restituya y lo vuelva. ¡Qué ansias! ¡qué congojas! ¡qué vueltas! y despues de todo, aun será dicha que con la muerte entregue la moneda. De los demás peces esperen los Predicadores Evangélicos coger á redadas la pesca; pero del que tiene el dinero ageno en el buche, dicha será lograr uno, y será dicha que aun eso se consiga con la muerte; por eso tan raras veces lo vemos. Y si no, ¿á qué piensan que tiran en los mas esas repugnancias, y aun imposibles que alegan para hacer testamento? Tirarán á que no se descubran las trampas, á que no se declaren las deudas, y á que se queden en pié las marañas. Llegá la muerte, dice un condenado de estos que andan entre nosotros: (*Divites prædamatos*, los llama Tertuliano.) Llegá la muerte, hago

un poder, y allá se entiendan mis albaceas; yo me muero, y trampa adelante.—Hombre desalmado, adelante pasará la trampa, y como que pasa con ese tu poder de tinieblas; adelante pasará acá entre los hombres; ¿pero qué haces con eso, si para con Dios tus trampas no pueden pasar de la muerte? Si al punto que espiras vés á ver en aquellos libros de Dios asentados con toda claridad todos esos cargos de restitucion que no has hecho; ¿qué haces con ese tu poder? Entregarte al poder de las tinieblas, y sin remedio condenarte.

Pero no digan que es malicia mia lo que todos estamos viendo. Yo doy, que lo que ya no se usa sino por maravilla, haga alguno su testamento. Yo doy, que lo que ya no se ve sino por milagro, declare que le debe á fulano diez ó doce mil pesos; pero pregunto: ¿se pone ahí que há veinte años que se los debe? ¿Se mencionan ó se embeben los daños y menescabos, ciertos y conocidos, que al otro se le han seguido de haberle retenido por tanto tiempo su hacienda? No, de nada de eso se hace caso. Pues eso es pasar ya del primer plazo, que es el *tarde*, al segundo plazo, que es el *mal*. Eso es pagar mal, y no pagar es eso. Manda Dios en el Exodo, (*cap. 22.*) que si alguno hubiere hurtado un buey ó una oveja, y los hubiere ya muerto ó vendido, por el buey que hurtó pague cinco bueyes, y por la oveja pague cuatro ovejas: *Si quis furatus fuerit bovem, aut ovem, et occiderit vel vendiderit, quinque boves pro uno bove restituet, et quatuor oves pro una ove.* ¿Y quién no ha reparado ya la cuidadosa distincion que hace la ley? Por una oveja que hurtó, pague cuatro. Esto es, ademas de la que restituye, las otras en pena y castigo que le pone la ley al delito, dice el doctísi-

mo Abulense. No pongo en eso mi reparo, sino en que, si con cuatro ovejas, por una que hurtó, paga la pena de la ley y cumple con la restitucion, ¿el que hurtó un buey, porqué ha de pagar uno mas? De modo, que por la oveja paga cuatro; ¿pero por el buey paga cinco? Sí, dice con Teodoreto y Oleastro, nuestro insigne Cornelio: *Ut per illum sarciat damnnum, quod bovis dominus passus est in agricultura: Ad hanc enim non servit ovis, sed servit bos.* Notad: el que hurtó una oveja, allí se quedó todo el daño, porque la oveja entretanto no le servía á su dueño de otra cosa; pero el que hurtó un buey, todo el tiempo que lo tuvo privó á su dueño de lo que ese buey le había de dár de provecho, ya en la carreta, ya en el arado. No se queda el daño solo en el buey, sino que causó menoscabo en lo que el otro con él podía ganar. ¿Así? Pues pague uno mas por esos daños que causó: *Quinque boves pro uno bove restituet.*

¡Oh daños! ¡oh menoscabos! ¡oh ruinas, no sé si alguna vez restituidas! De no volverle vos á aquel su dinero, él perdió la ocasion de la compra en que hubiera ganado, como ganó el otro que la hizo; hubiera con esto pagado, hubiera correspondido, y se mantuviera á sí y á su casa. Faltóle en la ocasion lo que vos le y retenéis, y él por eso faltó á su acreedor: apuróle éste, vióse atravesado, quebró para satisfacer, quedó perdido; y se ve ya sin crédito, sin hacienda, y pereciendo él y sus hijos. ¿Quién causó estos daños? ¿Y quién debe pagarlos? Aquel pobre oficial, que se ve arruinado, perdido su oficio y su casa; si le hubierais pagado á tiempo, no se hubiera visto obligado á hacer la trampa, á contraer la deuda, que poniéndolo en una cárcel, lo tiene en la última desdicha: ¿quién.

causó estos daños? ¿Y quién debe pagarlos? Y no hablo ahora de las demas miserias y desventuras, que no hay caudal en el mundo con que satisfacerlas.

Uladislao, Rey de Polonia, habia quitado con violencia sus haciendas á unos vasallos suyos; pero tanto le instó, tanto le dijo la tan santa como discreta Reina Eduwiges su esposa, que se determinó á restituirles. Llévanles ya lo suyo, y entónces: Bien está, dijo la Santa Reina; ya les pagamos sus haciendas; ¿pero quién les podrá pagar sus lágrimas? *Pignora quidem reddimus agrestibus; ceterum lacrymas illorum quis reddet?* ¡Oh lágrimas! ¡Oh gemidos de los miserables! ¿Cómo se pagarán, Poderosos? ¡Qué hambres! ¡qué desnudez! ¡qué miserias, causadas todas de quedaros vosotros con el trabajo de sus frentes! ¿cómo las pagaréis, magnates de la tierra? ¿Qué aun vuestros esclavos, qué aun vuestros lacayos, solo porque son vuestros, han de tener licencia para desollar á los desvalidos? Un pobre oficial, que se sustenta hoy con lo que hoy gana: un miserable indio que come hoy de lo que hoy trabaja, si no le pagáis su trabajo, si quereis que sea su sudor tributo de vuestra introducida tiránica soberanía, ¿de qué ha de comer? ¿Con qué se ha de sustentar? *Non morabitur opus mercenarii tui apud te usque mane.* (Levit.)

Mandaba Dios en el Levítico: no dilates para mañana el pagar al jornalero su trabajo de hoy. Y si no lo dilatais solo para mañana, sino para muchos dias y años, ¿qué daños se le siguen al miserable? Si lo que en todo el lugar le pagan por cuatro, en vuestra casa se lo pagan por dos, ¿qué tiranía es esta que tiene llena la tierra de gemidos, y el cielo de clamores? ¡Ah, qué cuenta os espera, poderosos?

—Ea, que ya lo veo y lo conozco. Yo lo mandaré pagar todo á mis herederos.—¿Qué herederos? ¿A eso se remite? Pues eso es ya, no solo pagar tarde y pagar mal, sino pagar en el tercer plazo, que es *nunca*. Entendamos esto, Católicos: Tengo el dinero en las arcas, hay tiempo muy bastante, porque no vá tan aprisa el achaque; habrá comodidad y ocasion para restituir; ¿y luego que restituyan mis herederos? No vá así el alma segura; no vá segura. ¡Oh, Dios, y lo que vemos de ésto! ¿Podeis restituirlo vos?—Sí, que está ahí el dinero ó la alhaja, y hay tiempo.—¿Lo haceis pudiendo? No; pues aunque más os confeseis, os condenais. San Agustin dice: *Si res ablata reddi possit, et non reddatur, penitentia non agitur, sed simulatur.* En la ley *Etiam, de Verb. signific.* no quiere consentir el Jurisconsulto que se diga que parió aquella muger, á quien ya despues de muerta le sacan de el vientre la criatura: *Falsum est eam peperisse, cui mortuae filius extractus est.* ¿Pues cómo se llamará restitucion no hacerlo vos pudiendo, sino que lo hagan despues de vuestra muerte? Eso no es restituirlo vos, sino quitároslo la muerte.

Fuera de que la experiencia lastimosamente está mostrando cada día, que muy rara vez se restituye despues de la muerte, ¿cuántos herederos vemos que ni para jugar les basta toda la hacienda? ¿cómo les bastará para restituir por su Padre?

Dejóle uno á su hijo en herencia tres Alcones, que eran de mucha estima y precio, con esta cláusula: Que vendidos, con el valor de uno, pagáse sus deudas é hiciese bien por su alma, y los otros dos fuésen su herencia. Murió el padre, y no mucho despues volóse al hijo un Alcon; hizo sus diligencias por hallarle, y como no parecia, se conso-

ló diciendo: Vaya que ese que se voló es por el alma de mi padre.—Fiaos de hijos. En toda la Historia Evangélica hallamos cinco padres que acuden ansiosos por el bien de sus hijos: esta le pide las sillas, la otra la salud, el otro la vida de su hijo; pero solo una vez hallamos un hijo que pide á Cristo por su padre; ¿pero qué es lo que pide? Licencia para ir á enterrarlo. Fiaos de hijos, vuelvo á decir, que solo darán prisa á enterrar, y luego á gozar de la herencia. Pues albaceas, cuántos vemos ricos despues que lo son. Y los huérfanos y las viudas, que perezcan; ¿pues qué harán con las restituciones del muerto, que no habla? Más: Vos mismo, eso que debéis restituir ¿no es quizá gran parte de aquel albaceazgo que no habeis cumplido? ¿de aquellas deudas del difunto, que no habeis pagado? ¿No le disteis palabra de hacerlo? ¿Lo habeis hecho? ¿Pues cómo quieres que otro haga lo que vos por vos mismo no habeis tenido valor de hacer, porque tanto os duele el apartarlo? ¿Y con esto os parece que vais seguro, y no falta adulador que así os diga? Pues eso es pagar en tercer plazo, que es *nunca*. Y así se vá haciendo las sartas de condenados: unos por otros no pagan; y los unos por los otros se condenan. Así lo vió un Santo monge, refiere San Pedro Damiano: (Baron. *an.* 1055.) Cierta Conde de Francia se habia usurpado los bienes de una Iglesia; murió y fué quedando esta declaracion en sus herederos, que unos por otros habian pasado ya hasta el décimo heredero, y estábanse todavía por restituirse aquellos bienes, por mas que reclamaban los eclesiásticos; cuando un Santo Monge vió abierto el infierno, y en él una escalera que por diez escalones llegaba hasta el profundo, y en cada escalon cada uno de aque-

llos diez Condes, que desde el primero al último, asidos unos con otros de las manos, bajaban como en una sarta. ¡Ah, sartas! ¡Ah, cadenas de condenados! El ladron se vá al infierno, y dejando el dinero, se lleva con él á sus hijos, á su muger, á sus albaceas, y estos á otros; todos hurtan, todos roban, todos retienen, y todos vá cayendo en el infierno ensartados.

—¡Oh! que ya dejo en mi testamento muchas limosnas por mí alma, millares de misas, tanto funeral, tanta pompa.—¡Gran cosa! De eso vemos mucho. Y á todo eso, ¿habeis pagado pudiendo?—No.—Pues con todas esas misas, limosnas, obras pias, funerales y acompañamientos, os condenais. Con la restitucion de lo ageno, sin que digan por vos una sola misa, os podeis salvar, no hay duda; pero sin restituir lo ageno, aunque se digan por vos millones de millones de misas, no os han de sacar del infierno; y esto sin controversia. Las limosnas, cuando no hay dueño conocido de la hacienda que es agena, suplen por la restitucion, no lo niego; pero habiendo dueño conocido, ó herederos suyos, de nada sirven las limosnas. Limosnas hizo allá Zaqueo, y tantas, que en eso empleo la mitad de sus bienes: *Dimidium honorum meorum do pauperibus*. Y con todo eso, no le responde nuestro Señor Jesucristo ni una palabra sola, ó de alabanza ó de agradecimiento. Dice luego que restituye de hecho lo ageno, y no que restituirá: *Reddo quadruplum*. Y entónces sí que le responde el Señor: *Hodie huic domui salus á Deo facta est*. Hoy ha entrado en esta casa la salud, la dicha, la felicidad y la salvacion. Reparad que antes habia entrado en aquella casa el Señor, honrándola con su divina presencia, y con todo eso aun no habia dicho que habia entra-

do en ella la salud. ¿Y cuándo lo dice? Cuando ve la restitución. Pues no teneis que consolaros mucho, solo con que el enfermo recibió los Sacramentos, con que vino el mismo Dios á su casa en su Real y verdadera presencia Sacramentado, que si con esa divina presencia no hay restitucion, ni en esa casa, ni en esa alma ha entrado la salud y la salvacion. ¿Y qué haremos, dice el grande Agustino, con todo ese funeral y acompañamiento? ¿Qué importa que dejes con que canten los unos, si quitas con que lloran los otros? Los unos cantan en la Iglesia por lo que les das, mientras los otros estan llorando en sus casas por lo que tú les has quitado: *Cui dederit gaudet; cui abstulerit plorat; quem duorum istorum exauditurus est Dominus?* (Dav. August. tom. 10. fol. 19 de Verb. Apost. mihi ser. 22.)

¿Pues á quién piensas que oirá el Señor? ¿Las voces del que cantando pide por tí misericordia, ó los gemidos y las lágrimas del que llorando demanda contra tí justicia? Cierito es, y de fé, que Dios no puede faltar á la justicia. ¿Pues cuál piensas que será tu sentencia? Que pues no pagaste nunca, pagues para siempre; y que pues no pagaste con el dinero, pagues con el alma.

Habla nuestro Señor Jesucristo de aquella cárcel triste, de aquel horrible calabozo del infierno, en sentir de San Gerónimo y otros Padres, y dice estas temerosas palabras: *Amen dico vobis, non exies inde, donec reddas novissimum quadrantem.* (Matth. cap. 5.) Yo te aseguro que no has de salir de aquella prision, miserable, hasta que pagues el último maravedí.—¿Hasta que pague? ¿Luego en llegando á pagar podrá salir? Eso dá á entender la sentencia de nuestro Redentor. Pues válgame

Dios, ¿no es tan del todo cierto, como de fé católica, que la prision del infierno ha de ser eterna? ¿que nunca saldrá de allí, el que allí cayere? Pues si ha de ser eterna, ¿cómo ahora dice el Señor que ha de salir en acabando de pagar?—Por eso mismo, porque como nunca acabará de pagar, nunca jamas podrá salir. ¿Ello no se pone el plazo en que se acabe de pagar? Pues si ese plazo nunca se ha de cumplir, él pagará siempre en el plazo del nunca, y así estará pagando para siempre. Todo el dinero acá se queda: allá ni lo tiene, ni lo puede tener el alma; y si allá debe pagar ese dinero, y nunca ha de poder tenerlo, nunca podrá pagarlo: pues eso será pagar con una pena eterna: *Donec reddas novissimum quadrantem.*

Católicos, católicos, ¿pues qué ceguedad es la vuestra? ¿Os duele ahora arrancar y echar de vosotros esa hacienda agena, por asegurar para siempre el alma? ¿Pues qué dolor será haberla de dejar, y perder sin remedio con la muerte, hallando entónces tambien perdida el alma?

¿Con qué fatigas corre desasosegado un perro tras de una liebre, adelantando aun á su ligereza sus ansias! y despues que, corridas leguas entenas, la alcanza, pero le quitan de la misma boca la presa. Oh, si tuviera entendimiento, cómo dijera: ¿para qué me he de fatigar ansioso para que goce otro lo que me han de quitar despues de mis fatigas? déjole yo y estoime en mí descanso. Pues haced este discurso, racionales, si es que lo sois: Para que mi hijo goce, juegue y desperdicie; para que mi albacea enriquezca y triunfe; para que el Letrado, el Escribano y el Procurador, entrapen; y para que aun los mas extraños, y aun enemigos míos, tengan parte, estoy yo con tantas fatigas atesorando, y no

quiero restituir lo que es ageno, con tan evidente daño de mi alma! ¡Oh, error sin juicio! ¡De modo, que sola mi alma ha de ser la que padezca en el infierno por una eternidad, porque otros gocen, otros triunfen y otros enriquezcan? Pues mejor será que logre mi alma, restituyendo lo ageno, lo que sin ninguna duda han de lograr otros perdiendo mi salvacion: *Quid prodest humine*, nos dice el mismo Jesucristo, *si mundum universum lucretur, anima verò suae detrimentum patiatur?* ¡Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Todo el mundo dice, católicos, no esas poquedades de quinientos mil, de un millon, que todo es nada. Todo el mundo ganado, ¡qué aprovechará si el alma viene despues á quedar perdida? ¡Qué tiene Alejandro de todo un mundo? Nada. ¡Y qué tiene en su alma? Un infinito de tormentos. ¡Pues qué diera Alejandro ahora por poder restaurar su alma perdida? *Quam dabit homo commutationem pro anima sua?* Pues si despues de perdida el alma en el infierno, no hay valor con que restaurala, ahora se rescata con restituir lo ageno. Escoged, escoged, que entre estos dos extremos no hay medio: ó restituir ahora lo que sin duda se ha de dejar, ó pagar eternamente lo que nunca se acabará de pagar. Lo que gozaban aquellos arrendadores era solo una viña, *Plantavit vineam*, y lo que perdieron, por no querer pagar sus frutos, fué ya todo un Reino: *Auferetur á vobis Regnum*. Pues perder por una cosa tan ratera, todo un tesoro inmenso; y por retener una sola viña, perder todo un Reino, ¡quién no ve euánta es la necesidad?

¡Oh, Jesus de mi vida! alumbrá tú, Señor, á tan ciegas almas; ablanda tú tan duros corazones; desata tú los apretados nudos de tan enredadas con-

ciencias, para que, conociendo en la restitucion de la ageno la mas provechosa ganancia, rompan á un tiempo sus lazos á la conciencia y á la bolsa; para que, dejando la hacienda que se les ha de acabar con el tiempo, logren para el alma lo que han de gozar por una eternidad; y para que, restituyendo lo ageno, que sin remedio les ha de quitar al fin la muerte, aseguren la propiedad en los bienes que han de gozar en una eterna vida de gloria.

de la Ciudad cercana de Sichen, se viene acercando una pobre moza de cántaro; que cuando éste no lo digera, decíanoslo ya su desahogo, publicábalo su despejo, y confirmábalo su desgarró. Enroskada al hombro la soga, arbolado en el otro el cántaro, llega, y sin mas reparo, viendo que estaba allí sentado un hombre, puesto sobre el brocal su cántaro, empieza á ir desenvolviendo la soga. Buen anuncio desde luego, que quien ha vivido de enredos, empiece ya á desenvolver lazos.—Muger, vuelve el Señor, ¡con qué apacible descuido! mas ¡con qué amoroso cuidado! Muger, ¿no me darás un poco de agua? Ella entónces, confirmando por la pronunciacion lo que ya habia conocido por el traje, dijo: ¿Pues cómo tú, (vuelve muy entonada y zahareña) cómo tú, siendo judío, me pides á mí de beber, que soy muger Samaritana? ¿Hace visto? ¿De cuándo acá vosotros os dignais, ni aun de hablar con los Samaritanos? Ya sé que eres judío ¿pues qué pensabas que no te habia de conocer?—Y ¡como que no me conoces, que si supieras tú con quien estas hablando, quizá tú fueras la que me pidieras á mí; y yo, sin tus excusas, te daría al punto una agua viva!—¡Hay tal! (dice ella sonriéndose) pues está este pozo tan hondo, y tú no tienes conque sacarla, ¿qué agua me habías de dár? ¿Qué agua puede ser esta? Picó ya en la muger la curiosidad, no sé si la codicia. Cuidado con el corcho, que por debajo del agua anda ya el pez hácia el anzuelo. Por eso el Pescador Divino, despreciando sus dificultades, prosigue en sus ofertas:—«Quien bebiere de esta agua que yo digo, nunca volverá á tener sed.» Debióse de quedar ella algun tanto pensativa, revolviendo entre sí sus dudas: ¿Cómo podrá ser esto? Agua que de una vez qui-

DE LA SUMA IMPORTANCIA QUE NOS VA EN CORRESPONDER
A LA DIDINA VOCACION.

Cuarto Viérnes de Cuaresma, año de 1691.

*Si scires donum Dei, et quis est, qui
dicit tibi, da mihi bibere, tu forsitan
petisses ad eo, et decisset tibi
aquam vivam. Joan. cap. 4.*

Serian como las doce, así nos entra el Evangelista dando prisa á la narracion, encogidas las sombras, dilatadas las luces, eficaces los rayos, latiendo los ardores, y á su temor recogidos los pájaros, echados á las sombras los brutos, en calma de luz todo el aire, cuando en mas activa fogosidad del bochorno; á la hora, en fin, en que solo el sol reina, campeaba tan hermoso como ardiente, acezando en su fogosa carrera por lo mas alto del cielo. Dije mal, que no es ese sol del que yo hablo. En lo mas abatido de un pozo, sentado á su brocal el Sol Divino, era el que, retirando sombras, esparciendo luces, formando el medio dia para una alma, hacía hora, no ya del reposo suyo, sino del ageno descanso. Esas eran las fatigas de Jesus nuestra Vida, esa su sed, esas sus ansias; sentado á estas horas al pozo de Sichar. Cuando hé aquí que,

ta la sed, ¿qué agua podrá ser? ¿Pero quién me mete á mi en ponerle dificultades? El mismo me la está ofreciendo. Pues en verdad que se la he de pedir: «Señor, le dice ya, dame de esa agua para no tener ya mas sed, y con eso me excusarás de andar yendo y viniendo aquí.» Otras tienen su sed en ir y venir. Prendió ya el pez, seguro está. «Si te daré, dice el Señor; pero anda primero, llama á tu marido, y venios juntos los dos acá.—¿Qué marido he de llamar, que no lo tengo?—Bien has dicho, porque aunque has tenido cinco hombres, ese que ahora tienes, no es marido tuyo.—¿Cómo es eso Señor? En verdad que á lo que voy viendo, tú eres profeta, dice toda llena de turbacion. Vió ajustada bien la cuenta: cinco antes y uno ahora. Si ellos, repara un grande ingenio, fueron los que la fueron dejando, fíaos mugeres; si ella los fué remudando, fíaos hombres. Pero de todo habria, que ni de unos, ni de otras, hay que fiar. Ella corrida baraja la conversacion, muda la plática, metiéndose en materias hondas de religion; sobre el Templo que ellos tenían en Garizin, y el Templo que los Judíos reverenciaban en Jerusalem. Mas como quien del fuego en las brasas, huyendo ella de Jesus, viene á dár en el Mesías.—Bien sé, dice por último, que de todas estas dudas en que andamos en materia de adoracion, nos ha de sacar de una vez aquel Mesías que ha de venir. Aquí el Señor: Yo soy ese, muger; el que está hablando contigo es el Mesías. Quédase ella suspensa, y en esto los Discípulos que vienen de la Ciudad; y ella, ni del cántaro se acuerda, ni de su sogá, ni se despide, porque allí deja su corazon, y se parte; porque si la mitad de su alma deja con Jesus, la otra mitad corre fogosa á derramarla toda, en afectos, por la

Ciudad. Llega, y por las calles: «Venid, gritaba á grandes voces, venid y vereis un hombre que yo no sé qué me diga de él, y él de mí me lo ha dicho todo; yo pienso que es Cristo.» Sigue á sus voces la admiracion, y á la admiracion el concurso; y de tropel vienen corriendo al pozo y á la mas clara fuente: y atraídos á la dulzura de sus palabras, reducen al Señor á sus casas; y en tres dias que allí se detuvo su Magestad, la Ciudad queda reformada, muchos convertidos, y la Samaritana Santa. ¡Oh, muger, millares de veces dichosa! Una sola bastó para dejar mejorada toda una Ciudad. ¿Qué tanto puede conseguir una muger sola, si se reforma? Buena materia es esta á la Doctrina; mas ya que estamos en visperas de una Mision, á asunto mas poderosamente grave, me arrebató el susto y me lleva el deseo de vuestro remedio. ¡Oh, y quiera Dios que yo lo acierte! Mas para eso invoquemos á aquella que, siendo sellada fuente en la mas Inmaculada pureza, fué tambien pozo de aguas vivas para ser Madre de la gracia. *AVE MARIA.*

Si scires domum Dei, et quis est dicit tibi, da mihi bibere..... Joan. ubi supra.

Dos pensamientos muy contrarios batallan en el estrecho campo de mi corazon, al atender el suceso que tengo referido: dos consecuencias muy opuestas se combaten en la corta capacidad de mi discurso, al considerar la conversion tan prodigiosa que he contado; y chocando entre sí estos pensamientos, como dos grandes peñas, me dejan tan palpitante el corazon á la congoja, tan estremecida toda el alma al susto, tan vacilante el espíritu á la duda, que ni yo sabré explicar lo mucho que yo concibo, ni sé

si acertaré á ponderar lo que temo. Hagamos reflexion al suceso de nuestro Evangelio: Viene la Samaritana al pozo, ¡qué agena de lo que allí se previene! ¡qué quitada de lo que allí le sucede! ve allí un hombre que ella no conoce. ¿Cuántos habria visto en aquel lugar otras veces? Pídele aquel un poco de agua; ¡qué cosa más ordinaria? Trávase por aquí la conversacion, y á pocas razones lo que vemos es, que ella de una muger perdida, queda hecha una Santa.—¿Tan presto?—En dos palabras, como dicen.—¿Tan fácil?—Tan fácil como el agua: *et dedisset tibi aquam vivam.*—¿Qué tan presto queda mejorada del todo, una alma que estaba en el último extremo de perdida?—Tan presto.—¿Qué, tan fácil es salvarse una alma que tan rematada estaba entre los mas apretados lazos del infierno?—Tan fácil es.—¿Oh, qué consuelo! ¡qué aliento! ¡qué dicha!—Pues este es el uno de mis pensamientos, y esta es la una de mis consecuencias. Pero ahora aguardad, y poned que aquella muger, como vemos que empezó desdeñosa, hubiera proseguido esquivada, y que sin querer hablar con el Señor mas palabra, hubiera sacado el agua del pozo, y á las promesas que le hacia de darle mejor agua, respondiera por último: No es hora esta de conversacion, que es medio dia; guarda esa tu agua para otra vez, que yo tengo que hacer en mi casa, y es ya tarde; y que con esto le hubiera vuelto las espaldas. ¿Puede ello suceder así? Ya se ve que era cosa muy natural: pues poned que así hubiera sucedido; ¿qué hubiera sido de esta muger? ¡Oh, Dios! ¡oh, Dios! El Señor desde aquel pozo parece que prosiguiera su camino, porque iba de viage de Judéa para Galiléa: ella desde allí se volveria á presequir en sus culpas, pues sabemos que estaba enredada con un

hombre, y no ofreciéndosele probablemente otra ocasion tan oportuna, y acomodada como esta, para conocer su estado lastimoso, ella hubiera persistido en sus escándalos, y estuviera ahora sin remedio condenada.—¿Oh, válgame Dios! ¿Por una ocasion que perdió?—Sí, que en esta perdió todo el principio de su salud.—¿Por un lance que malogró, que parecía tan ligero?—Sí, que en ese lo malogró todo. Aquí desalentado, temblando y lleno de horror mi corazon y mi espíritu, exclama atónito: ¡Qué, en tan poco puede consistir el condenarse una alma para siempre! ¡Qué, de un punto, de un punto puede pender el no ver á Dios por una eternidad! No hay duda, no hay duda. Pues este es el contrario pensamiento que me oprime; esta la opuesta consecuencia que me extremece: que si en un instante puedo salvarme, puedo condenarme en un punto: que de corresponder ó no á la inspiracion, al llamamiento de Dios en tal ocasion, que yo no sé cuál es, y solo Dios lo sabe, puede depender, ó mi salvacion eterna, ó mi eterna condenacion. ¡Oh, Católicos! ¿Y quién hay entre nosotros que haga mucho caso de estos interiores movimientos, de estos ocultos impulsos, de estas secretas vocaciones con que Dios al corazon nos llama: ó á dejar el vicio, ó á seguir la virtud: ó á hacer la obra buena, ó á emprender la mortificacion; cuando no sabemos de cuál de esos impulsos despreciados, de cuál de esos llamamientos no oídos depende no menos que perder nuestra eterna Bienaventuranza? ¡Espantosa materia, pero cierta! terrible punto, pero al paso que terrible verdadero! *Territus terreo*, os digo con el grande Agustino, (*Hom. 11. int. 50.*) para que no culpeis de ponderativo mi temor, pues corriendo con todos igual peligro,

conozco bien que este punto, si no acaba de conseguir de mi dureza hacerme santo, á lo menos refrena mi temeraria confianza para no hacerme incorregible.

Es del todo cierto, y verdad católica, que todo esto que á nuestros ojos, y á nuestra ignorancia parece una contingencia, que como decís se vino rodada, ó un acaso, es todo disposicion que allá, desde su eternidad, la está Dios previniendo con su infinita sabiduría. No está lejos el ejemplo. ¿Qué cosa hay á nuestros ojos mas contingente, que ver llegar á un hombre, (dejemos ahora lo que en él mira nuestra fé) que ver llegar un hombre á las doce del dia á un pozo; que viene de camino, y que hallándose fatigado, se sienta á descansar allí; y en esto que viene una muger á sacar agua, y que traxen conversacion? Todo nos parece que sucede al acaso, y que ello se vino; pues allá desde su eternidad lo estaba así mirando Dios, y desde allá en aquellos sus eternos decretos le tenia prevenido á esa muger, á esas horas, en ese pozo, y en esa conversacion, el auxilio eficaz que, de consentir ella, fué el principio de su salvacion eterna. Así, pues, nos lo tiene prevenido á cada uno de nosotros; á éste en ésta, á aquel en aquella ocasion que parece contingente, que se vino rodada, que se vino acaso. Al uno se le ofrecerá en la visita la conversacion espiritual que le toque al alma; al otro se le vendrá en el paseo á los ojos un entierro que le dé un vuelco al corazon; al otro le saldrá en contradicho en la calle un pobre que le pida una limosna, y le dé al corazon la aldabada; al otro le sucederá la desgracia, la pérdida, la pesadumbre, que le ofrezca á los ojos el desengaño; al otro le hablará el predicador á el alma, convidándole á la resolucion de

dejar la culpa. Contingencias nos parecen todas estas, y otras innumerables conque Dios nos llama para darnos la gracia. ¿Y de cuál de ellas dependerá el que su Magestad probándonos, nos halle dignos de sí, si le correspondemos? Solo su Magestad sabe cuál es: *Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se*, que dice la Sabiduría. (*Sap. 3. v. 5.*) Ya pues, *Si scires donum Dei*, le dice hoy el Señor á la Samaritana: ¡Oh, muger! que tan divertida estás, que tan engañada vienes, que tan acaso te parece lo que aquí has hallado. ¡Oh, y si supieras que esta que te parece contingencia es don de Dios con que te busca! ¡que es auxilio de Dios, con que te llama, y de que pende, si consientes, no me nos que tu eterna dicha! *Si scires, si scires*, hombre, te repito yo á tí, y si supieras que esa conversacion espiritual que te afervoriza; que ese interior impulso que sientes; que esa voz del predicador que te penetra el alma; que ese desengaño, que esa pérdida, que ese aviso que á tí te parece tan acaso, ¡oh si supieras que de esta ocasion está pendiente, ó tu eterna dicha, si la logras, ó tu condenacion eterna, si la pierdes! ¡oh cómo la lograrás! *Si scires donum Dei.*

Y no extrañen que de una ocasioncilla que parece de poca importancia, que de una accion que parece muy menuda, pueda seguirse, ó el inmenso daño de nuestra eterna condenacion, ó el inmenso bien de nuestra eterna salud. Que si, como dice San Pablo, las cosas invisibles de Dios se conocen por estas cosas que tenemos acá visibles, ¿qué cosa mas ligera, que un vapor que al levantarse de la tierra, aún no se nos esconde á la vista? Pues ese, subiendo poco á poco, es luego allá en lo alto de la region, densas nubes que nos cubren el cielo, que

nos oscurecen el día, y que nos esconden el sol. ¿Qué cosa mas tenue que una exalacion, que al subir, ni nuestros ojos la distinguen? Pues esa sube, se congela, se enciende y se dispara en un rayo que desmorona las peñas, que derriba las torres, y que hace estremecer á los montes. ¿Quién no ve la escasa vena con que nace un arroyo, á penas sudor de un peñasco, que al salir de su fuente, lo salta por juguete un muchacho? Pues ese á no muchas leguas ya lo vemos que apenas la vista alcanza esguazar sus orillas, y que sustenta en sus espaldas grandes galeones. Así, pues, no digo yo que solo porque correspondiste ó no correspondiste á aquella inspiracion de Dios, que bastó solo eso para condenarte ó salvarte: no digo eso; mas lo que digo, es, que de lograr esa ocasion, esa inspiracion, ese aviso, ó de no lograrlo, pende si se logra, el que se vayan multiplicando los auxilios, que se te vayan aumentando las fuerzas, que se te vayan facilitando las virtudes, y que vayan creciendo las buenas obras hasta salvarte; ó pende, si se desprecia, el que vayas repitiendo las caídas, debilitando las fuerzas, endureciendo el corazon, aumentando las culpas, y que vaya Dios á ese paso retirando sus auxilios, hasta que del todo obstinado te condenes. Y así, aunque aquella primera ocasion pareció pequeña, pero siendo ella principio, ella viene á ser la causa, aunque remota, ó de inmenso bien, ó de un daño infinito. *In tantum*, decia aquel amigo de Job, *in tantum ut si priora tua fuerint parva, novissima multiplicentur nimis.* (Job. 8. v. 7.) ¡Oh, pirámide, ó de llama, ó de triunfo, que empezando en un punto remata en una latitud inmenza! Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza. Proposicion es esta, que á no ser pro-

nunciada por la misma boca de la Verdad Eterna, pudiera parecer á nuestro juicio, no solo falsa, sino del todo repugnante; porque antes parece, que si le preguntáran á uno, ¿qué cosa hay mas opuesta al cielo? no respondería mal si dijera que un grano de mostaza; este casi en un punto de pequeño; aquel toda una esfera tan dilatada que, en la casi inmensidad de sus ámbitos, le viene muy holgado todo el globo del mundo. Eso es si se mira como cielo, si se atiende como Reino, un Reino de riqueza inmensa, de valor infinito, de precio inestimable, ¿cómo puede compararse con un granillo del mas abatido desprecio? Aun no habeis percibido en el picante de ese grano, y la viveza de esa comparacion, dice nuestro doctisimo Oliva: no compara el Señor su reino solo á ese grano como es en sí, no; sino á ese grano, que recibéndolo un hombre, *Quod accipiens homo*, lo siembra en su propia tierra: *Seminavit in agro suo.* De modo, que en el grano, en el recibirlo el hombre, y en el sembrarlo, está la comparacion y está la semejanza con el cielo: *Regnum Dei*, dice nuestro insigne General, *Simili non est grano sinapis quoque modo, sed si acceptum illud defoderit homo in hortum suum.* (Oliv. l. 5. *Stromat. fol. 126.*)—Todavía no entiendo en qué puede estar así la semejanza: porque, que el hombre reciba ese grano y lo siembre, ¿qué le añade para que por eso sea al Reino de los Cielos semejante?—¿Qué? que así no puede ser retrato mas expreso; porque así como ese granillo, tan despreciable si se recibe, si se siembra, nace, crece, sube, se hermosea, se aumenta, se copa hasta hacer un árbol grande, crecido y hermoso; así una inspiracion, un aviso, un toque al corazon, una palabra, un desengaño, granito de mostaza parece pequeño,

despreciable, y que no importa, pues ese granito de esa inspiracion, si se recibe en el corazon, si allí se siembra, brota luego en otra obra buena, de esta en una resolucion heroica; tronco del que luego nacen esta y la otra rama de virtudes, que no cesan de florecer hasta ser un árbol de perfecciones milagroso, y hasta una cumbre que sublima á gozos eternos.—¿Y de qué provino todo esto?—De aquella inspiracion admitida en oportunidad, de aquella palabra buena sembrada en el corazon, ó de aquel desengaño á quien se le dió lugar en el alma. *Quis in posterum*, exclama ya el citado General: *quis in posterum minima negligat, quando grano sinapis Dei Regnum conclusum inficiari non possumus?* ¿Quién despreciará una ocasion por ligera, una inspiracion de Dios, que parece que no importa nada el dejarla, cuando no podemos negar á la Verdad eterna, que de ese grano de mostaza tan menudo puede depender el alcanzar, ó no alcanzar el reino de Dios?

Y si nó, prueben esto las mas dichosas experiencias. Venid conmigo y decidme: toda la santidad de un San Francisco de Asis, Serafin abrasado, ¿cuál pensais que fué su principio? Buscad su vida y hallareis que fué pedirle una limosna un pobre, descuidarse él algo, darle al corazon el impulso, y buscarlo luego y dársela caritativo: de aquí empezó ese prodigio de la pobreza Evangélica; ese fué el principio de tanta santidad: *Initio viae bonae*, que dice el Espíritu Santo. (*Prov. 16 v. 5.*) Toda la Santidad de un San Antonio Abad, pasmo de los desiertos, ejemplar de anacoretas, ¿de dónde empezó? De oír en la Iglesia cantar el Evangelio, en que nos dice el Señor, que lo dejemos todo para seguirle, entenderlo Antonio como si le dijeran

á él solo, ejecutarlo á la letra, y desde aquí subir hasta una perfeccion tan prodigiosa. Toda la santidad de un San Juan Gualberto, ¿qué origen tuvo? Ir él bien al acaso por una calle, encontrarse con su enemigo, que le había muerto á un hermano, pedirle éste perdon, y concedérselo aquel: *Initium viae bonae*. Toda la santidad de un San Juan de Dios, ¿de qué provino? De ir él bien descuidado por la calle vendiendo sus cartillas, ver abierta la Iglesia donde están en sermon, entrar á oírlo, traspásale el alma la voz del predicador, y él desde allí resolverse de veras: *Initio viae bonae*. Toda la santidad de un San Francisco de Borja, ¿de qué provino? De llevar el cadáver de la Emperatriz su Señora, descubrir la caja, ver convertida en horror su hermosura, y determinarse Francisco á no servir á Señor alguno que se pueda morir: *Initio viae bonae*. Toda la santidad de mi glorioso padre San Ignacio, ¿qué principio tuvo? Pedir él estando malo en la cama con la pierna quebrada, y bien ageno entónces de ser Santo: pedir, digo, algun libro de caballerías para entretenerse, no hallarse alguno en casa, darle un libro que habia de las vidas de los Santos, ir leyendo, inflamarse el corazon, encendérsele el espíritu, y dejar la milicia terrena por la celestial: *Initio viae bonae*. ¿Qué diré de un San Andrés Corsino, á quien le fué principio á su santidad reñirlo una vez ásperamente su madre, y él reconocerse? ¿Qué diré de un San Gonzalo Dominicano, á quien le fué origen de una perfeccion admirable, ir él muy galan y bizarro por una calle, caer por descuido en un lugar muy inmundo, llenarse de lodo, darle gritos los muchachos, y él desengañarse? ¡Ah mundo! no me has de mofar otra vez, y yo sí te he de burlar. Qué diré de una Doña

Sancha Carrillo, dama de las mas celebradas de España por la nobleza, discrecion y hermosura, que yéndose á confesar, mas atenta á las joyas y gala, que á la conciencia; mas llena de vanidad que de contricion; bastó para principio de una vida santamente prodigiosa, decirle entónces el Maestro Juan de Avila: ¡Ah señora, y cómo todas esas galas me huelen á infierno! Este dicho fué principio de toda una vida admirable. Fuera nunca acabar el referir de esto.

Y pregunto ahora: ¿Si todos estos no hubieran logrado estas ocasiones, serian ahora tan grandes Santos? Yo no sé lo que serian, que eso allá Dios se lo tiene reservado en aquellos sus altísimos é inescrutables decretos, donde por no enagenarse Ezequiel detuvo el paso: *Aquae profundi torrentis, qui non trasvadari*, mas lo que sé es, que á una santa tan extática, tan prodigiosa, tan seráfica como Santa Teresa, le fué mostrado aquel horrible, aquel espantoso lugar, que le estaba ya preparado en el infierno; ¿de qué ocasion pendió el que la Santa no cayera allí? Dios lo sabe; mas lo que sí vemos y sabemos, es, que una cosa que parecía contingencia, una limosna, unas palabras del Evangelio, un libro devoto, por haberlo logrado, de aquello fué su virtud creciendo de uno en otro acto, fueron los auxilios aumentándose hasta la santidad que vemos, que celebramos y que adoramos. Lo que sí vemos, es, que aquella primera pequeña inspiracion fué á manera de aquella pequeña fuente que allá veía Mardoqueo convertirse luego en un río ancho, profundo y caudaloso. (*Ester. 11. v. 10.*) Fué á manera de aquella piedrecilla que allá miraba Daniel (*2. v. 35.*) convertirse luego en un monte, que llena el mundo y que llega hasta el cielo.

¿Pues cuántas ocasiones como aquella has malogrado tú? ¿cuántas inspiraciones? ¿cuántos avisos?

Pues por el contrario, (¡oh Dios! éste es el punto por todo extremo temeroso!) por el contrario es igualmente cierto, que de una ocasion malograda puede seguirse toda nuestra condenacion eterna. No porque pasada esta ocasion no nos será siempre igualmente posible el salvarnos, que esto no se puede decir; sino porque de despreciar esa inspiracion, se seguirá en lo venidero ir teniendo mayor dificultad para obrar bien y dejar el pecado; ir teniendo menos y menos fuerzas para resistir á los apetitos, para resolvernos deveras á buscar á Dios. Y por decirlo en una palabra, se seguirá que: *gratiam inveniamus*, como habla el Apóstol, *vel non inveniamus in auxilio opportuno!* que retirando Dios aquellos especiales auxilios, que ni nos debe por ley de providencia, ni por ley de redencion, aunque nunca nos faltará con los auxilios suficientes; pero que endurecida nuestra voluntad, por nuestra ingratitud, nos niegue su Magestad justamente aquel auxilio eficaz, que para la mejor ocasion le desmerecieron nuestras culpas.

Espantoso suceso es este, consignado por el Espíritu Santo en las Divinas Letras: Elige Dios á Saúl por Rey de Israel, úngelo Samuel, júralo y aclámalo el pueblo; mas porque al entrar al gobierno debia el nuevo Rey ofrecer á Dios sacrificio, dícele Samuel: anda á Galgala, y allí me esperarás siete dias, que al cabo de ellos llegaré allá para ofrecer por tí el sacrificio: *Septem diebus expectabis donec veniam ad te.* (*Reg. 13. 8.*) Vá Saúl, espera, y entre tanto váse acercando contra él el ejército Filisteo: empiézase á conmovier el pueblo, llega el sétimo dia señalado, el aprieto hacia siglos los ins-

tantes de dilacion. Mira si viene Samuel; no parece. Avívanse en su corazon las congojas. Mira si llega el Sacerdote; no viene. Determinase en fin, y ofrece el mismo Saúl por su mano el sacrificio. Él que acababa y Samuel que llega.—Oh que te estaba esperando, y como ví que no acababas de venir, ahora, ahora, acabo ya de ofrecer el sacrificio.—¿Qué has hecho, desventurado de tí? *Stulte egisti*: ¿pues no me hubieras aguardado? ¿no te dije que siete días? ¿Se han pasado?—No.—Pues sábete: (atiendan á esta condicional espantosa.) *Si non fecisses, iam nunc preparasset Dominus Regnum tuum super Israël in sempiternum, sed nequam Regnum tuum ultra consurget.* (1. Reg. 13. v. 13.) Si no hubieras hecho esto, si en esto no hubieras desobedecido á Dios, sábete que desde hoy te perpetuára Dios en la Corona y en el Reino; pero ya porque en esto has desobedecido, te quitará Dios el Reino y perderás la Corona.—¿Espantosa sentencia!—¿Por esto? ¿Por una cosa que parece tan ligera? ¿Por una sola desobediencia?—No solamente por esto, sino por lo que de esto se vá luego siguiendo, que fué poco perder Saúl el Reino, sino perder su salvacion.—¿Y qué es lo que se sigue?—Mírenlo: señalale Dios por sucesor en la Corona á David, y he aquí la envidia en Saúl, porque, disponiendo Dios suavemente que venga David á la Corte, venció éste al gigante. Saúl envidioso lo empieza á mirar con malos ojos, le procura la muerte, lo persigue por montes y selvas. ¡Oh, qué de pecados! ¿Y pára en esos? No: sabe que algunos sacerdotes le han dado acogida en la Ciudad de Nobé, déjase llevar de la rabia y hace pasar á cuchillo ochenta y cinco sacerdotes. ¡Oh como vá creciendo la ruina! Hace matar á todos los

habitantes de Nobé, sin perdonar á viejos, mugeres y niños: hace poner fuego á sus casas hasta dejarlo todo en cenizas. ¡Oh, cómo se vá aumentando el precipicio, que no cesa de uno en otro delito! Presentanle batalla los Filisteos: vese apretado, y él á sí mismo se quita la vida con su propia espada, y pierde de una vez el Reino, la corona y la salvacion. En esto vino á parar aquella que parecía tan ligera desobediencia. ¡Oh, qué espantosas palabras del Crisóstomo: *Deum Samueli non obtemperavit, paulatim atque paulatim labens non stetit, quosque ad ipsum perditionis barathrum se ipsum immisit.* (D. Cris. hom. 87. in Matth.) Déjenmelo explicar con este simil: Por el alto copete de una elevada montaña de los Defrinos, refiere Olanó Magno, (Ap. Corn. in Eccles. c. 19. v. 1.) que pasando de vuelo un pajarillo, desquició de la punta un pequeño grumo de nieve: empezó éste mansamente á deslizarse, y á cada vuelta que daba, iba aumentando el caudal de la nieve en que se revolvió; y á poco trecho, no cesando en sus vueltas, era un grande globo: proseguía, y creciendo á ese paso ya un peñasco formidable, cuanto mas creciendo mas cogía, y cuanto mas pesado mas se precipitaba, hasta que ya hecho todo un monte de nieve, haciéndose camino por el estruendoso estrago de toda la arboleda, vino á oprimir todo un pueblo que estaba á la falda. ¿Quién tal pensara que para tanto estrago bastára el delicado pié de un pajarillo? ¿Diremos que aquel lo hizo todo? Sí, y nó. Sí, porque aquel fué el principio de donde se siguió tanta ruina: y nó, porque no fué el que por sí bastára.

Oh, quién al estar allí Saúl ya para hacer el sacrificio y desobedecer á Dios, llegára y le digera: Detente Rey, mira lo que haces: detente, porque

de esta accion que vás á hacer, pende el que pierdas para siempre la Corona, el que no goces el Reino, y el que no consigas la salvacion: *Si non fecisses, si non fecisses.*—Anda, quita, respondiera quizá, ¿pues por una cosa de tan poca importancia, por una desobediencia tan mínima, se habla de seguir tanto? Anda, que esas son ponderaciones de escrupulosos y vanos encarecimientos. No puede ser, no puede ser.—Pues en verdad que ya vemos que así fué.

Ahora, pues, católicos, deduzcamos de tan espantoso suceso lo que mira hácia nuestro particular provecho, y exclamemos temblando, con San Gregorio el Grande: *En quam magna perdit, qui ut putabat nulla contempsit.* ¿Por tan poco perdido tanto? ¿Por una desobediencia á la voz de Dios perdido un Reino? ¿y en un instante de tiempo malograda toda una eternidad? ¿Qué esto? Que en aquel punto quiso Dios probar á Saúl, si le habia de ser fiel en lo venidero: que en aquel punto lo halló infiel; y que desde aquel punto no quiso darle los auxilios mas eficaces, que le tenia prevenidos, si allí le hubiera obedecido. Es dueño, es Señor absoluto: ¿quién le puede pedir la razon de esto? *Quis ei dicere potest, cur ita facis?*

Esto es, oyentes míos, el punto terrible de que pende la eternidad. Algunos piensan que ese momento es solo aquel último de la muerte, y por eso malogran tantos en el espacio de la vida. Pues no es así, que el momento de que pende la eternidad, á algunos se lo tiene puesto Dios en la niñez, á otros en la edad varonil, y á otros en la vejez. Con cada uno de nosotros ha hecho y está haciendo Dios lo que allí hizo con Saúl. Está su Magestad diciéndolo allá en su soberano entendimiento: Yo le inspi-

raré á aquel amancebado de tantos años, á aquella muger perdida, que vaya á oír tal sermón: si á esa inspiracion movido fuere, yo le moveré el corazon de modo que se resuelva á dejar la amistad torpe: dejada esta, le haré fácil el que frecuente los Sacramentos: con esa frecuencia irá poco á poco arrancando los malos hábitos de su alma, y plantando en ella virtudes: y aplicándose así á vivir bien, le asistiré con mas especiales, mas repetidos auxilios, con que morirá en gracia, y logrará su salvacion con ventajas. Todo eso se irá siguiendo si oyere esta primera inspiracion; pero si no la oye, ni vá al sermón, proseguirá en su amistad torpe, se irá enredando mas cada dia, con que le parecerá imposible el dejarla; yo retiraré mis auxilios, él se endurecerá de modo que ni atienda á los mayores golpes, hasta que cargado de culpas, en ellas le cogerá la muerte y se condenará sin remedio. Yo, dice Dios, le inspiraré á aquel mancebo que vive tan olvidado de mí, fiado en su mocedad, que se confiese en tal dia festivo: si oyendo esta inspiracion se confesare, yo le daré ternura y compuncion de corazon para que muy deveras se arrepienta, para que se aparte de las malas compañías que le inquietan, para que se retire del juego que lo pierde, para que huya de las cosas que lo precipitan: yo le iré haciendo dulce el retiro, suaves los ejercicios de piedad; le dispondré luego aquel estado en que viva quieto, pase seguro y muera en gracia. Todo eso haré si me atiende á esta inspiracion de confesarse; pero si no la oye, alzaré yo de mano á todo lo que le tengo prevenido: el proseguirá ciego en sus amistades, perderá lo que tiene en el juego: faltándole se hará ladrón oculto en la Ciudad, ó declarado en la campaña: cuando él menos lo pien-

se, ó allí morirá de un balazo, ó aquí con muerte repentina.

¡Oh, Dios! Estas son verdades certísimas, indubitables, al paso que terribles. Acá solo vemos algunas caídas que bastan para llenarnos de horror; mas no podemos ver las causas; pero si ahora no las vemos, porque tiene Dios echado el velo á sus inescrutables secretos, el día del juicio las veremos cuando, corriéndonos Dios la cortina, nos mostrará á los unos los caminos por donde quiso salvarnos, y á los otros los precipicios por donde ellos quisieron condenarse: *Vias vitae, et vias mortis*, que llama Jeremias. (12. v. 3.) ¡Oh Dios! entonces cuál quedarán los justos al ver por todos los pasos de su vida, los peligros en que se vieron al filo de una eterna ruina. Algo explicará este suceso:

Un rústico salió de su choza una tarde á hacer leña en un monte cercano: (Fr. Bart. de Medina) pasaba por en medio un río que él pasó por una puente; estando ya en el monte cayó un poderoso aguacero; y tal, que llenándose aquel río con poderosa avenida, se llevó la mayor parte de la puente, no dejando en ella sino una sola viga: llegó en esto la noche, y el rústico, cargando de su leña á su jumentillo, volviase llevándolo por delante hácia su choza: llegó al río, seguro de que en él había puente; nada veía con las tinieblas de la noche, y entrándose el jumentillo por la viga, él fué en su seguimiento pasando. ¡Ah hombre, si vieras por dónde vés! Pasó en fin, llegó á su choza; pero la admiración no acaba de creerlo, viéndolo.—¿Por dónde pasaste?—Por la puente.—No puede ser, que se la ha llevado el río.—¿Pues cómo pasé yo? Remite la porfía á ir todos á verlo. Encienden

teas, ván al río, descubren la viga.—¿Ves aquí por dónde pasaste?—Tanto asombro le causó y tal horror, que de solo pensar su peligro, allí quedó muerto. Ya, ¿pues cuál será para el justo en el día del juicio, el pasmo y la admiración, volviendo á ver por el espacio de su vida los peligros en que estuvo al filo de caer en el infierno?—¡Ah! dirá entonces: si malogro yo en aquel día aquella inspiración; si pongo mal el pié, ¿dónde estuviera yo? Si desprecio aquel impulso que allí me dió el corazón, miren lo que se hubiera seguido. ¡Oh, buen Dios, cuán poco faltó en tal ocasión para que yo, en vez de entrar por el camino del Cielo, hubiera echado por el del infierno! ¡Qué fuera de mí, si tú no me hubieras traído tan por la mano! *Nisi quia Dominus adjuvit me paulominus habitasset in inferno anima mea.* (Ps. 93. v. 17.) ¿Qué de aquella resolución con que yo me determiné en tal día á dejar aquella recreación peligrosa, me ha provenido toda esta eterna dicha? ¿Y qué, si yo entonces no hubiera así determinado? *Habitasset in inferno anima mea.* Ahora estuviera en el infierno.—Por el contrario, cómo bramarán los condenados al descubrir entonces, por cuán poco les sucedió el perder el camino derecho del Cielo: *Viam civitatis habitaculi non invenerunt.* (Ps. 106. v. 4.)—Ah, si yo, como me dictaba el corazón, hubiera dejado aquella amistad. Ah, si yo, como me movía la conciencia, hubiera restituido aquella hacienda.—Ah, si yo hubiera dejado aquella comedia, aquel paseo, cuando en tal día tuve tantos impulsos de dejarlo. Entonces fué cuando perdí tanto. ¡Ah, quién entonces lo hubiera sabido! Y ya no hay remedio. ¡Miserable de mí! que me pareció que era nada lo que despreciaba, y ahora veo que es infinito lo que per-

di: *Quam magna dimisi, qui ut putabam nulla contempsi.*

—De aquí se sigue, Padre, me dirán, que si de lograr una sola inspiracion puede estar pendiente nuestra salvacion eterna, y no sabemos cuándo, ni cómo, ni cuál será esa inspiracion, se sigue que siempre será menester estar en una atencion continua á los llamamientos de Dios, y no malograr ocasion alguna, porque no sabemos cuál sea aquella de que pende nuestra eterna dicha.—Consecuencia es esta que al punto, al punto os la concedo toda: que cómo puedo yo negar verdad que asientan las Divinas Escrituras: *Fratres*, nos dice mi Padre San Pedro, *magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis: hæc enim facientes, non peccabitis aliquando.* (*Epist. 2. Petr. 1.*) Hermanos míos, en materia tan del todo grave no hay cuidado que sobre, andad siempre solícitos, atentos siempre para asegurar vuestra vocacion y vuestra eleccion; ni os contentéis con cualquier cuidado, sino con andar siempre mas y mas cuidadosos: *Magis satagite.*—¡Oh, me dirán, que vemos muchos que ni tienen esta solitud ni cuidado, que de nada hacen caso, que viven muy divertidos y pasan muy contentos.—¡Oh, mil veces desventurados! Yo no os niego eso; pero por eso son muchos los que se condenan.—¡Oh! que son muy raros los que vemos que atentos á las inspiraciones de Dios, á sus llamamientos y avisos, viven con esas delicadas atenciones.—¡Oh mil veces dichosos! yo os concedo que son pocos, pero por eso son tan pocos los que se salvan.

Charissimi mei, nos vocea San Pablo, *cum metu, et tremore vestram salutem operamini.* (*ad Phil. 2. v. 13.*) Amadísimos míos, obrad en vuestra salud

con temor y temblor; dá la razon el Apóstol: *Deus est enim, qui operatur in vobis velle, et perficere.* Porque es Dios el que en vosotros obra, así los primeros principios del querer, como los dichosos fines del acabar.—¿Y por esto habemos de andar siempre con miedo? ¿temblando siempre? Antes parece que era esto el motivo mas fuerte para una confianza tan del todo segura, que jamas se nos asomára el miedo; porque si es Dios quien lo ha de hacer, ¿qué mayor seguridad?—¡Ah, oyentes míos! Reparad en lo que el Apóstol dice: Dice que lo ha de hacer Dios; pero que lo ha de hacer en nosotros, por medio de sus inspiraciones y la cooperacion de nuestra voluntad. Pues que miedo tan justo, que si nuestra voluntad no corresponde, nada importará que Dios de su parte haga: si nuestra voluntad se está terca, nada hará en ella Dios. Pero aún mas espantoso motivo hay para temer y temblar, explica nuestro insigne Cornelio, que si en el principio, que es el querer, el *velle*, no le correspondemos á Dios, ni su Magestad nos querrá corresponder para el acabar, que es el *perficere*; que si á la primera inspiracion nos resistimos á su llamamiento, se dará su Magestad por desobligado para acudirnos en lo demas con sus auxilios: *Si enim cooperari negligatis, Deus quoque vos negliget, et gratiam suam subducat; nec ulterius in vobis operabitur secundum tertium, aut quartum bonum velle, et perficere.*

Alto, pues, almas: si deseais vuestra salvacion, si en materia tan espantosa como cierta, quereis que yo os deje algun consuelo, este solo hay: temer á Dios en todo, acudir á Dios en todo, atender en todo á Dios, siempre con temor, siempre con susto: *Beatus homo qui semper est pavidus.* (*Prov. 28. v.*

14.) Dichoso aquel que siempre, siempre teme. ¡Oh, Soberano Dios de las piedades! temblando todo mi corazón, estremecido todo mi espíritu, se sujeta rendido, se postra humilde á tus inescrutables juicios. No tengo mas consuelo, que temer esa tu Magestad Suprema; pero la temo con amor de hijo, confiado en que, como generoso Leon, perdonarás á quien debajo de tu poder soberano, temblando se humilla; darás benigno tus auxilios á quien, reconocido de su nada, adora tu grandeza infinita. En tus manos, mi Dios, me arrojé todo: ¿qué mas seguridad que tu misericordia, para que yo no malogre nunca las inspiraciones y los auxilios de tu gracia?

DE LA MALICIA Y GRAVEDAD DEL PECADO MORTAL, POR
SER MUERTE DEL ALMA.

Punto señalado en la semana de la misión. Viérnes quinto de
Cuaresma, año de 1691.

*Domine veni, et vide, et laetymatus
est Jesus. Joan. cap. 11.*

Si solo en una pérdida tal, que no se le halla otro remedio, se admite por el último alivio el llanto, la muerte de un hombre no es pérdida que merece lágrimas de un Dios. Al sepulcro de un Lázaro difunto llora hoy Cristo. Y si estas lágrimas no las mueve aquella muerte, pues que habiéndola visto antes le causó gozo: *Lazarus mortuus est, et gaudeo*; si no las excita su pérdida, pues que tiene tan en su mano restaurarlo á la vida; si no las ocasiona su lástima, pues que aún mas fácil que de sus ojos las lágrimas puede correr de solo su querer el remedio, ¿qué es lo que en Lázaro difunto, tan tiernamente nuestro Dios llora? *Et laetymatus est Jesus*. Tres veces son con esta las que vió el mundo llorar á Dios: aquí llora sobre un hombre solo difunto: otra vez llora sobre toda una Ciudad entera: *Videns Civitatem, flevit super illam*. Y la ter-

14.) Dichoso aquel que siempre, siempre teme. ¡Oh, Soberano Dios de las piedades! temblando todo mi corazón, estremecido todo mi espíritu, se sujeta rendido, se postra humilde á tus inescrutables juicios. No tengo mas consuelo, que temer esa tu Magestad Suprema; pero la temo con amor de hijo, confiado en que, como generoso Leon, perdonarás á quien debajo de tu poder soberano, temblando se humilla; darás benigno tus auxilios á quien, reconocido de su nada, adora tu grandeza infinita. En tus manos, mi Dios, me arrojé todo: ¿qué mas seguridad que tu misericordia, para que yo no malogre nunca las inspiraciones y los auxilios de tu gracia?

DE LA MALICIA Y GRAVEDAD DEL PECADO MORTAL, POR
SER MUERTE DEL ALMA.

Punto señalado en la semana de la misión. Viérnes quinto de
Cuaresma, año de 1691.

*Domine veni, et vide, et laetymatus
est Jesus. Joan. cap. 11.*

Si solo en una pérdida tal, que no se le halla otro remedio, se admite por el último alivio el llanto, la muerte de un hombre no es pérdida que merece lágrimas de un Dios. Al sepulcro de un Lázaro difunto llora hoy Cristo. Y si estas lágrimas no las mueve aquella muerte, pues que habiéndola visto antes le causó gozo: *Lazarus mortuus est, et gaudeo*; si no las excita su pérdida, pues que tiene tan en su mano restaurarlo á la vida; si no las ocasiona su lástima, pues que aún mas fácil que de sus ojos las lágrimas puede correr de solo su querer el remedio, ¿qué es lo que en Lázaro difunto, tan tiernamente nuestro Dios llora? *Et laetymatus est Jesus*. Tres veces son con esta las que vió el mundo llorar á Dios: aquí llora sobre un hombre solo difunto: otra vez llora sobre toda una Ciudad entera: *Videns Civitatem, flevit super illam*. Y la ter-

tera llora desde la Cruz por todo el mundo: *Cum clamore valido, et lachrymis.* Así vá subiendo el motivo triste á sus lágrimas, la causa lastimosa á su llanto: de un hombre á una Ciudad, de una Ciudad á todo un mundo: igual debe ser la causa que en un hombre solo le motiva sus lágrimas á Dios, que la que en todo un mundo le ocasiona su llanto. Sí, dice San Cirilo, llora Cristo en un hombre solo juntas y amontonadas todas las desdichas de un mundo: llora en un mundo todas las desdichas de un hombre; y llora en un hombre solo todo un mundo de desdichas. Porque llora el pecado, que si bastó á dejar todo un mundo muerto, ¿qué podrá hacer su veneno en un hombre solo? Lloro Cristo, dice San Ambrosio, una alma que muerta en el pecado, ve que no le ha de costar solo la sangre de sus venas; y por eso, viendo su dureza, vierte de sus ojos las lágrimas. Lloro Cristo, dice Andrés Cretense, no tanto á Lázaro en el sepulcro difunto, quanto á los circunstantes judíos que, al parecer vivos, tienen sus almas en el pecado muertas. Y si ve el Señor que en estas por su pertinacia han de quedar frustrados sus méritos, sin fruto el inmenso valor de su muerte, y sin conseguir su remedio el infinito precio de su sangre, ¿qué le queda á Dios sino llorar? Lloren las lágrimas de mis ojos, lo que por la dureza de los hombres no se ha de restaurar ni con la sangre de mis venas.

A tí, pues, alma, que por el pecado mortal, sirviéndote ese cuerpo de sepultura, estás muerta: *Anima, quæ peccaverit, ipsa morietur:* á tí te hace el mismo Dios las exequias: por tí es el llanto, por tí los gemidos, por tí las lágrimas; porque despreciando con tu pecado su sangre, si no la admite tu dureza, tienes en el pecado la mas horrible, la mas

espantosa y la mas formidable muerte. Esto, pues, solo de la inmensa malicia, de la gravedad imponderable, de la fealdad suma del pecado mortal, quiero ponderar este rato. No diré que compitiendo con el mismo Dios tu malicia, se dilatan inmensos sus malignos senos, al paso que de Dios, á quien se opone, se extienden sin término las perfecciones infinitas. No diré que amontonadas cuantas desventuras ha tenido el mundo, en dolores, enfermedades, deshonoras, hambres y miserias, todas juntas no son mas que un pequeño rasguño del formidable Leon del pecado. No diré que si desde la tierra hasta el cielo se fueran amontonando las calaveras y huesos de cuantos hombres han muerto y morirán en el Universo, todas juntas no son mas que un corto rédito del principal de su veneno: *Stipendium peccati mors.* No diré que todo un infierno de llamas, de horrores, de tormentos sin fin y sin término, todo junto no es mas que una sombra de la espada sangrienta de un pecado. No diré que sube su malicia hasta el mismo Trono de Dios, que baja su peso hasta mas allá del infierno, y que se dilata su gravedad por mas que todos los espacios del mundo y de los Cielos. ¡Oh, qué tres medidas tan sin medida de su malicia! Mas solo digo que el pecado es la muerte del alma; que por ésta el mismo Dios vierte sus lágrimas. ¡Oh, y recabe siquiera el merecido horror, el imponderable miedo, el justo sentimiento que merece en nuestros corazones! Hoy lo hagas tú, criatura la mas bella, que solo exenta de todo el linage de Adán, de este universal veneno te reservó toda la mano de Dios, para que tú contra él nos repartas la gracia. *AVE MARIA.*

Domine veni, et vide, et lachrymatus est Jesus.

Joan. ubi suprá.

Ver y llorar, lo uno se sigue de lo otro; mas como no ven nuestros ojos cuál es del pecado la inmensa malicia, por eso no brotan perennes de nuestros ojos las lágrimas. Abrióseles á Adán la culpa; mas aun con todo eso no había conocido cuál era su malicia, dice Nicolao de Lira, hasta que vió delante de sí á su querido Abel ya difunto. Entonces la novedad triste, el horror, el sentimiento y el pasmo, al ver aquel primer semblante de la muerte que no había visto, el rostro pálido, los ojos sin luz, cárdenos los labios, sin movimiento los miembros, y el cuerpo todo helado, horrible y yerto: ¿Esto es, dijo levantando el gemido, esto es lo que hizo mi pecado? ¡Oh maldito pecado! Y entonces, soltando la corriente á las lágrimas, no cesó de llorar en cien años continuos. ¿Qué fuera, si como vió la muerte del cuerpo en Abel, hubiera visto en Cain la muerte del alma? Esta quisiera yo representaros hoy, para que acompañárais en las lágrimas, no ya á Adán, sino á Cristo. Mas ya que no la ven nuestros ojos, por lo que sucede en la muerte del cuerpo la ha de ponderar nuestra fé.

Lo que es el alma para el cuerpo, eso es Dios para el alma. Muere el cuerpo al punto que le falta el alma, y muere el alma al punto que le falta Dios: *Anima amissa mors corporis, Deus amissus mors anime*, dijo el grande Agustino. Ahora, pues, ¿qué sucede en la muerte del cuerpo? Tres lastimosas pérdidas. Porque lo primero, pierde el hombre al punto que espira, riquezas, bienes, pues tos, y todo cuanto tenia en el mundo: el que era

Rey, pierde al punto que espira el Reino y la Corona; el que era Pontífice, pierde al punto que espira toda la autoridad con la Tiara: el que era poderoso y rico, ya de todas sus riquezas no tiene nada. Lo segundo, se pierden con la muerte todos los ejercicios y funciones de la vida, ni ve el cadáver, ni oye, ni se mueve, ni respira. Lo tercero, pierde todo su ser, reduciéndose al punto el cuerpo de una en otra mudanza, á gusanos, á podredumbre, á tierra, á nada. Así lo ven nuestros ojos.

Pues atiéndalo así nuestra fé en la muerte del alma por el pecado mortal, en que discurriré esas mismas tres pérdidas, como tres puntos de una meditacion provechosa. Lo primero, pierde el alma sus méritos adquiridos. Lo segundo, pierde la vida de la gracia. Lo tercero, pierde á Dios, y con Dios pierde todo su sér. ¡Oh, que tres pérdidas! que aunque se juntáran en una todas las lenguas de los Angeles, jamas acabarían de explicarlas. Pero empecemos oyendo al mismo Dios, en el capítulo diez y ocho de Ezequiel: *Si averterit se justus a justicia sua et fecerit iniquitatem, omnes justitie ejus, quas fecerat, non recordabuntur*. Si el justo, dice Dios, si el mas santo, si el mas lleno de méritos y de virtudes, hiciere un pecado solo, aunque sea en medio de las tinieblas de la noche, en lo mas retirado de un desierto, en lo mas hondo de una cueva, al punto todos cuantos méritos hubiere juntado, cuantas penitencias, cuantas buenas obras, todas, todas *non recordabuntur*, quedarán en eterno olvido, no servirán de nada, serán perdidas, sean las que fueren.—Señor, ¿sean las que fueren? ¿y por un solo pecado mortal?—Por uno solo.—¡Oh! ponderad esto católicos.

Y para que forméis algun concepto, poned que

hubiera un hombre de ochenta años, que desde niño, todo entregado á la virtud, hubiera adquirido él solo cuantos méritos tienen todos los Santos y Angeles de la gloria, si esto fuera posible; que hubiera ganado tantas almas él solo, como todos los doce Apóstoles; y además, las que despues ganó un Francisco Javier. Poned que él solo hubiera hecho mas penitencias que todos los Anacoretas de los desiertos; mas que los Pablos, los Estilitas y los Antonios. Poned que hubiera dado él solo mas limosnas que los Elemsynarios, los Villanueva y los Eligios. Poned que él solo venciera en castidad, pureza y contemplacion á las Teresas, á las Catalinas y á las Rosas. Poned por último, que en sus últimos años padeciera él solo todos juntos cuantos tormentos, garruchas, catastas, sartenes, parrillas, han padecido once millones de Santos Mártires. ¡Oh, Dios! ¿cuál sería ese monton de méritos juntos en un hombre solo? Pues aun es poco. Añadid ahora otra partida, que ella sola vale mas que todas esas juntas. Poned sobre todos esos méritos, que hubiera adquirido todos los que tuvo la Santísima Virgen en el punto antes de espirar. Aquí pierde pié aun el entendimiento de un Serafin. Pues poned ahora, que ese hombre con ese monton inmenso de méritos cometiera un solo pecado mortal, uno solo, y al punto muriera sin arrepentirse, ¿qué sería de este hombre? ¿que sería? Ya nos lo dijo el mismo Dios: *Omnes justitie ejus, quas fecerat, non recordabuntur*: que todos esos méritos perdidos, que todo ese caudal inmenso malogrado, caeria por una eternidad en el infierno: es verdad infalible de Dios, no penseis que es ponderacion de mi arbitrio.

Ahora pues, ¿cuánta será la malicia de un peca-

do mortal, si puesto él solo en una balanza del peso rectísimo de la Justicia de Dios, y en otra balanza los méritos de todos los Santos Angeles, y de María Santísima juntos, aquel solo pecado llevaria la balanza hasta el profundo, sola aquella malicia prevaleciera, y con infinito exceso, á la bondad imponderable de tantas buenas obras? Y el desagrado de Dios por un pecado solo excedería á cuantos agrados le han hecho todos sus Santos Angeles, y su misma madre Santísima. ¡Oh, abismo de malicia sin término! Dan la razon de esto los Teólogos: porque toda junta, cuanta honra le han hecho á Dios todos sus Santos y Angeles, no equivale á la inmensidad de la injuria que le hace á su Magestad un pecado solo; ¿pues cuánta será la injuria, puesto que ella sola vence tantos millones de millones de honras? ¿Cuánto será el mal, puesto que él solo basta para perder bienes tan inmensos? ¡Oh abismo de malicia sin suelo! ¡Oh, mar de malicia sin fondo! ¡Oh, piélago de malicia sin orilla! ¡Oh, infierno de malicia sin término! ¿Donde está nuestra fé, si esto creemos, y creyendo esto todavía pecamos?

No eran tantos tus méritos, alma, no eran tantos. Mas con todo eso, un solo mérito, quiero decir, una obra buena hecha por Dios estando en gracia, es riqueza tan estimable, que tiene por precio y paga la posesion inmensa de Dios, y el gozo interminable de la gracia. ¿Un jarro de agua dado por Dios, puede ser cosa mas ligera? Pues ese jarro de agua vale tanto como todos los deleites del cielo. ¡Oh, Dios, cuántos! Ahora pues, á este respecto ajusta tus cuentas, que á tí te estaria bien el hacerlas. ¿Cuántas obras buenas habrias hecho en tu vida? ¿Cuántos Sacramentos recibido

con buena disposicion? ¿Cuántas misas, oraciones, limosnas y ayunos? Pues al respecto dime, ¿cuánta sería con estos méritos tu riqueza? Valía mas que mil mundos. ¿Hiciste un pecado mortal? ¡Oh, desventura inmensa! Perdióse toda esa riqueza en un punto, malogróse todo en un instante. ¡Oh, lo cura! ¡Oh, necedad, digna de llorarse con lágrimas de sangre! Por solo una vista torpe, por un pensamiento consentido que pasó luego, por una palabra que se llevó el aire, ¿perdiste una riqueza infinita, perdiste un caudal inmenso, perdiste unos bienes eternos? *Manum suam misit hostis ad omnia desiderabilia ejus.* Entró á caso el demonio en tu alma, y la ha dejado como una Ciudad, que asaltada de un ejército enemigo, ni deja plata, oro, riquezas, ni alhajas, hasta quedar la Ciudad como allí quedó la Veracruz: *Sicut Civitas quae vastatur.* Quedó tu alma, como cuando en una casa, entrando los ladrones sin sentirlos, la dejan del todo destruida. Quedó tu alma como una viña, en que entrándose una tropa de hambrientos brutos, sin que haya quien los detenga, hozan, comen, destruyen, hasta no dejarle un pimpollo. Quedó tu alma, como cuando en una mies ya madura cae un furioso granizo, que azotando las espigas, no deja en pié ni un solo grano. ¿Y á tan inmensa desventura te quedas riendo? ¡Oh! ¿dónde está tu fé, dónde tu juicio?

¿Cuál queda el pobre labrador, que despues de las fatigas de todo un año, derepente se armó el granizo, le destruyó la mies y lo dejó perdido? ¿Cuál queda el pobre navegante, que despues de un penoso y largo viage, derepente se armó la tempestad, se sorvió la nave, y en ella la hacienda que había estado juntando veinte años, y él escapa des-

nudo en una tabla? ¿Cuál queda el caminante, que cercado derepente de crueles salteadores, dejándolo desnudo, le quitan cuanto había ganado en muchos viages? ¿Y cuál quedarás tú mismo, si ahora al volver á tu casa, hallaras muertos tus criados, quemado tu almacén, vacíos tus cofres, totalmente destruida tu hacienda, y te vieras sin un real solo? ¿En un instante perdido lo que se ganó en tantos años? ¿Con un mirar perdido lo que se adquirió con tantas buenas obras? ¿Y por un gusto vil, perdido un deleite inmenso, un tesoro inagotable, una riqueza infinita? ¡Oh! ¿para cuándo son las lágrimas?

Así las derramó David con todo su ejército, al ver destruida y saquada de los Amalecitas la Ciudad de Siceleg. Arrimaron las armas, dice el Texto, y al ver aquellas lástimas, acudieron todos á las lágrimas: *Planxerunt donec deficerent in ets lachrymae.* Y no cesaron del llanto, hasta que ya no tuvieron mas lágrimas. Los judíos, dice San Jerónimo, perdida su Jerusalem y echados de ella, todos los años iban un día juntos y pagaban porque los dejasen entrar solo á llorar su pérdida, como lo hacían á grandes gemidos. Los romanos, al ver gran parte de Roma quemada en una noche por Neron, andaban por las calles como locos dando gritos y alaridos de sentimiento. Pues, oh católico, si tienes fé, un mérito solo vale mas que toda Roma, mas que toda Jerusalem, mas que todas las Ciudades del mundo. Y si has perdido, no un mérito solo, sino muchos, ¿cuál será tu pérdida, dime? Y dime, ¿dónde esta tu llanto?

Mas todavia suele servir de algun consuelo al que todo lo ha perdido, escapar por lo menos con la vida; pero ese consuelo no lo deja el pecado á

tu alma. Este es el segundo punto y la segunda pérdida que debes meditar. El que perdió la hacienda, puede restaurarla con la vida; el que perdió la renta, consuélase con que queda la finca; pero si tú has perdido la vida de la gracia, la finca de una eterna renta, si has quedado como el árbol, no solo despojado de sus hojas y frutos, sino seco tambien en la raíz, ¿qué te queda? *Radix eorum exsiccata est, fructum nequaquam facient.* Te dice Dios por Oséas: mientras estás en este estado, ni hay fruto, ni hay rédito, ni hay ganancia, porque no hay vida.

De el alma unida al cuerpo resulta en éste la vida; que no es otra cosa (diciendo de ella lo que aquí basta) no es otra cosa que aquella facultad, aquel intrínseco vigor con que el viviente crece, se sustenta, se hermosea, se mueve, oye, gusta, entiende, ama y discurre. Pero separada el alma, todo eso se pierde al punto, porque se pierde la vida; ya lo vemos. Así, pues, de estar el alma unida á Dios, resulta la vida del alma, que es la gracia. ¡Oh, qué vida! que jamas podrá el hombre hacer cabal concepto de su precio: *Nescit homo pretium ejus.* Una vida, que ella sola vale mas que quantas vidas tienen, han tenido y tendrán todos los vivientes del mundo; *melior est misericordia tua super vitas: ó* como leyó del Hebréo Cayetano: *Melior est gratia.* Una vida, que siendo toda de Dios, nos hace participantes de una misma naturaleza divina. De modo, que así como un hierro ardiendo tien todas las propiedades del fuego, menos el ser fuego, y quedándose en su naturaleza hierro, con todo eso tiene el resplandor, la luz y la hermosu-del fuego; así una alma investida de Dios por la gracia, participa todas sus perfecciones, lo retrata

en su belleza, lo copia en su hermosura. Una vida, que haciéndonos hijos de Dios, nos dá opcion á todas sus riquezas por herencia, nos funda derecho y nos es mayorazgo y finca, para pedirle de justicia la gloria. ¡Oh, qué vida será esta, católicos! Si hubiera Dios estado criando desde toda su eternidad una criatura despues de otra por instantes y sin cesar; y hudiese criado esas criaturas de modo que se fuesen siempre excediendo como por grados en perfecciones de naturaleza, en ingenio y en nobleza, ¿cuántas criaturas hubiera criado Dios hasta este punto? Y en esas creciendo como por escalones, ¿cuánta sería la perfeccion natural y la hermosura? Poned el entendimiento de un Agustinio multiplicado á millones, ¿cual sería este entendimiento? Poned la hermosura de una Raquel aumentada á millares, ¿cuál sería esta hermosura? Poned la autoridad y nobleza de un Salomon y millares redoblada, ¿cuál sería esta nobleza? Pues juntadlo todo, y todo junto no llega á la perfeccion, á la hermosura, á la nobleza que tiene una alma con un solo grado de gracia: *Bonum gratiae unius,* dice Santo Tomás, *maius est quam bonum naturae totius universi.* Porque un solo grado de gracia, por la naturaleza divina que participa, excede con infinitas ventajas á toda la naturaleza criada y por criar.

Esta es la vida de la gracia: vida divina, vida de Dios. Con esta, decia San Pablo, que vivia él, y no era él el que vivia, sino Dios en él: *Vivo ego, jam non ego, vivit veró in me Christus.* Pues esta vida, esta vida es la que nos quita un pecado mortal; ¿cuál será la malignidad, que de un golpe quita una vida que vale mas ella sola que todas las vidas de mil mundos? Pasad por el entendimiento

esta consideracion: si ahora volviese á inundar todo el orbe aquel universal diluvio, ¿cuántas serian las vidas que quitarían sus aguas? ¡Oh, qué estrago tan lastimoso sería ver todo el mundo lleno de cadáveres! ¡todas las Ciudades hechas montones de muertos! ¡todos los campos sembrados de esqueletos horribles! Pues mas horrible estrago es sin duda el que tú haces quitando á tu alma la vida de la gracia, que vale mas que todas esas vidas, con un solo pecado mortal. ¡Oh, diluvio de malignidad, diluvio de peste, diluvio de veneno!

Caligula, aquel monstruo de la naturaleza, llegó á tanto su fiereza, que deseaba que todo el numeroso pueblo romano no tubiera mas que una cabeza sola, para de un golpe, cortando á todos la cabeza, quitarles á todos la vida. ¡Fiereza increíble! Pues mayor es la tuya, no hay duda, cuando quitas á tu alma la vida de la gracia. Porque si ejecutaras esa culpa, si te diera opcion para que nos quitaras ahora las vidas á todos los que estamos juntos en la Iglesia; ¡qué horror! Dirás, no lo hiciera por cuanto hay en el mundo! Pues es nada todo esto con lo que ejecutas quitando á tu alma la vida con un pecado. ¡Oh, qué muerte, en que pierde el alma una hermosura que bastaba á enamorar y arrebatarse los ojos de Dios! y queda al punto tan fea, tan abominable como, y mas que un demonio. Un pecado solo hizo del Angel mas bello, del Serafin mas hermoso, ese tizon horrible del infierno: pues si tú tienes en el alma, no uno, sino cincuenta pecados mortales; conque esos cincuenta pecados se pudieran repetir, y poner de modo que les fueran imputables á cincuenta Serafines de aquellos, que ahora mas hermosos están junto al Trono de Dios, al punto, al punto hicieran de cincuenta Serafines,

cincuenta fierísimos demonios. ¿Pues cuál será la fealdad de tu alma por tus pecados, si ella sola bastaba á hacer feísimos demonios á cincuenta Serafines?

¡Oh, muerte, que con esa vida y esa hermosura, priva de la nobleza, de la dignidad, del mayorazgo de Dios, y deja el alma como el aborrecido que, con un pié ya en la escalera, no le falta mas que darle el verdugo vuelta! Así tú con un pié solo en la orilla de este mundo, que es la vida del cuerpo, no te falta ya mas de una vuelta para caer á un tormento sin fin, a una esclavitud eterna. ¡Oh, qué cambio! ¡oh, qué permuta, por un gusto que al punto se pasa, una vida de deleites eterna! ¿Qué muger hiciera un pecado si al punto hubiera de quedar fiera como un dragon? ¿Qué Príncipe hiciera un pecado si al punto perdida la Carona, hubiera de quedar vil esclavo? ¿Qué noble hiciera un pecado si al punto hubiera de quedar sin el puesto, sin el mayorazgo y sin la finca? ¿Pues cómo con un pecado perdemos lo que vale mas que infinitos millones? O no tenemos fé, ó estamos locos. No hizo concepto Esaú de lo que vendía en el mayorazgo, cuando lo vendió por una escudilla de lentejas: *Abiit parvipedens, quod primogenita vendidisset.* (Gen. 25.) Mas cuando ya se vió sin él, daba bramidos como un leon atravesado con un dardo: *Irrugit clamore magno.* ¿Pues cuáles serán tus bramidos al ver perdido con la gracia la vista de Dios y un mayorazgo eterno?

Mas la muerte corporal no para solo en privar de la hacienda y bienes, en quitar á la vida sus funciones, sino que tambien acaba con el sér reduciendo presto un cadáver á gusanos, á podredumbre, á tierra, á nada. Este es el tercer punto de nuestra

meditacion, y la tercera y total pérdida que hace la muerte del pecado en el alma, que sobre quitarle todos sus méritos, sobre quitarle la vida de la gracia, le quita todo su sér, que solo es Dios. Perder á Dios, perder á Dios; ¡oh, qué pérdida!

Veo, decia Santa Catalina de Génova, que tiene Dios tanta conformidad con la criatura racional, que si al demonio se le pudiera quitar aquel asqueroso vestido del pecado, al punto se uniera Dios con él con estrecho lazo de amor. ¿Pues toda la inclinacion áun de Dios, basta un pecado á detenerla? ¡Oh, perverso muro de diamante! *Iniquitates vestra dividerunt inter vos, et Deum vestrum.* ¡Todo un amor infinito detenido y agolpado al impedimento que le hace un pecado solo! Aquí falta la voz: mejor diré, aquí faltan mares inmensos de lágrimas para llorar tan suma desventura.

Está Dios por su inmensidad en todas partes; pero en el alma de un justo mora, descansa y habita con una especialísima presencia; por eso no tuvo mayor honra que hacerle á María Santísima el Angel, que decirle: el Señor es contigo: *Dominus tecum.* Porque esa singular compañía de Dios por la gracia, es lo sumo de toda la felicidad. Presente Dios, ¿qué no se puede prometer de dichas el alma? Revolved las Escrituras y hallareis esta verdad á cada palabra: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice Dios á Isaac, cuando lo anima á no temer á los Filisteos: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice á Jacob, cuando lo alienta á despreciar de su peregrinacion los peligros: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice á Moisés, cuando le dá valor contra Faraon, imperio sobre los elementos, poder sobre los mares para librar al pueblo: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice á Josué, cuando lo empe-

ña á coger la conducta de su pueblo: *Ego tecum.* Yo estoy contigo, le dice á Jeremias, cuando lo envia á predicar la verdad á los Príncipes. Y con Dios á su lado, ¿qué no hicieron de maravillas, qué no consiguieron de victorias, qué no hicieron de felicidades?

Pero este benignísimo Dios, que lo es todo, al punto que admite el alma un pecado solo, retirado de ella en este punto, ¿qué desventuras, qué miserias no le entran de tropel? *Væ, cum recessero ab eis.* ¡Ay de ellos, dice su Magestad, cuando yo me aparte de ellos! ¿No fué lo mismo en Sansón, perder á Dios que perder su fuerza, perder los ojos, perder la honra y perder la vida? ¿No fué lo mismo en Manasés, perder á Dios que perder la Corona, perder la libertad y verse aprisionado en un calabozo? ¿No fué lo mismo en Saúl, perder á Dios que perder la quietud, perder el gusto, perder el Reino y perder el alma? ¿No fué lo mismo en Helí, perder á Dios que perder la dignidad, perder el Sacerdocio, perder el Arca y perder los hijos? ¿No fué lo mismo en Salomon, perder á Dios que perder la sabiduría, perder las riquezas, perder la estimacion y perder el juicio? Y en fin ¿todo el pueblo de Israel, antes maravilla del mundo, no fué en él lo mismo perder á Dios que perder su República, perder su nacion, perder su honra, perder su libertad, perderlo todo, y quedar hecho la infamia del mundo? Pues este Dios es el que tú has perdido por un pecado. ¿Cuál estará tu alma sin Dios? está como Jonás sin Dios en medio de un inmenso mar de tormentas, donde tantas desventuras lo cercan como olas. Está como Cain sin Dios, con todo un mundo de horrores, de sustos y de muertes. Está como una pobre ovejuela, que sin

su pastor, cayó en manos de los lobos que á su sabor la despedazan: *Deus dereliquit eam persequimini, et comprehendite; quia non est qui eripiat.* Está como la hija sin padre que la sustente, sin esposo que la socorra, sin amparo que la defienda. ¡Oh, alma, perdiste á tu refugio! ¿dónde hallarás seguridad? Perdiste al que solo aliviaba tus fatigas, ¿dónde hallarás descanso? Perdiste al que te guardaba, ¿dónde tendrás abrigo? Perdiste al que es dueño de la luz que gozas, del aire que respiras, de todo este mundo en que avitas, y de todo el cielo que esperas, ¿pues cómo podrás estar sin tan dulce dueño, sin tan amoroso padre, sin tan vigilante pastor, sin tan fino esposo? ¡Oh, cómo puedes ya decir lo que repetía aquel otro desventurado! *Omnia perdidimus:* todo lo hemos perdido; porque sin Dios, que dándote el sér solo para el sacrificio, todo tu sér es nada en la vileza, en la falta y en el desprecio: *Ad nihilum redactus sum, et nescivi.*

¿Qué fuera todo este mundo sin luz alguna? Nada todo; porque sin luz, ni todas las plantas y flores tienen hermosura, ni sus metales y piedras tienen brillo, ni todo lo que en él es deleitable tiene precio sin luz. Lo mismo es el oro que el plomo: lo mismo es la flor que la espina; porque le falta, ó á sus colores la hermosura, ó á sus brillos el precio. ¿Pues qué será el alma sin Dios? ¿Para qué quiero la vida, se lamentaba Tobías, si en ella me falta la vista? ¿De qué me sirve todo el mundo, si yo no veo la luz del cielo? ¿Pues qué debes tú decir, alma desventurada, si no tienes á Dios? Y á tan inmensa pérdida, ¿cuál es la demostracion de tu sentimiento? Publio Rutilio, solo porque le quitaron la dignidad de Cónsul, cayó al punto muerto de dolor. ¿Y tú has perdido la dignidad mas su-

prema con Dios, y ni aun lo conoces? Otro romano, sabiendo que para verse su causa en el senado, habia de abogar contra él Marco Tulio, de desesperacion se quitó la vida. ¿Y tú, teniendo en el Tribunal de Dios al mismo Dios por tu enemigo, vives tan descuidado? Urbano III oyendo la nueva de que el Saladino habia cogido á Jerusalem, espiró de tristeza. ¿Y tú, habiéndote robado el demonio con tu Dios la Jerusalem de la gloria, puedes reir y entretener? Los Egipcios, que adoraban por su Dios una fiera serpiente, cuando ésta cerraba los ojos para no mirarlos: *Tota Ægyptus,* dice Pierio, *erat luctu, et maerore consumpta,* todos á grandes gemidos no cesaban del llanto, hasta aplacar á su dragon y á su demonio. ¿Y tú, que ha cerrado por tí Dios los ojos de su amor, no se te derrite el corazon de sentimiento y de temor de tu desventura? Aquel Sacerdote idólatra Micás, habiéndole robado su casa toda, porque le llevaban sus ídolos corria exhalando á grandes gemidos tras los salteadores; y preguntándole qué queria: *Deos meos tulistis,* dice, *et dicitis, quid tibi est?* ¿Qué quereis que tenga, si me llevais mis Dioses? Y tú, perdido, no un ídolo, sino al Dios verdadero, ¿te estás sin moverte á buscarlo? Por último, David tenia por sustento día y noche, las lágrimas solo al hacerle su conciencia esta pregunta: *Ubi est Deus tuus?* ¿Dónde está tu Dios, alma, dónde está tu Dios? Pues si no lo hayas en tí mismo, ¿cómo no levantas hasta el cielo el gemido? ¿Cómo no se deshace tu corazon en lágrimas? ¿Cómo no empleas lo que te ha quedado de alma en suspiros.

¡Oh maldito pecado! ¿quién no ve que eres el sumo de los males, pues trayéndolos todos, no de-

jas en el alma ni un bien solo el mas mínimo? ¡Oh, maldito pecado! ¿quién no te huirá mas que á todos los demonios juntos, pues tú solo has hecho en mi alma mas terribles daños que cuantos pudiera hacer en ella toda su fiereza junta? ¡Oh, maldito pecado! ¿quién no te temerá mas que al infierno, pues todos sus tormentos con Dios fueran delicias, y tú solo, dejándome sin Dios, les prestas fuerzas á sus tormentos, enciendes sus llamas, fomentas sus horrores? ¿Quién no te aborrecerá con un odio implacable, pues eres tú el que me has hecho perder mas bienes que cuantos caben en el cielo y en el mundo? Eres tú el que me has privado de una vida que valía mas que millones de imperios; y eres tú el que me has hecho perder á mi Dios, á mi Criador, á mi Redentor y mi Dueño; al que es toda mi vida, al que es todo mi sér. ¡Oh, maldito pecado mil veces! Ya no me queda contra tí mas remedio que mi dolor, mi arrepentimiento y mis lágrimas. ¡Oh, si yo pudiera llorarlas de sangre, para ver si vuelvo á hallar otra vez á mi Dios! Basta, pues, de pecar, ¡oh Dios de mi vida! ¡oh Jesus de mi alma! que si por mi pecado derramaste tu sangre, quiero ya acompañar hoy con las mias tus lágrimas; conozco mi locura, veo mi pérdida, y lloro el haberte perdido á tí por un gusto vil de la tierra. ¡Oh, si tuviera yo junto el odio de todas las criaturas para aborrecer mi pecado! ¡Oh, si tuviera ese odio con que tú, mi Dios, lo aborreces! con él lo aborreciera. Mas ya, ¿cómo levantaré á tí los ojos, viendo mi ingratitude? ¿Cómo llegaré á tu presencia, viendo mi ruindad? Pero miro tambien tu sangre derramada; miro tus llagas, que si todas las hizo mi culpa, las recibió tu piedad para mi remedio, para que yo me restaure, para que yo

viva; pues vuelve, mi Dios, vuelve hácia mí tu rostro benignísimo, que yo te prometo, que escarmetado ya de la inmensa desventura que es perderte, no he de atender mas que á tu gusto, á tu voluntad y á tu agrado. ¡Oh! y si me das tu gracia por tu muerte preciosa, yo la guardaré en mi alma como prenda de la gloria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE

DE LAS PLÁTICAS QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO.

TRATADO PRIMERO.

De la explicacion de la Doctrina Cristiana.

Plática Proemial y principio á las explicaciones de la Doctrina Cristiana.	9
Plática II. De lo que cada uno tiene que aprender en su propio nombre.	19
Plática III. Del incomparable favor que debemos á Dios en habernos hecho cristianos.	29
Plática IV. De la dignidad y obligaciones del cristiano.	39
Plática V. Del camino que nos enseña la señal de la Santa Cruz.	48
Plática VI. Por qué la Santa Cruz, no solo es para los cristianos señal, sino tambien insignia.	59
Plática VII. En dia de Corpus Cristi, del origen de esta fiesta y su solemne procesion.	70
Plática VIII. Por qué de entre todas las demás insignias de la pasion de Nuestro Redentor, sola la Cruz es la insignia y señal del cristiano.	82
Plática IX. De los misterios que contiene el modo y palabras con que nos persignamos.	92
Plática X. De los espirituales provechos que hay en persignarnos con la atencion debida.	103
Plática XI. De la primera obligacion del hombre, que es buscar su fin.	114
Plática XII. Del fin último para que fuimos criados, que es solo Dios.	125

Plática XIII. De los principales medios con que hemos de conseguir nuestro último fin, que son la Fé, la Esperanza y la Caridad.	137
Plática XIV. De la primera virtud teologal, que es la Fé.	147
Plática XV. Que siendo ciega nuestra Fé debemos creer sus misterios, sin atender á nuestra vana curiosidad.	158
Plática XVI. De la infalible certidumbre de nuestra Fé y exteriores argumentos que la confirman.	168
Plática XVII. De la segunda virtud teologal, que es la Esperanza, y de los bienes que debemos esperar.	181
Plática XVIII. De la seguridad y firmeza de la esperanza en Dios.	193
Plática XIX. Que la verdadera esperanza es la que une á la seguridad de parte de Dios el continuo temor de nuestra propia flaqueza.	204
Plática XX. De la Caridad.	214
Plática XXI. Cuánta es la obligacion que todos tienen de saber y entender la Doctrina Cristiana.	226
Del amor de los enemigos.	238
Receta de la salud.	257
De la restitucion de la hacienda agena.	279
De la suma importancia que nos vá en corresponder á la divina vocacion.	302
De la malicia y gravedad del pecado mortal, por ser muerte del alma.	325

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U.A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE GUATEMALA
BIBLIOTECA GENERAL DE FOLIOS

NUEVA
BIBLIOTECA